

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Enamórame
en 7 minutos*



zafiro[♥]

Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Johana Martin](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Cristine Martin](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Johana Martin](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Cristine Martin](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cuando Carol se casa por quinta vez, decide dejar al frente de Eternal Heart, su agencia matrimonial, a sus hijas, Johana y Cristine. Sus continuos fracasos amorosos no han sido un buen ejemplo para ellas, aunque Carol tiene la esperanza de que algún día encuentren el amor.

Johana Martin es una escéptica consumada en lo que a relaciones amorosas se refiere, y además no tiene la más mínima delicadeza a la hora de decir lo que piensa sobre ellas. Ante los lamentables ejemplos de su madre y su hermana, Johana ha aprendido a juzgar estrictamente a los hombres. Pero ¿qué ocurrirá cuando se acerque a su mostrador un hombre al que no sea capaz de hallar defecto alguno?

Cristine Martin es una mujer muy enamoradiza que, desoyendo todas las advertencias, siempre cae en las redes de algún embaucador. Le encanta dirigir la empresa que su madre ha dejado en sus manos y nunca hará nada que ponga en riesgo su negocio, incluido enamorarse de ninguno de sus clientes. Por eso, cuando conozca a un rudo policía que acude a Eternal Heart en busca del amor se verá obligada a cuestionarse qué es más importante: su empresa o el amor.

Diviértete con las historias de las hermanas Martin y descubre si serán capaces de encontrar el amor.

ENAMÓRAME EN 7 MINUTOS

Silvia García

zafiro 

Prólogo

Hoy es el día de mi boda.

Durante muchos años creí que no volvería a enamorarme, pero a los cuarenta y seis iba a casarme con un hombre al que adoraba, y sentía que en esa ocasión era el indicado. Tal vez lo dijera muy a la ligera, ya que hasta ahora me he casado cuatro veces y alguna de esas experiencias no han sido muy buenas, pero creo que he aprendido algo de todas y cada una de mis relaciones y que esta vez no me equivocaré.

Mientras mis dos hijas, Johana y Cristine, me guiaban hasta donde me esperaba mi futuro marido, la escéptica Johana me decía que mi decisión era un error, a la vez que me enumeraba cada uno de los defectos de mi pareja. Por el contrario, mi cándida hija Cristine me felicitaba amorosamente, mientras me recordaba las cualidades del novio. Son tan distintas y a la vez tan parecidas a mí, que tengo miedo de lo que ocurrirá cuando se enamoren....

Creo que Johana huirá del amor como de la peste, ya que mis relaciones no han sido un buen ejemplo para ella y reniega de todos los hombres; en cambio, Cristine amará a más de un hombre inconveniente para ella, hasta que halle al adecuado para su gran corazón.

A pesar de que las dos tengan ya edad suficiente como para ser responsables e independientes, siempre me preocuparé por ellas. Y más ahora que me mudo a otra ciudad y dejo en sus manos el negocio que heredé de mi madre. Mi trabajo hasta ahora había sido presentar y unir a parejas afines y mostrarles por qué estaban hechos el uno para el otro. Eternal Heart es la empresa donde siempre me ha encantado soñar con ese amor que nos llega a todos en algún momento.

A Cristine, como a mí, le encanta ayudar a las personas que vienen a nuestra agencia matrimonial para buscar a su media naranja. Y en cuanto a Johana... bueno, Johana es una cuestión aparte, porque, aunque es un poco áspera, sus comentarios un tanto ácidos en ocasiones son lo que necesitamos para darnos cuenta de que podemos estar equivocadas en nuestra percepción. Lo malo de ella es que cree firmemente que nunca se equivoca.

Yo creo que el amor es algo dificultoso y que pasas por muchas fases antes de hallar el verdadero y definitivo. Hay decenas de formas distintas

de encontrar el amor: éste puede surgir con una simple mirada, con un beso de despedida, después de muchas de citas o tal vez con sólo un encuentro... Pero es fascinante y emocionante sentir algo tan profundo por una persona.

A lo largo de mi vida, he experimentado varias formas de amor y, aunque a veces me he equivocado, no me arrepiento de nada. En mi juventud fui una loca que se enamoraba fácilmente de hombres que por desgracia siempre acababan siendo los más inadecuados. En mi madurez intenté ser más precavida y puse demasiadas trabas, hallando faltas donde en algunas ocasiones tan sólo había buenas intenciones, y cuando conocí a un hombre que consiguió que bajara nuevamente mis defensas, decidí que lo mejor sería ir enamorándome lentamente, conociéndolo un poco más día a día, a pesar de que mi corazón me gritara a cada instante que era el adecuado.

Mientras mi adorable Cristine y mi irritante Johana me acompañaban hoy al altar, una a cada lado, no dejaban de discutir en voz baja sobre cómo llevar el negocio: Cristine quería innovar en todo, mientras que Johana, a la que le importa muy poco la agencia, pero siempre es muy suspicaz, le decía a su hermana que su más que posible enamoramiento de algún cliente lo podría arruinar todo.

—¡Basta! —exclamé un tanto irritada cuando me dejaron en el lugar indicado, al ver que su discusión amenazaba con entorpecer el discurso del sacerdote—. ¡Está totalmente prohibido mantener relaciones con ningún cliente de Eternal Heart, y si alguna de las dos se atreve a incumplir esta norma, abandonará la agencia dejándolo todo en manos de la otra! —sentencié, poniendo fin a la disputa, ya que sabía que era una regla que las dos estarían dispuestas a seguir.

Cristine la obedecería porque adoraba su empleo, mientras que Johana lo haría porque, aparte de que nunca encontraría un lugar mejor donde hacer el vago, se preocupaba mucho por su hermana. Demasiado como para dejarla sola con toda la responsabilidad que conllevaba la agencia.

Cuando finalizó la ceremonia, mi amoroso marido me recordó con una de sus hermosas y pícaras sonrisas que yo tanto adoraba:

—Carol, tú y yo nos conocimos en tu empresa, a la que me apunté solamente porque me enamoré de ti como un loco. Nuestra historia de amor comenzó en una de esas desquiciantes citas rápidas de tan sólo siete minutos, ¿recuerdas?

Tras reflexionar sobre sus palabras, no quise ponerle trabas al destino de mis hijas, así que, mientras lanzaba alegremente el ramo hacia las únicas

solteras del lugar, que no eran otras que mi alegre Cristine y mi reticente Johana, grité:

—¡La norma se rompe si vuestra pareja consigue enamoraros en siete minutos!

Las dos alzaron las manos, Johana sin duda para protestar por la regla tan arbitraria que les había impuesto, mientras que Cristine lo hacía para coger el ramo con ilusión. Increíblemente, las dos lo atraparon al vuelo, y aunque Johana se alejó de él lo más rápido posible, yo sonreí ante las posibilidades que ofrecía el amor. Porque éste llega cuando menos te lo esperas y, en ocasiones, con siete minutos basta.

Johana Martin

Señoras, les advierto que los hombres son objetos defectuosos, para los que Eternal Heart no les ofrece ninguna garantía, así que luego no vengan a reclamarnos cuando se enamoren de alguno de ellos...

Capítulo 1

Creo que hay tres tipos de mujeres según su relación con el amor: por un lado están las que conocen a su pareja de la forma más sensata y se enamoran de ellos después de haber salido un tiempo, y luego están los dos extremos: aquellas a las que unos simples minutos les bastan para enamorarse, categoría a la que pertenecen mi alocada hermana pequeña Cristine y mi siempre irreflexiva madre, Carol, que va por su quinto marido, y el polo totalmente opuesto: mujeres que se niegan a enamorarse y no se dan cuenta de que este sentimiento ha hecho acto de presencia hasta que las golpea con contundencia.

Para mi desgracia... o tal vez debería decir para mi fortuna, yo pertenezco al último grupo. Y es que después de convivir con las innumerables depresiones de mi madre por culpa de hombres ineptos y los llantos a moco tendido de mi hermana por todas las patéticas excusas de sus exnovios para dejarla, te acabas dando cuenta de una cosa: el amor es un juego peligroso en el que ganas muy pocas veces y en el que yo me niego rotundamente a participar. Y más aún si el premio es un hombre que en cualquier momento te puede salir rana.

Así que digamos que soy algo escéptica sobre el amor, en especial después de haber visto cómo los hombres jugaban a su antojo con los sentimientos de las atolondradas mujeres de mi familia. Por lo tanto, soy una de esas escasas personas sensatas que se niegan a creer que el amor existe sin pruebas de ello y que no tienen ningún problema a la hora de emitir su opinión ante los ilusos que creen ciegamente en este absurdo sentimiento.

Eso no supondría ningún problema para una persona como yo, si no fuera porque mi negocio familiar, el que ahora nos toca dirigir a mi hermana y a mí después de que mi madre se haya mudado a Los Ángeles para disfrutar de su recién estrenada vida de casada, es una agencia matrimonial llamada Eternal Heart.

¿Y dónde encaja alguien como yo en una empresa como ésta, en la que inocentes parejas se creen que el amor les durará para siempre? Pues simple y llanamente en un oscuro rincón de la alegre oficina, debajo de un enorme cartel rojo que reza «Reclamaciones». Ahí me encargo de dejarles muy claro a las personas que intentan echarnos la culpa de sus

errores que el amor no es tan fácil como ellos pensaban y que, indudablemente, todos nos equivocamos.

O, al menos, eso es lo que mi hermana pretende que les explique a los clientes, con gran tacto y delicadeza. Aunque la verdad es que yo más bien me limito a señalarles lo idiotas que son y a indicarles, con algo de brusquedad, cuáles son sus errores, para que no vuelvan a caer en ellos, o, por lo menos, para que cuando lo hagan no nos intenten echar el marrón encima a nosotras.

Todavía me pregunto cómo es posible que una empresa dedicada a emparejar a gente que busca inocentemente el amor haya llegado a tener una sección tan impertinente como la que yo dirijo. Pero luego llego a la conclusión de que la respuesta es bien simple: mi madre no sabía dónde narices meterme y acabó creando este puesto a mi medida, sólo para mí.

Pero no puedo quejarme: al fin y al cabo me gusta mi trabajo, ya que me dedico a señalar los errores que otros cometen. Lo malo de esta ardua tarea es que, cuando por fin yo me enamore, ¿quién me señalará a mí los errores que cometa? Aunque, para ser sincera, dudo mucho de que esto llegue a pasarme, porque, aunque mi empresa familiar pueda ayudar a las personas a encontrar a su media naranja, también puede ser un ejemplo de todo lo contrario y demostrar cuántas veces nos equivocamos intentando hallar lo que algunos definen como el verdadero amor. Algo que, la verdad, dudo que exista. Sobre todo cuando en mi día a día me topo con alguna que otra absurda reclamación.

Se podría decir que soy esa mujer impertinente y antipática a la que la gente se encuentra detrás del mostrador cuando va a presentar una furiosa reclamación por un artículo que le falla en algún aspecto. Pero lo que siempre suelen olvidar los clientes de Eternal Heart es que el amor no tiene garantías y que no se puede culpar a nadie cuando descubren que su pareja es defectuosa. Sólo se pueden culpar a sí mismos por haberse enamorado.

La agencia matrimonial Eternal Heart no era una de las más famosas de Chicago, pero poco a poco se estaba haciendo un hueco entre las demás y lograba llamar la atención de los clientes con algunas de sus peculiares prestaciones. Por un lado, contaba con las típicas páginas web repletas de perfiles de los diferentes socios, citas a ciegas con personas que una absurda máquina decía que podían ser más compatibles contigo y los conocidos *speed-dating* o citas rápidas, durante las cuales intentabas conocer a tu pareja ideal en tan sólo siete minutos. Por otro lado, Eternal

Heart ofrecía innovadores y llamativos servicios tan absurdos como «Cursillos para juzgar a tu pareja» o «Cómo romper con alguien dejándole muy claro que es el fin de la relación».

Sin embargo, lo que estaba en boca de todo Chicago de esta empresa era su sección de Reclamaciones, donde los clientes podían dejar constancia de cada una de sus objeciones, no sólo por los servicios que ofrecía la empresa, sino también respecto al amor.

Mientras las demás agencias sólo disponían de una bonita recepcionista que, algo distraída, atendía rápida y amablemente las quejas para luego archivarlas y que nunca más vieran la luz, Eternal Heart contaba con una empleada que escuchaba todas las protestas y reclamaciones, con la que los clientes se podían desahogar de todas sus frustraciones. Pero al parecer a alguien se le olvidó especificar en el folleto que esa atención era dispensada por la persona más impertinente del mundo, una mujer que, si tenía un buen día, podía dar algún honesto consejo sobre el amor, pero si tenía uno malo, mandaba bruscamente a paseo al incauto que la importunase.

Ni que decir tiene que eso no suponía una muy buena publicidad para un negocio que se dedicaba a tratar con gente bastante susceptible a la hora de encontrar pareja. Pero como a pesar del trato recibido todos los clientes seguían acudiendo una y otra vez a esa peculiar sección, Cristine, la alegre y alocada joven de veintiséis años que dirigía con éxito la empresa junto con su hermana, decidió mantenerla por dos razones: la primera, hacer que su negocio siguiera en auge, ofreciendo algo distinto al resto de agencias matrimoniales; y la segunda, que su escéptica hermana mayor comenzara a creer en el amor y así tal vez permitiera que algún hombre se acercara a ella y pudiera encontrar finalmente al adecuado.

Aunque en algunos momentos Cristine creía que esto era imposible. Así pensaba, mientras leía con detenimiento unos veinte folios donde se quejaban de la insultante actitud de una de sus empleadas. Para su desgracia, esa empleada no era otra que su negativa hermana Johana, alguien que siempre pensaba lo peor del amor y que no podía evitar señalar a cada instante los errores de, como ella decía, «esos idiotas enamorados», a pesar de que éstos fueran los clientes que tanto necesitaban.

Que te señalaran lo estúpido que habías sido en tu relación no era algo que les sentara muy bien a la mayoría de las personas, aunque había excepciones. Más concretamente, ella misma y su madre, que gracias a

los ácidos comentarios de Johana nunca se habían rendido en el amor. Por desgracia, sus repetidos fracasos en sus relaciones sólo habían servido para que Johana se convirtiera en una escéptica totalmente decidida a no enamorarse nunca, y eso era una decisión que ni su madre ni ella estaban dispuestas a consentir, porque todos merecían experimentar, aunque fuera una vez en la vida, la dicha del amor.

Algo a lo que Johana, a sus veintisiete años, parecía resistirse con todas sus fuerzas, pensaba Cristine mientras miraba desaprobadora a su hermana desde el pasillo, sin poder evitar rechazar mentalmente su aspecto en el trabajo: un anodino traje azul marino y una blusa blanca abotonada hasta arriba, que no hubiera estado mal de no ser porque siempre estaba oculta debajo de aquella fea y vieja chaqueta. Recogía su hermosa melena oscura en un rígido moño, y escondía sus deslumbrantes ojos azules tras unas gruesas gafas que, por suerte, eran elegantes y no perjudicaban su aspecto. A pesar de no llevar maquillaje ni ningún adorno, su hermana era una auténtica belleza. Siempre y cuando no intentara ocultarlo, como en ese momento.

Pero Johana no vestía siempre de esa forma tan sobria. Ese disfraz de señorita Rottenmeier sólo lo usaba en el trabajo, porque, según decía, se negaba rotundamente a que alguno de los estúpidos que acudían a la agencia en busca de pareja decidiera probar suerte con ella... La verdad era que cuando Johana se arreglaba, la mayoría de los hombres no podían evitar fijarse en ella, aunque su afilada lengua siempre lograba espantarlos.

Como una de las reglas más estrictas de Eternal Heart era que ningún empleado podía mantener una relación con los clientes. Johana se escudaba en esta norma para negarse a cambiar su eficiente aspecto por otro más alegre, como el que lucía su hermana para dar ejemplo a sus demás empleadas.

Ese día Cristine llevaba un alegre conjunto de primavera compuesto por unos pantalones blancos y una llamativa blusa amarilla. Y, como siempre, adornaba su radiante apariencia con algún sugerente abalorio de plata, como unas pulseras y unos largos pendientes, que le daban un toque de elegancia. Su suelta y rizada melena morena, junto con sus ojos azules, atraía la atención de todos hacia su rostro, donde su hermosa sonrisa indicaba a sus clientes que siempre serían bienvenidos. Cosa que nunca podrían sentir con el fruncido ceño que mostraba Johana en su puesto de trabajo.

La cuestión de la indumentaria en el trabajo era uno de los puntos que

Cristine tendría que tratar con su hermana, junto con alguna otra idea de mayor relevancia, pensaba la siempre optimista empresaria, mientras una vez más echaba un vistazo a las numerosas reclamaciones que llevaba en las manos. Y por la forma en que Johana estaba tratando en esos momentos a otro de sus clientes, sin duda una queja más se añadiría a las que ya tenían.

—¡Por Dios, enamórate pronto, Johana! —masculló Cristine, alzando con frustración las manos al cielo, antes de ir en auxilio de aquel pobre hombre que no sabía cómo se las gastaba su hermana.

En realidad, la mayor parte de los días eran bastante tranquilos. Me sentaba detrás de mi mostrador, situado debajo del gran cartel de Reclamaciones, y me dedicaba a seleccionar solicitudes para ingresar en nuestra agencia como me daba la gana. A pesar de que ésa no era la política de Eternal Heart, y de que mi amable hermana dejaba que todo bicho viviente contratara nuestros servicios, yo me negaba en redondo a que la empresa se viera invadida por hombres que sólo buscaban una aventura de una noche, cuando la mayoría de las mujeres que acudían a nosotras querían hallar el amor. Así que a éstos los mandaba a paseo. A éstos y a los casados, los pervertidos, los estafadores y un montón de tipos despreciables más, que yo detectaba sin problemas.

Mi madre y mi hermana no sabían juzgar a los hombres; afortunadamente, yo tenía la capacidad de distinguir, con sólo una mirada, cómo eran en realidad. Por eso no me dejaba engañar por ninguno de ellos.

Por mi parte, disfrutaba de los hombres a mi manera. Cuando tenía una cita con alguno que pasaba mi estricto control de calidad, lo usaba para el sexo y después de acostarme con él, adiós muy buenas. Lo último que quería era complicarme la vida con una relación que sólo podía acabar en desastre cuando nos cansáramos el uno del otro. Así que a esos hombres nunca les revelaba mi verdadero nombre, ¡y qué decir de cuando me pedían el número de teléfono! Les soltaba el teléfono de la consulta de una pitonisa que mi hermana me hizo visitar en una ocasión, haciéndome tirar a la basura cincuenta dólares. ¡Qué mejor venganza para mí que llenarle a esa bruja estafadora la consulta de hombres con estúpidas reclamaciones como las que yo tenía que aguantar durante todo el día! Quién sabe, hasta es posible que alguno de ellos contratase sus servicios para intentar encontrarme...

La verdad es que ese lunes en concreto estaba siendo un día muy

aburrido. Mientras revisaba el sudoku del periódico de la mañana, esperando que no fuese demasiado complicado y por fin pudiera ser capaz de completar uno, escuchaba de fondo la alegre conversación de unas desorientadas jóvenes, de unos veinte años, que se hallaban sentadas no muy lejos de mí.

—Creo que deberías hacer este test para averiguar si te engaña... — comentó una de las chicas, alzando una de esas malditas revistas de mujeres que mi hermana siempre repartía por toda la agencia.

Yo las miré y pensé: «Si tienes que hacer el test, definitivamente te la está pegando con otra». Pero guardé silencio. Y mientras buscaba dónde meter un cinco en el maldito sudoku, no pude evitar seguir escuchando su conversación, cuando se dispusieron a realizar el cuestionable test que, según decía la revista, había sido creado por expertos. Según mi opinión, sin duda estaba hecho por cotillas.

—«¿Notas que tu pareja cree haber ido a lugares contigo que en realidad no habéis visitado juntos?» —le leyó una de las muchachas a su cabizbaja compañera.

—Sí, pero es que es muy olvidadizo y...

—Y, sin duda, la pérdida de memoria hace su aparición cada vez a edades más tempranas... —No pude evitar murmurar irónicamente, para que dejaran de torturarse a sí mismas, y a mí de paso, con aquel estúpido test que no llevaba a nada.

Pero ellas me dirigieron una fulminante mirada y siguieron con la ridícula revista.

—«¿Tu pareja ha comenzado a prestarle más atención a su vestuario?»

—prosiguió una de ellas, leyendo una nueva pregunta.

—Sí... —contestó apocadamente la rubia tímida, que poco a poco estaba perdiendo las ganas de seguir con aquella tortura, aunque su amiga insistiera en ello.

—No te preocupes por eso, esta pregunta también está en el test: ¿es gay? —las interrumpí, recordando cada uno de los cuestionarios con los que mi hermana me atosigaba.

—«¿Recibe llamadas que no contesta cuando está contigo?» —continuó la chica sin hacerme caso.

—Sí...

—Seguro que son de alguna compañía telefónica para que se cambie de operador —apunté con sorna.

La morena me fulminó con la mirada y continuó torturando a su amiga. Finalmente, me rendí y seguí con mi sudoku. Para cuando terminaron el

test con la estúpida pregunta de «¿Hace el amor contigo cada vez con menos frecuencia?», llegaron a la obvia conclusión de que el chico engañaba a la rubia. Así que me encontré con dos idiotas llorando a moco tendido: una por haber descubierto la traición de su novio y la otra sintiéndose culpable por haberla obligado a darse cuenta de ello. Como esas dos almas en pena se hallaban muy cerca de mi puesto de trabajo y estaba segura de que si mi hermana las veía me culparía de ello y, como castigo, me soltaría un nuevo sermón sobre mi falta de asertividad y empatía a la hora de tratar con los clientes, me acerqué a ellas e intenté animarlas.

—No te preocupes, ¡seguro que se trata de disfunción eréctil!

Mis palabras sólo consiguieron intensificar los llantos, por lo que corrí hacia el mostrador en busca de una caja de pañuelos de papel y unos bombones que guardaba para casos de emergencia. Justo en ese momento, tuvo la desgracia de aparecer frente a mí un espécimen masculino reclamando mi presencia.

Nada más ver a aquel personaje con su arrogante apariencia y su brillante sonrisa, llevando un Rolex de imitación, supe que era otro de esos presumidos a los que les gustaba jugar con las mujeres. No le presté la más mínima atención mientras sacaba la caja de bombones de su escondite, hasta que el tipo abrió la boca y, ¡cómo no!, me soltó una de esas estúpidas frases a las que yo ya estaba acostumbrada.

—No estoy contento con los servicios de su empresa y quiero presentar una reclamación formal.

—Ajá —repliqué despreocupada, apoyándome en el mostrador, consciente de que aquello iba a ir para largo.

—Su eslogan dice: «El amor perdurará siempre», pero el mío tan sólo ha durado dos semanas.

—No me diga —respondí un tanto escéptica, pensando en los miles de errores que podía haber cometido aquel altivo individuo y en lo ciegas que estaban algunas mujeres como para haber tardado dos semanas en percatarse de que semejante tipo era un idiota; a mí me habían bastado unos segundos para darme cuenta de ello.

—Que yo la engañara con otras no es excusa para dejarme plantado. Si ella me hubiera amado de verdad, no me habría abandonado. Así que exijo que me busquen otra pareja y, tal como reza ese cartel, que esta vez sea para siempre.

Al fin habíamos llegado al quid de la cuestión: su miembro tenía vida propia y sin duda decidía por él. La excusa más vieja de los hombres para

ser infieles sin arrepentirse de ello. ¿Y qué narices se suponía que debía hacer yo en un caso como éste, que había provocado que los llantos de las dos insensatas mujeres que seguían en la salita de espera aumentasen al oír las palabras de aquel promiscuo energúmeno? Y encima me pedía algo imposible, ya que por nada del mundo le presentaría a una nueva incauta para que la engañara.

Intenté seguir los consejos de mi hermana y ponerme en el lugar de la persona que presentaba la reclamación. Pero para su desgracia, también pensé en cómo se habría sentido la mujer después de saberse engañada por él, con lo que dejé de lado el consejo de Cristine y finalmente fui yo misma una vez más.

Saqué el rotulador indeleble que guardaba en uno de los cajones y, ante la asombrada mirada del reclamante, añadí lo que, en mi modesta opinión, siempre le había faltado a aquel molesto cartel que tenía detrás de mí: un enorme adverbio de negación con el que el nuevo eslogan de Eternal Heart era ahora. «El amor NO perdurará siempre.»

—¡Perfecto! —dije al ver mi obra finalizada—. Problema solucionado, caballero —conluí, ante el pasmo del tipo, que no parecía muy de acuerdo con la solución que le había dado a su problema.

Al ver los retoques que había hecho en el cartel del lema de la empresa, las dos llorosas mujeres aumentaron sus desolados lamentos, el hombre comenzó a gritarme y, al final, fui yo la que se comió la caja de bombones, mientras miraba despreocupadamente a todos aquellos idiotas, apoyada en el mostrador.

—En serio, no me pienso enamorar nunca —suspiré frustrada, viendo cómo mis chocolates desaparecían ante el estrés de mi trabajo.

Por desgracia, cuando alcé la cara me encontré con mi siempre alegre hermana, que me miraba con una de sus más hermosas sonrisas y eso para mí sólo podía significar problemas y otro molesto cursillo sobre el trato con el público y la atención al cliente.

La familia Dilmore poseía una antigua y extraña superstición, según la cual todos los varones debían casarse antes de cumplir los treinta años o si no se quedarían solteros para siempre. Y por más que cada uno de los miembros masculinos de esta familia habían intentado demostrar que esa creencia no era más que un ridículo cuento de viejas sin ningún fundamento, siempre acababa cumpliéndose ese irremediable destino en todos los varones que tuvieran la desgracia de llevar ese apellido.

Se suponía que, en principio, el lema de los Dilmore, grabado bajo el

escudo de éstos, y que rezaba «Un Dilmore siempre encuentra el amor verdadero», debería traer la dicha a los hombres de la familia, asegurándoles que siempre hallarían a su media naranja y tendrían una feliz y fértil vida familiar. Esta situación siempre era un fastidio cuando el linaje de los Dilmore al completo se reunía para intentar encontrar desesperadamente a esa mujer idónea para alguno de sus miembros cercano a la treintena. Seguramente, si dicha mujer tenía la desgracia de existir, saldría huyendo hacia la otra punta del país con tal de no toparse con esa estafalaria familia y sus ansias por emparejar a sus varones antes de que ese absurdo plazo de tiempo expirara. O eso al menos era lo que pensaba Derek Dilmore, que estaba próximo a cumplir los treinta y aún no había conocido a una mujer que le hiciera replantearse su soltería.

Después de que Derek pasara un largo período de tiempo sumergido en sus asuntos e intentando evitar el contacto con sus acosadores parientes, su familia al completo decidió acorralarlo y, en el momento en que volvió a la ciudad tras un largo viaje de negocios, lo hicieron ir con celeridad a la gran mansión de los Dilmore, asegurándole que su abuelo había recaído en su enfermedad, una dolencia que, curiosamente, sólo tenía cuando quería emparejar a alguno de sus nietos.

Derek estuvo tentado de negarse, pero quería demasiado a ese tramposo anciano como para arriesgarse a que sus síntomas fueran reales, así que cogió un taxi desde el aeropuerto y, con un desfase horario de doce horas que su exhausto cuerpo comenzaba a notar, se dirigió al encuentro de su abuelo.

Desafortunadamente para él, en cuanto traspasó la puerta de la mansión familiar se percató de que todo era una encerrona de su familia, que todavía consideraba cierta esa estúpida leyenda de los Dilmore y se negaban a que él se convirtiera en un eterno soltero. Por su parte, a Derek le era indiferente encontrar el amor o no. En esos momentos, lo único que deseaba era centrarse en su carrera y en expandir el negocio familiar hasta los más recónditos lugares, para que todos conocieran sus productos.

El negocio de los Dilmore, que los había llevado a amasar su fortuna, no era otro que una gran cadena de destilerías, repartidas por todo el mundo, en las que preparaban una bebida basada en la receta secreta de uno de sus antepasados y luego la vendían. Su whisky era fuerte, contundente y asequible y llegaba a todas las gargantas por igual, ya fueran ricos o pobres. Por eso su licor era conocido en todo el mundo.

Bueno, eran conocidos por él y porque ese antepasado inventor de la misteriosa receta se había dedicado a sacar provecho de la famosa Ley Seca, convirtiéndose en uno de los más afamados contrabandistas de alcohol de la época, destilando su propia bebida en casa.

Por suerte, nunca lo pillaron y cuando la Ley Seca fue abolida, el whisky de los Dilmore era uno de los más requeridos por todos. Que esa gran fortuna proviniera de una actividad tan cuestionable era algo que no preocupaba a ninguno de sus miembros actuales. De hecho, se enorgullecían de ello, y por eso Derek había decidido ampliar el imperio de su familia abriendo varios pubs repartidos por todo el mundo, con el nombre de su antepasado como homenaje, donde se recrearía el ambiente de los años veinte, lo que le daría un llamativo toque a la fuerte bebida de los Dilmore y los haría aún más populares entre todos los clientes.

Este proyecto le estaba llevando más tiempo del que había pensado en un principio y le molestaba bastante que su familia interrumpiera su trabajo con la absurda idea de que se apuntase a una agencia matrimonial.

—Hijo mío, como puedes ver, estoy bastante enfermo —dijo el anciano Geron Dilmore desde su enorme cama, sin dejar de acariciar a su gordo y peludo gato ni un momento.

Derek puso los ojos en blanco una vez más ante su excéntrico abuelo, mientras tomaba asiento en una silla junto al lecho del anciano. Para aumentar la teatralidad de la situación, su madre y sus tías lloraban a moco tendido en la habitación, todas ataviadas con ropa negra, al tiempo que recordaban los buenos momentos de su anciano padre.

Cualquier persona que observara esta dramática escena pensaría que el hombre que se hallaba en el lecho estaba en las últimas, pero Derek no caería en ese tremendo error, sobre todo porque la lamentable escena se repetía cada semana desde hacía tres meses.

—Creo que es un problema del corazón —añadió el anciano, tocándose dramáticamente el pecho.

—¿Y no será que estás enfermo porque eres alérgico a los gatos y en estos momentos estás sosteniendo y acariciando uno, abuelo? —preguntó irónicamente Derek, apartando al orondo animal de su regazo y tendiéndole un pañuelo para que se limpiara los llorosos ojos y la mocososa nariz.

—*Titán* es la única alegría que me queda en esta casa, ya que los ingratos de mis nietos se niegan a visitarme —replicó el hombre, arrebatándole el

pañuelo bastante enfadado, más por haber sido descubierto en su mentira que porque sus quejas tuvieran fundamento, ya que cuando él los llamaba, todos sus nietos acudían diligentemente a su lado.

—Creo que eso se debe a que cada vez que mis primos o yo tenemos la desgracia de aparecer por esta casa, intentas hacernos de celestina, algo para lo que algunos todavía no estamos preparados —contestó Derek, intentando dejar clara su postura.

—Yo sólo lo hago por vuestro bien: cuanto antes encontréis a vuestra pareja, antes podréis casaros y alejaros de esa maldición que nos persigue desde hace generaciones.

—¡Por Dios, abuelo! ¡Eso es sólo una vieja superstición! Yo me niego a segueros el juego en este asunto.

—¿Tengo que mencionarte a tu tío Max, que va camino de morir solo? ¿Y qué hay de tu primo Francis, que ahora es un hombre solitario, acompañado únicamente de sus viejos gatos? Por no hablar de mi hermano Ernie, que pasa el resto de sus días en una solitaria residencia.

—Abuelo, el tío Max no se casa simplemente porque es un vividor, sólo tiene treinta y cinco años y está muy lejos de encontrarse solo, cuando cada día está acompañado por alguna de sus amantes. Mi primo Francis vive con un gato y su pareja, al que, como se trata de un hombre, tú te niegas a aceptar. Y sobre mi querido tío-abuelo Ernie, está en una residencia de lujo, donde se pasa los días jugando al golf y coqueteando con las jóvenes enfermeras. Si ése es el destino que me espera por no casarme antes de los treinta años, estoy muy dispuesto a arriesgarme.

Los llantos de las mujeres de la familia aumentaron ante esa grave afirmación y Derek se limitó a mirar cómo pasaban los segundos en su caro reloj, preguntándose cuánto más durarían esta vez las trágicas lamentaciones de sus familiares, antes de que lo dejaran volver a sumergirse de nuevo en su trabajo.

—¡Deja de mirar tu reloj, jovencito! —lo reprendió severo su abuelo—. Esta vez no te voy a dejar ir tan fácilmente.

Ante estas palabras Derek le sonrió irónico, retándolo a que hiciera algo para detener sus pasos hacia la salida y evitar que volviera a su ajetreado trabajo, que en esos momentos era la única relación absorbente que deseaba tener.

Su marcha se detuvo con las siguientes palabras de su abuelo, que le hicieron recordar que los Dilmore siempre hacían trampa cuando querían conseguir algo. Y, por lo visto, el mayor deseo del anciano en ese momento era verlo casado, un error que, definitivamente, Derek se

negaba a cometer.

—Desde mañana, Derek Dilmore, quedas relevado de tu puesto y la empresa te concederá unas vacaciones indefinidas hasta que encuentres una prometida.

—¿Qué?! Pero ¡eso es absurdo, abuelo! —gritó él, indignado, intentando hacerlo entrar en razón—. Estoy llevando adelante un acuerdo millonario que nos puede reportar cuantiosas ganancias, ¿y tú vas a arriesgarte a perderlo todo sólo por un estúpido mito que seguro se inventó alguna mujer despechada para hacernos la vida imposible a los hombres de esta familia?

—Me niego a que te quedes soltero para siempre, Derek, hijo mío, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que encuentres a la mujer idónea. Incluso obligarte a buscarla si es necesario —sentenció tajantemente el anciano, con el que nunca se podía razonar sobre esa endiablada cuestión.

—Bien, ¿si encuentro a una mujer me dejarás en paz y podré volver a mi trabajo sin más interrupciones?

—No me vale con que salgas a la calle y escojas a la primera que aparezca. Quiero que sea alguien con la que estarías dispuesto a casarte en menos de tres meses, que es el tiempo que queda para tu cumpleaños.

—¡Vamos, no me jodas, abuelo! ¿Cómo narices voy a encontrar ahora a esa persona en tan poco tiempo, si en mis veintinueve años no he dado con ella?

—Poniendo tanto empeño en hallarla como hasta ahora has puesto en expandir el negocio familiar. Sin duda, si te esfuerzas aunque sólo sea la mitad de lo que lo has hecho en tu trabajo, no tardarás en dar con la mujer idónea para llevar nuestro apellido —declaró el anciano, tendiéndole a su reticente nieto una tarjeta de una empresa dedicada a buscar a la persona adecuada con la que pasar la eternidad. O eso al menos era lo que anunciaba alegremente la tarjeta de ese absurdo negocio que llevaba el ñoño nombre de Eternal Heart.

Derek la miró apenas un segundo, antes de arrugarla en su puño y dejarla caer al suelo. Luego observó con determinación a su abuelo y decidió arriesgarse ante lo que seguramente sólo debía de ser un farol del anciano, ya que nadie que hubiese dirigido un negocio, como hizo en su día Geron Dilmore, sería tan estúpido como para dejar escapar un acuerdo de varios millones de dólares por semejante tontería.

—Abuelo, sabes que te quiero mucho, pero no estoy dispuesto a seguirte el juego.

Y, tras estas palabras, Derek abandonó la mansión familiar sin percatarse de la severa mirada de su abuelo, que indicaba que éste no podía ir más en serio en lo relativo a ese absurdo plan de encontrarle una mujer. El anciano cabeza de familia cogió el móvil que le tendió una de sus hijas, que habían cesado en sus lamentos al no tener nadie ante quien actuar, y, totalmente decidido a enseñarle a ese jovenzuelo que todavía tenía fuerzas para presentar batalla, marcó el número de su oficina principal y comenzó a dar órdenes como antaño.

Nadie osó rebatirlas. Por una vez, Geron le demostraría a ese desvergonzado muchacho que él nunca fanfarroneaba, y que cuando quería conseguir algo iba a por ello con todo. Por algo una vez dirigió el destino de esa empresa, convirtiéndola en el próspero negocio que era ahora. Cuando un Dilmore jugaba, sólo lo hacía para ganar.

Capítulo 2

Las oficinas de los Dilmore en Chicago estaban ubicadas al norte de Wabash Avenue, en un famoso barrio del distrito financiero. Un inmenso edificio de unas cincuenta plantas y unos ciento cuarenta metros de altura, daba cabida a la sede central de este famoso negocio de licores. Las privilegiadas vistas que daban al río y la ventajosa posición entre los múltiples comercios y oficinas hacían de él un lugar idóneo para trabajar, y más aún si uno era el presidente de la compañía.

Aunque, al parecer, algunos días esto resultaba imposible. Especialmente cuando el anterior presidente del imperio familiar decidía reunir a toda la junta directiva para poner de patitas en la calle al presidente actual hasta que cumpliera sus absurdas demandas. Algo de lo que Derek no creía capaz a su abuelo, hasta que intentó entrar en su edificio, como hacía a diario, y vio como el guardia de seguridad de la compañía detenía sus pasos en recepción. El hombre uniformado de mediana edad que siempre lo saludaba con una sonrisa, en esta ocasión se interpuso en su camino en cuanto Derek atravesó las puertas de la empresa y le hizo saber hasta dónde era capaz de llegar su abuelo para que cumpliera sus mandatos.

—Lo siento, señor Dilmore, pero hasta nueva orden tiene usted prohibida la entrada a estas instalaciones —anunció el guardia, olvidándose de ofrecer en esta ocasión la amable sonrisa con la que recibía a su presidente todas las mañanas.

—¿Qué significa esto, Harry? —replicó Derek indignado, zafándose del agarre del hombre cuando éste intentó guiarlo hacia la salida.

—Perdóneme, señor Dilmore, pero su abuelo se ha reunido a primera hora de la mañana con la junta directiva y han emitido esta orden —le comunicó Harry un tanto apenado, a la vez que le mostraba una hoja impresa con su foto, señalándolo como «persona non grata» en la empresa.

—¡Quiero hablar con Matilda! —exigió Derek, furioso, mientras esquivaba a Harry y se dirigía hacia el mostrador de recepción, donde una eficiente mujer que siempre se había mostrado sumamente servicial ante sus peticiones lo obsequió con la falsa sonrisa que siempre dedicaba a las visitas molestas en las situaciones más embarazosas.

—Buenos días, señor Dilmore, ¿en qué puedo ayudarlo? —le preguntó amigablemente.

—¿Me puedes explicar qué narices está pasando aquí? —gritó él, exigiendo una explicación a toda aquella locura.

—El señor Geron Dilmore, junto con la junta directiva al completo, han decidido que lo mejor para usted en estos momentos es que se tome unas merecidas vacaciones.

—¿Y cuánto tiempo se supone que deben durar esas vacaciones? —inquirió Derek, cada vez más molesto con esa inusual situación.

—La duración no ha sido definida, pero todos los integrantes de la junta están impacientes por acudir este año a su trigésimo cumpleaños.

—Sí, seguro... —contestó él cínicamente, sabiendo que los miembros de esa estúpida junta directiva, que no eran otros que sus parientes más cercanos, sus queridos tíos y sus adorados primos, se estaban divirtiendo con su desgracia. Ya fuera porque ellos habían sufrido lo mismo que él estaba sufriendo ahora a manos de su abuelo, o porque estaban próximos a convertirse en su siguiente objetivo y querían evitar que el cabeza de familia se centrara en ellos y les hiciera la vida tan imposible como se la estaba haciendo a Derek en esos momentos.

Al percatarse de la extraña situación en la que se encontraba, trató de razonar con Matilda. Pero para su desgracia, con una mujer tan cercana a la generación de su abuelo era muy difícil argumentar nada. Y más aún cuando la orden que lo enviaba al destierro había sido emitida por su siempre adorado antecesor. No obstante, Derek intentó hacerla entrar en razón, rogando en todo momento que alguna de las personas que trabajaban allí se diera cuenta de lo estúpida que era la idea de dejar fuera de la compañía al presidente, justo cuando debía recibir a un importante inversor.

—Matilda, sé razonable: en menos de treinta minutos tengo una reunión de negocios con un cliente esencial para nuestra expansión y...

—Su cita se ha adelantado, señor Dilmore, y en estos momentos su abuelo Geron y su tío Max están reunidos con el señor Archibald Motreal.

—¡No me jodas! ¡Un mujeriego y un anciano senil! Ahora sí que me quedo mucho más tranquilo —ironizó Derek, impaciente, deseando dejar inconsciente al guardia y correr hacia esa reunión antes de que su negocio se arruinara.

Cuando estaba sopesando en serio la idea de noquear al corpulento guardia de seguridad, que le sacaba dos cabezas, las puertas de los ascensores se abrieron y de su interior salieron su exasperante abuelo,

milagrosamente recuperado de su terrible enfermedad en apenas un día, su joven y despreocupado tío, que por una vez lucía un impoluto y elegante traje, y el señor Archibald, el hombre con el que había contactado para que lo aconsejara y asesorara en la creación de esos pubs que llevarían el nombre de los Dilmore.

Cuando Derek vio cómo su posible socio salía sonriendo de la reunión, dedujo que el trato habría sido llevado a un feliz término y que las cosas no se presentarían tan mal como en un principio había temido, hasta que oyó la propuesta que su tío Max le proponía a su posible socio y quiso estrangularlo.

—Y ahora te voy a llevar a un bar de chicas, donde las camareras van en *topless* —anunció alegremente, a la vez que golpeaba con firmeza la espalda de Archibald.

Por suerte, éste se tomó a broma el comentario y Derek suspiró tranquilo. Hasta que su por lo visto nuevo socio pasó junto a él y le mencionó el motivo por el que él había sido excluido de esa importante reunión.

—¡Hola, Derek! Lamento mucho que no hayas podido asistir a esta reunión, pero ya se sabe: ¡los preparativos de una boda llevan su tiempo! ¡Muchas felicidades! Cómo te lo habías callado, ¿eh? —comentó Archibald, quitándole importancia a su ausencia en las negociaciones de aquel significativo trato.

Él se disculpó sin dejar de fulminar a sus taimados familiares con la mirada y, cuando intentaba sonsacarle a Archibald más información sobre el acuerdo al que había llegado con su empresa, su tío Max no dudó en alejar al empresario de él, guiándolo hacia la salida. Su abuelo, por otro lado, tan sólo le dirigió una de sus impertinentes miradas, recordándole que su advertencia no había sido un simple alarde de poder, como Derek había tenido la desgracia de creer en su momento, sino que Geron Dilmore era muy capaz de hacer todo lo que se le ocurriera para no dejarlo vivir en paz con su soltería.

Luego, el rencoroso anciano se marchó sin dirigirle una sola palabra y antes de que Derek asumiera que era tan endiabladamente obtuso como para realmente obligarlo a buscarse una esposa, la eficiente Matilda cumplió un último encargo de su adorado jefe y le entregó una nueva tarjeta de la agencia matrimonial que él tan deprisa había desechado cuando su abuelo se la entregó con anterioridad.

Miró a la recepcionista bastante molesto con la situación, pero consciente de que Matilda no podía hacer nada para remediarla,

finalmente decidió buscar una novia lo más pronto posible; si tal vez no para formar una familia, algo en lo que no estaba interesado en esos momentos, sí para que sus estúpidos familiares dejaran de empecinarse y cesaran de entrometerse en su vida durante un largo tiempo.

—¿Otra vez aquí, Johana? —preguntó Julius con resignación. Era un hombre de mediana edad, que desde hacía varios años impartía cursillos complementarios para la formación de los trabajadores de la empresa Eternal Heart.

En el largo tiempo que llevaba dando esas insulsas clases nunca había visto a una alumna tan reincidente. Si Julius fuera más joven y un poquito más guapo, podría llegar a pensar que estaba interesada en él, dada la frecuencia con la que se veían. Pero lamentablemente, la verdad era que Johana carecía de tacto y delicadeza a la hora de tratar con la gente y, encima, a algún estúpido se le había ocurrido la genial idea de concederle un puesto en el que tenía trato continuo con los clientes de su empresa. El evidente resultado no era otro que una, o incluso dos veces a la semana, Julius recibía la visita de Johana en su pequeña aula.

Después de que su recalcitrante alumna tomara asiento junto a una alegre y jovial joven llamada Brittany, que había sido contratada como ayudante de recepción y que, por lo tanto, debía recibir un cursillo obligatorio de comunicación y atención al cliente, Julius decidió que lo mejor sería comenzar la clase cuanto antes para acabar lo más pronto posible con el terrible dolor de cabeza que Johana Martin representaba para él.

—Buenos días. Me llamo Julius Tilson y voy a ser su profesor. A partir de ahora, daremos comienzo a este cursillo de dos horas sobre comunicación y atención al cliente. Entre otras materias, aprenderemos a tratar a las personas con asertividad y empatía —anunció a su reducida clase de dos alumnas, recalando estas últimas palabras sin dejar de mirar fijamente a la culpable de alguna de sus más intensas jaquecas—. Vamos a ver, Johana, ¿puedes decirle a la clase qué significa ser una persona asertiva? —la animó el resignado profesor. Johana ya debía de saberse de memoria el temario, aunque no supiera llevarlo a la práctica.

—¿En serio, Julius? ¿Qué clase? —preguntó ella, señalando con ironía la evidencia del aula casi vacía que los rodeaba, donde tan sólo había dos alumnas y el profesor.

—Johana, por favor, deja de distraerte y dime lo que significa ser asertivo. Por una vez quiero salir a mi hora —le rogó él.

—Vale. Ser asertivo significa decir lo que piensas, algo que realmente yo siempre hago y no sé por qué molesta tanto a los demás...

—¿Y qué más, Johana? —apremió el abatido profesor a su conflictiva alumna, exigiéndole la parte de la definición que le faltaba.

—«Tienes que expresarte de una manera que no ofenda a los demás» —recitó de memoria Johana, poniendo los ojos en blanco al pensar que eso era algo totalmente imposible para ella.

—Bien. Ahora todos tenemos claro lo que es ser asertivo, ¿verdad, Johana? —preguntó de nuevo Julius, consciente de que sus lecciones muy pronto serían desechadas por la joven y que una vez más la tendría sentada frente a él, amargándole la mañana—. Repartiré unas hojas con el temario que daremos durante estas horas y al final haremos un ejercicio práctico y realizaréis un test de aptitud para determinar si sois aptas para vuestro trabajo.

—Julius, ¿realmente crees que tengo que hacer ese test para averiguar si soy apta para mi trabajo? Ya te daré yo la respuesta sin rellenar ningún papelito: la respuesta es un gran y rotundo «no».

Julius negó una vez más con la cabeza, sin saber qué hacer para que ella dejara de asistir a sus clases y finalmente dio comienzo a sus lecciones, ignorando las múltiples quejas de Johana sobre su dificultoso temario.

Después de dos largas horas de arduo trabajo, Julius llegó a la conclusión de que en esa ocasión también saldría tarde del trabajo.

—¿Qué es la comunicación no verbal? —le preguntó por enésima vez la expresiva y alegre Brittany a su profesor, que la miró cada vez más frustrado, ya que esa muchacha podía ser la alumna perfecta, si no tuviera la desgracia de poseer la memoria de un pez.

—De verdad, Julius, no comprendo que uno de los principios de la asertividad sea ser honesto —intervino Johana—. Yo soy terriblemente sincera con todo el mundo y siempre acabo en tus clases para repetir este ridículo cursillo una y otra vez.

El profesor se derrumbó en la silla de detrás de su mesa y se masajeó lentamente las sienes, intentando librarse del punzante dolor de cabeza que comenzaba a molestarlo. Por desgracia, la causa principal de su malestar tenía nombre y apellidos y la tenía sentada delante. Tras lamentarse una vez más por haber invitado a sus alumnas a que preguntaran cualquier duda que tuvieran, Julius cedió a lo inevitable y se dio a la bebida. Aunque sabía que no debía hacerlo, y mucho menos en clase y frente a sus alumnas, no pudo resistirse y sacó la fría lata de Coca-Cola que escondía en uno de los cajones, para aguantar uno más de

aquellos malditos días en los que solamente quería olvidarse de sus enseñanzas y demostrarle con una patada en el trasero de alguno de sus alumnos lo que era la comunicación no verbal y lo asertivo que podía llegar a ser en un momento como ése.

De todas formas, como su trabajo era enseñar, guardó su refresco en el fondo del cajón y se dispuso a resolver una vez más las dudas de Brittany, que, para su desesperación, siempre eran las mismas.

Decidido a acabar con su mayor tortura, ideó un ejercicio que hiciera comprender a Johana de un modo definitivo lo que significaba tener tacto a la hora de comunicarse con otros, así que sacó de su extensa recopilación de actividades una situación extrema en la que tal vez esa joven pudiera llegar a decir las palabras adecuadas en el momento oportuno. Quién sabía, si esa frustrante muchacha conseguía aprobar al fin uno de sus ejercicios prácticos, tal vez tuvieran una base sobre la que continuar con sus enseñanzas.

—¡Por Dios, que esto funcione! —rogó desesperadamente Julius antes de proseguir con su lección—. Bueno, y ahora veremos un caso práctico para que podáis demostrar vuestros conocimientos...

En realidad no sabía por qué Julius se molestaba tanto ante mis comentarios. Total, si en esos momentos no estuviera la rubia *happy* que siempre sonreía, estaríamos comiendo galletitas de limón y bebiendo refrescos, mientras veíamos una película en el proyector del aula. Desde hacía dos años, cada vez que mi hermana quería manifestar su disgusto por mi comportamiento, no tenía otra brillante idea más que enviarme a esas repetitivas clases que siempre me aburrían.

Al principio, el profesor se mostraba amable y educado. Luego pasó a reprenderme con severidad por mis errores y por último decidió dejarme por imposible. Me sabía ese estúpido temario de memoria, pero no estaba en mi naturaleza decir las cosas sutilmente. Y menos aún en una empresa en la que veía cómo las mujeres hacían el idiota sin parar por algún espécimen masculino. Si se equivocaban, si erraban en su elección o simplemente se fijaban en el hombre inadecuado para enamorarse, yo no podía evitar gritarles a la cara lo necias que eran.

Tal vez fuera una costumbre muy fea y, además, sólo unas pocas hacían caso de mis bruscas palabras, pero tras ver a mi madre y a mi hermana fallar en el amor continuamente, aprendí que las palabras dulces no siempre sirven para abrirte los ojos ante la verdad. Las personas en ocasiones no querían ver la realidad y anhelaban seguir viviendo ese

dulce sueño que era el amor, aunque fuera una mentira.

Yo preferiría vivir un amor sincero y verdadero, pero como nunca había experimentado ese tipo de relaciones, era escéptica respecto a su existencia. En definitiva: no creía en el amor, aunque tal vez no me importaría rendirme ante él si algún hombre llegaba a demostrarme que no se trataba tan sólo de un cuento de niñas para que las mujeres nos conformáramos con un solo príncipe, o tal vez debería decir con un solo sapo.

Perdida en mis pensamientos, apenas me fijé en que el imaginativo caso práctico que Julius estaba desarrollando para mí había comenzado. Ese hombre siempre me ponía en las situaciones hipotéticas más absurdas posibles, esperanzado en dar con la clave para erradicar mi ofensivo comportamiento.

—Johana, imagina que Brittany es una cliente de tu empresa y que está sufriendo tanto por su ruptura con su pareja que ha decidido acabar con su vida arrojándose por la ventana. Tú eres la única persona que está con ella en la habitación de un décimo piso en ese momento, ¿qué le dirías para evitar que cometiera una locura?

La verdad era que el ejemplo que Julius había decidido plantearme era muy fácil, porque, para mi desgracia, ya lo había vivido junto a mi teatral madre, para la que cada ruptura sentimental significaba el fin del mundo. Así que recreé la respuesta que yo le daba a ésta cuando asomaba medio cuerpo por la ventana y pretendía tirarse al vacío. Aunque en nuestro caso sólo tenía una altura de una planta, ya que vivíamos en un bajo, y lo máximo que le podía pasar era que se rompiera una pierna.

Me dirigí decidida hacia la ventana, la abrí de par en par y, cuando volví a mi asiento, dije con total despreocupación mirando mi móvil:

—Cuando llegues abajo, avisa.

Creo que ésa no era la respuesta que Julius esperaba escuchar, ya que empezó a golpearse la cabeza contra su escritorio. Aunque por lo menos Brittany se dio cuenta de mi amabilidad y me dio las gracias por abrirle la ventana.

Ese caso práctico creo que acabó con la paciencia de Julius y su afán de convertirnos en unas personas competentes en nuestro trabajo, ya que finalmente repartió los exámenes y comenzó a chivarnos cada una de las respuestas. Por desgracia, mi hermana lo pilló y, tras dirigirle una de sus hermosas sonrisas, le pidió que fuera a su despacho.

Brittany y yo terminamos el estúpido test bajo la supervisión de mi hermana. Estuve tentada de decirle a mi compañera que dejara de copiar

mis respuestas, ya que yo no era la más adecuada para sacar buena nota en ese examen, porque, a pesar de saber lo que debía contestar, siempre ponía lo que me daba la gana, obteniendo con ello más de una censuradora mirada de mi extenuado profesor.

Cuando salía del aula, después de entregarle ese estúpido papel a mi hermana, no pude evitar defender al pobre hombre que siempre tenía la desgracia de aguantar mis desplantes.

—No seas dura con él, Cristine, después de todo, tiene que soportarme —le recordé, intentando que rememorara las innumerables veces que la había hecho llorar con mi incorregible carácter.

—Pero ¿qué dices? Pienso ofrecerle un puesto estable en esta empresa de por vida, claro está, siempre que él quiera quedarse —contestó Cristine mientras me miraba, haciéndome culpable del más que probable rechazo de Julius—. Al fin y al cabo, ha conseguido que abrieras la ventana: eso ya es un avance —aclaró Cristine, haciendo referencia a la multitud de veces que yo la había ignorado durante las teatrales escenas de suicidio con las que, igual que mi madre, me deleitaba cada vez que rompía con alguien, y en las que yo la animaba a que probara a saltar por la ventana, pero sin molestarme siquiera en abrirla. Tenía razón. Era un avance.

—Cambiando de tema, esta semana tenemos una visita que nos puede acarrear grandes beneficios, así que intenta ser amable por una vez en tu vida y no espantar a ese rico y joven soltero que viene a buscar esposa —me advirtió Cristine, dedicándome una de sus más amenazadoras miradas.

—Rico, joven y soltero... ¿y viene aquí en busca de esposa? Ya sé lo que pasa con ese hombre: es tan feo que hasta el espejo le niega su reflejo —conjeturé, buscando cuál podía ser su gran defecto para que acabara solicitando nuestros servicios cuando, realmente, un individuo de esas características podría hallar una esposa por sí solo fácilmente.

—Pues no, no es feo —contestó mi hermana, aumentando mi curiosidad.

—¿Gay?

—No.

—¿Vive con su madre?

—No y no insistas Johana, no te pienso decir ni una palabra más de él.

—Pues pienso ser igual de simpática que todos los días —amenacé abiertamente, queriendo saber la verdadera razón para que ese cliente quisiera contratar los servicios de nuestra empresa.

—A pesar de tus amenazas, no pienso decirte nada —finalizó

alegremente mi hermana, alejándose de mí bastante animada por la nueva incorporación de nuestra agencia matrimonial.

—¡Seguro que la tiene pequeña! —le grité a Cristine, ganándome con ello la escandalizada mirada de dos mujeres que estaban hojeando una de nuestras solicitudes para hallar pareja.

—No se preocupen, señoras, los tenemos de todas las medidas posibles. Sólo especifiquen sus preferencias al respecto en su solicitud.

Y, tras hacer que la agencia perdiera a dos nuevas clientas, me volví rápidamente a mi puesto de trabajo, antes de que mi hermana se diera cuenta de que las interesadas que esperaban habían desaparecido y yo había sido de nuevo la culpable.

Tras pensar durante un tiempo en todas las posibles opciones, finalmente cedí ante las exigencias de mi abuelo y me dirigí hacia la agencia matrimonial que me había indicado, dispuesto a darle una razón para que no pudiera rechazar mi vuelta al trabajo.

Lo máximo que había estado alejado de mis negocios era una semana, durante unas vacaciones que me había tomado hacía ya bastante tiempo, un plazo que ahora ya había sobrepasado con creces, debido a la cabezonería de un viejo entrometido que se negaba a dejarme en paz hasta que tuviera una mujer a mi lado.

Decidido a convencerlo de que estaba buscando a la persona adecuada, entré en las oficinas de Eternal Heart. Tras cruzar las puertas de la agencia de contactos, una amable recepcionista me guio hacia un largo pasillo provisto de cómodas sillas para los clientes que aguardaban, y algunas mesas con revistas, todas ellas demasiado femeninas para mi gusto.

Al final del pasillo había un gran mostrador con un enorme cartel que colgaba del techo, en el que podía leerse, escrito con inmensas y llamativas letras rojas, «Reclamaciones». Se suponía que allí era donde tenía que pedir la solicitud que debía rellenar, primer paso para que mi familia me dejara en paz.

Pensando en lo desesperado que me hallaba, me dirigí hacia la empleada que había detrás del mostrador con la intención de hacer todo lo necesario para encontrar una mujer a la que pudiera hacer pasar por mi prometida ante los perspicaces ojos de mis familiares. Aunque tal vez con el resguardo del documento de inscripción en la agencia pudiese bastarme para poder recuperar mi lugar en la empresa... Caminé, decidido a conseguir alguno de mis dos objetivos para detener la locura

de mi abuelo y de mi endemoniada familia, pero en cuanto llegué ante el mostrador, no pude evitar fijarme en quien lo atendía.

En el momento en que mis ojos se fijaron en aquella mujer que se apoyaba despreocupadamente en el mostrador mientras hacía un sudoku, lo supe. Sólo me bastó una simple mirada para saber que era... ¡la mujer más borde y antipática que había tenido la desgracia de conocer! Las primeras palabras que salieron de su boca tras examinarme lentamente de arriba abajo cuando le pedí una solicitud no hicieron más que confirmar mis expectativas.

—Pues no, no pareces de los que la tienen pequeña. ¿Tal vez disfunción eréctil? —preguntó insultante, y, sin saber por qué narices me hacía ese tipo de preguntas, me limité a contestar con la misma insolencia que ella.

—Cuando quiera le demuestro que está en un error —repliqué, acercándome lo suficiente como para intimidarla.

Pero ella no retrocedió, ni siquiera se avergonzó ante mi poco sutil respuesta o mi abierta invitación, simplemente chasqueó los dedos irónica frente a mi rostro y exclamó:

—¡Ya está: eyaculación precoz!

La fulminé con la mirada, antes de dejarla por imposible y llegar a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ignorar sus insultos y rellenar el formulario, para marcharme de allí lo antes posible.

Mientras me hacía a un lado para responder a las absurdas preguntas del cuestionario sin molestar a aquella arpía, que seguía con su sudoku, tuve la oportunidad de verla trabajar muy de cerca y me pregunté quién sería el loco que habría puesto a una persona así en una tarea como aquélla.

Johana miró con atención a aquel hombre, que, por lo que pudo atisbar en su solicitud, tenía veintinueve años. La verdad era que no estaba nada mal: casi metro noventa, pelo negro y unos inusuales y hermosos ojos verdes que lo hacían bastante atractivo para cualquier mujer. Si se le añadía su porte atlético y su caro traje de empresario, se convertiría en un apetitoso partido para cualquiera de las enamoradizas mujeres que buscaban marido y recorrían cada dos por tres los pasillos de la empresa. Esta vez su hermana había hecho una buena adquisición. Sin duda, no era otro que el adinerado joven que Cristine le había dicho que visitaría las instalaciones de Eternal Heart. Por más que revisó aquel atractivo cuerpo de arriba abajo no halló inconveniente alguno en él, y eso que Johana tenía un sexto sentido para los hombres, que siempre le indicaba si eran defectuosos. No llevaba anillo de casado ni marca de haber llevado uno,

por lo que no buscaba engañar a alguna incauta, sus ropas eran bastante caras y su reloj y sus gemelos no eran falsos, por lo que verdaderamente disponía de bastante dinero. Aunque lo habían molestado sus despectivos comentarios, se había comportado como un caballero al ignorarla por completo, seguramente al llegar a la conclusión de que su carácter era imposible, así que también era listo, ya que no buscaba discutir con ella, como hacían muchos de los hombres a los que ofendía.

Decidida a seguir con su trabajo, Johana trató de ignorar al individuo, mientras intentaba decidir dónde iba el dos en aquel maldito rompecabezas de números que siempre se le resistía.

Pero cuando estaba a punto de finalizar su sudoku, otro nuevo espécimen masculino se acercó al mostrador y le dijo:

—¿Podría hacer su trabajo y darme una solicitud?

Otro tipo que quería ingresar en el loco mundo de las parejas. Pero en esa ocasión Johana decidió que no era adecuado para entrar en Eternal Heart.

—No —contestó, tras dirigirle una fugaz mirada, antes de volver a intentar introducir el dos en alguna parte.

—¿Por qué no? —preguntó él, enfadado, arrebatándole a Johana su entretenimiento.

Tras ese brusco gesto, Johana le prestó toda su atención y fue a contestarle apropiadamente, pero recordando a tiempo que no deseaba volver a pisar la pequeña aula de Julius, al menos por un tiempo, esbozó una de sus mejores sonrisas e intentó deshacerse del hombre con tacto y delicadeza.

—Lo siento, pero en este momento no quedan solicitudes.

—Y esa pila de papeles que hay detrás de usted, ¿qué son? —preguntó él, bastante reticente ante su respuesta.

—Solicitudes de ingreso —respondió Johana sin dejar de sonreír, aunque esta vez el gesto estaba cargado de ironía.

—Entonces, ¿deme una de esas malditas solicitudes de una vez!

—No hay solicitudes —contestó de nuevo Johana.

—Pero ¡vamos a ver, ¿hay o no hay solicitudes para apuntarse a esta agencia matrimonial?! —insistió él bastante enfadado, empezando a perder la paciencia.

—Sí y no —replicó Johana, confundiendo más al hombre, que comenzaba a exasperarse ante su insultante actitud.

—¿Me quiere explicar qué narices significa eso, señorita? —exigió él, golpeando con fuerza con uno de sus puños el mostrador y haciendo que

ella diera un paso hacia atrás ante el furioso gesto.

—Significa que hay solicitudes, pero que no son para una persona como usted. Hasta el más tonto hubiera captado sus indirectas —intervino tranquilamente el joven adinerado, tras dirigirle una amenazadora mirada al iracundo sujeto.

—¡Tú no te metas en esto! ¡Quiero que me responda ella!

—No veo por qué tiene que volver a repetírselo, aunque, si quiere, yo lo haré de muy buena gana mientras lo acompaño a la salida, caballero —añadió el joven, dejando a un lado su solicitud y poniendo fin a la disputa con su intimidante presencia.

El hombre se alejó expresando con furiosos gritos su descontento con el trato recibido. Por su parte, Johana se acercó al mostrador y pronunció unas palabras que nunca hubiera creído posible que llegaría a dirigirle a ningún hombre. Y menos aún estando en su singular trabajo.

—Gracias —le susurró al desconocido, que, a sus ojos, cada vez se iba haciendo más atractivo.

Aunque, como todos los hombres, lo estropeó todo cuando no pudo evitar regodearse en su victoria.

—¿Qué ha dicho? Es que no la he oído demasiado bien —ironizó, acercándose a Johana.

Y ella no pudo evitar hacer caso de la petición de su salvador; con una maliciosa sonrisa, acercó lentamente sus labios a una de sus orejas y le gritó a pleno pulmón su gratitud.

—¡¡Gracias por su ayuda!!

Después de eso, el hombre, bastante molesto con sus modales y un tanto sordo por sus gritos, se alejó de ella, terminó rápidamente de rellenar el impreso, y se lo entregó con algo de reticencia ante lo que una agencia matrimonial como aquella podía ofrecerle.

—¿Por qué lo ha rechazado? —preguntó algo confuso, sujetando aún la solicitud, que Johana ya había cogido entre los dedos.

Leyó el nombre de su nuevo cliente y, con una audaz sonrisa, contestó a su pregunta.

—Eso es muy fácil de responder, señor Dilmore.

—Por favor, llámeme Derek. Y explíquese, Johana, tal vez dejar o no el impreso dependa de lo que usted me diga —amenazó sutilmente, tomándose la libertad de utilizar el nombre de la empleada, después de leerlo en la identificación que ella llevaba prendida en su horrenda chaqueta.

—Ese hombre era un farsante. Traje falso, reloj de imitación, bronceado

barato y tiritita en el dedo, donde probablemente tiene la marca de un anillo de casado. No quería casarse con nadie, sólo divertirse engañando a alguna incauta. Y eso no es lo que hacemos en Eternal Heart.

Derek finalmente soltó el impreso con sus datos, dejando que las impertinentes manos de Johana se lo quedaran.

—¿Está segura de que en este lugar pueden encontrarme una mujer que reúna todas las cualidades que solicito? —preguntó ladinamente Derek, alzando socarrón una ceja, ante el asombro que demostraba la mujer al leer las características que requería de su pareja.

—¿Está usted seguro de que quiere casarse? —preguntó ella, tras leer sus peticiones.

—Le confieso que aún albergo dudas ante la idea del matrimonio. Pero ¡quién sabe! Si encuentro a la mujer adecuada, tal vez cambie de opinión... —bromeó Derek ante lo improbable de ese hecho, después de haber exigido lo imposible.

Tras archivar las absurdas peticiones de Derek Dilmore, Johana observó cómo ese singular personaje se alejaba alegremente de su mostrador para hacer el pago en recepción y obtener el resguardo y la tarjeta de socio de Eternal Heart. Mientras lo miraba abandonar las instalaciones de su empresa, sonrió irónica. Al fin había encontrado el gran defecto de aquel perfecto espécimen masculino: no era de los que se casaban. Ahora sólo le faltaba saber por qué Derek Dilmore acudía a una agencia matrimonial, si en verdad no tenía ninguna prisa por hallar pareja. El señor Dilmore constituía todo un enigma que no dudaría en resolver, por el bien de las incautas de sus clientas...

Pero bueno, ¿a quién quería engañar? Ese hombre era el primero que llamaba su atención y parecía un reto al que, definitivamente, Johana no podría resistirse.

Capítulo 3

—Y tras enseñarle la tarjeta de socio de ese absurdo negocio de alcahuetas, el abuelo me echó de su oficina con cajas destempladas. Me dijo que si no iba acompañado de una prometida, ese trozo de cartón era inútil y se negó rotundamente a permitirme volver a la empresa —relataba Derek su desdichado día a algunos de sus primos, que, muy próximos a su edad, eran los únicos capaces de comprender su desafortunada situación.

—No te quejes, Derek, todos sabemos que eres el favorito del abuelo. Sólo tienes que aguantar unos meses hasta que pase el día de tu cumpleaños y entonces te devolverá a tu puesto —comentó despreocupadamente Anthony, mientras disfrutaba de su bebida, en la inauguración del animado club de Chicago a la que habían asistido.

—Sí, pero para entonces habré perdido un negocio de varios millones de dólares... ¡y todo por la cabezonería de un anciano y una vieja superstición!

—¡Vamos! No es para tanto. Búscate una mujer que se haga pasar por tu prometida y termina con este absurdo asunto de una vez —suspiró Christopher ante las quejas de su primo, sin dejar de buscar por el lugar a alguna belleza que le alegrara el día.

—Seamos realistas, aunque encontrara a la mujer perfecta de aquí a mi cumpleaños, no duraría mucho a mi lado después de que se la presentara a nuestra alocada familia.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a dejar perder esa importante operación porque nuestro abuelo se haya empeñado en casarte? —pregunto Eric, preocupado, ya que él mismo era tan serio con los negocios como su querido primo mayor.

—No, cederé ante los desvaríos de ese anciano. He conseguido que me deje asistir a las reuniones importantes y seguiré trabajando desde casa, siempre y cuando le demuestre a ese cabezota que estoy intentando seriamente encontrar a mi media naranja.

—Entonces, al final has acabado haciendo como todos nosotros y has accedido a sus peticiones —sonrió satisfecho Kyle, el más joven y despreocupado de los primos.

—Sí, por ahora... Pero creedme, no hay forma de que esa agencia

matrimonial me encuentre a una mujer con las características que he exigido. Y mientras los de Eternal Heart pierden el tiempo buscándome a alguien imposible, yo podré excusarme ante el abuelo tachándolos de incompetentes.

—Es una buena jugada, pero no puedes estar seguro de la respuesta de esa agencia matrimonial ante tus pretensiones —apuntó Anthony, algo preocupado por ese absurdo plan.

—No te preocupes, Anthony. La empresa la lleva una alegre y despreocupada mujer a la que puedo conquistar con unos simples halagos. Cuando vean que no puede hacer su trabajo, me haré el indignado y luego soltaré una elevada cantidad de dinero para hacerla callar.

—Espero que todo funcione como lo has planeado, querido primo, y que consigas que nuestro abuelo finalmente abandone esa estúpida idea de casarnos antes de los treinta —dijo Eric, alzando su copa.

—¡Sí, cuentas con todo nuestro apoyo! —dijeron los demás, brindando por una larga soltería más allá de los treinta.

—Creo que es la primera vez que todos estamos de acuerdo en algo —señaló Christopher a sus primos.

—Eso es únicamente porque el viejo siempre nos ha hecho competir por todo —opinó Eric, recordándoles a todos tiempos pasados, en los que el triunfo siempre era para el que más destacaba ante los ojos de su abuelo.

—No sé por qué nos molestábamos en competir, si siempre ganaba Derek —recriminó Kyle con algo de rencor hacia su victorioso primo.

—En todo. Siempre era el mejor, a pesar de lo mucho que nos esforzábamos los demás —aportó Eric, algo molesto al recordar que él casi siempre quedaba el segundo, a pesar de estar mejor preparado que Derek.

—Desde que nació ha sido el ojito derecho del abuelo —sentenció Anthony.

—Me pregunto si esta vez también conseguirás salirte con la tuya... —añadió maliciosamente Kyle, disfrutando por unos segundos de las desdichas de su siempre perfecto primo mayor.

—Por eso es por lo que nunca nos ponemos de acuerdo, porque a la menor oportunidad me saltáis a la yugular —manifestó Derek, levantándose de la mesa bastante ofendido por las recriminaciones de sus primos—. Que sepáis que yo siempre me he esforzado tanto como vosotros, o incluso más. Y os recuerdo que si no rompo con la maldición y le demuestro al abuelo que esa estúpida superstición sólo es una farsa,

los siguientes seréis vosotros —finalizó, vaciando su copa de un solo trago y retirándose de la mesa para buscar algo más fuerte en la barra que lo ayudara a aguantar la adorable compañía de sus primos cuando se ponían nostálgicos y sólo querían hacerlo pedazos. Pero eso siempre sería preferible a que quisieran hacer de él un hombre de familia, algo que definitivamente no podía ser.

Entre la multitud que se apretujaba junto a la barra para conseguir una bebida, observé al hombre con el que había ya tenido la desgracia de coincidir, aunque esta vez era fuera del trabajo. Don Millonetis, alias, «soy perfecto en todo», iba acompañado de cuatro tipos con su misma pinta de forrados, e igual de atractivos. Aunque Derek Dilmore seguía destacando sobre ellos con su notable presencia, que hacía que en esos momentos la masa de gente se apartara a su paso. Las mujeres abrieron un camino para él y los hombres estaban demasiado impresionados con su aspecto seguro y confiado y sus aires de importancia como para decir una sola palabra cuando él se acercó a un camarero, con el que charló amigablemente mientras hacía su pedido.

Por increíble que pareciera, ninguno de los clientes se quejó por ello, pese a que llevaran esperando más de diez minutos para pedir un simple botellín de agua. Sedienta, intenté hacer lo mismo que él. Pero por lo visto yo no tenía la misma elegancia ni parecía tan importante, porque, aunque los hombres no protestaron demasiado, las mujeres quisieron lincharme y más de una me dio un empujón hasta que finalmente acabé tropezando con Don Millonetis y su bebida, que tuve la desgracia de derramarle sobre el traje.

Alcé la cara dispuesta a enfrentarme a él y a explicarle que con mi sueldo ni siquiera podría pagarle la tintorería de la corbata, pero cuando nuestros ojos se encontraron, vi en los de él una estúpida sonrisa, esa que los hombres esbozan sólo cuando quieren conocer en profundidad a una chica, y no precisamente para ser su amigo. No comprendí el porqué de ese cambio de actitud hacia mí hasta que recordé que mi aspecto fuera del trabajo distaba mucho de ser el mismo que en la oficina y seguramente Derek ni siquiera me había reconocido.

Mi melena morena, que me llegaba más abajo de los hombros, enmarcaba mi rostro maquillado con habilidad, del que había retirado las molestas gafas, sustituyéndolas por unas lentes de contacto. Las rígidas ropas del trabajo habían sido descartadas para la noche del sábado y vestía unos insinuantes pantalones negros que se amoldaban

perfectamente a mi figura, insinuando los atractivos que siempre intentaba ocultar en la empresa. Un top plateado, sujeto a mi cuello por un fino cordel y que dejaba la mitad de mi espalda expuesta, me daba un toque osado; finalmente, la insinuante mariposa tatuada en mi hombro atraía las miradas de los hombres hacia mí.

Los adornos, tales como alegres pulseras y pendientes, que me negaba a llevar a la oficina para no darle satisfacción a mi hermana, constituían una excepción los días que salía para despejar mi mente de todos mis problemas y de las absurdas quejas con las que los enamorados castigaban mis oídos durante toda la semana.

Esas noches del sábado eran sólo para mí. Siempre iba a un local nuevo en busca de una música animada con la que desahogar el estrés, moviéndome desenfrenadamente en la pista hasta acabar exhausta.

Aunque los hombres muy a menudo caían en el error de creer que iba en busca de compañía, y, ¡cómo no!, pensaban que esa compañía serían ellos, indudablemente. Al parecer, Don Millonetis no era una excepción, ya que me repasó de arriba abajo con una libidinosa mirada.

Como yo no soy de las que se amilanan ante un reto, le devolví esa atrevida mirada recorriendo a mi vez su cuerpo. Tenía que admitir que, si no fuera uno de mis clientes, no dudaría en acostarme con alguien tan atractivo como él, pero como daría lo que fuera por no tener que escuchar a mi hermana y uno de sus aburridos sermones sobre acercarse demasiado a los hombres que venían a la agencia, lo dejé pasar.

Iba a decirle que si no quería pedir una bebida se quitara de mi camino, ya que después de unas horas bailando estaba muerta de sed, cuando recordé que entre él y yo había una cuestión pendiente. ¿Por qué narices había acudido Derek Dilmore a nuestra empresa si no quería casarse ni encontrar novia? Allí había gato encerrado y si mi hermana no se preocupaba por ello, yo sí. Temía que pudiera engañar a alguna mujer, pues, por muy guapo que fuera y por muchos millones que tuviera, siempre sería un hombre. Y como todo hombre, contaba con algún que otro molesto defecto.

Así que eché mano de las pocas clases de interpretación que me permitieron dar en el instituto antes de ser expulsada por propinarle un puñetazo en los morros a Romeo en vez de un beso. Pero bueno... ¿qué culpa tenía yo de que ese petulante hubiera sido el novio de mi hermana y yo hubiera acertado al catalogarlo como un cerdo? En fin, que me aguanté las ganas de ofrecerle una de mis espinosas contestaciones al señor Dilmore, que seguía sin apartarse de mi camino, le sonreí tan

estúpidamente como hacía mi hermana con todos sus clientes e intenté recordar las clases de Julius para ser amable con ese tipo y sonsacarle por qué narices se había apuntado en la agencia como candidato al matrimonio, si era evidente que adoraba su soltería.

—Siento mucho haber tropezado con usted, pero es que esas zorr... es decir, esas encantadoras señoritas me han empujado. —Tener tacto con la gente era más difícil de lo que creía, pero al contrario que en las oficinas de Eternal Heart, en esta ocasión a él no parecía que fueran a molestarle mis bruscas palabras. Sin duda, todo era debido a mi milagroso cambio de imagen.

—No ha sido nada. Además, tropezarme con una mujer tan hermosa como tú es un auténtico placer.

Me dieron ganas de señalarle que era la frasecita más típica y melosa que había escuchado en mi vida, pero seguí intentando representar mi papel de persona dulce y alegre, para lo que imité la risita falsa e idiota que siempre soltaba mi hermana ante los absurdos piropos de los hombres. Por lo visto, la idea de hacerme la desvalida funcionó, ya que él me invitó a una copa, que yo rápidamente descarté a favor de varios botellines de agua con los que apagar mi sed.

Ante su asombro, acabé con dos de ellos en un santiamén y me guardé los otros dos en el bolso para llevárselos a mi amigo Cris, un hombre musculoso de un metro noventa de estatura y tono de piel oscuro, que en ocasiones se hacía llamar Cristal. Sobre todo cuando intentaba afanar algo de mi armario, que por supuesto no le cabía. Como penitencia por esa afrenta, siempre me acompañaba a los locales de moda vestido de hombre, para quitarme a los moscones de encima.

Por encima de la multitud vi la cabeza rapada de mi amigo acercándose a mí, dispuesto a representar su papel, pero a mitad de camino se paró en seco cuando me oyó reír como una idiota y alzó una ceja preguntándose qué me ocurría. E, indudablemente, cuando volví a sonreírle a aquel hombre que estaba a mi lado, algo que yo no solía hacer muy a menudo, Cris creyó que me habrían echado algo extraño en la bebida y continuó acercándose a mí hasta que yo descarté sus preocupaciones con un gesto de la mano. Él sonrió diciéndome con extraños gestos de mímica que disfrutara de la noche, ya que el culito de mi pareja era un diez. Luego creo que añadió algo de pasarle su número de teléfono, pero como no entendía demasiado bien sus gestos, lo dejé por imposible y le señalé la salida. Cris se despidió de mí alegremente por encima de la multitud agitando una mano, sin que yo dejara de sonreírle al idiota al que

pretendía sonsacarle todo lo que pudiera sobre las intenciones que tenía respecto a nuestra empresa.

Porque, aunque no me importara demasiado el negocio de mi madre y mi hermana, pretendía proteger todo lo que hacía felices a mis seres queridos y que las distraía y evitaba que me dieran molestos dolores de cabeza con sus problemas. Siempre relacionados con algún que otro hombre.

Así que hice de tripas corazón e inicié mis coqueteos con la frase más estúpida que había escuchado alguna vez decir a un hombre a la hora de entablar conversación con una mujer. Aunque, claro, yo le di mi toque femenino al ronroneársela al oído mientras me apoyaba en uno de sus fuertes brazos:

—¿Qué hace un hombre como tú en un sitio como éste?

Aunque copiar esta mala y trillada frase masculina sin duda no fue un acierto, él me sonrió divertido y me guio hacia la pista de baile, donde estaba sonando una música sensual. Luego me acercó repentinamente a su cuerpo mientras susurraba insinuante a mi oído:

—¿Qué otra cosa podría hacer aquí, sino buscar a una mujer como tú...?

Había tenido rápidos reflejos y debo admitir que por poco no babeé sobre sus zapatos ante este sensual comentario. Durante el resto de la noche, a lo largo de la cual intenté hacerle hablar, en verdad no supe quién atrajo a quién a su trampa, sólo que necesitaba volver a verlo para encontrar todos esos defectos que siempre hallaba en un hombre y que, por primera vez en mi vida, se me estaban resistiendo.

Después de ese endemoniado día en el que nada parecía salirme bien, no creí posible que fuera a encontrar a una mujer como ella, que me hiciera olvidar mis problemas.

Cuando alguien tropezó conmigo haciendo que derramara mi bebida sobre mi caro traje nuevo, después de haber estado escuchando las idioteces de mis primos, sentí que se me acababa la poca paciencia que me quedaba ese día.

Me volví dispuesto a exigirle al culpable que se hiciera responsable de ese desastre, pero entonces unos hermosos ojos azules me miraron y yo caí rendido ante la dulzura de ese rostro y su bella sonrisa. No pude evitar fijarme en el cuerpo que acompañaba a tal rostro y pensé que al fin me sonreía la suerte. Sobre todo cuando, entre bromas, pude conducirla a la pista de baile para acogerla entre mis brazos y acariciar la tentadora mariposa de su hombro con una mano, evitando que tanto la mariposa

como mi nueva conquista se alejaran de mí.

Como ella había comenzado nuestra charla bromeando con una de esas frases banales algo típicas que solemos decir los hombres a la hora de conocer a alguien, yo continúe con la broma, susurrándole otra de éstas al oído:

—¿Estudias o trabajas?

Ante mi pregunta, me pareció oírla murmurar la palabra «estúpido», pero seguro que fue por el traspie que dio antes de pisarme accidentalmente con una de sus afiladas botas, ya que no dejó en ningún momento de mostrarme aquella hermosa sonrisa que me había conquistado. Antes de que pudiera seguir con la conversación, la música cambió de una lenta balada a un tema mucho más animado y ella me contestó, burlándose de mí:

—Yo sólo bailo.

Luego se alejó hacia el centro de la pista sin dejar de mirarme por encima del hombro. Sin duda era una señal de que quería jugar conmigo. Y yo no pude evitar seguirla.

Esa mujer me había hechizado y, a pesar de que ni siquiera sabía su nombre, estaba dispuesto a todo por conocerla. ¡Qué contraste con la bruja de esa mañana, que se sentaba bajo el cartel de Reclamaciones en Eternal Heart y que me había dejado mal sabor de boca sólo con su presencia! A esa arpía no quería volver a cruzármela en la vida. Seguro que era una solterona amargada, que vivía con su viejo gato y apenas sabía lo que era la diversión. No como la diosa morena que atraía la mirada de todos en la pista de baile y de la que no estaba dispuesto a separarme en toda la noche.

Al fin y al cabo, no había nadie que pudiera competir conmigo en aquel ruidoso local. O eso pensaba yo, hasta que vi a mis primos dirigirse uno a uno hacia mi diosa, tan sólo porque yo había osado fijarme en ella.

—¡No jodas! ¡Hasta por esto vamos a competir! —exclamé en voz alta, mientras avanzaba hasta donde se hallaba ella y les comunicaba a mis primos con mi fría mirada que esa vez no les concedería la más mínima oportunidad de ganar.

»¡Es mía! —grité descaradamente a través de la pista de baile, pero ellos se limitaron a sonreír maliciosamente y siguieron avanzando hacia su objetivo.

»¡Maldita competencia de las narices! —suspiré, resignado a demostrarles una vez más por qué yo era el mejor de todos y por qué tenía la desgracia de ser el preferido de nuestro abuelo: porque cuando

me marcaba un objetivo nada podía evitar que lo consiguiera. Y en esos instantes lo que más quería era a aquella mujer que con su sola presencia me había embrujado.

Una pista de baile que hasta el momento estaba bastante animada, pasó a caldearse cuando cinco hombres se acercaron a una mujer a la que a todas luces intentaban conquistar.

Los Dilmore, todos ellos imponentes, ricos y guapos, con sus característicos ojos verdes, se abrieron paso entre la multitud hasta llegar junto a Johana. Mientras las demás mujeres miraban con envidia a la afortunada que atraía la atención de aquellos atractivos y al parecer adinerados hombres, los demás intentaban hacerse notar ante ellas, que, desinteresadas, no se perdían ni un detalle de la inusual escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Cuando la animada música finalizó, comenzó a sonar una insinuante canción sólo apta para parejas. Johana ya se retiraba de la pista cuando, de repente, se vio arrastrada de nuevo hacia ella por un atractivo moreno que ni se molestó en presentarse, aunque los vivaces ojos de Johana lo reconocieron enseguida: era uno de los que acompañaban a Derek Dilmore.

Consciente de que los hombres siempre eran unos bocazas cuando trataban de ayudar a un amigo, se dejó guiar hacia la pista y disfrutó de un entretenido baile durante el que intentaría averiguar más cosas sobre Derek y el motivo por el cual un hombre como él pisaría una agencia matrimonial, cuando era evidente que no necesitaba ayuda para encontrar pareja, ya que las mujeres del local se derretían a su paso.

—Olvídate de mi primo. Yo soy mucho mejor partido —declaró con soberbia el hombre que la sujetaba firmemente contra su cuerpo, al observar que ella desviaba sus ojos hacia Derek.

—No había visto nunca tanta arrogancia en una sola persona. Creo que tenemos un problema de espacio en este lugar —comentó Johana burlona, mientras ponía distancia entre ella y su pareja—. Definitivamente, tu ego ocupa casi toda la pista y creo que yo sobro —comentó, alejándose de aquel hombre tan directo, contenta por haber averiguado un dato importante: que los acompañantes de Derek eran familiares suyos, ya que todos se parecían bastante entre sí y a aquel individuo que tanto la intrigaba.

Pero en el instante en que se alejaba, unas enérgicas manos la hicieron dar una vuelta sobre sí misma para caer convenientemente entre unos

fuertes brazos masculinos.

—Creo que puedes divertirte mucho más en mi compañía; yo aún soy demasiado joven como para que mi familia me atosigue con la idea del matrimonio.

—Lo siento, pero no salgo con menores —replicó Johana irónica a un joven rubio que seguramente tan sólo tenía unos pocos años menos que ella.

—Ya la has oído, Kyle, no tienes la más mínima oportunidad, así que es mi turno —intervino un serio moreno demasiado parecido a Derek para el gusto de Johana.

—Vamos a ver de qué va esto, porque, que yo sepa, no soy la única mujer en este lugar y créeme cuando te digo que ningún sábado despierto tanta atención como hoy.

—No te preocupes, preciosa, sólo queremos fastidiar un rato a nuestro primo —respondió el extraño individuo, señalando a Derek con la cabeza —. Además, hoy está de mal humor porque lo han obligado a ir a una agencia matrimonial.

—¿En serio? No creo que ninguno de vosotros necesite ayuda para encontrar pareja —señaló Johana, intentando llegar al quid de la cuestión.

—¡Ah! Pero es que mi primo no quiere casarse.

—Entonces, ¿por qué ha ido a esa agencia matrimo...? —intentó preguntar ella, pero fue bruscamente arrebatada de los brazos de su pareja por un nuevo hombre de apuesto semblante y fácil sonrisa.

—¿Por qué quieres saberlo, preciosa? ¿Es que acaso estás interesada en él? —le preguntó su nueva pareja, dejándola sin la oportunidad de saber las verdaderas intenciones de Derek.

—Apenas lo conozco, pero me intriga mucho saber el motivo por el que alguien como él necesita ayuda para encontrar pareja —contestó ella impaciente, queriendo hallar el grave defecto de ese hombre, para poder borrarlo ya de su mente.

En el instante en que el individuo que tenía delante se disponía a confesarle los más profundos secretos de Derek, ante aquella tierna mirada a la que ningún hombre podría resistirse, aprendida directamente de su manipuladora madre, Derek acabó de golpe con su interrogatorio al darle bruscamente la vuelta, cogerla entre sus fuertes brazos y alejar a sus molestos familiares con una sola e intimidante mirada. Después de eso, contestó a sus preguntas con las mismas falsedades que había puesto en la solicitud de la agencia. Una solicitud

que, a pesar de lo que su hermana pensara, no servía para conocer mejor a las personas, sino para ver lo imaginativas que podían llegar a ser en sus mentiras...

—Soy tímido y aún no he encontrado a la mujer perfecta —explicó sin pasión, como si se tratase de un guion aprendido.

«Sí, y yo soy Wonder Woman», se dijo Johana cínicamente, mientras contestaba con una sonrisa:

—Pues no se nota en absoluto.

Tras llevar a cabo las presentaciones de rigor, en las que Johana dijo que se llamaba Betty Boop y cruzó los dedos para que ninguno de ellos conociera a ese famoso personaje de dibujos animados, Johana vio que la oportunidad de sonsacar a sus primos se le escapaba cuando éstos desaparecieron ante la fría y amenazante mirada de Derek, así que decidió intentar que la lengua de éste se soltara con el alcohol.

Al recordar que muchas personas tienen poco aguante con la bebida y que después de un par de copas son capaces de confesar sus más oscuros secretos, esa vez no rechazó la invitación de Derek, muy segura de que no sería tan difícil que acabara revelándole sus intenciones, porque, después de todo, él llevaba bebiendo toda la noche mientras que ella tan sólo había tomado alguna que otra soda con limón, además de unos botellines de agua.

Derek sonrió ante la torpeza de la mujer, que nuevamente había chocado contra uno de los taburetes que, según ella, alguien había puesto en su camino con muy malas intenciones. No pudo evitar divertirse con las increíbles confesiones que le llevaba haciendo desde hacía horas.

Por lo visto, su Betty había sido una chica muy traviesa durante su niñez, o por lo menos eso era lo que ella aseguraba, cuando recordaba cómo les arrancaba la cabeza a las muñecas de su hermana y luego le echaba la culpa al perro, o cómo mortificaba a algunos de los novios de su madre echándoles laxante en el café.

También había comentado algo de su trabajo, y cuánto le gustaba y la mortificaba a la vez, y que tener que tratar con los clientes le producía grandes dolores de cabeza. A Derek no le sorprendía que una mujer tan dulce como ella trabajase de cara al público. Seguro que con su ternura y amabilidad no tardaba mucho en resolver los problemas de los consumidores que presentaran sus quejas ante su gentil persona.

Al parecer, Betty se había pasado un poco con la bebida, pero como había insistido en que tomaran unas rondas para celebrar su cumpleaños, él no

había podido resistirse y le pidió a su amigo y dueño de ese nuevo local que sacara su nueva remesa de fuertes licores, algo que por lo visto había sido demasiado para ella. La verdad era que él apenas lo notaba. Después de haber hecho innumerables catas de whiskies para saber cuáles eran los mejores y más aptos para llevar su nombre, el alcohol apenas lo afectaba. Ni a él ni a sus primos. Tendrían que beberse prácticamente un barril para notar el efecto.

No obstante, como hombre precavido que era, se aseguró de parar cuando su compañera mostró todos los síntomas de estar bastante ebria, y la acompañó en un taxi hasta su casa. Dispuesto a comportarse como todo un caballero, hizo que el coche lo esperara mientras se aseguraba de que ella era capaz de entrar en su edificio de apartamentos.

La insinuante mujer que lo había atraído durante toda la noche y en la que cada vez estaba más interesado, se apoyó sensualmente en la puerta para despedirlo, momento en que Derek no pudo resistirse a probar la dulzura que había atormentado sus pensamientos. Besó con delicadeza sus labios, con apenas un sutil roce. Quiso comportarse y dejarlo ahí, en un simple beso, pero ella suponía una tentación a la que él definitivamente no podía resistirse. Le acarició una mejilla, y con el pulgar recorrió la línea de su boca hasta hacerla suspirar.

En ese momento Betty entreabrió sus labios y Derek devoró sus labios, perdiéndose en su dulce sabor, mientras su lengua exigía una respuesta. Ella no lo decepcionó y, demostrándole que la atracción que había existido entre los dos desde el principio seguía encendida, lo cogió de los cabellos con fuerza, reteniéndolo a su lado y profundizó la pasión de aquel beso que los hacía olvidarse de todo lo que no fuera el deseo.

En el instante en que él le mordió sutilmente los labios, ella dejó escapar un leve gemido, rindiéndose a Derek, que, sin desaprovechar el momento, la atrajo hacia sí, mostrándole con la evidencia de su erecto miembro cuáles eran sus más profundos deseos.

Sus fuertes manos acariciaron sus curvas, conquistándola con cada uno de sus roces. La desnuda piel que dejaba expuesta su sugerente ropa constituía toda una tentación para Derek, que acarició lentamente la espalda de aquella pecaminosa diosa, deleitándose con el candente calor de su desnudez. Luego fue descendiendo despacio con sus caricias hasta apretarle las nalgas con fuerza, acercándola más a él y colocando sus largas piernas alrededor de su cintura, haciendo que sus cuerpos encajaran a la perfección.

Mientras ella se rozaba insinuante contra su cuerpo, avivando su deseo y

animándolo a deshacerse de sus ropas, ese tenue obstáculo que todavía se interponía entre ellos, Derek dejó de pensar en nada que no fuera Betty, hasta que el claxon del taxi que lo esperaba le hizo recordar dónde estaba.

Se separó de ella y, mientras se pasaba una mano por el pelo, un tanto frustrado por la situación, pensó en lo que estaba haciendo aquella mujer con él; había faltado poco para que el serio hombre de negocios que era lo dejara todo de lado para protagonizar un escandaloso espectáculo en plena calle.

Pero después de una sola mirada a aquella tentadora diosa, con sus labios hinchados debido a la pasión de sus besos, los cabellos alborotados y las mejillas sonrojadas, Derek supo que habría valido la pena dejarse llevar. ¡Qué lástima que los modales que tanto había insistido su abuelo en inculcarle para que se comportara como todo un caballero continuaran tan arraigados en su interior! Así que, a pesar de sentirse enormemente tentado de aceptar la invitación que ella le dirigía con su mirada, se mantuvo firme.

Era muy posible que, si en ese instante acababan acostándose, ella no recordara casi nada a la mañana siguiente, y Derek estaba más que decidido a que no pudiera olvidarlo con tanta facilidad. De modo que, besando con sensualidad una de las manos que ella apoyaba en la puerta, puso fin a la velada y se negó a seguirla hacia el interior de su apartamento.

Su diosa se molestó un poco, pero después de vomitarle en sus caros zapatos, seguramente llegó a la misma conclusión que él: que aquella noche no era la más adecuada para conocerse mejor. Después de todo, ése no sería su último encuentro, ya que Betty le había dado su número de teléfono.

Sabiendo que muy pronto volvería a verla, Derek se alejó no sin antes esperar a que terminara de entrar en su edificio. Era una mujer que lo intrigaba, a la que quería conocer más a fondo y, sobre todo, estaba más que dispuesto a no volver a dejarla marchar la próxima vez que se encontraran.

Finalmente las cosas parecían volver a su cauce y empezaba a tener algo de suerte, pensaba mientras se acomodaba en el taxi y golpeaba complacido el bolsillo donde tenía el número de teléfono de la sensual diosa.

«A partir de ahora nada me puede salir mal y, sin duda, Betty es la indicada para hacer de mí un hombre tan decente como quiere mi

abuelo», pensó Derek, sonriendo orgulloso por haber tardado tan poco tiempo en encontrar a la mujer adecuada para silenciar la estúpida maldición con la que sus familiares insistían en atosigarlo. Después de todo, ¿qué mujer podía resistirse a un Dilmore?

Capítulo 4

—¿Cuántas veces tengo que repetirle que aquí no hay ninguna Betty? ¡Esto es un negocio de quiromancia y adivinación, donde interpretamos los mensajes místicos del Más Allá! —respondió una vez más la irritada adivina, harta de las bromitas de una listilla que de vez en cuando daba su número de teléfono a jóvenes incautos.

—Pero ¡eso es imposible! Ella misma me dio este número de teléfono y me dijo que la llamara cuando quisiera. Sin duda se habrá equivocado en algún número... ¡Mierda! ¿Y ahora cómo la encuentro? —exclamó Derek desesperado.

La médium Marian finalmente se compadeció del infeliz y estuvo más que dispuesta a abrirle los ojos a la verdad irrefutable de este hecho: cuando una mujer te da otro número de teléfono, es que no tiene ninguna intención de volver a verte en la vida. Esa joven podría haber sido un poco menos irónica y darle el número de un restaurante chino, como hacía ella misma en otros tiempos, pero ¡en fin! Las mujeres de hoy en día eran bastantes impertinentes y no sabían cuándo poner límites a su crueldad.

—En mi bola de cristal veo que es morena de ojos azules y que te ha dado un nombre falso... —aventuró Marian, poniendo una voz fantasmal a ver si colaba y conseguía atraerlo hacia su consulta.

—No soy el primero al que le da este número, ¿verdad? —inquirió Derek, resignado a que la mujer de la noche anterior tan sólo fuera una farsante—. Y supongo que Betty Boop es un nombre inventado.

—Pues sí, muchacho. Betty Boop es la protagonista de unos dibujos animados de los años treinta. Por lo menos esta vez ha recurrido a uno difícil. Hace unos meses llamaron preguntando por Pocahontas... —comentó Marian, intentando animar a ese joven que había sido engañado por una cara bonita.

—¿Sabe algo más de ella? —preguntó Derek, tratando de comprender por qué a la falsa Betty le gustaba tanto jugar con los hombres.

—Lo siento, cielo, si supiera algo más de esa endiablada mujer, yo misma iría a darle una paliza por ir repartiendo mi número de teléfono tan a la ligera. Pero no te preocupes, acabo de echarte las cartas y me dicen que muy pronto encontrarás a aquella a la que estás predestinado y veo... veo

una gran boda y... ¡Mierda! Siempre me cuelgan en el último momento — dijo con frustración la médium Marian ante el característico sonido del teléfono comunicando.

Johana se despertó sufriendo la primera resaca de su vida, prometiéndose a sí misma que también sería la última. Cuando se incorporó, se dio cuenta de que estaba durmiendo en el suelo, junto al sofá, con una liviana manta encima, muestra inequívoca de que su amigo Cris la había visto en esa lamentable situación y se había apiadado de ella.

Johana nunca, pero nunca, consumía alcohol. Ya había tenido bastante con algún que otro padraastro borracho como para querer comprobar de cerca lo que podía hacer la bebida. Pero esa vez había roto su regla de oro sólo para intentar desenmascarar a aquel hombre, que, aunque pareciera ser Don Perfecto, era evidente que algo se traía entre manos al apuntarse a su agencia matrimonial.

Tenía un enorme dolor de cabeza y apenas recordaba nada de la noche anterior, y lo poco de lo que llegaba a acordarse era demasiado vergonzoso como para llegar a admitirlo en voz alta. Poco a poco, lo sucedido la noche del sábado volvió a su mente y en esos momentos prefirió haberlo olvidado todo.

Sus tropezones con el mobiliario, las confesiones sobre su infancia y, por último, un apasionado beso, seguido de un insultante rechazo. Aquel hombre se había alejado después de hacerla arder con sus tentadores labios, que prometían una noche inolvidable y una memorable mañana. Se suponía que tenía que ser ella quien jugara con él hasta saber todo lo que necesitaba, y entonces rechazarlo, dejándolo de lado como hacía con los molestos moscones que se cruzaban en su camino.

—¡Cómo se atreve rechazarme! —gritó Johana indignada, golpeando el suelo en el que se hallaba sentada.

Sus airados gritos fueron interrumpidos por la presencia de su querido compañero de piso, que en esos momentos salía de la cocina con una taza llena de un extraño mejunje.

—¿Quién te rechazó? ¿El tipo del culito diez? —preguntó Cris interesado. En esos momentos, vestido con su ropa femenina y su elaborada peluca rubia, estaba en su papel de Cristal.

—Sí, me traje a casa y después de un simple beso me dejó ir.

—Cariño, por cómo estabas cuando te encontré, no podríais haber hecho nada digno de recordar. Definitivamente, has conocido a todo un

caballero. Si te vuelve a rechazar cuando quedéis de nuevo, no olvides darle mi número de teléfono —pidió Cristal, tomando asiento en el sofá tras pasar por encima de su desvalida amiga.

—¿Un caballero? Pero ¿eso existe? —preguntó Johana irónica, mientras tomaba la taza que Cristal le tendía.

—De un solo trago —ordenó éste, cuando vio que Johana vacilaba ante su remedio casero contra la resaca—. Sí, cielo, hasta yo he tenido el placer de salir con más de uno. Ya era hora de que te tocara a ti, a ver si así dejas de tener esos pensamientos tan negativos sobre los hombres.

—No necesito a ninguno de ellos en mi vida, sólo saber por qué ese sujeto ha acudido a Eternal Heart para solicitar nuestros servicios. Es tan estúpido que ni siquiera me reconoció cuando nos encontramos en la discoteca —añadió Johana, tras lo que procedió a beberse el potingue que Cristal le había preparado. De un solo trago.

—Cariño, ese hombre no es estúpido. Ni yo mismo te reconocería cuando te pones esos trajes de abuela, si no fuera porque te veo con ellos todas las mañanas antes de ir a trabajar. Además, ¿no tenéis tu hermana y tú esa norma de no intimar con los clientes? ¡No me digas que te la estás saltando! Porque entonces voy a empezar a pensar que ese hombre ha conseguido lo imposible y que te has enamorado...

—Si esperas unos segundos, te daré mi respuesta —replicó Johana, corriendo hacia el baño con desesperación para vomitar el maldito remedio casero para la resaca. Sin duda, Cristal quería envenenarla para quedarse con toda la ropa de su armario.

Mientras Johana abrazaba el inodoro, descansando de los efectos secundarios que conllevaba el nocivo remedio, Cristal la acompañaba, pensando cómo sonsacarle más de la jugosa historia de esa noche en la que su amiga, por primera vez, había dejado que un hombre la acompañara a su casa.

—Supongo que si le has dicho un nombre falso para que no te reconociera no habrá sido uno de algún ridículo personaje de dibujos animados. Y, por supuesto, ni se te habrá pasado por la cabeza darle ese estúpido número de teléfono que das a todos los moscones. Te recuerdo que ese hombre te acompañó a casa y, por tanto, sabe tu dirección.

—¡Mierda! —gritó ella, dándose cuenta de su error.

—¡Ay, Johana! ¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró Cristal, resignada a ser nuevamente Cris por si, de repente, recibían una inesperada visita a la que debía espantar—. Procura que no te descubra en el trabajo, porque me niego por completo a ir a tu empresa para hacerme pasar por

tu enamorado —advirtió su compañero, sin duda pensando en alguna prenda del armario de Johana que fuera lo bastante cara y bonita como para reclamarla como compensación por su casi desinteresada ayuda.

—¡Por favor, Dios, que estuviera tan borracho como yo y no recuerde dónde vivo! —rogó Johana como último recurso, esperando que en esa ocasión la suerte la acompañara y que Derek Dilmore se hubiera olvidado de ella y de su dirección, algo que no podía ser muy difícil, ya que la había rechazado tan rápidamente. Seguramente no le interesaba en absoluto, porque los caballeros que Cristal aseguraba haber visto en realidad no existían. O eso era al menos lo que le habían demostrado los hombres a Johana hasta entonces.

Al parecer, sus súplicas parecieron funcionar, ya que Derek no apareció en la puerta de su pequeño edificio de apartamentos reclamando conocer su verdadera identidad. O se había olvidado de ella con facilidad, o simplemente, como Johana pensó desde un principio, no estaba tan interesado como pretendía aparentar.

Tras un fastidioso domingo, bastante tensa por su posible aparición, el lunes Johana decidió dejar de lado todos sus problemas y, protegida nuevamente por su disfraz de mujer estrictamente profesional, volvió a su trabajo dispuesta a hablar con Cristine, alguien que, para su desgracia, nunca pensaba mal de los hombres, aunque hubiera tropezado con algún que otro impresentable que le había demostrado en más de una ocasión que los especímenes masculinos no eran dignos de confianza.

Como siempre, su trabajadora hermana había sido la primera en llegar. La brillante mujer que dirigía Eternal Heart no podía permitirse el lujo de llegar tarde. Johana, por el contrario, llegó casi a la hora del almuerzo. Después de todo, los lunes su trabajo consistía en mirar las musarañas mientras decidía qué contestación dedicarle al idiota que fuese a tocarle las narices con alguna estúpida reclamación.

En cuanto llegó a su mostrador, sacó de uno de los cajones un cartel que decía: «Volveré cuando me dé la gana, si no quieres esperar ahí tienes la puerta...», algo que en un principio sólo fue un regalo divertido de su amigo Cris al conocer la tarea que desempeñaría en la empresa familiar, un trabajo nada adecuado para su agrio carácter. Ahora ese anuncio se había convertido en una útil herramienta de trabajo cuando los clientes se amontonaban y ella no quería dar un palo al agua.

A unas alborotadoras mujeres que estaban esperándola desde hacía un rato la aparición de ese rótulo no les sentó demasiado bien. Así que Johana finalmente cedió ante la presión y decidió escuchar sus quejas

durante un tiempo razonable, para que su hermana no pudiera acusarla de no desempeñar bien su tarea.

—Tienen cinco minutos para explicarme todas sus quejas antes de que me marche a tomar mi bien merecido almuerzo —anunció Johana, retirando el cartel del mostrador.

—Pero ¡si acaba de llegar! —se quejó una de las mujeres, demasiado maquillada para el gusto de cualquiera.

—Y no saben lo que me ha costado hacerlo. Levantarme ya ha sido todo un esfuerzo, sobre todo cuando mi trabajo consiste en escuchar quejas absurdas una detrás de otra. ¡Así que venga, rapidito, que tengo que comer algo ya, que como llegaba tarde no he desayunado! ¡Tú, la rubia llorosa! ¿Qué reclamación quieres hacer? —preguntó Johana impertinente, señalando a una de las mujeres que empezaban a murmurar, seguramente acordando darle una paliza; al menos ya no lloraban a moco tendido por algún tonto problema sin duda relacionado con los hombres.

—El hombre que conocí en la cita rápida que me organizasteis se acostó conmigo y luego no me llamó. ¡Exijo que me devuelvan el dinero de ese evento, ya que fue una mala experiencia!

—Vamos a ver, qué dice este cartel de aquí... —contestó Johana, señalando un gran cartel que había en la pared, colgado detrás de ella que rezaba: «No habrá devoluciones de los servicios contratados».

Tras mirar el cartel, la mujer comenzó a llorar de nuevo desconsolada y Johana al fin se compadeció de la lamentable situación a la que sin duda la había llevado algún indeseable aprovechado.

—Toma, esto es para un cursillo que damos a las mujeres para que aprendan a juzgar a los hombres —le dijo, tendiéndole un folleto de los que guardaba tras el mostrador—. Apúntate. Creo que te hace falta. Y sobre el dinero de ese desafortunado evento al que asististe, te lo descontaremos de otro similar en el que quieras participar cuando te encuentres preparada.

Luego sacó una caja de pañuelos de papel y se la tendió a la mujer, mientras ésta se calmaba y decidía si la solución que se le había ofrecido era adecuada o no.

—¡Siguiente! Tú, la morena —Johana señaló a una nueva cliente.

—Él me dijo que me llamaría y todavía estoy esperando su llamada y yo... yo no sé qué hacer...

—Vale, ¿cuándo te dio su número de teléfono?

—Hace un mes. ¿Crees que me llamará?

Johana miró con asombro a la mujer y sacó la caja de bombones antes de enfrentarla a la cruda realidad.

—Si no te ha llamado en todo un mes, seguro que no te llamará nunca. Y, si lo hace, deberías colgarle por capullo. ¿Cómo se llamaba? —preguntó, arrebatándole el teléfono a la obsesionada cliente.

—Peter Parker.

Cuando Johana oyó la respuesta no pudo evitar sonreír irónica ante los crueles que podían llegar a ser los hombres. ¡Mira que darle a la muchacha un nombre falso tan burdo, ni más ni menos que el de la verdadera identidad de Spiderman! Definitivamente, a lo largo de los años Johana había aprendido mucho de los hombres, y nada bueno.

—¡Solucionado! —exclamó, devolviéndole el móvil a la chica, tras borrar de la memoria el falso número de teléfono del tipo—. Y te recomiendo que leas unos cuantos cómics —añadió, dejando un tanto confusa a su interlocutora, que todavía no sabía hasta qué punto había sido engañada.

—¡Ahora me toca a mí! —exigió una mujer, abriéndose paso entre las otras hasta llegar al mostrador—. ¡Llevo dos años en esta agencia matrimonial y aún no han dado con el hombre adecuado para mí!

—Yo tengo veintisiete años, señora, y tampoco lo he encontrado. Aunque la verdad es que tampoco me he molestado demasiado en buscarlo...

—¡Pues yo quiero un hombre y lo quiero ya!

—Y yo quiero que me toque la lotería, pero por más que le grite al boleto, nunca tengo suerte. Señora, estadísticamente hay más mujeres que hombres y, por desgracia, la mayoría de éstos son estúpidos, también a la hora de encontrar pareja. Pero no se preocupe, seguro que le encontramos alguno. Aunque, hasta que eso suceda, le dejo esta tarjeta.

—¿Qué es esto? ¿Otro absurdo club de solteros?

—No, es el local de *strippers* de aquí al lado. No la pierda, que le hacen descuento —le señaló Johana a la clienta, que, aunque se marchó un tanto ofendida, se llevó la tarjeta consigo.

—¡Bueno! ¡Problemas solucionados! —declaró Johana, al ver que su zona de Reclamaciones quedaba nuevamente vacía.

—Me encanta cuando haces tu trabajo. Pero ¿no podrías intentar tener un poco más de tacto con las personas, para variar? —dijo Cristine, acercándose a su atareada hermana—. Y si algún lunes pudieras llegar a tu hora, sería de agradecer.

—¡No me incordies, Cristine! Bastante tengo con levantarme los demás días a mi hora. Déjame llegar los lunes un poquito tarde. Además, esta noche no he pegado ojo y le he dado una patada al despertador en cuanto

ha sonado.

—Si fueras otra clase de mujer te preguntaría si algún hombre es responsable de que hayas perdido toda una noche de sueño, pero como eso es imposible tratándose de ti...

—¡Pues mira, listilla, ha sido por culpa de un hombre! En concreto de ese tal Derek Dilmore. Creo que se trae algo entre manos al acudir a nuestra empresa...

—Sí, encontrar pareja, que es lo que solemos hacer aquí —la reprendió su hermana, un poco molesta con sus negativas ideas sobre los hombres.

—Cristine, seamos realistas, ese individuo no tiene ningún problema a la hora de conocer mujeres y, definitivamente, no necesita nuestros servicios. Seguro que tiene alguna segunda intención a la hora de venir aquí, y yo quiero averiguarlo.

—Te lo advierto desde ya, Johana, ¡ni se te ocurra molestar a uno de nuestros clientes! Como espantes a ese hombre, no te lo perdonaré en la vida —concluyó tajantemente Cristine, antes de alejarse, dejando a su hermana por imposible.

Después, la ocupada empresaria se dispuso a continuar con su arduo trabajo de emparejar a personas que se encontraban un poco perdidas en el duro camino del amor. Qué pena que Johana se negara en redondo a ser guiada hacia él. Tal vez eso endulzara su carácter.

Mientras tanto, tendría que buscarle un hobby nuevo, o tal vez darle los lunes libres, como tantas veces le había pedido, así dejaría de incordiarla como en esos momentos en que había osado colocar de nuevo aquel insultante cartel sobre el mostrador y no dejaba de perseguirla para contarle las mil y una maneras en que ese malvado hombre podía llegar a dañar su empresa.

—Abuelo, te juro que lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero en esa agencia matrimonial son muy incompetentes y no hay forma de que encuentren una mujer que reúna todas las cualidades que deseo y, claro está, no pienso conformarme con cualquiera —le dije a mi querido abuelo, que me había llamado en el momento más inoportuno.

—Esa empresa tiene muy buenas valoraciones de sus clientes, pero si no estás contento con ellos, te buscaré otra que sea más adecuada para tus pretensiones —insistió una vez más él, empeñado en buscarme una maldita pareja, cuando yo no deseaba abandonar mi soltería.

—No, déjalo... Les daré otra oportunidad. Además, en estos momentos estoy bastante ocupado buscando a una mujer por mi cuenta. —Sonreí

maliciosamente, mientras hallaba finalmente el portal donde había dejado a una mujer bastante intrigante, que había tenido la desfachatez de jugar conmigo sin saber que yo siempre salía vencedor de cualquier reto que me propusieran.

—¡Así me gusta, hijo mío! Que te tomes tu deber en serio y...

No lo dejé continuar y colgué el teléfono antes de recibir un nuevo sermón sobre el deber hacia la familia, la soledad que me acarrearía la maldición de los Dilmore, etcétera, etcétera.

Al fin había dado con la casa de la señorita «Betty Boop» y por nada del mundo permitiría que las cosas se quedaran así. Hasta ese momento, miles de detalles me habían tenido ocupado, ya fuera mi insistente y cotilla familia y sus molestas llamadas; mis negocios con el exterior, asegurándome de que todo estuviera en orden a pesar de mi forzada ausencia, así como también un nuevo plan que había logrado presentar esa misma mañana en mi oficina, después de colarme por la escalera de incendios tras sobornar a uno de mis empleados.

Desde la noche del sábado no había vuelto a ver a aquella tentadora mujer que me había tratado como a un idiota al darme un nombre y un teléfono falsos. Si hasta entonces se había librado de mi presencia en su hogar sólo había sido porque, para mí, mis negocios siempre serían lo primero. Y porque me había llevado todo el domingo arreglar el trato que mi tío y mi querido abuelo casi habían destrozado.

Ahora, de nuevo en el lugar donde me había despedido de la mujer a la que de manera equivocada creí perfecta y donde me había comportado estúpidamente como un caballero, sólo esperaba una cosa: una respuesta. Quería que me explicara por qué me había tratado así. Y puestos a pedir, no estaría de más una disculpa.

Mientras observaba con atención el ir y venir de los vecinos del edificio, dispuesto a interceptar a alguno de ellos para averiguar en qué piso vivía la señorita mentirosa, vi dirigirse hacia el portal a una persona a la que nunca podría olvidar. De hecho, su mal genio y sus ofensivos comentarios habían quedado bien grabados en mi mente. La impertinente que trabajaba en Eternal Heart no se percató de mi presencia hasta que aproveché la oportunidad y, mientras ella trataba de abrir la puerta, sosteniendo algunas bolsas bastante cargadas con sus compras, yo se la sujeté con amabilidad para luego entrar en su edificio.

La señorita Johana, que a juzgar por la horrenda apariencia que le daban sus ropas carentes de atractivo aún debía estar soltera y probablemente viviría con la única compañía de su gato, estaba tan sumida en sus

pensamientos que no se percató de que era yo quien le ofrecía la ayuda que tanto necesitaba. Hasta que, tras un simple agradecimiento por su parte, alzó su rostro hacia mí. Yo le respondí con una de mis encantadoras sonrisas, dispuesto a comportarme como el mejor de los hombres con aquella arpía, para averiguar cuál era el piso de la desconocida que me esquivaba y que, aun después de haber jugado conmigo, todavía me atormentaba en mis sueños.

Al parecer, mi sonrisa no pareció afectarla mucho. Y eso que me esforcé para bombardearla con mis encantos. Pero Johana se limitó a mirarme aterrorizada, mientras dejaba caer descuidadamente su compra y me preguntaba, bastante alterada, algo que yo mismo me planteaba.

—¿Qué haces aquí?

—He averiguado la dirección de tu casa y he decidido venir a acosarte — dije, bromeando, algo que pareció no sentarle demasiado bien, ya que me fulminó con la mirada.

Después recogió sus compras y se dio la vuelta, totalmente decidida a ignorarme.

—¡Es broma! Aún no estoy tan desesperado... —añadí, recorriendo su cuerpo de arriba abajo.

Y aunque mis palabras parecieron molestarla, ya que me soltó unos de sus gruñidos, conseguí que volviera a prestarme atención para poder preguntarle al fin dónde vivía aquella ladina mujer, una diosa que me tenía hechizado, porque, aunque se hubiera reído de mí, yo quería volver a verla. Todavía no había decidido si para reprenderla por su comportamiento o para llevármela a la cama y mostrarle lo que nos habíamos perdido la noche del sábado.

—Estoy buscando a una mujer.

—Con esas palabras ya me dejas más tranquila —ironizó la solterona, seguramente dispuesta a llamar a la policía.

—No es lo que piensas. Conocí a una mujer sorprendente el sábado por la noche y, después de acompañarla a este edificio como todo un caballero, ella me dio un nombre y un número de teléfono falsos. Sólo quiero saber si está bien, ya que se tomó bastantes copas y creo que ésa fue la razón de su extraño comportamiento. Otra posibilidad sería que hubiese jugado conmigo y eso no me gusta nada.

—Tal vez piense que algunos hombres no aceptan un «no» y ésa sea la forma más fácil de quitárselos de encima, ¿no crees? —razonó Johana, un tanto pensativa, como si a ella alguna vez le hubiera pasado lo mismo. Algo difícil de creer, después de observar su rígido aspecto y de haber

recibido algún que otro latigazo de su insultante lengua.

—Puede ser, pero si me hubiera dicho que no le interesaba mi compañía yo lo habría aceptado. Ahora, sin embargo, quiero saber el motivo de su conducta —dije, dándole la razón, pero muy dispuesto a averiguar el verdadero motivo del comportamiento de aquella mujer—. Tal vez tú la conozcas... Tendrá tu misma estatura, una hermosa melena morena rizada y unos preciosos ojos azules. ¡Ah, sí! ¡Y lleva tatuada una mariposa en el hombro izquierdo! —finalicé. La verdad era que en ningún momento había podido olvidar esa maldita mariposa que tanto me tentó durante toda la noche del sábado pasado.

Johana se acarició distraídamente el hombro izquierdo, como si tuviera el oculto deseo de llevar en su cuerpo un pecaminoso tatuaje como el que yo le describía. Luego me miró y, decidida a librarse de mí, me dio un nombre.

—Creo que se llama Cristal.

Después de eso, se alejó corriendo por la escalera y yo continué investigando, mirando todos los buzones en busca de la mujer misteriosa.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gritaba lo más bajo posible a cada uno de los escalones, mientras subía con rapidez a mi piso, pensando cómo espantar a aquel energúmeno.

Derek Dilmore se había acordado de donde vivía y, para colmo, quería una respuesta a mi absurdo comportamiento de la noche anterior, una respuesta que ni yo misma tenía. Le había dado el primer nombre de chica que acudió a mi mente para librarme de él y poder llegar a mi casa, algo que de momento había funcionado. Por desgracia, el único que se me ocurrió, aparte del mío propio, fue el de mi compañero de piso cuando se travestía.

Bueno, por lo menos de momento había solucionado mi problema. Ahora sólo tendría que encerrarme en mi apartamento y esperar. Y cuando Derek preguntara por Cristal a los vecinos y éstos la describieran como una mujer musculosa, de metro noventa y piel oscura, se daría cuenta de que la persona que buscaba no vivía allí y se iría.

Por si acaso daba con mi piso, aceleré la subida y entré casi sin aliento en mi casa.

—¿Por qué tanta prisa, cariño? Sé que te dije que necesitaba esa cera depilatoria para el *show* de esta noche, pero no te preocupes, aún me quedan un par de horas.

—Él... está... aquí... —dije jadeante, mientras le tendía la cera a mi compañero de piso, que, con su peluca rubia, su cara manicura y su elaborado maquillaje, estaba en su papel de Cristal.

—¡El culito diez! —exclamó él ilusionado, dirigiéndose hacia la ventana, creyendo erróneamente que Derek se hallaba fuera de nuestro edificio.

—Está en la escalera.

—¿Y te ha visto? ¿Te ha reconocido? —preguntó maliciosamente Cristal, recordándome lo diferente que era mi apariencia en las distintas situaciones de mi vida.

—¡Ni por asomo! Y ha tenido el atrevimiento de preguntarme si conocía a una mujer morena de ojos azules y con un tatuaje en el hombro.

Por supuesto, Cristal no pudo dejar pasar la oportunidad de reírse a mi costa y se derrumbó en el sofá, desternillándose de risa ante la idea de que alguien me hiciera una pregunta tan absurda.

—¿Y qué le has dicho? —me preguntó cuando se serenó un poco.

—Le he dado otro nombre y he dejado que busque libremente por el bloque —respondí, encaminándome a la cocina para guardar la compra.

—¿Y qué nombre ha sido esta vez? ¿Campanilla? ¿Cenicienta? ¿Daisy? —preguntó Cristal, bastante interesada, viniendo tras de mí mientras yo guardaba las provisiones en los estantes.

—Cristal... —dije, dejándolo tremendamente asombrado con mi atrevimiento—. Lo siento, pero no se me ocurría otro. Era ése o Blancanieves —añadí, esperando su perdón.

—No, si no me ofende que hayas utilizado mi nombre, pero me sorprende que no recordaras que lo añadimos en nuestro buzón para que el cartero no devolviera las cartas que me llegaban desde el trabajo.

—¡Mierda! —grité, quedándome paralizada por el tremendo error que había cometido al dirigirlo directamente hacia mí—. Menos mal que por lo menos mi nombre no aparece en el buzón —suspiré un tanto aliviada.

—Porque tú no quieres —apuntó Cristal, recordándome que ella siempre me insistía en que pusiera mi nombre en el dichoso buzón.

—¡Y no querré nunca! ¿Sabes lo que podría llegar a recibir si los clientes de Eternal Heart, o incluso alguno de mis compañeros de trabajo, se enteraran de donde vivo?

—¡Eres una paranoica! —declaró Cristal alzando las manos hacia el cielo, como siempre hacía cuando no podía más conmigo.

—¡Paranoica mis narices! El otro día pillé siguiéndome a la petarda que trabaja en recepción. Por suerte le di esquinazo. Soy un as para librarme de los indeseables, aunque al parecer este hombre se me resiste —

murmuré, frunciendo el ceño al pensar en su insistencia en dar conmigo, aunque sólo fuera para exigirme una explicación.

—Tal vez no venga. Después de todo, creo que a estas alturas ya habrá captado la indirecta de que no quieres saber nada de él —opinó Cristal, intentando animarme, algo que no funcionó cuando recordé las palabras que Derek me había dicho.

—No lo des por seguro; ha dicho que me buscaba para ver si estoy bien y porque quiere una explicación.

—Cariño, creo que tus locuras carecen de explicación —declaró Cristal, sentándose despreocupadamente en mi cama, mientras yo me ponía unos vaqueros y una camiseta de tirantes por si finalmente Derek llamaba a nuestra puerta.

—¡Por favor! Criiiiiss... hazte pasar por mi novio...

—¡Ni de coña, cielo! ¿Sabes lo que me ha costado esta manicura? —exclamó, enseñándome sus hermosas uñas con dibujos de notas musicales en cada una de ellas.

—¿Piensas abandonar a tu mejor amiga por unas puñeteras uñas postizas? —pregunté indignada, cepillándome el pelo.

—No por unas uñas, ¡por estas uñas! —insistió Cristal, enseñándome coquetamente las uñas de nuevo—. Además, si no te dejo sola nunca aprenderás. ¿Quieres un consejo de mujer a mujer? Acuéstate con ese tipo. Al contrario que los otros a los que has espantado, éste parece un hombre decente.

Y tras ese consejo barato que no solucionaba nada en mi vida, tuvo la osadía de alejarse de mí dejándome a solas con mis problemas.

—¡Tú no eres una mujer! —grité con rencor, recordándole que nunca podría compartir sabios consejos femeninos conmigo, y por unos momentos olvidé que Cristal era igual de vengativa que yo.

Pero lo recordé muy rápidamente cuando le abrió la puerta a Derek, mientras yo terminaba de retocar mi aspecto. Estaba decidida a evitar a aquel hombre a toda costa y gracias a la inestimable ayuda de mi compañera de piso, ahora tendría que recibirlo con una falsa sonrisa y una aclaración que se lo explicara todo sin llegar a revelar mi verdadera identidad.

Me quité las gafas y me puse las lentillas, dispuesta a engañarlo de nuevo con una nueva actuación tras la que o me deshacía de él para siempre o le sonsacaba de una vez por todas qué narices hacía apuntándose a una agencia matrimonial cuando sus servicios no le eran en absoluto necesarios para conseguir una mujer. De lo que estaba absolutamente

segura era de que por nada del mundo quería seguir los consejos de Cristal y acabar acostándome con un hombre como aquél.

Capítulo 5

Tras llamar a la puerta indicada por el viejo buzón, Derek se extrañó al ver que quien le abría era un hombre musculoso y muy alto, de un metro noventa aproximadamente, y piel morena, ataviado con una bata rosa, unos zapatos de tacón, un maquillaje bastante elaborado y una llamativa peluca rubia. Eso le hizo pensar que otra mujer lo había engañado, hasta que, para su sorpresa, ese peculiar personaje lo invitó a entrar, diciéndole risueño que Cristal lo esperaba.

Derek entró reticente en aquel viejo apartamento, guiado hacia un elegante, aunque diminuto, salón, que daba paso a una moderna cocina que ocupaba la mayor parte del espacio de la estancia. Un cómodo sofá de cuero negro colocado junto a una pequeña mesa auxiliar llena de revistas de cotilleos, dos sillones y dos incómodos taburetes en forma de grandes labios rojos, que había junto a la barra de la cocina, eran los únicos asientos disponibles. Como Derek dudaba mucho que alguno de esos taburetes aguantara su peso, se decidió por ocupar uno de los pequeños sillones mientras averiguaba quién era el personaje que tenía delante, y cómo sabía que iba a ver a Cristal cuando hasta él mismo lo dudaba tras recibir, como respuesta a su amabilidad, el desplante de aquella mujer en forma de un falso nombre y un erróneo número de teléfono.

—Soy Cris, la compañera de piso de Cristal —anunció el hombre amablemente, sentándose con gran habilidad en uno de los estrafalarios taburetes—. Y tú debes de ser Derek, el hombre que Cristal conoció hace unos días. Déjame decirte que desde que se encontró contigo no ha parado de hablar de ti —reveló Cris, callándose sin embargo que las palabras que su compañera de piso le había dedicado habían sido decenas de maldiciones y un extenso vocabulario bastante malsonante, que hasta a él le había sorprendido.

—No sé si creerte, Cris, porque cuando intenté ponerme en contacto con ella para ver cómo estaba, el número de teléfono que me dio no era el suyo. Y la mujer que me contestó me informó muy amablemente de que yo no era el primer incauto en creer sus mentiras.

—¡Oh, querido! Lo siento... Ése es un truco que yo le enseñé para quitarse de encima a los moscones que no la dejan en paz cuando sale a

bailar. Creo que la noche del sábado estaba tan mal que no sabía lo que hacía. De hecho, ni siquiera llegó a su cama y acabó derrumbada en el suelo, junto al sofá.

—Sí, yo también pensé en esa posibilidad. Por eso, y porque quería saber cómo se encontraba, he venido hoy aquí.

—No te preocupes, Cristal no tardará demasiado en salir: se está cambiando de ropa. Me ha pedido que te atendiera cuando llegases mientras ella se preparaba, y que te dijera que lamenta enormemente haberte mentido —dijo Cris, mintiendo como un bellaco, ya que esas palabras llenas de amabilidad nunca saldrían de la boca de la arisca Johana.

—¿Cómo sabía Cristal que vendría a verla? —preguntó Derek, cuando ni él mismo se podía creer que estuviera persiguiendo a una mujer y perdiendo su valioso tiempo en otra cosa que no fueran sus negocios.

—¡Oh! No lo sabía, cielo. Simplemente te estuvo esperando con impaciencia todo el domingo para ofrecerte las disculpas que sin duda mereces, y cuando nuestra vecina Johana nos ha comentado hace un momento que estabas aquí buscándola, no ha podido evitar correr a arreglarse para tener el mejor aspecto posible —declaró Cris alegremente, regocijándose con su venganza ante las insidiosas palabras que Johana le había dedicado antes—. Siento no estar más arreglada y presentable, pero es que dentro de unas horas me iré a trabajar y me has pillado en mitad del proceso. ¿Quieres agua? ¿O un refresco? Disculpa que no tengamos otra cosa para ofrecerte, pero en esta casa no solemos beber nada más fuerte que algún refresco light —añadió Cris con preocupación, recordando los modales que, al contrario que su compañera de piso, él sí tenía.

—No te preocupes, Cris... estoy bien así —contestó Derek y, sin saber cómo continuar la conversación, simplemente guardó silencio a la espera de la aparición de la mujer que tantas explicaciones tenía que darle.

Ante el embarazoso silencio que se hizo en la estancia, Cris inició una incesante charla sobre su trabajo como cantante en un famoso club de *drag queens* que Derek estaba más que decidido a no pisar nunca, por más que su anfitrión insistiera en ello.

Mientras Cris seguía describiendo su trabajo con ilusión, Derek pensaba qué narices hacía allí, persiguiendo a una mujer, si eso nunca había sido algo propio de él. Pero lo cierto era que aquella mujer en concreto le hacía perder la razón en más de un sentido, decidió cuando finalmente la vio entrar en el salón, esbozando una sonrisa tan hermosa como la que lo

había conquistado cuando la conoció.

Que su indumentaria fuera ropa de *sport* no lo desalentó, aunque Cris frunció el cejo ante el sencillo atuendo de su compañera.

—Hola, Derek, ¿a qué has venido? —preguntó sonriente la hermosa mujer, que parecía un tanto inquieta por su presencia.

—Para ver cómo te encontrabas y, por supuesto, para pedirte una explicación sobre por qué me diste un número de teléfono erróneo y un nombre falso.

—¡Oh, lo siento! No me encontraba demasiado bien esa noche y me equivoqué. Aquí tienes, éste es el correcto —se disculpó Johana, interpretando su papel de Cristal y entregándole un nuevo número de teléfono, que, por lo que Cris pudo atisbar, en esta ocasión era el de un lugar de comida rápida bastante malo al que llamaron una vez.

—Bueno, creo que puedo perdonar esa pequeña falta si sales conmigo esta noche —contestó Derek, mientras guardaba inocentemente la nota en un bolsillo del traje, más que decidido a pasar la noche entre los brazos de la diosa que le quitaba el sueño, y a cumplir cada uno de los calenturientos deseos que lo perseguían desde el instante en que la conoció.

—¡Oh, lo siento, Derek!, pero esta noche le he prometido a Cris que asistiría a su espectáculo. Se deprime mucho cuando no voy a verlo — declaró Johana, culminando una estupenda actuación de mujer apenada —. De hecho, en cuanto él se termine de arreglar nos iremos a su club — añadió, intentando guiar a Derek hacia la salida.

—No te preocupes, Cristal, lo he invitado a venir —intervino amablemente Cris, poniendo énfasis en el nombre que le había prestado a su compañera, mientras se enfrentaba valientemente a una persona que podía ser bastante intimidante cuando se enfadaba.

—Bueno, ¡pues decidido! Te esperaremos en el salón mientras terminas de arreglarte, Cris —masculló Johana entre dientes, a la vez que fulminaba a su traicionero y vengativo amigo con la mirada.

—¿¡Qué?! ¡Ni sueñes que vas a entrar en mi club así! —se alteró Cris, moviendo nerviosamente una mano mientras señalaba, muy ofendido, la inadecuada indumentaria de su compañera.

—Pero es que no tengo nada que ponerme... —dijo Johana maliciosa, decidida a vengarse de Cris.

—No te preocupes, puede que nuestra vecina Johana pueda prestarte algo —apuntó amablemente Cris, poniendo fin a la reticencia de Johana a cambiarse de ropa.

—No, no te preocupes. Ya rebuscaré algo en mi armario —respondió ella, dándose finalmente por vencida, bastante molesta con la perversidad de su compañero, que se había atrevido a chantajearla con descubrir su secreto sólo para salirse con la suya.

Así pues, rindiéndose a lo inevitable cedió ante la presión de Cris y se dirigió hacia su habitación para cambiarse. Eso sí, se pondría las prendas que Cris más codiciaba de su armario. «¡Para darle una lección!», pensó Johana, mientras caminaba furiosamente hacia su cuarto.

Cuando entró en su habitación, no olvidó mostrar su descontento con un sonoro portazo. Una escena un tanto infantil que Cris no tardó en igualar con la puerta de su propia habitación, dejando a solas a su confuso visitante, que aún no sabía dónde se encontraba después de haber visto de nuevo a aquella extraña mujer, que, aunque lo atraía como ninguna otra, también lo evitaba como nadie lo había hecho hasta entonces, dejándolo tan desconcertado con su comportamiento como la primera vez que la vio.

Nunca creí que una mujer me llegaría a gustar tanto como para hacerme dejar de lado mi trabajo, mis negocios, que siempre ocupaban todo mi tiempo. Y qué decir de eso de correr ciegamente detrás de ella como un necio enamorado. Hasta el momento, mis relaciones con el otro sexo eran cortas y sin ambigüedades: ellas sabían qué lugar ocupaban en mi vida y que mi trabajo siempre era lo primero. Pero tras la fastidiosa intervención de mi familia en mi vida laboral, mi vida privada había acabado hecha un desastre y yo había terminado yendo detrás de una mujer que estaba haciendo conmigo lo que le daba la gana.

No supe si creer sus excusas sobre el falso número de teléfono que me había dado, ni si ese otro que ahora tenía guardado en mi chaqueta sería el de verdad. Solamente sabía que esa noche no quería que se alejara de mi lado y deseaba conocerla un poco más.

Pasar la velada en aquel extraño club llamado Queen no fue tan terrible como pensaba en un primer momento, ya que Cris se había encargado amablemente de reservarnos un lugar íntimo lo bastante apartado del escenario como para que pudiéramos hablar, y no tan alejados como para que nos perdiéramos su *show*. A lo largo de la noche, intenté mantener una conversación con aquella mujer a la que apenas conocía, pero saber algo de ella era casi imposible. Se negaba a hablar de su trabajo o de su familia y sólo me preguntaba por un tema que en esos momentos yo estaba más que decidido a evitar.

—¿Así que estás buscando una mujer? —preguntó sarcástica mi diosa, levantando su bebida hacia mí desde el otro lado de la mesa para brindar por ello en un club en el que la única mujer de verdad era ella.

—No, ya que en estos momentos estoy con una —declaré, decidido a esquivar sus preguntas.

—Pero tus primos me dijeron que buscabas esposa y que incluso te habías apuntado a una agencia matrimonial.

Maldije la ligera lengua de mis parientes para hablar de lo que no les concernía, pero estaba más que resuelto a no amargarme la noche, así que eludí hábilmente, una vez más, cualquier tema que tuviera relación con el matrimonio.

—Sin duda alguna, mis primos habían bebido demasiado. A la única mujer que busco desde ese día es a ti —repliqué, acercándome más a ella desde el otro lado de la mesa. Y mientras acariciaba con un dedo sus suaves cabellos, calculé cuánto tendría que esperar para verlos extendidos sobre las sedosas sábanas de mi cama.

—Pero yo no soy de las que se casan... —dijo ella firmemente, alejando sus cabellos de mis manos y escabulléndose de nuevo.

No sabía por qué, pero sus palabras me molestaron un poco. Si yo ni siquiera estaba buscando realmente una esposa en esos instantes. Sólo sabía que cuando estaba a punto de comunicarle que yo tampoco estaba interesado en el matrimonio, Cris interrumpió nuestra charla, bastante alterado, requiriendo la presencia de aquella mujer que cada vez que me daba la vuelta desaparecía de mi lado.

—¡Necesito tu ayuda! —exclamó Cris desesperado—. ¡Los bailarines que salían en mi número se han puesto enfermos y no tengo a nadie para acompañar mi canción! —finalizó, intentando arrastrar a su amiga hacia los camerinos.

—Lo siento, pero es mi noche libre, Cris —dijo mi diosa, sonriéndole maliciosa. Por unos segundos, pensé que ella era mucho más de lo que aparentaba.

—¿Te tengo que recordar que me debes un favor, Cristal? —preguntó él, recalcando el nombre de un modo peculiar, como si éste guardara un gran secreto que sólo ellos conocían.

—¿Se puede saber por qué tengo que ser yo? —se quejó Cristal, dejándose arrastrar lejos de mí una vez más.

—Porque eres la única en este local que sabe bailar un tango. Ahora sólo falta que alguno de mis compañeros sepa bailarlo también, porque si no, lamentándolo mucho, tú tendrás que guiarlo.

—¡No me jodas, Cris! Encima de tener que bailar delante de una multitud, me vas a hacer quedar en ridículo teniendo que guiar a un novato... ¡Me niego! —declaró Cristal, desprendiéndose del agarre de su amigo y cruzando los brazos mostrando una rotunda desaprobación.

—Me debes una muy grande, Cristal.

—Y tú también me debes algún que otro favor, Cris.

Cuando las cosas entre los dos se empezaron a calentar más de la cuenta, no pude evitar interrumpirlos.

—Yo sé bailar el tango. Lo aprendí de mi abuela, que era bailarina.

Cris me miró esperanzado, pero la mujer de la que yo esperaba una amable sonrisa sólo me dirigió una fulminante mirada.

No podía creer que me hubiera dejado convencer por mi traicionero amigo para ayudarlo en uno de sus números. ¡El muy canalla se había atrevido a chantajearme sutilmente delante de Derek al recalcar ese nombre del que me había apropiado! Con su mirada, Cris también me había advertido del enorme esfuerzo que había tenido que hacer para silenciar a sus compañeros de trabajo y que no delataran mi mentira; por todo ello, finalmente accedí a bailar en segundo plano en el escenario junto a Derek, un mentiroso que todavía me ocultaba muchas cosas, aunque no sabía si tantas como yo a él.

A lo que de ningún modo accedí fue a vestirme como una cualquiera, con aquel vestido que Cris me dio. A pesar de llegarme hasta los tobillos, tenía una larga abertura en un lado que me llegaba casi hasta la cintura, dejando al descubierto unas sugerentes medias de rejilla y unas ligas. Para terminar, el corpiño de ese vestido se pegaba demasiado a mi cuerpo, realzando mis senos. Y me importaba muy poco que una bonita flor adornara uno de sus tirantes. Ese atuendo era sin duda demasiado.

Salí del camerino decidida a dejarle bien claro a Cris que por nada del mundo subiría al escenario con aquel escandaloso vestido, pero en mi camino me tropecé con un hombre ataviado como un atractivo canalla: pantalones de traje negros con finas rayas blancas, una camiseta negra de manga corta que realzaba sus músculos y un sombrero negro con una lista blanca, que ocultaba su rostro haciéndolo parecer cada vez más peligroso.

Cuando estaban anunciando el próximo espectáculo, Derek se levantó el sombrero y, devorando mi cuerpo con sus ávidos ojos, me mostró una ladina sonrisa antes de tomar una de mis manos y llevarme hacia el escenario. Quise protestar, decirle que no estaba dispuesta a bailar

delante de decenas de personas con aquel aspecto, pero él no me dejó escapar, sino que me arrastró hasta detrás de las cortinas y, acercándose peligrosamente a su cuerpo, me cogió entre sus brazos y silenció mis labios con un apasionado beso que me hizo olvidar mis protestas.

Luego me soltó, satisfecho por mi reacción y mis sonrojadas mejillas, y, colocándose en el pelo una rosa roja que sacó del bolsillo de su pantalón, me susurró:

—Voy a descubrir todas tus mentiras...

Por unos instantes temblé, creyendo que me había descubierto, hasta que, riendo en mi oído, añadió:

—... Roxanne.

Me dejó desconcertada al decir el nombre de otra mujer justo después de besarme, hasta que oí la música que comenzaba a sonar en el escenario. Era el tango *Roxanne*, una historia llena de deseo, pasión, mentiras, sospechas y traición. Un baile en el que yo huiría de él y él me perseguiría declarándome su amor, algo que para Roxanne nunca parecía ser suficiente.

En el preciso momento en que sonaron los primeros acordes de un violín, Derek me hizo dar una vuelta y salí al escenario algo desorientada. Mientras Cris cantaba con su profunda voz, Derek se movía en círculo a mi alrededor, como si yo fuera su presa, y con una maliciosa sonrisa en los labios, me cogía una mano para acercarme a él en el momento correcto. Cuando me tuvo contra su cuerpo, comenzamos el baile en el que, por primera vez, me dejé llevar por un hombre. Nos movíamos como si fuéramos uno. Él me guiaba por la pista a la perfección, uníamos nuestros cuerpos en el baile con la pasión que existía entre nosotros y que aún no habíamos explorado.

En el instante en que Derek aflojaba su agarre sobre mí, yo intentaba alejarme de él, que no tardaba en volver a reclamarme a su lado, como si en verdad fuera un hombre tan celoso como el de la historia de Roxanne. Cada vez que hacía eso, me obligaba a dar una vuelta y a caer nuevamente en sus brazos y, cuando lo conseguía, me apretaba con fuerza entre ellos como si me amara y temiera que a la menor oportunidad me volviera a alejar de él.

Ese baile era tan parecido a nuestra relación en esos momentos que por unos instantes tuve miedo. Al final, la última vez que me alejé de él, Derek me dio la espalda como si ya estuviera más que cansado de perseguirme. Mi corazón se encogió por unos instantes y fui yo quien le

hizo darse la vuelta en el escenario, sin saber que sólo era un malicioso truco para hacer que cayera de nuevo entre sus brazos y terminar el número con un beso igual de apasionado que el que nos habíamos dado antes tras el telón.

En el instante en que la música finalizó y una ovación inundó el lugar, despertándome del embrujo de ese hombre, me sentí más que dispuesta a reprenderlo por haberme besado delante de decenas de desconocidos, pero entonces me percaté de que había ocultado nuestra apasionada actuación de la vista de todos con su sombrero.

—Y dime, Roxanne, ¿dejarás de huir de mí? —bromeó, sin imaginar siquiera las cosas que yo le ocultaba.

—Sólo si no me presionas —declaré, mientras me encaminaba hacia los camerinos, sonriéndole por encima del hombro donde tenía tatuada la mariposa.

Y, al igual que en el baile, él me siguió y, antes de dejarme marchar, me retuvo unos instantes entre sus brazos para besar la mariposa que volaba libre en mi espalda. Luego, simplemente me dejó ir.

Tras cambiarme y volver a ser yo misma, suspiré cansada y me derrumbé unos instantes contra la puerta. Estaba decidida a salir y enfrentarme a Derek, porque, aunque dijera bonitas palabras y se mostrase caballeroso, siempre sería un hombre, por lo que tendría algún terrible defecto, aunque yo aún no pudiera verlo.

Además, sabía que me ocultaba algo. Y para agravar la situación, según las normas de mi empresa, yo lo tenía totalmente prohibido. Me encontré suspirando una vez más sin saber cómo enfrentarme a él, cuando Cris abrió abruptamente la puerta en la que me apoyaba, casi haciendo que me diera de bruces contra el suelo.

—¡Acuéstate con él, pero ya! Y hazme un favor: a éste no lo espantes —me aconsejó.

—No voy a acostarme con él. Voy a salir ahí y a terminar esta cita en este mismo instante —declaré con decisión, resuelta a poner fin a todo aquel loco juego.

—Sí, lo que tú digas, cielo —declaró irónicamente Cris, sin creer que mis palabras fueran ciertas.

—Lo digo en serio, puedo resistirme a los encantos de cualquier hombre y éste no va a ser la excepción.

Capítulo 6

¡Mierda de subconsciente, que siempre terminaba haciendo caso de los desafortunados consejos que me daba mi lamentable compañero de piso! Tras despertar en una cama extraña, rodeada por los fuertes brazos de un individuo al que, lamentablemente, desde la pasada noche conocía demasiado bien, intenté alejarme lentamente de la calidez de su cuerpo. Pero mientras me separaba de ese hombre que sin duda sería un sueño para cualquier mujer, aunque a mí no me terminase de convencer, descubrí que mis sutiles movimientos hacia el borde de la cama lo habían despertado.

—Buenos días, Cristal... —comentó Derek risueño, ofreciéndome una de sus más radiantes sonrisas, al tiempo que me obligaba a acercarme a su cuerpo desnudo.

Por unos instantes estuve tentada de decirle que no me llamaba así, para ver cómo se le borraba la sonrisa de la cara al saber que con su actuación de la pasada noche, por muy memorable que hubiera sido, no se había ganado ni siquiera el privilegio de conocer mi verdadero nombre.

Pero decidí callarme, ya que con mis impertinentes palabras sin duda revelaría mi identidad y tal vez mi hermana se molestaría un poco al enterarse de que, a pesar de lo mucho que me esforzaba por evitar a todo espécimen masculino que pisaba nuestra empresa, finalmente había roto la regla de oro que impuso nuestra madre antes de dejarnos el negocio, acostándome con uno de los clientes de Eternal Heart.

Y, para colmo, con uno que sin duda podía ser el marido perfecto para cualquiera de nuestras clientas.

Mientras pensaba en las miles de excusas que podía soltarle a Derek para marcharme, dejándole claro que lo de la noche pasada había sido sólo un caso aislado y que por nada del mundo se volvería a repetir, él besó con gran atrevimiento la mariposa de mi hombro y me dedicó algunas de esas dulces palabras que siempre decían los hombres para hacer que una mujer se derritiera entre sus brazos y sucumbiera a sus encantos. Y yo, como una más de tantas otras estúpidas, caí en sus redes.

—Eres una mujer única, y por nada del mundo dejaré que vuelvas a escaparte de mi lado: ni tú ni esta tentadora mariposa. —Me reprendía con sus sensuales palabras, sin saber que mis mentiras eran más graves

de lo que él podía imaginar. Luego me mordisqueó el hombro, como advirtiéndome de lo que no debía volver a hacer.

Sus besos siguieron recorriendo mi espalda hacia las zonas más prohibidas de mi cuerpo y, a pesar de que sabía que no debía sucumbir de nuevo a sus caricias, caí en su embrujo cuando susurró sobre mi ardiente piel:

—Desearía encerrarte para siempre en la jaula de mis brazos y hacerte prisionera de mis caricias, para que nunca desearas alejarte de mi lado.

Sus besos continuaron enloqueciéndome y yo apreté entre mis puños las sábanas de su cama, negándome a caer en la tentación de acariciar a ese hombre que hacía que mi parte racional se difuminara y que la locura invadiera mi mente.

Derek se rio ante mi respuesta y se limitó a seguir conquistando mi cuerpo con sus adictivos besos. Recorrió mi espalda con el suave roce de sus labios. Sus leves toques me hicieron estremecer, y su aliento, que sentía sobre mi piel, me hizo temblar de deseo.

Mientras su boca marcaba un ardiente camino descendente, sus manos me acariciaban y retenían a la vez. Derek me sujetó la cintura y sus manos fueron bajando, a medida que lo hacían sus besos. Después me mordió levemente el trasero, sin duda una nueva y excitante reprimenda por los desplantes que había recibido por mi parte.

Sus manos bajaron lentamente por mis piernas para luego volver a subir y adentrarse entre mis húmedos muslos, rozando con leves caricias mi excitado clítoris. Tras arrancarme algún que otro gemido de placer, mi cuerpo exigió más, alzándose contra su mano buscando las delicias que me prometía con cada uno de sus roces. Noté su ladina sonrisa junto a mi espalda cuando solté un grito ante la inesperada invasión de sus dedos en mi interior, persiguiendo obtener más de esos delatores sonidos que salían de mis labios, asegurándole que sólo lo deseaba a él.

Las sábanas que mis manos arrugaban eran insuficientes para contenerme, así que agarré con fuerza los barrotes del elaborado cabecero de madera y ése fue el momento en que Derek alzó mi cuerpo y me hizo ponerme de rodillas. Sus sensuales caricias continuaron haciéndome arder.

Movía los dedos en mi interior marcando un ritmo con el que me llevaba hasta el más exquisito goce para luego retroceder en el último instante, alejándome de la liberación que exigía mi cuerpo. Sus expertas manos no dejaban de torturarme, ya que mientras me penetraba con los dedos no dejaba de acariciar mi clítoris. Su erguido miembro no cesaba de rozarse

con mi trasero, mostrándome lo que podía darme si me rendía a él. Finalmente sucumbí y cuando sus dedos se alejaron una vez más, negándome la culminación, fui yo quien se movió hacia él en busca del placer que me prodigaba. Mientras alzaba las caderas yendo a su encuentro, rozando con mi trasero su erecto miembro para alentarlo, mis erguidos pezones tocaron las frías sábanas, aumentando mi placer. No pude acallar los gemidos que salieron de mi boca en el instante en que sus manos volvieron a moverse, pero cuando estaba a punto de alcanzar un arrebatador orgasmo, Derek se alejó, dejándome vacía.

Me quejé, pero él no tardó demasiado en volver a mi lado con la debida protección. Y, tras agarrar con fuerza mis caderas, se adentró en mi interior de una poderosa embestida, uniéndonos y marcando un ritmo que me llevara hacia el placer que reclamaba mi cuerpo.

Me acarició los excitados pezones haciéndome gritar, sus envites se volvieron más fuertes y violentos ante mis gritos y, como si quisiera grabar su nombre en mi cuerpo, me susurró:

—Di mi nombre.

Lo miré, sorprendida por la extraña petición que me hacía, era como si supiera que yo aún le ocultaba muchos secretos. Tras sus palabras, entrelazó sus manos con las mías en los barrotes del cabecero de aquella cama donde quedarían las marcas de mis uñas, y besó tiernamente la mariposa de mi hombro mientras aumentaba la intensidad de sus movimientos y me acompañaba a la cúspide del placer. Y yo, pese a no haber pronunciado nunca el nombre de ningún hombre en mitad del éxtasis, no pude evitar exclamar el suyo cuando un arrollador orgasmo me invadió, dejándome indefensa ante alguien de quien nunca debía enamorarme, ya que su mera presencia en mi vida estaba prohibida y además yo no creía en el amor, y mucho menos en que el hombre adecuado para mí existiera en este mundo.

Todos eran unos mentirosos consumados que sólo sabían engañar a las mujeres, le recordé a mi aturdida mente. Pero en realidad, mientras vislumbraba de nuevo su hermosa sonrisa y sentía cómo me acogía cariñoso entre sus brazos, llegué a la conclusión de que en esos momentos la única que mentía y engañaba allí era yo.

¿Y qué podía hacer alguien como yo ante la perspectiva de que pudieran llegar a embaucarla y hacerla caer en la locura de una relación? Pues huir como una cobarde y cruzar los dedos para no ser descubierta por alguien como él, que sin ninguna duda utilizaría todo lo que estuviera a su alcance para volver a atraparme.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Desayunamos? —preguntó juguetón, mientras volvía a acariciarme el hombro y aquella esquiva mariposa que tanto le gustaba.

Y entonces hallé la oportunidad perfecta para huir de su lado.

—Me parece que Cristal está tardando demasiado —se dijo Derek, desnudo en su comfortable cama, sintiéndose otra vez engañado.

Tras esperar un buen rato, empezó a pensar que había huido de él de nuevo. Aunque eso era algo que no le entraba en la cabeza, después de haber pasado una magnífica noche y haber disfrutado juntos de una espléndida mañana. Pero tras aguardar durante más de una hora un desayuno que ella se había ofrecido a comprar con sospechosa alegría, según se percataba Derek en ese momento, finalmente llegó a la conclusión de que había perdido la posibilidad de disfrutar de la presencia de Cristal, además de degustar los apetitosos cruasanes y el intenso café que ella había prometido llevarle.

Todavía no comprendía qué había hecho mal para que quisiera irse. A esas horas de la mañana, y tras su nuevo desplante, las vagas explicaciones que le había dado sobre el motivo de su falso nombre o su equivocado número de teléfono le sonaban cada vez más falsas.

Según ella, le dio el nombre de Betty Boop porque estaba nerviosa ante su imponente presencia, y el número de teléfono equivocado había sido un error cometido al recitárselo, por estar demasiado ebria como para decirle otro que no fuera el que se sabía de memoria por las muchas veces que se lo daba a posibles acosadores o moscones.

Tras recibir estas respuestas, que él se había creído sin rechistar, Derek aún se preguntaba quién era aquella mujer que estaba haciéndole perder la cabeza.

Desde que había conocido a Cristal se había vuelto loco y no podía concentrarse en otra cosa que no fuera la perspectiva de perseguirla y hacerla suya una y otra vez hasta que dejara de huir de él y admitiera... ¿admitiera qué? ¿Que cada vez que se encontraban surgía una irremediable atracción entre ellos? ¿Que ella no podía dejar de caer una y otra vez en sus brazos? ¿Que, sin duda, sentía algo por él? ¿Que entre los dos había algo más que una mera atracción física?

¡Mierda! Sí, quería todo eso y mucho más... Por primera vez en su vida, Derek quería tener una relación seria con una mujer, aunque, para su desgracia, ése era el momento más inadecuado. Especialmente por los múltiples problemas que pendían sobre su cabeza. Pero si por algo era

conocido Derek Dilmore en los negocios era por ser el mejor y conseguir siempre lo que quería, a pesar de la oposición de sus rivales. Y en esos momentos, la quería a ella. La noche anterior había disfrutado de su compañía. Y tras actuar en el *show* de Cris la había llevado a un caro restaurante. Mientras los dos reían mirando a los estirados comensales del lugar, habían hablado, durante la cena, de sus vidas de forma muy evasiva y genérica. Él no quiso mencionar a su alocada familia y ella evitó hablar de su trabajo. Después de eso, fueron a bailar a un nuevo local de moda y su deseo se avivó ante la pasión que ella mostraba cuando la envolvía la música, así que no tardaron mucho en sucumbir al deseo en su lujoso apartamento.

Y después de esa memorable noche, Cristal se atrevía a huir de su lado de esa manera tan cobarde, después de gritar su nombre una y otra vez entre sus brazos esa misma mañana.

Las cosas no iban a quedar así.

Definitivamente, Derek se merecía una explicación detallada y sincera que le hiciera comprender por qué se mostraba tan reacia ante la idea de permanecer a su lado. Y esa vez no se dejaría embaucar por sus palabras y no la dejaría marchar hasta que le confesara una verdad que ambos parecían saber y ante la que ella huía a la menor oportunidad. A los dos los unía algo más que una simple atracción, y aunque Derek no sabía todavía qué nombre darle a ese desquiciante sentimiento que lo embargaba cada vez que pensaba en Cristal, sin duda con el tiempo no podría otorgarle otro calificativo que el de amor.

—Veo que al final has seguido mi consejo —comentó orgullosamente Cristal, saliendo de su habitación justo cuando Johana pasaba junto a su puerta, pese a que ésta llevara los zapatos en la mano y caminara de puntillas para no ser descubierta por su entrometido compañero de piso.

—No es lo que parece —dijo ella, intentando ganar tiempo para dar una explicación a lo que era evidente.

—Ah, ¿entonces no has pasado una noche de tórrido sexo con Derek Dilmore? Porque es lo que parece —replicó irónicamente Cristal, apoyándose en el marco de la puerta.

—Sí... bueno, no... Verás, yo...

—Si aún estás así de confusa, el culito diez debe de ser muy bueno en la cama, ¿no? Pero no te preocupes, yo te aclaro lo que ha pasado —se burló Cristal ante las dubitativas respuestas de su amiga—. Por tu aspecto, con el pelo que me traes, la cara sonrojada y las ropas

completamente arrugadas, yo diría que has pasado una noche digna de ser contada con pelos y señales. Y, a juzgar por el chupetón de tu cuello, pienso que no has dudado en repetir esta mañana y que por eso llegas a estas horas a casa y vas a llegar tarde a tu trabajo. Otra vez —señaló Cristal, mostrándole su reloj, la única prenda masculina que llevaba esa mañana.

—¡No me jodas! —exclamó Johana, alterada ante la noticia del chupetón, mientras se tapaba el cuello y corría hacia el espejo del baño para ver la posesiva marca que había osado dejarle su amante—. ¡¿Cómo narices voy a ocultar esto?!

—Como en tu trabajo diario no usas maquillaje, llamarías demasiado la atención si te lo pusieras hoy, así que, ¿por qué no usas esto? —apuntó Cristal, acudiendo en su ayuda con un pañuelo.

Johana lo observó con algo de reticencia. Sin duda podía atárselo al cuello y ocultar la marca que le había dejado Derek. El inconveniente era el llamativo color rojo del ostentoso pañuelo de su amiga.

—¿En serio crees que con esto no llamaré la atención? —preguntó irónicamente Johana, mientras barajaba otras opciones.

—¡Oh! Está bien, te prestaré uno gris que tengo. Sólo quería animarte a poner algún toque de color en esa estricta indumentaria que siempre usas para el trabajo.

—Lo último que necesito hoy es que alguien se fije en mí —respondió Johana, después de mirar el reloj y decidir que debía vestirse lo más rápido posible.

—Supongo que esta vez lo habrás aclarado todo con él, ¿o debo aguardar una nueva e inesperada visita de Derek?

—¿Ahora es Derek? ¿Dónde se han quedado esos apelativos cariñosos como «culito diez» o «ese hombre»? —reprendió Johana a Cristal, mientras se ponía un serio traje marrón.

—Cariño, con su visita demostró ser un auténtico caballero con unos modales impecables, así que sí, ahora es Derek. Y dime, ¿vendrá de nuevo sí o no?

—No lo sé —contestó Johana, bastante alterada sólo con pensar en una nueva visita de Derek.

—Vamos a ver... ¿cuáles han sido tus últimas palabras antes de salir por la puerta de su apartamento?

—Ahora traigo el desayuno...

—¡No me digas que te has ido de su casa y lo has dejado esperando con la promesa de un desayuno en la cama!

—Es culpa suya, por creer a una mujer que ya le ha mentido en más de una ocasión —se defendió Johana, molesta, mientras le arrancaba de las manos un pañuelo menos llamativo con el que ocultar su deslíz.

—¿Qué voy a hacer contigo, Johana?! —exclamó Cristal, alzando exageradamente los brazos al cielo.

—Por lo pronto, prestarme este pañuelo durante una temporada. Y después llamar a tu amigo Freddy para que se dé una vuelta por aquí. Tal vez lo necesitemos para espantar a Derek, así que dile que se vista un poco varonil cuando venga a visitarte.

—De verdad, no entiendo cómo es posible que ese hombre pueda ir detrás de ti.

—Muy fácil, porque soy encantadora —se burló Johana, poniéndose hábilmente el pañuelo, luego las gafas y haciéndose su estricto moño.

—No creo que tus clientes estén de acuerdo con esa afirmación.

—Yo tampoco —sonrió maliciosamente Johana justo antes de salir por la puerta para dar comienzo a un nuevo día de trabajo en su empresa, donde todo el mundo buscaba irracionalmente el amor cuando era mucho más fácil, y sensato, quedarse soltero.

De nuevo ante el portal de aquel edificio, me preguntaba qué narices hacía yo allí, buscando a una chica que ya me había dejado claro su rechazo de varias maneras distintas, pero que a la vez también me había demostrado lo mucho que me deseaba. Sus contradictorias acciones me confundían a cada instante y me volvían loco; ella era un gran enigma que yo tenía que descifrar.

No sabía cómo enfrentarme a Cristal, qué decirle para que no acabara huyendo de mi lado otra vez después de darme alguna estúpida excusa sobre su comportamiento que, sin duda, yo me creería como un necio. Así que hice lo que haría cualquier hombre lo bastante irracional como para sentirse atraído por alguien como ella: esperé en mi coche a que saliera de su edificio para ofrecerle amablemente ese desayuno que nunca llegó a traer a mi cama.

Mientras observaba a las personas que salían del edificio de apartamentos, vi de nuevo a la arisca mujer a la que tuve la desgracia de conocer en la agencia matrimonial. La tal Johana, cuyo nombre se me quedó grabado en la mente, ya que nadie me había tratado con tan poco tacto y educación en la vida, y muy especialmente después de oír mi apellido.

No me asombró la presencia de Johana en el lugar, ya que ya me había

topado con ella con anterioridad y sabía que vivía allí, pero sí me llamó la atención el pañuelo que llevaba atado al cuello. Si pretendía ir a la moda, esa prenda no mejoraba en absoluto su austero aspecto, y si intentaba ocultar algo, me preguntaba quién habría sido el estúpido que había tenido las agallas para enredarse con alguien con un carácter tan venenoso como el suyo.

Tras esperar una media hora en el coche con dos vasos de café frío y unos cruasanes que comenzaban a perder su delicioso aroma, decidí que lo mejor era enfrentarme directamente a ella y terminar con ese juego del que empezaba a cansarme. Como no recordaba demasiado bien el piso de mi esquiwa embaucadora, decidí mirar de nuevo los nombres en los buzones de la entrada y, tras entrar en el edificio con la típica y manida excusa de correo comercial, me fijé en algo que mi obnubilada mente no había captado en mi anterior visita, por la impaciencia de hallar a mi diosa. Los nombres que constaban en esa vivienda eran Cris, Cristal y J.

Intenté recordar cuántas habitaciones había visto cuando estuve en el apartamento de Cristal, pero me fue imposible, porque no pasé del salón, ya que mi peculiar anfitriona de ese momento me estuvo contando sus historias hasta que la mujer a la que ansiaba ver hizo su aparición y entonces me olvidé de todo.

Cuando llegué al piso de Cristal, preguntándome quién demonios sería ese tal «J» que compartía apartamento con ella, llamé a la puerta y esperé. Pero no me abrieron, así que supuse que no habría nadie en casa o que simplemente se escondían de mí. Tras decidir que lo mejor era poner fin a todo en ese momento, garabateé una rápida nota de despedida que dejé en el suelo, junto con el frío desayuno que nunca habíamos llegado a disfrutar y, cuando ya me disponía a marcharme, la puerta de enfrente se abrió y una sobremaquillada anciana apoyada en un andador decidió cotillear un poco sobre mi visita a sus vecinos.

—¿Qué es eso, jovencito? —me preguntó la anciana, señalando la bolsa del desayuno para luego, sin esperar contestación, pasar a reprenderme —. ¡No debería dejar basura en la puerta de la gente, por muy desagradables que hayan sido con usted! Las personas que viven en esa casa son algo extrañas, pero son muy buenas conmigo, ¡así que será mejor que no las moleste si no quiere que llame a la policía!

—Señora, no es lo que usted cree. Esto solamente es el desayuno que debería haber compartido con Cristal.

—¿Con Cristal? ¡Vaya, qué lástima! No creí que fuera usted uno de esos...

—comentó la anciana, recorriéndome de arriba abajo con una inquisitiva mirada—. Parecía ser más bien del tipo de los que persiguen a Johana. Pero, en fin, era mucho pedir que esa niña hubiera topado al fin con un hombre decente. Esta Johana... ¡me trae de cabeza! ¡Mira que empeñarse en no querer una relación con los hombres, porque dice que todos son mentirosos y mil excusas más!

Me sorprendí mucho ante la mención de ese nombre. Luego llegué a la conclusión de que la anciana habría confundido a sus vecinas. Ante el inminente cotilleo de la viejecita sobre la vida privada de una persona a la que no me interesaba conocer, intenté excusarme y alejarme lo más rápido posible, pero ella prosiguió con su discurso, a pesar de mis sutiles intentos de huida. Ya me disponía a empezar a bajar disimuladamente la escalera, cuando me detuve ante las siguientes palabras de la anciana.

—No sé por qué se niega a echarse un novio. Después de todo, cuando se quita ese austero traje es muy guapa, incluso parece otra mujer. Lo único que no me gusta es esa horrible mariposa que lleva en el hombro... ¡Mira que maltratar su cuerpo de esa forma!

—¿Está usted hablando de Cristal, señora? —pregunté confuso.

—No, jovencito, estoy hablando de Johana.

—¿Está usted segura de que no se ha equivocado? —insistí, llegando finalmente a la conclusión de que había sido vilmente engañado por una mujer sin escrúpulos.

—¡Oiga! ¡Aún no estoy senil y sé diferenciar perfectamente entre Cristal, un chico de metro noventa de estatura con peluca, y Johana, una joven bastante impertinente!

Mi buena voluntad de dejar a la falsa Cristal en paz y de que entre nosotros todo quedara en una fogosa noche en la que los dos habíamos disfrutado de la pasión se esfumó en cuanto supe que Johana se había atrevido a jugar conmigo desde el principio. Pensé que tal vez era el momento de que yo me dedicara a jugar con ella y le diera una lección. Después de todo, los Dilmore éramos conocidos por no dejar una ofensa sin su merecido escarmiento.

—Hábleme más de Johana, señora. Tal vez pueda ayudarla a encontrar una pareja para ella —le dije a la anciana, sabiendo que la única pareja posible para Johana en esos instantes era yo.

Tras aceptar la amable invitación de Adeline, que así se llamaba la anciana vecina, para entrar en su acogedor hogar, recogí el desayuno del suelo y la seguí; todas mis dudas serían aclaradas y por fin me enteraría de quién era realmente Johana y por qué me había elegido a mí para

volverme loco con sus juegos.

Al final llegué tarde y tuve que soportar la mirada reprobadora de mi hermana y aquella falsa sonrisa que se ampliaba más que nunca cuando estaba realmente molesta. Por suerte, nadie aguardaba frente a mi mostrador y tenía un sudoku pendiente, así que continué con mi dificultosa labor, decidiendo dónde encajar aquel complicado tres en la fila de números.

A lo largo de la mañana ningún insensato vino a quejarse, por lo que pude descansar en paz y reflexionar sobre lo que estaba haciendo con aquel hombre que, desde que había irrumpido en mi vida, me traía de cabeza y reducía mis ya escasas horas de sueño.

Acostarme con Derek la pasada noche definitivamente había sido un error, y repetirlo por la mañana una tremenda equivocación.

—Pero qué equivocación... —evoqué soñadora, recordado con detalle las apasionadas noche y mañana que había pasado entre sus brazos.

Después negué con la cabeza, apartando todos esos escandalosos recuerdos de mi mente. Yo no deseaba ninguna relación con ningún hombre. Todos ellos eran sumamente falsos y más que cualquier otro lo era Derek Dilmore, que sin duda se traía algo entre manos.

Además, yo no podía tener nada con una persona relacionada con mi trabajo. Sobre todo con la pesada de mi hermana recordándome mil veces a la semana esa odiosa regla que yo había tenido la insensatez de romper. Gracias a Dios, Derek nunca me relacionaría con la mujer que había compartido su cama y, con algo de suerte, después de mi huida de esa mañana le quedaría claro que no tenía nada que hacer conmigo.

Él nunca llegaría a saber que la apasionada diosa de la noche pasada no era otra que la arisca mujer de la que tanto recelaba, y todo volvería a la normalidad.

¡Hombres! Nunca son capaces de ver más allá de sus narices...

Ahora sólo me quedaba comportarme como siempre en mi trabajo y que Derek no sospechara que nos conocíamos más íntimamente de lo que él podía imaginar. Eso sería fácil, ya que ningún hombre llegaba nunca a afectarme tanto como para hacerme hacer la idiota, como tantas enamoradas.

A lo largo del día repartí alguna que otra solicitud para hacerse socio de Eternal Heart a hombres adecuados y a mujeres esperanzadas en hallar el amor. En el momento en que parecía que iba a finalizar mi jornada laboral, por una vez sin quejas sobre mí por parte de los clientes, algo de

agradecer cuando cada dos por tres mi hermana me regañaba por ello, alguien osó quitarme repentinamente el pasador del austero moño que siempre llevaba, deshaciéndomelo en un instante y liberando mi larga melena morena sobre mis hombros.

Alcé la cara, dispuesta a increpar al idiota que se había atrevido a tal insensatez y ante mí vi al hombre que últimamente invadía mis pensamientos, con una sonrisa bastante maliciosa a la vez que sostenía, alejado de mí, el bonito pasador que me había regalado mi madre y que me resultaba imprescindible en esos momentos si quería seguir ocultando mi identidad.

—¡Dame eso! —le grité indignada al impertinente tiparraco.

—No —contestó él, ampliando su sonrisa mientras alejaba el pasador de mí un poco más.

—Si haces esto para llamar mi atención, estoy dispuesta a escuchar todas tus quejas. Claro está que mañana, porque ahora ya ha terminado mi jornada laboral. ¡Y haz el favor de darme el pasador! —exigí firmemente, tendiendo una mano, ante lo que Derek simplemente se limitó a seguir sonriendo.

—Ven a por él —me retó, con su mirada insinuante.

Y antes de que pudiera comprender lo que pasaba, acepté participar en su estúpido juego. Salí de la seguridad de mi mostrador y, poniéndome frente a él, intenté recuperar el pasador. Como él era mucho más alto que yo, y los zapatos planos que llevaba no me ayudaban demasiado, di algún que otro estúpido saltito sin éxito.

Derek se rio a carcajadas y lo alejó aún más de mí, mientras yo, harta de sus payasadas, crucé los brazos enfadada y me dirigí a él con el tacto y la delicadeza que me caracterizaban:

—¿Tú eres tonto o practicas para serlo?

Increíblemente, ante mi impertinencia él se rio a carcajadas.

—¿No puedes alcanzarlo? No te preocupes, yo te ayudo —dijo burlón, alzándome repentinamente con un brazo para que llegara al pasador.

Aunque me asombró su disparatado comportamiento, no me percaté de que mientras yo estaba ocupada intentando alcanzar mi premio, Derek me deshizo con rapidez el nudo del pañuelo con su boca, dejando mi cuello expuesto justo a la altura de sus ojos, por lo que ya nada podía ocultar el chupetón que me había hecho esa misma mañana.

Sus labios no tardaron en susurrar su victoria a mi oído y yo no pude evitar temblar entre sus brazos, sin saber lo que me esperaba al haber sido descubierta por un hombre como él.

—Al fin te he encontrado... —murmuró.

A continuación, me mordisqueó sensualmente la oreja y, después de devolverme al fin el pasador, me soltó de su abrazo.

—No sé a qué te refieres —negué, intentando salir airosa de la situación.

—Claro que no —ironizó él, mientras miraba cómo recomponía mi aspecto—. Pero pronto lo sabrás —dijo amenazador, observándome con sus fríos ojos verdes.

—Creo que me confundes con otra —insistí, intentando hacerle dudar.

—Y yo creo que no. Pero no te preocupes, no tardaremos en descubrirlo

—añadió, decidido a hacerme sufrir con la incertidumbre de lo que podía hacernos a mí o a la empresa—. Mientras tanto, creo que necesitarás esto —concluyó cínicamente, al tiempo que me colocaba de nuevo el pañuelo alrededor del cuello con delicadeza. Cuando terminó de anudarlo, besó con descaro mi cuello, donde había dejado su marca, y me advirtió:

—Sin duda nos volveremos a ver. Cada vez me interesan más los servicios que puede ofrecerme esta empresa, de una manera u otra. Hasta pronto, Johana —añadió, recalcando mi nombre.

Y en ese momento pensé que ese hombre que había invadido tan inesperadamente mi vida sin duda me iba a traer un sinfín de problemas.

Capítulo 7

En esta ocasión fui yo quien quiso seguir el juego que Johana había comenzado, así que dejé pasar un tiempo desde nuestro último encuentro, en el que había confirmado que aquella impertinente arpía era la diosa que me volvía loco. Me resultó difícil no acercarme a ella, más aún después de sentirme bastante ofendido por cómo me había tratado y sin recibir ninguna explicación para sus desplantes.

Ahora, después de toda una semana sin verla, mientras esperaba su aparición en la sala de reuniones de Eternal Heart, todo empezaba a encajar. Sus intentos de evitarme, sus palabras esquivas a la hora de hablar de su trabajo, su falso nombre y su erróneo número de teléfono. Pero mi deseo de querer conocer el motivo por el cual Johana no quería tener nada conmigo todavía daba vueltas en mi cabeza, aunque me preocupaba más saber por qué había caído entre mis brazos de una forma que mi mente se negaba a olvidar. Todas las noches recordaba el apasionado encuentro con ella en mi cama y, pese a que me hallaba sumamente confuso en todo lo relacionado con esa mujer, de una cosa estaba totalmente seguro: tenía que volver a ser mía.

Mientras esperaba un tanto impaciente, hojeé los folletos de los cursos que ofrecían en aquella singular empresa.

«Anímate y asiste a nuestros cursos avanzados para que nadie te engañe: cómo reconocer si él es un farsante. Cómo dejarle claro que no quieres saber nada de él. Profesora: Johana Martin.»

—Cómo no... —suspiré frustrado, arrojando los panfletos a un lado, tras ver el nombre de la persona que estaba tan loca como para impartir unos cursos de esa índole en una agencia matrimonial.

Por la extensa conversación que había tenido al principio con Cristine, la otra dueña de la empresa, supe que Eternal Heart era un negocio familiar que se había mantenido en pie gracias a las innovadoras ideas de esa joven, una chica bastante emprendedora, que no podía dejar pasar una oportunidad en cuanto la veía. Era tan habilidosa con los negocios que incluso había sacado provecho del inusual y espinoso carácter de su hermana, convirtiéndola en uno de los principales recursos de su empresa para atraer a los clientes más desorientados sobre el amor. En aquel momento me sorprendí al saber que alguien con el carácter de

Johana poseía la otra mitad de la agencia matrimonial.

Cuando cogí el teléfono esa mañana estaba decidido a encontrar la forma de que Johana no pudiera evitarme nunca más e intentar que no huyese más de la verdad que ambos conocíamos: que ella era la mujer que había estado en mi cama, un lugar del que nunca debería haber salido.

Así que hablé con Cristine y le insinué una posible inversión en su empresa, además de la posibilidad de añadir algún cliente potencial a su lista de solteros. Esta parte sin duda era verdadera, ya que había pensado en mis primos. Si yo estaba sufriendo por la estúpida idea de mis familiares de casarme antes de los treinta sin que mis queridos primos hicieran nada por ayudarme y sólo se dedicaran a fustigarme con sus pullas, ¿por qué no ayudar a mi abuelo para cuando les tocara a ellos sufrir mi misma penitencia?

De modo que, tras comentarlo con el viejo cabeza de familia, los adinerados Dilmore decidimos expandirnos hacia otros tipos de negocio y, en concreto, hacernos socios de una empresa que ayudaría muy convenientemente a mis primos a encontrar el camino hacia el matrimonio, algo a lo que todos, incluido yo, nos resistíamos.

Pero si pensaba que el anciano me dejaría en paz después de haberlo convencido para que participáramos en esa locura de negocio como socios capitalistas, un trato cerrado sólo para mi propio beneficio, no fue así en absoluto, y la llamada que recibí en esos instantes me demostró lo empeinado que estaba mi querido abuelo en no dejarme prolongar mi soltería más allá de los treinta años.

Como siempre, él sabía cómo empezar una conversación para provocar un intenso dolor de cabeza. Así que, sin saberlo, Geron Dilmore puso el dedo en la llaga cuando me preguntó por la mujer a la que yo buscaba tan desesperadamente desde hacía unos días.

—¿La has encontrado ya?

—Sí, pero se me ha escapado.

Me di cuenta de que mis palabras habían sido un tremendo error cuando mi abuelo dedujo que ya había escogido a alguien, y aun sin conocerla, decidió que era la mujer idónea para mí.

—¡Pues encuéntrala de nuevo! Te recuerdo que tu cumpleaños es dentro de un par de meses y que todavía no me has demostrado que estés haciendo progresos en la búsqueda de tu futura esposa. No sé si debería permitirte seguir ayudándome con los negocios, seguro que en estos momentos solamente estás pensando en números, estadísticas, márgenes de beneficios y proveedores para los nuevos locales y no te

estás concentrando en lo importante.

—Te puedo asegurar, abuelo, que en estos momentos no estoy pensando en ningún negocio: sólo en encontrar a una desesperante mujer bastante esquivia —contesté, sonriéndoles ladinamente a las mujeres que entraban por la puerta, y en especial a una que siempre me evitaba.

—Pues hazme un favor, hijo, si la vuelves a encontrar, ácala si hace falta, pero que no se te escape de nuevo.

—Buena idea, abuelo, la tendré en cuenta —respondí, pensando en lo bien que quedaría Johana atada a mi cama con una de mis finas corbatas de seda—. Pero no te preocupes, esta vez no se me escapará —aseguré con decisión, cuando mis ojos se encontraron con los de ella.

Cuando Cristine la había llamado, lo último que Johana se imaginó fue que sería para convocarla a la sala de reuniones, un lugar que muy pocas veces había pisado a lo largo de los años en Eternal Heart, ya que su falta de tacto y su forma un tanto brusca de tratar a las personas no la convertían en la más adecuada para asistir a cualquier reunión en la que se pretendiera obtener un resultado satisfactorio para la empresa.

Pero sin saber por qué, Cristine le había pedido un poco de su tiempo de aquella aburrida mañana en la que, tras acabar de hacer el sudoku del periódico y dejarle claro a algún que otro molesto cliente que en Eternal Heart no se hacían milagros, Johana tenía poco trabajo tras el mostrador de Reclamaciones.

En un primer momento, Johana pensó que su hermana iba a imponerle otro de esos cursillos de asertividad, después de que Johana hubiese hecho llorar a una joven clienta demasiado fantasiosa con las expectativas de encontrar a su amor verdadero, algo que a todas luces no existía, pero que muy pocos llegaban a admitir.

Después de pasar por delante de la puerta del aula del sufrido Julius y de seguir recorriendo el largo pasillo, Johana intuyó que allí ocurría algo raro. Y cuando Cristine le empezó a alabar el grandioso linaje de los Dilmore mientras llegaban a su destino, Johana llegó a la conclusión de que ese niño mimado quería vengarse de ella de la peor manera posible, que no era otra que tocando el negocio de su querida familia.

Aunque a ella no le importaba demasiado el empalagoso negocio familiar, éste era el sueño de su madre y de su hermana y, por tanto, algo que Johana defendería a toda costa frente a cualquier impresentable que intentara hacer algo contra él. Así que mientras su hermana entraba en la sala de reuniones obsequiando a Derek Dilmore con una de sus más

radiantes sonrisas, ella se limitó a mostrar una expresión enfurruñada en la cara, con la que le advertía seriamente a aquel tipo de que no le tocara las narices. Y menos aún un maldito lunes por la mañana.

—¡Buenos días, Derek! Me alegro mucho de que estés pensando en invertir en nuestra empresa y, tal como me pediste, aquí te presento a mi hermana Johana, la otra socia de nuestro espléndido negocio familiar.

Mientras Cristine permanecía de pie, demostrando así sus buenos modales, Derek se había acomodado, quizá demasiado para el gusto de Johana, en una de las butacas de la sala. Y, cómo no, justo en la que se hallaba a la cabecera de la mesa, como si él presidiera la reunión.

Decidida a no dejarse intimidar por él, por mucha presencia que tuviera, Johana tomó asiento a su lado y, sin saludarlo siquiera, comenzó a intentar hacerlo desistir de su intención de invertir en un negocio del que no sabía nada y en el que sólo quería participar para que su dañado ego se recuperara.

Tal vez podría seguir negando que fuera la mujer que se había acostado con él y darle largas hasta que él se cansara y decidiera buscar en otra parte a su enigmática amante. Después de todo, la coincidencia de tener una marca en el cuello y una bonita melena morena era algo que podían compartir muchas mujeres de Chicago, así que lo mejor sería mentir descaradamente. Y con más razón al estar presente su perspicaz hermana... Quién podía imaginar lo que sería capaz de hacer Cristine si se enteraba de que ella había quebrantado la única regla impuesta por su madre.

—¿Qué hace aquí, señor Dilmore? —preguntó Johana con bastante brusquedad.

—Como el buen empresario que soy, he visto las posibilidades que puede tener este negocio y he venido decidido a conocerlo un poco mejor, a él y a sus dueñas, para decidir si es beneficioso para la familia Dilmore invertir en Eternal Heart.

—Bonito discurso. Pero este negocio es bastante simple, así que no tiene mucho que hacer aquí. Le basta con saber que en Eternal Heart nos dedicamos a buscarles pareja a personas que quieren encontrar el amor. Cristine lo organiza todo con la colaboración de nuestros clientes. Unos tienen suerte y otros no, y los desafortunados vienen a mi puñetero mostrador a tocarme las narices. Eso es todo —declaró Johana, haciendo alarde, una vez más, de la característica delicadeza que siempre la acompañaba.

—¡Johana! —la reprendió Cristine, tomando asiento al otro lado de

Derek y ordenándole a su hermana con la mirada que guardara silencio durante el resto de la reunión, algo que, por supuesto, Johana ignoró.

—Por lo que pude ver de la mano de la encantadora Cristine, la labor de emparejar a la gente es más complicada de lo que parece —señaló Derek, siendo recompensado por una jovial risita de Cristine ante tal elogio—. Ahora me interesaría verlo desde su perspectiva, Johana. Quisiera asistir a sus innovadoras clases, tal vez pasar un día entero con usted detrás de su mostrador y que me enseñe qué es lo que hace en su empresa...

—Es fácil: de lunes a sábado intento hacer mi sudoku en paz. Los domingos descanso —lo cortó tajantemente ella, intentando deshacerse de ese hombre que, si llegaba a pasar demasiado tiempo a su lado, ya no albergaría ninguna duda de que, en efecto, era la mujer con la que se había acostado.

—¡No le haga caso, señor Dilmore! Johana hace mucho más que eso —intervino Cristine, intentando salvar la situación—. Imparte unos maravillosos cursillos a las mujeres, para que no las engañen, selecciona a nuestros clientes decidiendo cuáles son aptos para ser socios de Eternal Heart y escucha pacientemente cada una de las quejas y reclamaciones de nuestros clientes, seleccionando las más adecuadas para mejorar los servicios de nuestra empresa. No sé qué haríamos en Eternal Heart sin ella...

—¡Venga ya, Cristine, corta el rollo, que me ha visto trabajar! —exclamó despreocupadamente Johana, decidida a abandonar aquella estúpida reunión que no llevaría a nada, porque ni Derek estaba dispuesto a invertir en su empresa ni Johana le permitiría hacerlo—. Y ahora, si me perdonáis, vuelvo a mi sudoku... ¡oh, perdón! A mi importantísimo trabajo... —ironizó, levantándose de su asiento dispuesta a irse. Pero las palabras de su hermana la hicieron desistir de su empeño.

—Johana me ayuda a organizar muchas de las citas de nuestros clientes, señalándome cuáles son las parejas más compatibles, y la mayoría de las veces sus consejos son todo un acierto. Es tan dedicada que en ocasiones incluso destina algo de su tiempo libre a nuestra empresa, como cuando hacen falta mujeres para que el número de participantes sea el adecuado en nuestras citas rápidas. Siempre es la primera en ofrecerse para esta tarea. Tal vez la pueda ver en acción, ya que todavía no he cuadrado el número de clientes que acudirán a este evento el próximo sábado —anunció Cristine con una brillante sonrisa, algo que no engañó a Johana en absoluto, que reconoció sus palabras como lo que eran: toda una amenaza si abandonaba la sala.

Ante esa posibilidad, volvió a sentarse rápidamente, ya que odiaba esos malditos eventos, en los que en más de una ocasión había dado lo más rápido posible su falso número de teléfono para que su pareja guardara silencio durante los restantes seis minutos y cincuenta segundos que duraban las endemoniadas citas.

Fulminó a su hermana con la mirada y guardó silencio. Por nada del mundo quería volver a pasar por esa pesadilla de citas rápidas y que le dijeran una y otra vez las mismas frases tan poco originales que solían utilizar los hombres para intentar conquistar a una mujer.

—¿No sería problemático que alguno de sus clientes la reconociera como una de las trabajadoras de Eternal Heart? —indagó Derek, bastante interesado en la respuesta de la amable Cristine, que, sin saberlo, estaba revelando ante él el engaño de su hermana.

—Johana es casi irreconocible cuando se quita ese traje y esas horrendas gafas. Usted mismo lo podría comprobar si la viera por la calle.

—¿Usted cree? —comentó irónicamente Derek, aunque sólo Johana captó el leve tono sarcástico en su voz.

—No es para tanto —masculló Johana, intentando esbozar una sonrisa, mientras resistía las ganas de huir de allí lo más deprisa posible.

—Johana, no seas modesta: cuando te libras de ese aire tan rígido eres una auténtica belleza. No sé por qué no has encontrado aún a un hombre a tu medida.

—Será porque todos son unos mentirosos... —apuntó ella, dando su firme opinión acerca de una lección que había aprendido a lo largo de los años respecto al género masculino.

—¿Y las mujeres no mienten? —preguntó mordaz Derek, recordándole las acciones de la mujer que ella todavía negaba ser.

—Algunas... ¿Y usted no lo hace al decir que va a invertir en esta empresa o que busca pareja cuando es evidente que no necesita nuestros servicios para ello? —replicó Johana, harta de la molesta situación.

Y antes de que su hermana volviera a amenazarla con alguno de sus alegres comentarios o de que Derek volviera a hacerla enfurecer con sus mordaces palabras, se marchó al fin sin ofrecer ninguna excusa a ninguno de los presentes.

Después de su sonoro portazo, Derek sonrió complacido al ver que cada vez se revelaba un poco más de las mentiras de la engañosa fémica y que muy pronto no podría hacer otra cosa que admitir que era la mujer que lo volvía loco. Aunque la verdad era que no sabía qué haría después de que las mentiras de los dos quedaran al descubierto, ya que cada vez

deseaba más a aquella arpía, a pesar de la forma en que lo había tratado. Cristine intentó paliar el incómodo silencio que se hizo tras la marcha de Johana con alguna explicación adicional sobre sus maravillosos eventos y sobre las estrictas reglas de su empresa y dejó claro que ninguno de los empleados se relacionaba con los clientes más allá de lo estrictamente necesario.

—A pesar de que en nuestros encuentros rápidos participen algunos de los empleados, no debe preocuparse por nuestra profesionalidad, ya que todos tenemos estrictamente prohibido mantener relaciones con los clientes.

—¡Vaya! ¿Incluso las dueñas? —se interesó Derek, a pesar de que sospechaba cuál sería la respuesta.

—Por supuesto. Nosotras somos las primeras en atenernos a esa norma. Y si alguna de las dos la incumpliéramos, abandonaríamos Eternal Heart en el acto, ya que eso es lo que acordamos con nuestra querida madre cuando nos cedió su empresa.

Derek sonrió perversamente ante esa nueva información que cambiaba por completo las tornas con Johana. Ahora era él quien marcaba el ritmo de ese peligroso juego en el que los dos se habían adentrado.

—Cada vez estoy más interesado en su empresa. ¿Por qué no me apunta a su evento del sábado? Así podré presenciar en directo el trabajo de su hermana y, de paso, hacer uso de los servicios que contraté para intentar hallar a mi media naranja. Pero hágame un favor, no le diga nada a Johana. Parece que no le caigo demasiado bien.

—No se preocupe, seré como una tumba respecto a su asistencia a lo del sábado —contestó Cristine, acompañando a su importante socio hacia la salida—. No se puede imaginar lo que llega a cambiar mi hermana cuando quiere —insistió jovialmente, sosteniendo la puerta de la calle.

—¡Oh, sí puedo! —masculló Derek en voz baja, lo que no impidió que Cristine le oyera.

Se quedó un tanto confusa ante tal afirmación, pero después de que Derek Dilmore se marchase, la olvidó rápidamente y pasó a concentrarse en la complicada labor que tenía por delante. Algo nada fácil: convencer a Johana de que acudiera, una vez más y en su apreciado día libre, a una de aquellas citas rápidas que su hermana tanto odiaba. Pero como se trataba de Johana, Cristine estaba segura de que encontraría una u otra excusa en alguno de sus desplantes.

—Explícamelo una vez más, Cristine, ¿qué demonios estoy haciendo yo

aquí en mi sábado libre? —le exigí a mi hermana, bastante cabreada, mientras observaba el meloso ambiente de aquel local sólo apto para parejas: mesas sólo para dos personas, con los típicos relojes de arena, velas, tenue iluminación, suave música de ambiente lo bastante baja como para que la conversación pudiera fluir con facilidad, malos aperitivos tan poco apetecibles que preferirías hablar antes que engullirlos y una barra lo suficientemente alejada como para que no pudiera escabullirme hacia ella. Como segunda opción para mi huida intenté localizar los baños, pero la suspicaz mirada de Cristine captó mis intenciones y acabó con mis esperanzas.

—No se te permite huir de este evento, Johana. Estás aquí como castigo por haber espantado a tres posibles clientes y haber hecho llorar a uno de ellos —dijo mi hermana, recordándome mis faltas de esa semana. Qué rencorosa.

—No sabía que los hombres pudieran ser tan sensibles —intenté defenderme. Pero por lo visto no usé las palabras correctas, ya que Cristine me fulminó con la mirada y volvió a reprenderme.

—No creo que señalar que si seguía viviendo con su madre iba a acabar siendo un viejo gordo rodeado de gatos fuera lo más acertado para atraer a un cliente a nuestra empresa.

—Pero ¡era la verdad! —me quejé ante la injusticia. Sin embargo, una vez más fui ignorada por mi cruel hermana.

—No te preocupes, será rápido. Como ya sabes, las citas sólo duran siete minutos cada una. Por si intentas huir como la última vez por la ventana del baño, te informo que en esta ocasión he elegido un local que carece de ellas, y que yo estaré en la puerta vigilando. Así que, como les digo a todas nuestras clientas, ¡te deseo mucha suerte en la búsqueda de tu amor! —concluyó Cristine, con su sonrisa más radiante. Sin duda burlándose de mí y de mi desgracia.

—Sabes que detesto esto, ¿verdad?, y que voy a hacer todo lo posible para que ninguno de esos tíos se acerque a mí lo más mínimo —le advertí, con la intención de librarme de aquella tortura.

—No creo que en siete minutos puedas ofender tanto a alguien —me retó Cristine, alejándose de mí con paso despreocupado y desoyendo mis amenazas.

—¿Qué te apuestas? —repliqué, totalmente decidida a deshacerme de cualquier hombre que intentara acercarse a mi mesa, para demostrarle a mi hermana que esos eventos no eran aptos para mí y mi singular carácter.

Después de efectuar las presentaciones de rigor al comienzo del aburrido acontecimiento, que ese día iba a tener lugar en un acogedor local de Chicago llamado People, y que nos había cedido una parte de su espacio por un tiempo limitado, a cambio de los beneficios de la publicidad que conllevaría esa sesión de citas rápidas, Cristine pronunció su anodino y repetitivo discurso sobre las reglas que se debían seguir, que, para mi desgracia, yo ya me sabía de memoria.

—Esta vez las señoras serán las protagonistas, por lo que permanecerán sentadas a las mesas y serán los caballeros quienes irán sentándose ante ellas por turnos. En los folletos que les he repartido a los señores viene indicada la mesa a la que deben dirigirse cuando acabe su primera cita rápida, para poder pasar a la siguiente sin interrumpir el flujo de asistentes. Les agradecería a cada una de las parejas que permanecieran los siete minutos de rigor juntos, conociéndose lo máximo posible, ya que nadie sabe lo que puede pasar en este tipo de situaciones... —comentó alegremente mi hermana, acompañando ese estúpido comentario con una aún más estúpida risita antes de continuar:

—Cuando las citas hayan finalizado, todos me entregarán los cuestionarios con los nombres de los hombres y mujeres a los que les gustaría conocer mejor y yo personalmente haré llegar sus deseos a las personas indicadas; si son recíprocos, prepararemos una cita. ¡Y quién sabe! Tal vez en estos siete minutos pueda surgir el amor...

El vomitivo discurso acabó entre los efusivos aplausos de todos, mientras yo aplaudía con bastante desgana, procurando no desentonar demasiado. Intenté ocultar un poco con mi cabello el número que llevaba adherido a mi insinuante vestido negro, prenda que sólo me había puesto por insistencia de mi hermana. Cuando Cristine vio lo que intentaba hacer, me reprendió con la mirada y me señaló mi lugar en la mesa número trece, así que finalmente desistí de ocultar mi número de candidata y me dediqué a permanecer sentada a la mesa, garabateando un dibujo de lo que pensaba de aquellas horrendas citas, mientras el primer cliente se dirigía hacia mí.

Tras una rápida mirada, lo calé enseguida: traje caro, cara de niño bonito y sonrisa de suficiencia que delataba que se creía el mejor, así que antes de que tomara asiento, dije la frase que seguramente él habría usado en más de una ocasión para deshacerse de una mujer. Aunque, claro, yo le di mi toque personal, con lo que conseguí el resultado deseado.

—Lo siento, pero lo nuestro nunca funcionaría. Y que conste que no es por mí, es por ti —añadí despectivamente, mirándolo de arriba abajo.

Tras destrozar su ego, el trajeado finalmente no llegó ni a tomar asiento y yo continué con mi dibujo.

El siguiente era un médico la mar de aburrido, así que cuando iba a adentrarse más en su explicación de cómo le salvó la vida a un paciente, algo bastante difícil cuando eres podólogo, corté su épica historia en el cuarto minuto y lo hice desistir de proseguir con la cita.

—De verdad, no me importaría salir contigo, pero me quedan dos semanas de vida y no pienso desperdiciarlas —le dije, enfrascada en mi dibujo.

El tercero, increíblemente, intentó venderme una tarjeta de crédito y un plan de pensiones, así que, a mitad de su discurso, dejé mi dibujo por unos instantes y le dije un tanto molesta:

—Disculpa, pero ¿me has visto cara de gilipollas?

Con eso creo que le dejé bastante claro que por nada del mundo contrataría una de aquellas malditas tarjetas de crédito, con las que, además, siempre acababa teniendo problemas.

El cuarto de los ineptos de la noche intentó que comprendiera lo buen amante que era con alguna que otra atrevida anécdota y yo, enfadada con lo que me proponía, le contesté:

—No soy lesbiana, pero después de haberte conocido, estoy dispuesta a intentarlo.

Para mi desgracia, algunos hombres no entienden los insultos sutiles, así que cuando me propuso hacer un trío volví a dejar suelta mi insultante lengua.

—A ver si te queda claro lo que quiero decir: si hubiera una catástrofe mundial y sólo quedáramos en la Tierra tú y yo, la raza humana se extinguiría por completo.

Cuando finalmente el tipo captó lo que quería decir y se levantó de la silla, vino otro con pintas de vividor, que se acercó a mí dispuesto a conquistarme con sus aires de «Soy lo mejor que te puede pasar en la vida» y su camisa abierta, mostrando el falso bronceado que en verdad nadie quería ver. No lo pude evitar y mi lengua fue más rápida que él, así que al final éste tampoco llegó a tomar asiento.

—¿Y de verdad tú eres el espermatozoide que ganó?

Con el resto de citas me divertí viendo lo rápido que podía deshacerme de todos los que pretendían sentarse a mi mesa, soltándoles frases tan insultantes como «Pienso en ti como el hermano que nunca deseé», «Estoy considerando seriamente la posibilidad de hacerme monja» y mi favorita: «Hay una gran diferencia de edad entre nosotros, edad mental,

básicamente».

Todo estaba saliendo a la perfección, porque se había corrido la voz y los hombres comenzaban a acercarse temerosos a mi mesa, o simplemente permanecían los siete minutos de rigor de pie, algo alejados, hasta que aquel insufrible y molesto sujeto osó hacer su aparición, consiguiendo que me fuera imposible negar lo evidente, ya que esta vez mi disfraz no me protegía de su inquisitiva mirada.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Si es la famosa Betty Boop! —exclamó Derek burlón, tomando asiento de una forma bastante despreocupada frente a mí—. ¿Piensas seguir negando lo evidente o al final vas a admitir que fuiste tú todo el tiempo, Johana? —preguntó, mientras señalaba el letrero con mi nombre junto a mi número. Un distintivo que mi hermana me había obligado a pegarme en el vestido. A pesar de lo mucho que le había rogado, no me había permitido cambiarme el nombre por el de Barbie Malibú.

Cuando Derek me sonrió victorioso, creyéndose el mejor, no pude evitar querer borrar aquella sonrisa de su rostro, así que por primera vez en la noche le di la vuelta al reloj de arena y, ya que sabía que no podría deshacerme de él con ninguno de mis impertinentes comentarios, le dije con una maliciosa sonrisa:

—A partir de ahora, tienes siete minutos para enamorarme.

Tras esta burlona e irónica frase, seguí entreteniéndome con mi dibujo. Pero para mi desgracia, Derek Dilmore estaba decidido a demostrarme de lo que era capaz en ese breve espacio de tiempo.

Capítulo 8

De verdad que era indignante que, después de lo que habíamos pasado, Johana se atreviese a imponer ese ridículo plazo de tiempo entre nosotros. Me fastidiaba enormemente que cuando al fin la tenía entre la espada y la pared y era evidente que no podía negar que era la mujer a la que tanto había perseguido en los últimos días, me saliera con ésas.

¡Eso sí que no! ¡No estaba dispuesto a ser ignorado ni un minuto más por aquella joven cuyo *hobby* era jugar con los hombres! De modo que le arranqué violentamente el papel donde ella, muy atareada, escribía sus observaciones sobre los hombres con los que había hablado durante la velada y exigí toda su atención, algo que me concedió un tanto reticente.

—¿Me podrías devolver ese papel? Aún no he acabado mis anotaciones y quiero dejarle muy claro a mi hermana lo que pienso acerca de este maravilloso evento —dijo sarcástica, tendiendo hacia mí una de sus delicadas manos, exigiéndome algo que no estaba dispuesto a darle de ninguna de las maneras.

Sentí curiosidad por las notas que habría redactado sobre los desafortunados individuos que habían tenido la desgracia de pasar por su mesa, así que le eché una ojeada, pero lo que vi fue un irónico muñeco ahorcado, que, para mi disgusto, guardaba cierto parecido conmigo. Rápidamente hice una bola con el papel y lo arrojé despreocupadamente por encima de mi hombro.

—Y ahora que tengo toda tu atención, ¿podrías decirme por qué huiste de mí después de habernos acostado? —exigí, esperando escuchar al fin la respuesta que llevaba buscando toda la semana.

—Tal vez porque no debería haberme acostado contigo —declaró finalmente Johana, llegando a la verdad que yo ya sospechaba.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque era sábado, porque estaba borracha, porque no era yo... Elige la respuesta que quieras. Solamente sé que fue un error que no volveré a repetir —comentó, un tanto desesperada, mientras jugaba nerviosa con su cabello.

Y fue entonces cuando caí en la verdad de lo que ocultaba: igual que me ocurrió a mí, ella no había podido resistirse y había sucumbido a la pasión que sentíamos cuando estábamos juntos. Así que, burlón, la

provoqué retándola a un desafío al que no pudiera resistirse y que la llevara de nuevo a mis brazos y a mi cama.

—Era lunes y no bebiste en absoluto, así que creo que la razón por la que te acostaste conmigo fue simple y llanamente que no pudiste resistirte a mis encantos.

Tras dejarla boquiabierta con mi presunción, esperé sus insultantes palabras, que no tardaron mucho en llegar.

—¿En serio crees que tienes algún encanto?

—Por algo te acostaste conmigo.

—Sí, sin duda fue un caso de locura transitoria, pero no te preocupes, ya estoy curada —dijo Johana despectivamente, descartándome con un impertinente movimiento desdeñoso de una de sus manos, que yo atrapé entre las mías y besé sensualmente. Tras observar su sonrojo y sin dejar que su delicada mano escapara de la prisión de las mías, declaré:

—Entonces no te importará demostrármelo esta noche, en cuanto finalice este entretenido evento, o, si lo prefieres, podría hablar largo y tendido con tu hermana sobre una esquivia mujer a la que conocí en una ocasión llamada Betty Boop, ¿no te parece?

Y sin esperar su respuesta, me levanté de la silla, ya que mi tiempo había finalizado, tal como me mostraba el reloj de arena. Mientras me alejaba, observé divertido cómo mi ingenua Johana se daba cuenta de que había caído en mi trampa y que yo había conseguido arrancarle otra cita antes de que finalizara el irrisorio período de tiempo que ella me había concedido.

—¡Necesito un hombre y lo necesito ya! —exigía Johana por teléfono a su querida amiga y compañera de piso, Cristal, mientras se ocultaba en un rincón, alejada de la inquisidora mirada de Derek, excesivamente insistente, y que no dejaba de buscarla para pedirle una cita a la que ella en ningún momento habría accedido si no fuera por el vil chantaje al que la sometía ese sujeto.

—Cariño, eso es lo que deseamos todas, pero a algunas nos resulta más difícil que a otras conseguirlo —contestó pacientemente Cristal, recordándole a Johana su maliciosa costumbre de espantar a todos los hombres, incluidos algunos de sus amigos—. ¿Se puede saber por qué de repente tienes tanta prisa para encontrar una pareja?

—Derek me ha descubierto.

—Algo que tarde o temprano tenía que suceder —apuntó con desgana Cristal, señalando lo que era evidente, ya que las mentiras de Johana

podían ser bastante descaradas—. Bueno, y ahora que se ha percatado de cómo eres en realidad y se ha alejado de tu vida, al fin te has dado cuenta de que no quieres permanecer soltera, ¿no?

—No, ¡aún peor! ¡Ese tipo no pretende alejarse de mí en absoluto, incluso ha conseguido sacarme una nueva cita usando sucios trucos! Cristal, ¡te lo suplico!, invita a uno de tus amigos a casa para que se haga pasar por mi novio y espante a Derek... —imploró Johana, desesperada ante la idea de volver a caer en los brazos de aquel hombre al que no podía resistirse cuando ponía en funcionamiento todo su encanto.

—Cariño, a Derek no habría que espantarlo, sino ponerle un pedestal por aguantarte.

—¿Me vas a ayudar o no? —preguntó Johana un tanto molesta.

—Recuérdame una vez más por qué somos amigas y cómo acabé cediendo a la locura de compartir piso contigo... —pidió Cristal, cansada de sus ocurrencias.

—¿Tal vez porque fui la única que se atrevió decirle a un intimidante hombre de metro noventa, bastante musculoso, que su exnovio lo engañaba?

—No tuviste tacto ni delicadeza. Y me hiciste llorar.

—¡Eh! ¡Que luego me vengué de él en tu nombre!

—Lo apuntaste a tu agencia matrimonial —la reprendió Cristal, recordándole que, sin duda, sacó provecho de la situación.

—Sí y ni te imaginas las citas que le organicé... —replicó Johana maliciosa, rememorando los esfuerzos que en esa ocasión hizo por perder un cliente.

—Vale... llamaré a Alberto —cedió finalmente Cristal, recordando agradecida las torturas a las que Johana había sometido a su ex.

—¿No podrías buscar a uno que fuera... un pelín más hetero? —sugirió Johana, dispuesta a que esta vez su estrategia para alejar a Derek Dilmore de su lado funcionara.

—Cariño, la única persona hetero de mi entorno eres tú.

—Bueno, vale... servirá. Pero ¡que no hable y que se muestre un poco más varonil! Te mandaré un mensaje poco antes de llegar a casa y más te vale que estéis esperándome despiertos, así que no lo atosigues con los melodramas románticos con los que sueles acosarme cuando estoy de descanso o se quedará dormido.

—Cariño, sólo tú eres capaz de profanar una película romántica con el sonido de tus ronquidos —comentó un tanto indignada Cristal antes de colgar el teléfono, recordándole con ello a Johana lo mucho que adoraba

sus ñoñas películas y lo que detestaba que alguien se metiera con ellas. Mientras Johana guardaba su teléfono en su pequeño bolso de mano, se preguntaba cómo narices iba a escapar de la complicada situación en la que se hallaba, hasta que la respuesta apareció frente a ella cuando vio a las empalagosas solteras asistentes al evento agolpándose alrededor de Derek e impidiéndole efectuar el menor movimiento para evitar su huida.

Era el momento perfecto para irse de allí y escapar de aquel manipulador que la afectaba tanto que en ocasiones no sabía qué narices estaba haciendo. Mientras Johana se dirigía hacia la salida, vio que las pegajosas mujeres no paraban de intentar darle a Derek sus números de teléfono, incluso las más atrevidas llegaron a metérselos en un bolsillo de la chaqueta.

Johana estaba más que decidida a dejarlo, rodeado por aquel mar de acosadoras, pero cuando pasó junto a él, sin apenas percatarse de ello sus pasos la llevaron a su lado y no le gustó nada ver cómo aquellas mujeres tocaban despreocupadamente el cuerpo de aquel hombre, un cuerpo que ella conocía a la perfección, o cómo intentaban llevarlo hacia sus camas con alguna que otra sugerencia, tanto sutiles como más atrevidas, como por ejemplo diciéndole el número de habitación del hotel en el que se hospedaban.

Johana observó, cada vez más molesta, la osada actitud de ellas. Y, bastante furiosa, arrancó una de las gruesas cuerdas doradas que sujetaba las cortinas rojas que adornaban el lugar y cogió una de las velas aromáticas de las mesas. Luego, con paso decidido, se adentró entre las mujeres que rodeaban a Derek y, con sus habituales tacto y delicadeza, dijo:

—Vale guapetón, aquí tengo lo que me pediste. —Y dejó en sus manos la cuerda dorada y una vela.

Por si las presentes comenzaban a imaginar fantasiosas escenas eróticas en las que eran atadas y llevadas a la locura por su apasionado, firme y dominante amante, Johana añadió con una sonrisa maliciosa:

—Que conste que eso de atarte, darte de cachetadas y quemarte el culo con una vela no me va mucho, aunque sobre gustos no hay nada escrito. Eso sí, lo de ponerte mi ropa interior no me convence demasiado. Creo que no usamos la misma talla y me ensancharías las braguitas de encaje que llevo.

Tras las palabras de ella, las mujeres miraron entre boquiabiertas y confusas a aquel viril espécimen masculino de gustos tan excéntricos y a

la mujer que aseguraba estar dispuesta a compartirlos. Esperanzadas, observaron al hombre de sus fantasías a la espera de una respuesta que demostrara que las palabras de la intrusa eran una vil mentira.

—¡Jo! Con lo que me gustan esas bragas... —declaró Derek serio, haciendo que las mujeres que lo rodeaban se fueran alejando lentamente de él, e incluso que alguna reclamara que le devolviese el número de teléfono que antes le había ofrecido.

Tras quedarse de nuevo a solas, Derek miró los extraños objetos que tenía en sus manos y, al recordar las absurdas palabras de Johana, no pudo evitar reírse a carcajadas ante las ocurrencias de la endiablada mujer.

—Te puedo asegurar que nada de esto entraba en mis planes para esta noche —dijo Derek entre risas, mientras dejaba los objetos sobre la barra del bar, junto a la que se hallaba Johana.

—¡Qué pena! Eso de darte de hostias cada vez lo veo más tentador —comentó ella sin saber aún por qué narices había acudido en su ayuda, si su principal preocupación era cómo alejarlo de su vida.

—Qué pena para ti que yo no sea uno de esos hombres que se dejan manejar. Nunca me han gustado ese tipo de juegos —replicó Derek, demostrándole lo poco que le habían gustado sus mentiras y lo dispuesto que estaba a vengarse de ellas—. Pero déjame advertirte una cosa: cuando me retan, no puedo evitar aceptar el desafío. Y sólo aspiro a la victoria como resultado —finalizó, sellando su promesa con un cálido beso en una de las delicadas manos de Johana.

Ella la apartó bruscamente e intentó alejarse otra vez de él, pero Derek no se lo permitió y entrelazó su mano con la suya, evitando su precipitada huida.

—Yo no te he retado —dijo Johana, intentando hallar una salida a aquella peligrosa situación en la que estaba metida.

—No, pero sí lo han hecho cada una de tus mentiras —replicó él, acercándola hacia su cuerpo hasta que sus labios estuvieron tan próximos que casi pudo sentir su calidez.

El sonido de unos firmes tacones y una jovial voz femenina que gritaba alegremente sus nombres, exigiendo la presencia de ambos, hizo que Derek se alejara de Johana y recuperase rápidamente su imponente presencia de hombre de negocios.

Johana tardó más en reaccionar, ya que por su mente aún rondaba la escandalosa declaración de aquel hombre que solamente quería jugar con ella, porque para él Johana significaba un reto que aún no había

ganado. Cuando al fin consiguió volver a ser ella misma y logró apartar a Derek de sus pensamientos, vio con alivio a su hermana acercándose a ellos. Pensó que tal vez Cristine, con su competente forma de llevar su trabajo, podía ser lo que necesitaba para alejar a Derek. Johana sonrió satisfecha al pensar en su inminente victoria, hasta que el infame individuo que tenía al lado le susurró atrevidamente al oído, haciéndola temblar:

—Luego seguiremos con este juego.

Por suerte para ella, la profesionalidad de su hermana sería su vía de escape, ya que la dueña de Eternal Heart no permitiría que alguien como Derek saliera de uno de aquellos eventos sin pareja.

Tras confirmar que su querida hermana Johana era capaz de cumplir sus amenazas, ya que Cristine tenía en las manos un formulario de quejas, donde los hombres le rogaban que por nada del mundo los emparejase con aquella endiablada mujer, fue en su busca para que no acabara pagando su mal humor con aquel nuevo y posible inversor, algo que sin duda necesitaban si querían expandirse en un plazo de tres años, como ella tenía planeado.

Cristine pensaba que, ya que no era afortunada en el amor, pues era pésima para juzgar a los hombres y hasta el momento todas sus relaciones habían sido un auténtico fracaso, lo mejor sería desarrollarse en su trabajo, en el que era una de las mejores casamenteras de todo Chicago.

Le encantaba ver a las parejas que se conocían en Eternal Heart felizmente casadas. E incluso la habían honrado invitándola a alguna de las bodas de sus clientes en agradecimiento por hacer posible esas uniones. A pesar de asistir a todas ellas con una radiante sonrisa e intentar ignorar el ramo de flores que en un momento dado la novia lanzaba al aire, Cristine envidiaba enormemente a esas felices mujeres y se preguntaba cuándo sería su turno de conocer al hombre adecuado.

¿Por qué siempre tenía la desgracia de dejarse tentar por los que no la querían? ¿Por qué no podía ser tan pragmática como Johana y verlos como eran en realidad y no con aquellas altas expectativas que siempre acababan derrumbándose en un momento u otro, dejándola decepcionada y con el corazón roto? Tal vez su hermana tuviese razón y ella fuera igual de ilusa que su madre y nunca veía los defectos de los hombres hasta el último momento.

Por el contrario, cuando Johana veía a un hombre sólo veía sus defectos,

lo que tal vez fuera igual de problemático que su ingenuidad, o incluso peor, porque mientras ella había disfrutado de algún alegre momento en el que se había sentido la mujer más feliz del mundo sintiéndose amada, Johana nunca permitía que nadie se le acercara lo suficiente como para enamorarse.

Desde lejos observó cómo Derek Dilmore discutía nuevamente con Johana. Sin duda, ésta le habría dicho alguna impertinencia, por lo que Cristine se sorprendió muchísimo al verlo soltar unas sonoras carcajadas. En ese momento pensó que si no fuera un cliente de su empresa tal vez sería el hombre idóneo para su hermana, ya que sus mordaces comentarios no parecían espantarlo en absoluto.

Por unos momentos Derek y Johana se alejaron de su vista y Cristine, temiéndose la nueva batería de insultos que su hermana podía dejar caer sobre su posible inversor, comenzó a llamarlos para interrumpir la posible metedura de pata de Johana.

Tras dejar atrás a alguna amorosa pareja que Cristine se sentía orgullosa de haber presentado, muy segura de que acabarían en una relación estable e incluso en un bonito enlace, al fin dio con ellos. Y tal como se esperaba, un incómodo ambiente los rodeaba. Cuando llegó a su lado, Johana estaba bastante tensa y Derek miraba hacia la salida un tanto impaciente, así que Cristine receló de su hermana.

Y, dispuesta como siempre a solucionar sus pifias en el trabajo, rompió el embarazoso silencio adelantando una disculpa ante las posibles ofensas de la otra propietaria de Eternal Heart.

—Lamento si mi hermana te ha ofendido de alguna forma, Derek, pero es que he tenido que obligarla a venir a este evento y a anular todos los planes que había hecho para este sábado.

—No te preocupes Cristine, Johana siempre me mantiene muy entretenido —dijo él maliciosamente—. Ahora mismo estábamos concretando dónde ir a cenar para que me hablara con más detalle de alguno de esos cursillos que imparte, porque, ¿sabes?, yo no soy muy bueno a la hora de juzgar a las mujeres. Últimamente sólo me fijo en chicas mentirosas, que piensan mal de todos los hombres.

—Tal vez Johana no sea la más indicada para hablar de ese asunto contigo, Derek —dijo Cristine, algo temerosa ante la posibilidad de ahuyentarlo debido a las bruscas palabras de su hermana.

—¿Por qué no? Si ella sabe reconocer a los farsantes, como dice en el folleto de vuestra empresa, sin duda será igualmente capaz de reconocer a las mujeres de esa misma catadura. Quiero que me ayude a no caer en

el error de que me comience a gustar la persona equivocada.

—Bueno, en eso tal vez tengas razón. Johana siempre ha tenido muy buen ojo para reconocer a las personas que intentan apuntarse a nuestra empresa con intenciones deshonestas.

—¿Por qué será? —preguntó Derek irónico, sin poder evitar mirar de arriba abajo a Johana.

—Porque no me dejo engañar con facilidad por nadie, por más que intente disfrazarse de niño bueno —declaró Johana, molesta porque su hermana y Derek hablaran sobre ella como si no estuviera delante.

—Entonces, ¡perfecto! —exclamó él, arrastrando a Johana hacia la salida, ante la atónita mirada de Cristine.

Cuando ésta los vio salir, pensó, un tanto confusa, que si no fuera imposible aseguraría que entre los dos había algo. Pero lo descartó rápidamente, sabiendo lo reticente que era Johana a mezclarse con cualquier cliente de la empresa y lo poco que se interesaría un hombre como Derek por alguien como ella, ya que estaba muy lejos de ser el tipo de mujer que, según el cuestionario de Eternal Heart, estaba buscando.

Así que se alejó para continuar con su trabajo y, mientras conocía un poco más a sus clientes, rezó mentalmente para que su hermana tuviera un poco de tacto a la hora de tratar a un hombre por una vez en su vida. Después de todo, que Johana se comportara de manera razonable no era mucho pedir, ¿o sí?

—¿Siempre eres así de idiota o tomas clases para mejorar? —preguntó Johana muy enfadada, fulminando a Derek con la mirada, mientras él la guiaba hacia algún lugar donde tener su esperada cita.

—Creo que me he vuelto así de estúpido por culpa de los juegos de una maliciosa mujer de la que todavía no sé por qué pretendía ocultarme quién era. Podrías haber puesto fin a todo esto si me hubieras dicho quién eras en el momento en que nos encontramos en ese local, pero tuviste que engañarme, y continuaste haciéndolo después de acostarte conmigo. Te divertiste jugando conmigo a tu antojo, volviéndome loco buscando a una mujer que nunca había existido —le recriminó Derek, negándose a soltarla—. Pero ahora es a mí a quien le toca jugar contigo —concluyó maliciosamente.

—¿Y por qué crees que voy a seguirte el juego? —quiso saber ella, bastante molesta con la presunción de aquel sujeto, desprendiéndose de su agarre y enfrentándose a su fría mirada.

—Entre otras cosas, porque te acostaste conmigo, un cliente de Eternal

Heart, algo que según tu hermana está totalmente prohibido para cualquier empleado de tu empresa, incluidas sus dueñas. Este hecho podría haber quedado como un simple error si no fuera porque tú y yo nos conocimos antes de que te metieras en mi cama, o por lo menos tú si me conocías, ya que yo no sabía quién narices eras. Ahora sólo mi buena voluntad te mantiene a salvo de que todos en Eternal Heart se enteren de tu indiscreción, así que más te vale tenerme contento.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó Johana, asombrada ante su atrevimiento. Al fin había logrado descubrir su defecto: era un verdadero canalla.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. Y ahora me gustaría que mostraras un poco más de entusiasmo ante nuestra cita.

—¡Yupiiii...! —gritó ella irónicamente en respuesta a ese absurdo requerimiento, ante las carcajadas despreocupadas de Derek Dilmore.

En el relajado ambiente de un elegante restaurante, Derek disfrutaba de la compañía de una reticente Johana, que continuaba bastante enfadada por cómo la había manipulado para que las cosas acabaran como él deseaba. Mostraba su disgusto por medio de un testarudo silencio sólo roto por el eco de la voz de él al intentar entablar una conversación, y por el sutil sonido de los cubiertos al rozar el plato.

—¿Podrías dejar de castigarme con ese comportamiento infantil y mantener una conversación racional conmigo? —exigió Derek, algo molesto, mientras se deleitaba con el caro champán que había pedido para celebrar su triunfo, uno que tal vez había reclamado antes de tiempo.

—¿También me amenazarás si me niego a hablar contigo? ¿Y qué más vas a pedirme hasta quedar satisfecho: sexo, dinero, que te dé un primogénito...? —fustigó Johana a su acompañante, todavía furiosa ante la idea de haber sido chantajeada.

—No me hagas aparecer como el malvado de esta historia, cuando nunca lo he sido. Quien ha conseguido que la situación acabe así has sido tú: coqueteaste conmigo, me diste un nombre falso, ¡dos veces!, te burlaste de mí con ese estúpido número de teléfono... ¡Ah! Y aún estoy esperando el desayuno que prometiste llevar a mi cama después de pasar la noche en mi apartamento. ¿Se puede saber qué pretendías conseguir con ese comportamiento? Sólo tienes lo que te mereces, Johana —declaró Derek sin que ella pudiera negar ninguna de sus palabras, ya que todas eran ciertas.

—Si un hombre se hubiera comportado de esa misma manera conmigo, dudo mucho que lo chantajeara. Simplemente, como haría cualquier persona razonable, desistiría de volver a verlo.

—Pero gracias a Dios tú no eres un hombre y yo no soy alguien racional, al menos en estos momentos. Así que por ahora volveremos a vernos cuando yo diga y donde yo diga, o despídete de tu querida empresa, porque si dejo caer en los oídos adecuados el rumor de que nos hemos acostado, no sólo lograré que tu hermana te eche de Eternal Heart, sino que hasta podría conseguir que cerraseis para siempre.

—En cuanto te vi supe que nos traerías problemas y que no eras tan perfecto como aparentabas —dijo Johana, sintiéndose impotente ante las amenazas de un hombre tan poderoso como era Derek Dilmore.

—¡Oh! Olvidaba ese ojo tan infalible que tienes para ver todos los defectos del género masculino. Tal vez deberías intentar aplicarlo también sobre alguna mujer, ¿por qué no empiezas contigo misma? O mejor empezaré yo: eres mentirosa, taimada, cobarde y careces de empatía para tratar a la gente de forma adecuada.

—Si tantos defectos tengo, ¿por qué quieres salir conmigo? —preguntó Johana, bastante molesta al verse analizada de un modo tan ofensivo, justamente como ella misma hacía a menudo con los hombres que la rodeaban.

—Porque yo no me empecino en ver solamente los defectos de una persona y lo observo todo antes de llegar a una conclusión. A pesar de ser bastante impertinente, intentas ayudar a las mujeres que van a tu empresa a encontrar el amor, y quieres mucho a tu hermana, ya que de otro modo no te afectarían mis amenazas. También me gusta esa parte libre e independiente de tu personalidad y ese lado salvaje que quiero domar sólo lo suficiente para que no huyas de mi lado como has hecho en cada ocasión que has tenido. En resumen, me interesas más de lo que puedes llegar a molestarme.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó finalmente Johana, tras decidir que ya no podía tragar ni un bocado más de su comida porque la conversación estaba acabando con su apetito.

—Si te dijera que creo que estoy empezando a enamorarme de ti, ¿qué harías? —dijo Derek despreocupadamente, tomando un largo sorbo de su copa.

Ante la cara de espanto que puso Johana al oír sus palabras, él no esperó contestación antes de aclarar las nuevas reglas de aquel juego:

—Serás mi pareja, me acompañarás a donde yo quiera y cuando yo

quiera, y te comportarás como una perfecta dama en cada uno de los eventos a los que te lleve y, créeme, cuando eres un Dilmore hay muchos actos en los que reclaman tu presencia. Así que prepárate para sacrificar cada uno de tus queridos sábados —finalizó ante una asombrada Johana. —¿Y... el sexo? —preguntó ella un tanto reticente, segura de que esa cuestión sin duda también formaría parte de sus exigencias.

—Estoy muy dispuesto a volver a acostarme contigo, Johana —respondió Derek, sin dejar de dirigirle una ardiente mirada que la hizo temblar de deseo ante los recuerdos de una noche que no había podido olvidar—. A pesar de lo que puedas opinar de mí, yo nunca he necesitado del chantaje para llevar a una mujer a mi cama. Así que, si quieres que tengamos sexo, tendrás que ser tú quien dé esta vez el primer paso, porque yo realmente ya me he cansado de perseguirte —concluyó, acabándose su copa y pidiendo la cuenta de aquella cara cena que ninguno de los dos había disfrutado en absoluto.

»¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta? —le exigió Derek a la silenciosa Johana, después de pagar.

—Tengo novio —mintió ella sin ninguna convicción.

Pero a pesar de que muchos hombres se echarían atrás ante semejante afirmación, Derek se limitó a sonreír malicioso y, mientras iban hacia la salida, dijo con despreocupación:

—Pues vayamos a conocerlo.

Se suponía que, ante la insinuación de que tenías a otra persona en tu vida, los hombres dejaban de acosarte. O por lo menos eso es lo que haría cualquier persona mínimamente racional. También estaban los excepcionales casos en los que decían esa original frase de «Yo no soy celoso» y continuaban hostigándote con sus avances, pero esos molestos especímenes no eran tan peligrosos como Derek, ya que sólo deseaban las atenciones de una noche.

De hombres así me había deshecho sin problemas con la mera aparición de mi querido compañero de piso, con su fuerte y bien torneado cuerpo y su metro noventa de estatura. Aunque, claro, cuando no llevaba sus uñas postizas ni las rizadas y largas pestañas de las que tanto le gustaba presumir. Pero ahora me preguntaba si la aparición de un falso novio en mi vida haría que Derek se alejara de mi lado o si, por el contrario, aún se mostraría más interesado en mí.

Su propuesta me había asombrado. No tenía dudas de que alguien tan atractivo y adinerado como él no tendría problemas a la hora de

encontrar una mujer, y todavía me preguntaba por qué narices tenía que ser yo su forzada acompañante. Pero lo que más me había sorprendido era que me chantajeara sólo para que fuera su acompañante en los eventos a los que asistiría. Durante toda la cena había estado preocupada por la posibilidad de que quisiera convertirme en su amante por la fuerza. Ahora no sabía si sentirme aliviada o insultada por el hecho de que no quisiera repetir conmigo una noche que yo no podía olvidar.

Mientras nos dirigíamos hacia mi apartamento, me preguntaba si todo estaría preparado para que mi falso novio espantara a mi insistente pretendiente. No vi normal que Derek quisiera conocerlo, pero creo que, al estar habituado a mis mentiras, quiso confirmar por sí mismo si lo estaría engañando otra vez.

Si tenía suerte, tras ver al amigo de Cris, dejaría de chantajearme y entre nosotros todo quedaría en un encuentro de una noche en la que ninguno de los dos deberíamos habernos dejado llevar por nuestras hormonas.

Cuando llegamos a la puerta de mi bloque de apartamentos, me volví hacia Derek bastante asombrada de que sus palabras fueran en serio y de que todavía pretendiera conocer a mi «pareja».

—¿Estás totalmente seguro de esto? —pregunté, esperanzada con que abandonara la idea de subir a mi piso, ya que ni siquiera yo sabía lo que me podía encontrar allí.

—Sí, quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar con tus mentiras —replicó descaradamente, advirtiéndome que no creía ni una sola de mis palabras.

Mientras subíamos en el ascensor hacia mi piso, intenté sacar el móvil para advertirle a Cris de que mi cita ya había finalizado y que nos dirigíamos hacia el apartamento. Pero Derek pareció percatarse de ello, o tal vez se puso nervioso con la idea de que en verdad estuviera saliendo con otro hombre, ya que me cogió la mano y, antes de que pudiera hacer nada, me acorraló contra la pared del ascensor y me retuvo en la prisión de sus brazos, acercando su ardiente cuerpo al mío. Y recordándome el placer que una vez había hallado entre ellos, me susurró al oído:

—¿De verdad has encontrado a un hombre con el que poder olvidarme? Porque yo aún no he podido dejar de soñar contigo y con la mariposa de tu espalda.

¿Qué debe hacer una al oír esas palabras, cuando se encuentra en un espacio reducido, con el hombre al que no puede olvidar? Pues dejarse seducir, o, mejor aún, seducirlo a él acortando el espacio entre los dos para expresar con un beso todo el anhelo que sentía y, aunque sabía que

aquello no debía volver a ocurrir, estaba muy tentada de repetir la noche de nuestro encuentro, cometiendo de nuevo el mismo error.

A pesar de que fui yo quien comenzó el beso, él lo continuó y me retuvo contra la pared del viejo ascensor, mientras pegaba con desesperación su cuerpo al mío. Me cogió repentinamente el trasero entre sus fuertes manos y me alzó hasta que mis piernas rodearon su cintura. Rindiéndome a la atracción que sentía por él, sujeté su rostro entre mis manos y devoré su boca. Derek no tardó en responder y su lengua buscó la mía en un juego de poder en el que ninguno ganaba ni perdía, ya que cuando estábamos juntos cedíamos a la locura de esa pasión que nos embargaba, arrebatándonos cualquier pensamiento que no fuera la búsqueda del placer que siempre hallaban nuestros cuerpos cuando se unían.

Sus labios dejaron un reguero de delicados besos por mi cuello y cuando llegó al escote de mi vestido, me lo bajó con brusquedad liberando mis pechos. Yo me agarré a sus fuertes hombros y gemí de placer mientras su golosa boca se deleitaba con mis senos, embelesándome con cada una de las caricias de sus labios y de los atrevidos roces de su lengua. Incluso en algún momento llegó a jugar conmigo mordisqueándome sutilmente los pezones, llevándome a un lugar entre el placer y el dolor con sus castigadoras caricias, al tiempo que nuestros cuerpos se rozaban.

Cuando una de sus manos empezó a adentrarse debajo de mi vestido y yo comenzaba a abandonarme a sus caricias sin que nada me importara, llegamos a mi piso y el ascensor se abrió ante mi anciana vecina, que sin duda no estaba preparada para ver ese tipo de tórridas escenas. Pero ante mi asombro, la mujer apenas se inmutó.

En ese momento Derek me soltó y, mientras yo me arreglaba la ropa y él le dirigía unos amables comentarios a Mabel acerca de un desayuno del que yo desconocía que hubieran compartido, un hombre abrió de golpe la puerta de mi apartamento y se dirigió hacia mí.

Nada más verlo, supe que tendría que hablar seriamente con Cris sobre lo que él y yo considerábamos el tipo adecuado de hombre que debía hacerse pasar por mi novio. Con una camisa de un rojo chillón, pantalones negros de campana, un pendiente en una oreja y una horrenda cola con la que se recogía su brillante cabello negro, Alberto se acercó a mí. Y para rematar su actuación y hacer más evidente la mentira, si es que eso era posible, utilizó conmigo un acento de telenovela, mientras, enfadado, me echaba en cara mi tardanza.

Yo escondí la cabeza entre las manos, lamentando profundamente

haberle pedido ayuda a Cris, y no tardé mucho en oír las estruendosas carcajadas de Derek, quien al parecer se estaba divirtiendo de lo lindo a mi costa.

—¿Y se supone que debo creerme que éste es tu novio? —preguntó burlón, señalando que mi nuevo engaño había fracasado—. Creo que podría estar más interesado en salir conmigo que contigo —añadió, recorriendo a mi presunto novio con una fría mirada que sin duda conquistó a Alberto, ya que empezó a hacerle ojitos tras ese último comentario—. Como veo que no hay ningún impedimento a mi propuesta, creo que te dejaré pensar lo que es mejor para ti y para tu empresa. No tardes mucho en contestarme, Johana, o tal vez suba mi apuesta en este juego que tú has comenzado. Lo dejaré todo en tus manos y esperaré tu llamada, ya que yo no tengo tu número verdadero —me recriminó, antes de acompañar amablemente al ascensor a mi anciana vecina, que ahora me miraba reprobadora negando con la cabeza ante mis infantiles acciones.

Cuando me quedé a solas en el pasillo con Alberto, ese individuo que debía haber representado el papel de novio celoso y que, en lugar de eso, estaba mirando soñador la puerta del ascensor tras la que se hallaba Derek, entré en casa dispuesta a reprender a Cris. Entonces oí a mi espalda:

—¿En serio Johana se quiere librar de ese hombre?

—Te lo dije, está loca —contestó Cris desde el sofá, donde estaba viendo una de sus lacrimógenas historias de amor.

—Cariño, si lo vuelves a rechazar, ¿le puedes dar mi teléfono? —preguntó tremendamente emocionado mi supuesto y lamentable novio.

—¡Hombres! —exclamé, molesta con todos ellos.

Y finalmente me metí en mi habitación sin recriminarle nada a Cris, porque esa estúpida idea había sido sólo mía y porque tenía que pensar seriamente en lo que iba a hacer con la proposición de Derek. Una proposición que, aunque no era tan escandalosa como yo esperaba, sí era bastante molesta para una mujer como yo, que quería estar lo más lejos posible de la tentación que él representaba.

A pesar de ver cada vez más claro cada uno de los defectos de Derek, éstos estaban empezando a dejar de importarme. Y eso no me lo podía permitir o acabaría siendo engañada como muchas de mis clientes. El amor era algo que no existía, o al menos eso era lo que yo creía, ya que nunca había tenido ninguna prueba de ello y dudaba mucho que Derek Dilmore quisiera demostrarme que estaba equivocada. Y más después de

cómo lo había tratado. Sin duda, lo que se proponía Derek era vengarse de mi absurdo juego, porque después de lo mal que me había comportado con él, era imposible que hubiera empezado a sentir algo por mí que no fuera un irremediable deseo de vengarse. Ahora solamente tenía que decidir qué hacer con ese hombre y su ofrecimiento y cómo darle una respuesta que ni yo misma sabía cuál sería.

Después de sentarme junto a mi amigo en el estrecho sofá y relatarle un tanto desesperada los problemas que tenía con Derek, estropeándole la película que tanto deseaba ver, me dirigí de nuevo a mi cuarto y me derrumbé sobre la cama, dispuesta a pensar en ello.

Tras unos minutos de deliberación conmigo misma, busqué mi móvil para hacerle llegar a Derek mi firme negativa. Pero como ese día nada me salía bien, cuando le grité a mi amigo Cris preguntándole sobre mi extraviado teléfono, su respuesta fue acudir a mi puerta y enseñarme el mensaje que él había osado mandar en mi nombre: «Acepto...».

Para mayor desgracia, había añadido emoticonos de muchos besos y algún que otro indiscreto guiño de ojo.

—¡Mierda, Cris, ¿qué has hecho?! —grité enfadada, porque, una vez más, el destino me uniera a ese hombre.

—Ya me lo agradecerás —declaró mi compañero. Y quedándose tan a gusto, me devolvió mi móvil y se marchó.

Y yo me quedé a solas con la atrevida respuesta de Derek. «Me alegro de que hayas aceptado, me encantará jugar contigo de nuevo, esta vez con mis reglas...», decía, recordándome que todo había cambiado y que ahora podía suceder cualquier cosa entre nosotros, incluido ese amor en el que yo tanto me resistía a creer.

Capítulo 9

¿Qué se supone que tengo que decir cuando la mujer que me interesa y por la que mi estúpido corazón se acelera, se espanta ante la menor insinuación respecto a una relación? ¿Qué puedo hacer cuando esa mujer me ha vuelto loco jugando conmigo y ahora, aunque una parte de mí quiere vengarse y olvidarse definitivamente de una persona tan dañina, la otra se niega a dejarla marchar? ¿Qué narices hago cuando mi mente, que siempre ha estado ocupada en importantes negocios, ahora únicamente puede pensar en ella, en esa mujer que coloca a todos los hombres en el mismo paquete bajo el apelativo de «defectuosos»?

Al final, lo único que se me ocurrió fue aceptar la difícil tarea de convencer a Johana de que yo no era como los demás, actuando con la misma pericia que empleaba en mis negocios. Así que, para demostrarle que yo no era como los otros hombres que había conocido hasta ese momento, tuve que convertirme en el canalla que ella pensaba que era, porque no veía otra forma de lograr que pasara más tiempo a mi lado si no era por medio de un chantaje.

Hasta hacía poco, mi obnubilada mente sólo quería vengarse de ella, pues pensaba que había sido la aventura de una noche de una frívola mujer y no me divertía demasiado que hubieran jugado conmigo. Pero ahora que analizaba el asunto desde todos los ángulos, como hacía con mis negocios, comenzaba a dar con la verdad y empezaba a percibir el complicado enigma que era Johana en realidad.

Intentaba espantar a todos los hombres porque tenía miedo de enamorarse, ya que no creía en ese sentimiento. O al menos no se permitía creer en él. Y yo, con todos los problemas que arrastraba, tenía que acabar sintiendo algo por la única mujer irracional del planeta, a la que tendría que enseñarle lo que era el amor, cuando yo apenas estaba comenzando a comprenderlo.

Por lo menos, ahora que Johana había aceptado mi propuesta podría llevarla a los eventos de los Dilmore y acallar los absurdos requerimientos de mi familia de que hallase una esposa antes de mi próximo cumpleaños. Con este arreglo solucionaba tan sólo uno de mis quebraderos de cabeza, porque ahora el mayor de ellos era demostrarle a Johana que yo era distinto a los demás, y para ello debía comportarme

como todo un caballero, algo que, por lo visto, ella nunca había visto muy de cerca.

Pero este elaborado plan que había ideado tenía un gran defecto: cuando estaba a su lado me olvidaba de mis modales y a veces me comportaba como un tipo algo deshonesto y poco digno de confianza. Me había sentido seriamente tentado de chantajearla para que fuese mi amante y lograr así tenerla de nuevo en mi cama, pero sabía que eso sería ir demasiado lejos. Y si lo hubiera hecho, luego siempre me preguntaría si su respuesta a mis caricias era verdadera o debida a mi extorsión. Así que al final decidí que simplemente la obligaría a estar a mi lado para que no pudiera huir de mí otra vez, de modo que podría demostrarle que no todos los hombres éramos imperfectos.

Sin duda, entre Johana y yo surgirían disputas y también algún que otro ardiente encuentro, ya que la atracción entre nosotros era evidente. Pero todas las veces que acabáramos cayendo en la tentación no serían debidas a un chantaje o por alguna obligación impuesta por mí, sino que se debería únicamente a nuestro deseo. Como en ese ascensor, en el que no pude resistirme a dejarle una amorosa marca junto al pecho cuando me dijo que tenía novio. A pesar de aparentar una fría tranquilidad mientras nos dirigíamos hacia su apartamento, suponiendo que ese novio sólo era una más de sus mentiras, cuando llegué al ascensor quise reclamarla como mía y no pude evitar hacerle ver que yo era el único hombre posible para ella, el único al que no podía resistirse y el único que debería estar a su lado en todo momento.

Tras confirmar que la existencia de su novio sólo había sido una más de sus tretas, me quedé tranquilo y volví a convertirme en el hombre racional que era antes de conocerla. Algo que ya no volvería a ser en un tiempo, porque nadie sabía adónde me llevaría la tortuosa relación que había comenzado con esa mujer y el loco sentimiento que, increíblemente, comenzaba a reconocer como amor.

El fin de semana de Johana se estropeó una vez más por la presencia de Derek Dilmore en su vida. Él insistía en no comportarse como un hombre razonable y desaparecer de su lado e incluso se había atrevido a dejarle una nueva marca en el cuerpo tras su tórrido encuentro en el ascensor. Por suerte, el chupetón de esa vez era fácil de esconder.

Después de sus advertencias del sábado y de acceder al vil chantaje que él le había planteado, Johana esperó impaciente durante todo el domingo a que la llamara para algún absurdo compromiso, pero Derek había

tenido el descaro de ignorarla por completo.

Para su desgracia, su inquieta mente no había dejado de tener sueños calenturientos con él, junto con velas, cuerdas y ascensores. Y todo por un beso que se había caldeado demasiado. Sin duda, le sería muy complicado ser la mera acompañante de un hombre al que apenas podía resistirse.

Con las ojeras de todo un fin de semana sin dormir apenas más que un par de horas al día, Johana se levantó dispuesta a ir a su trabajo. Tal vez así conseguiría pensar en otra cosa que no fuera ese endiablado Derek que hasta en sueños la perseguía. Por suerte, ese lunes Cristine había decidido apiadarse de ella y no hacerla madrugar demasiado, por lo que cuando acudió a Eternal Heart sólo tuvo que ir a impartir uno de aquellos estúpidos cursillos en los que intentaba enseñar a mujeres incautas qué hacer para no caer en las redes de hombres mentirosos y embaucadores. Cuando llegó a su aula, dispuesta a despotricar sobre todos ellos, para dejar salir su mal humor de esa mañana, y más concretamente sobre uno que pondría como ejemplo de lo engañosos que podían ser los varones, se sorprendió al encontrar la clase más concurrida que nunca.

Las habituales tres mujeres a las que siempre aconsejaba se habían convertido sorprendentemente en diez y lo más extraordinario de todo era que el causante de sus problemas se hallaba sentado allí, rodeado por las mujeres que había en el aula.

Hubiera espacio o no, todas se apelotonaban alrededor del atractivo soltero que recibió a Johana con una maliciosa sonrisa, advirtiéndole con ello que ni en su trabajo estaría a salvo de su perturbadora presencia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella bruscamente, lo que le valió una reprobadora mirada de las féminas presentes.

—Me he apuntado a su curso, señorita Martin, ya que yo no sé reconocer a las mujeres tan bien como hace usted con los hombres. ¿Cree que podrá enseñarme para que ninguna de ellas pueda engañarme nunca más? —replicó Derek, malicioso.

—Dudo mucho de que alguien como usted, señor Dilmore, se deje engañar con facilidad por ninguna mujer.

—Pues a pesar de lo que pueda parecer, me engañaron, señorita Martin. Una malvada mujer jugó conmigo a su antojo y luego me abandonó. Desde entonces no he vuelto a confiar en ninguna —declaró teatralmente Derek delante de toda la clase, ganándose el apoyo incondicional de las mujeres que había allí, excepto, claro estaba, el de su furiosa profesora.

Después de ese empalagoso discurso, Johana tuvo ganas de poner en

práctica el ejercicio de Julius e invitar amablemente a Derek a salir por la ventana del aula sin molestarle siquiera en abrirla. Cada palabra que salía de su boca hacía que sus compañeras de clase lo adoraran más y que ella lo odiara también más, en ese día en que se estaba convirtiendo en un verdadero engorro para la poca paz mental que le quedaba.

—No debes decir eso, no todas las mujeres son iguales. Seguro que muy pronto encontrarás a la adecuada. Además, nuestra profesora es una experta a la hora de identificar una mala pieza. Cuéntale tu problema, ¡seguro que te ayuda a resolverlo! —intervino alegremente una de las veteranas del curso, que aún creía en el amor a pesar de haber sido engañada en varias ocasiones, y que para no caer de nuevo en ninguna otra relación problemática más como las que ya llevaba a sus espaldas, nunca se perdía una de las clases de Johana.

—¿Si le cuento mi problema usted cree que podrá ayudarme, señorita Martin? —preguntó maliciosamente Derek, siendo ella la única culpable del mismo.

—Puede que le dé un buen consejo, aunque a usted tal vez no le agrade mi respuesta y decida ignorarlo —replicó Johana, pensando que el consejo que le daría sería que la dejara en paz.

—¡Venga! ¡Cuéntanos tu problema, Derek! —lo animaron las mujeres del curso, acercando más las sillas para escuchar la conmovedora historia de tan guapo y rico soltero y así poder consolarlo un poco mejor.

Johana pensó en poner fin a esa farsa y dar comienzo a su clase, pero como no quería que una horda de mujeres furiosas se le echara encima, guardó silencio y cruzó los brazos mientras retaba a Derek con la mirada a que continuase con su relato, reto que, por supuesto, él aceptó y empezó a explicar una historia bastante sentimental. Gracias a Dios, él no daría ningún nombre. O por lo menos eso era lo que Johana pensaba...

—Veréis, hace unas tres semanas conocí a una mujer en la inauguración del club de un amigo. Tropezamos cuando volvíamos de buscar nuestras bebidas, algo que creí una coincidencia, pero que ahora no tengo muy claro que lo fuera, ya que más tarde descubrí que ella ya me conocía.

—¡Sin duda era una lagartona que iba detrás de tu dinero! —opinó abiertamente una de las nuevas alumnas, una de la que Johana pensaba deshacerse a la menor oportunidad, ya que, además de ser bastante impertinente, era muy empalagosa con Derek.

—Puede que vuestro encuentro fuera de verdad una coincidencia y que a ella le molestara que no la reconocieras, de ahí que no te dijera nada en un primer momento —comentó despreocupadamente Johana, sin

abandonar su lugar un poco apartado y respondiendo al fin con la verdad a la pregunta implícita de Derek.

—Puede ser, pero entonces no comprendo por qué no me lo dijo después de disfrutar de una agradable velada. Incluso celebramos alegremente, y con más de una copa, su supuesto cumpleaños.

—Seguro que esa mujer quería emborracharte para sacarte algo —expuso una de sus más aventajadas alumnas, tal vez más de lo que debería, pensó Johana al ver que Derek había caído en la cuenta de un nuevo engaño del que no se había percatado hasta entonces.

—Johana siempre nos aconseja que no bebamos nunca en nuestra primera cita con un hombre. De hecho, ella nunca bebe cuando sale —apuntó otra de las mujeres repitiendo su consejo.

—Bueno, ¿y qué pasó? —quiso saber otras de las novatas, interesada en la jugosa historia y, como Johana sospechaba, Derek no se hizo de rogar antes de proseguir su relato.

—Pues que, como todo un caballero, la acompañé a su casa en un taxi y luego ella me dio un nombre falso y un número de teléfono que resultó ser el de una vidente barata.

—¡Por Dios, qué insensible! —exclamó una de las chicas que se hallaba más cerca de Derek, tal vez demasiado cerca para el gusto de Johana.

—Esa mujer no te merece —declaró otra, intentando ganar puntos para pasarle su número de teléfono.

—Olvídate de ella, Derek, sin duda no es la indicada para un hombre como tú —dijo convenientemente otra de las presentes, que quiso consolar al pobre soltero de la clase con un fuerte abrazo con el que por poco lo asfixia en medio de su imponente escote.

—Bueno, no es para tanto. Si esa mujer iba muy borracha, tal vez se limitó a hacer lo que siempre hacía con las parejas indeseadas que intentaban acompañarla a casa. Y le informo, señor Dilmore, de que las videntes nunca son baratas —concluyó Johana, ganándose una decena de miradas que la fulminaron, mientras Derek le sonreía con malicia desde su asiento, después de haberse ganado la simpatía de todas las alumnas.

—Pero es que cuando quedé con ella para exigirle una explicación, volvió a mentirme y, a pesar de que nos acostamos, se alejó de nuevo de mí con más mentiras todavía. ¿Qué cree que debo hacer con ese tipo de mujer, señorita Martin?

—¡Olvídala!

—¡Déjala!

Consejos gratuitos resonaron por toda la clase, griterío que Johana acalló

con una de sus frías miradas y un simple gesto de su mano exigiendo el silencio de esas cotorras.

—Si esa mujer no le quiere cerca, si le ha dejado claro en más de una ocasión que no quiere nada con usted, señor Dilmore, lo único que puede hacer es alejarse de ella y dejarla en paz.

—¡Ése es el problema, señorita Martin, que a pesar de que huye de mí a la menor oportunidad, siempre nos acabamos encontrando de nuevo y cuando volvemos a estar juntos, ella no puede evitar caer en mis brazos!

—afirmó Derek, recordándole cómo había vuelto a rendirse a él en el pequeño espacio de un ascensor, ante la simple tentación de un beso.

—Ya le avisé de que tal vez no le gustaría mi consejo —recordó Johana, negándose a sucumbir una vez más ante los encantos de ese hombre.

—No, definitivamente no puedo seguir su consejo. Y menos ahora que sé su nombre y lo pronuncio hasta en sueños... —comentó Derek, admitiendo que en esos momentos tal vez no estaba jugando con ella.

Tras estas palabras, Johana desistió de intentar hacerlo entrar en razón y comenzó la clase de aquellas ingenuas mujeres que todavía no comprendían que el hombre más engañoso de todos se encontraba entre ellas.

Horas después, mientras recogía el material de la clase y cuando sólo quedaban unos minutos para finalizar aquel tortuoso día, el endiablado individuo que la había torturado durante toda la mañana con su mera presencia se atrevió a soltar delante de todas:

—Quizá debería decir el nombre de esa engañosa mujer ahora que lo sé. ¡Quién sabe! Tal vez alguna de ustedes la conozca... Se llama...

Johana tapó apresuradamente la boca del desgraciado que incluso en su trabajo osaba chantajearla y, ante la sorpresa de sus alumnas por su reacción, se limitó a comentar en voz alta:

—Está prohibido dar el nombre de la persona que nos agravia.

—¿Desde cuándo? —preguntó extrañada una de sus alumnas, a la que había recomendado publicar el nombre de su molesto exnovio en las redes sociales para que todas las mujeres que lo viesan supieran a qué atenerse con semejante sujeto.

—Desde ahora —dijo firmemente Johana, reprendiéndolas a todas con una fría mirada que les hizo guardar silencio.

Antes de que Johana retirara la mano de la boca de Derek, éste aprovechó el momento para darle un sutil beso del que nadie más se percató, haciendo que ella, muy alterada, se apartara con celeridad, ya que sus labios le recordaban cada una de las caricias que habían

compartido en más de una ocasión.

—Entonces creo que le mencionaré el nombre de esa mujer a la señorita Martin a solas, cuando finalice la clase, para que pueda aconsejarme sobre lo que debo hacer —declaró Derek, algo con lo que todas sus compañeras estuvieron de acuerdo, excepto la profesora, que huyó en cuanto el reloj marcó el final del día, alejándose rápidamente del hombre que tanto la alteraba.

—¡Quiero a ese hombre fuera de mi clase ya! —exigió Johana a su hermana, persiguiéndola por los pasillos de Eternal Heart, donde los empleados terminaban un día de arduo trabajo.

—Derek ya ha pagado la cuota. Además, está muy interesado en conocer el funcionamiento de tus clases, así que no pude negarme a sus requerimientos —aclaró Cristine, mientras entraba en su despacho para recoger algunas de sus pertenencias.

—Interrumpe el flujo de la clase e incomoda a las mujeres.

—¡Qué extraño! Y más cuando el número de alumnas en tu aula se ha triplicado con su presencia, y cada una de ellas se ha interesado en Derek como posible pareja.

—¡Ahí lo tienes! Muy pronto todas las mujeres comenzarán a pelearse como gatas en celo por la atención de ese hombre y yo no estoy dispuesta a soportar eso en mis clases, ¡así que devuélvele el dinero y échalo de mi aula! Mejor aún, ¿por qué no nos haces un favor a todos y lo expulsas de Eternal Heart? Así viviremos felices y... todo lo demás.

Cristine recogió su bolso y alguna de las solicitudes que se llevaba a casa para estudiar mejor a las posibles parejas. Se masajeó la sien un tanto ofuscada y, como siempre, acabó perdiendo la paciencia ante la negatividad de su hermana.

—Ese hombre no ha hecho nada malo, Johana. De hecho, es un claro ejemplo para los demás y en estos momentos representa gran parte de nuestros ingresos, ya que nos ha conseguido unos cuantos clientes extra. Además del hecho de que puede ser una inyección de capital muy beneficiosa para nuestra empresa como socio inversor. No sé lo que tienes contra él, pero si lo quieres fuera de Eternal Heart lo más rápido posible, encuéntrale una pareja —sentenció tajantemente Cristine, soltando el expediente de Derek Dilmore en las manos de Johana—. Porque, y que te entre en la cabezota, hermanita, ésa es la única forma de que Derek se marche de aquí, ya que yo no pienso echarlo, por más que insistas en ello —concluyó contundente.

—Pero yo no he hecho nunca esto y... —dijo confusa Johana, mientras observaba la carpeta que tenía en las manos.

—¡Pues ya es hora de que empieces! —declaró Cristine, cuyo estrés por el trabajo acumulado comenzaba a afectarla—. Y, por cierto, ¡hoy cierras tú! —concluyó, depositando las llaves de Eternal Heart en manos de su hermana y despreocupándose por una vez en la vida de algunas de las responsabilidades que siempre cargaba a sus espaldas—. Asegúrate de que no quede nadie antes de cerrar —añadió antes de desaparecer por la puerta, dejando a Johana muy confusa y a cargo de algo que nunca se había tomado en serio e iba siendo hora de que lo hiciera, pensaba la menor de las hermanas Martin mientras se alejaba del agobiante amante que ocupaba gran parte de su vida: su adorado trabajo.

Atónita porque su hermana se hubiera atrevido a dejar alguna responsabilidad de la empresa en sus manos, Johana cedió finalmente a las exigencias de Cristine y recorrió los pasillos de Eternal Heart asegurándose de que no quedara nadie antes de conectar la alarma y marcharse a casa para descansar de ese nefasto día en el que apenas había podido librarse de la presencia de Derek, ya fuera por su impertinente asistencia a su clase o por su repentina aparición en cada uno de sus pensamientos.

Sin duda, su hermana estaba bastante estresada. De lo contrario nunca se le habría pasado por la cabeza dejarla a ella a cargo de la empresa, a una mujer que la mitad de las veces se olvidaba las llaves de su casa en el buzón de la entrada o puestas en la puerta de su apartamento. Por fuera. Tras cerrar con llave cada una de las diferentes oficinas, Johana se dirigió hacia el aula donde había dejado su bolso en su intento de alejarse del hombre que tanto la irritaba y tentaba a la vez.

Pero cuando encendió las luces de la clase, vio a Derek sentado relajadamente en la silla de detrás de su escritorio. Tal vez demasiado relajadamente para su gusto, ya que el muy descarado tenía las piernas encima de la mesa, mientras sostenía el bolso de ella sobre el regazo.

Al verla, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y, tras dirigirle una mirada bastante lasciva, con la que sin duda la desnudó, preguntó con bastante desvergüenza:

—Has vuelto para saber el nombre de la mujer que me está volviendo loco, ¿verdad, Johana?

—¿Por qué no dejas estos estúpidos juegos y te vas de una vez de Eternal Heart? Dudo mucho que estés aquí para buscar pareja —dijo ella,

intentando recuperar su bolso antes de que Derek se levantara. Pero él fue más rápido y lo alejó con una mano, mientras con la otra la hacía caer sobre su regazo para aprisionarla entre sus fuertes brazos.

—De hecho, tienes razón: no vine aquí para hallar a nadie en concreto, pero sin proponérmelo he encontrado... a la mujer perfecta —le susurró Derek al oído, dejándola helada unos segundos ante lo que parecía una confesión de amor. Luego se paralizó por el miedo que sentía ante aquellas dulces palabras que nunca habían tenido cabida en su vida—. He encontrado a la mujer perfecta... para jugar —finalizó Derek, divertido al ver cómo Johana suspiraba aliviada.

Entonces, empezó a besarle el cuello y, lentamente, le abrió la severa chaqueta y desabrochó uno a uno los botones de la blusa, calentándole la piel con el roce de sus dedos. Y, una vez más, Johana no pudo evitar derretirse ante los encantos de ese hombre. Y mientras él la sentaba sobre el duro escritorio y comenzaba a desnudarla, bajo la mirada de aquellos pecaminosos ojos verdes ella se olvidó de todo lo que la rodeaba que no fuera el placer que Derek podía proporcionarle.

Sus besos descendieron atrevidamente por su cuerpo y, cada vez que dejaba desnuda una porción de su delicada piel, ésta era agasajada con sus labios y calentada por su lengua. Cuando se deshizo de la blusa, Derek sonrió ante la sorpresa de encontrarse con un escandaloso conjunto de ropa interior de color rojo, muy tentador.

Tras hallar el cierre delantero oculto bajo un bonito lazo, abrió rápidamente el sujetador y lo arrojó al suelo para liberar los hermosos y atrayentes senos de Johana. Luego sonrió malicioso antes de cogerlos entre sus manos y torturarlos con las atrevidas caricias de sus dedos, mientras marcaba con sus ardientes besos un camino que descendía hasta llegar a los enhiestos pezones, que excitó con su lengua para luego echar sobre ellos su cálido aliento, haciendo que Johana se retorciera sobre el escritorio, sin poder evitar dejar escapar algunos gemidos de placer.

Las atrevidas manos de Derek descendieron lentamente por su cuerpo y alzaron su estrecha falda hasta que dejó de ser un impedimento.

Luego separó bruscamente las piernas de ella y, antes de que Johana se diera cuenta de lo que estaba haciendo, le arrancó el tanga con brusquedad. Cuando Johana estaba a punto de reprenderlo por romperle tan cara pieza de lencería, él le hizo imposible emitir ningún sonido que no fuera un agónico gemido de placer, ya que, tras dedicarle una maliciosa sonrisa, con un dedo invadió su húmedo interior, mientras con

su otra mano pellizcaba resuelto sus pezones, a la vez que sus pecaminosas palabras avivaban más su goce.

—Quiero ver cómo llegas al orgasmo a pesar de que yo aún no esté dentro de ti... —declaró Derek, introduciendo otro dedo dentro de ella, mientras le rozaba levemente el clítoris.

Muy pronto las caderas de Johana se movieron solas en busca de ese placer al que él prometía llevarla con cada una de sus caricias.

Derek le cogió las manos, que Johana tenía apoyadas en la mesa, y las dirigió hacia aquellos turgentes senos que tanto lo tentaban. Allí guio sus caricias para que ella se diera placer a sí misma, tocando sus excitados pezones como él había hecho minutos antes. Y cuando Johana gemía, perdida en sus osados juegos, Derek se arrodilló entre sus piernas y obsequió su húmeda feminidad con el leve roce de su lengua. Sus dedos volvieron a introducirse violentamente en su interior y cuando le lamó el clítoris, Johana se convulsionó sobre la mesa, inmersa en el placer que ese hombre siempre le brindaba.

Mientras llegaba al orgasmo, Johana notó cómo se clavaba en ella la mirada llena de satisfacción de Derek, a la vez que sus dedos no dejaban de penetrarla. Ella gritó su nombre y, ante su asombro, él declaró:

—Quiero grabar este momento en mi mente para poder recordarte cuando huyas de mi lado y yo no pueda impedirlo.

Sin esperar respuesta a esas tiernas palabras, se desabrochó los pantalones del caro traje que llevaba y se adentró en el cálido y dispuesto cuerpo de Johana de una fuerte embestida. El placer, que apenas acababa de abandonarla ante su arrollador orgasmo, volvió al sentir los furiosos embates de un hombre que lo exigía todo de ella y, aunque no sabía si estaba preparada para darle a Derek todo lo que le reclamaba, se dejó llevar de nuevo a la cúspide del placer, adónde él la acompañó gritando esa vez el nombre adecuado.

Exhausta y confusa por haber caído una vez más en sus embaucadoras artes, Johana se dejó llevar en brazos hacia la silla, donde Derek tomó asiento con ella, intranquila, en su regazo, temerosa de escuchar de nuevo sus tiernas palabras. Luego recordó cómo la había chantajeado para que fuera su pareja y se preguntó si lo que acababan de hacer formaría parte de sus deberes como su acompañante desde ese momento.

—¿No me dijiste que no me chantajearías con sexo y que sería yo la que tendría que dar el primer paso para que esto volviera a ocurrir entre

nosotros? —le recriminó molesta, intentando eludir las caricias con las que él comenzaba a conducir de nuevo a su cuerpo hacia el deseo de lo prohibido.

—Cariño, si no recuerdo mal, tú ya diste ese paso al besarme en el pequeño ascensor. Ahora esa regla ha quedado obsoleta en este juego — declaró Derek, poco antes de acallar sus protestas con otro de aquellos arrebatadores besos que la hacían olvidarse de todo lo que no fuera él.

Capítulo 10

¡Decidido! Dado que encontrarle una mujer adecuada era la única forma de librarme de ese molesto hombre que me chantajeaba para hacer cosas tan desagradables como acompañarlo a estúpidas fiestas en las que yo acababa rindiéndome ante sus tiernas palabras, justamente eso sería lo que haría.

Ese día me levanté dispuesta a acabar con ese gran problema con nombre y apellido que había invadido mi vida: Derek Dilmore. Él aún no se imaginaba la que se le venía encima cuando esa mañana, detrás de mi mostrador, en lugar de sacar mi acostumbrado ejemplar del *New Chicago* en el que llevaba a cabo la compleja tarea de rellenar un sudoku, abrí la ficha personal de Derek con la intención de encontrarle a la persona ideal para conseguir que desapareciera de mi vida.

Tras leer las especificaciones de lo que deseaba en una mujer, me sentí tentada de pasar por la trituradora de papel que se encontraba junto a mí, no ya aquella estúpida lista que no había por dónde cogerla, sino al irracional individuo que la había elaborado.

En el campo que pedía que se indicase la edad adecuada para la pareja deseada, Derek había puesto: «Por favor, mujeres con la misma edad mental que yo». A saber cuál sería. En la casilla donde decía simplemente «Sexo», refiriéndose al género buscado, el muy idiota se había mofado declarando, en llamativas letras mayúsculas, «¡SÍ, MUCHO!». En la pregunta destinada a conocer el número de hijos que deseaba tener, había contestado que estaba dispuesto a hacerse una vasectomía o a ir a comprar tabaco, lo que fuera más rápido. Respecto a las aficiones que le gustaría compartir con su pareja, se había dedicado a redactar una lista bastante atrevida, ante la que cualquier mujer racional saldría corriendo: «Cuentas anales, pinzas para los pezones, columpios sexuales, esposas, cuerdas, látigos, mordazas...», y así continuaba hasta rellenar toda una amplia casilla.

La respuesta a la última pregunta, indispensable para saber el tipo de pareja que buscaba cualquier cliente de Eternal Heart, estaba plagada de tantas contradicciones que estuve a punto de golpearme la cabeza contra el mostrador al pensar que tenía entre manos una misión imposible. La leí en voz alta para ver si así encontraba una solución, pero ni con esas

conseguí encontrarle algún sentido a aquella colección de desvaríos:

—«Deseo una persona rubia, morena y pelirroja. No más alta que yo, pero tampoco muy baja. Que sea elegante, pero sencilla; lista y tonta. Que tenga dinero, pero no demasiado. Que se cuide, pero no le importe comer algún dulce. Que conozca la fama de mi apellido, pero que no se interese por él...» —Y para fastidiarnos un poco más, el muy capullo se había atrevido a tratarnos con gran prepotencia, con una frase que retaba a Eternal Heart a encontrar lo imposible—. «Cuando la encuentren me avisan. Mientras tanto, no se molesten en hacerme perder mi valioso tiempo con ninguna cita.»

Ahora comprendía por qué Cristine no le había organizado aún ningún encuentro a ese hombre, pero como yo no era mi hermana y estaba más que decidida a deshacerme de él, por una vez en mi vida hice algo que no me había molestado en hacer durante mucho tiempo y me metí en los archivos de Eternal Heart para, ante la atónita mirada de mi hermana, trabajar.

A partir de ese momento estaba absolutamente motivada y dispuesta a hacer algo más que incordiar con mis impertinentes comentarios a la gente que pasaba por mi mostrador de Reclamaciones, porque toda mi impertinencia y mi mal humor estaban dedicados a una sola persona hasta que se decidiera a redactar un nuevo formulario que no fuera una burla para mí y para mi empresa.

Al parecer, Johana estaba algo molesta conmigo. Las temibles citas que me había estado organizando durante toda la semana solamente confirmaban mis sospechas. Tal vez no había sido sensato seducirla en su empresa, pero es que yo, que siempre he sido un hombre racional en cualquier aspecto de mi vida, acababa haciendo más de una locura tan sólo por estar junto a ella y volver a besar la salvaje mariposa de su hombro, que, igual que su dueña, se escapaba de mi lado a cada momento, sin que pudiera poner ninguna traba a su libertad.

Estaba sentado a una mesa con Johana y otra persona, ya que me negaba rotundamente a tener una cita con una desconocida sin que mi alcahueta estuviera presente. Principalmente por dos motivos: el primero, que no había otra mujer con la que deseara estar que no fuera ella, y el segundo, porque ni loco me volvía a quedar a solas con una de las citas que me organizaba Johana, pues en el breve período de tiempo que llevaba en esa agencia matrimonial, había tenido que evitar las insinuaciones de una anciana que sin duda haría mejor pareja con mi abuelo que conmigo,

de una mujer que intentó que me hiciera miembro de una secta y de otra más joven que, aunque en un principio parecía perfecta, al final resultó un tanto inestable, lo que tuve ocasión de comprobar muy de cerca cuando, en uno de sus arrebatos, me mostró unos certificados médicos que aseguraban que no era peligrosa, aunque sí estaba un poco loca...

En ese momento miré a mi actual cita a los ojos e intenté decirle, con todo el tacto del que era capaz, que no era lo que yo buscaba. Sin duda tenía belleza, inteligencia y no le importaban demasiado mi dinero ni mi apellido. Tal vez todo estaría bien de no ser por un par de pequeños detalles: que yo ya estaba enamorado de otra persona y que en realidad mi cita era un hombre.

—Lo siento, Carl, pero sin duda ha habido una equivocación por parte de Eternal Heart, ya que a mí sólo me gustan las mujeres —dije, intentando explicarme amablemente con aquel hombre, para que dejara de rozar su pie contra mí y yo pudiera cenar tranquilo. O por lo menos para que lo intentara, ya que con Johana junto a mí nunca se sabía lo que podía pasar.

—No, no ha habido ningún error por parte de nuestra empresa, Derek. No especificaste el sexo de tu pareja, sólo escribiste «¡Sí, mucho!» en el apartado correspondiente. Y como una de tus preferencias son las cuentas anales, pues... —comentó seriamente ella, sacando de su bolso la ridícula solicitud que yo había rellenado en su momento como una broma, para evitar que las mujeres me molestaran, y que, para mi desgracia, desde que Johana se había hecho con ella parecía perseguirme a todas partes.

—¡Pues lo especifico ahora! —grité airadamente, levantándome de la mesa para que el joven que nos acompañaba dejara de intentar conseguir lo imposible, pues se había emocionado ante la mención de ese juguete que en realidad yo nunca había probado. Ni probaría.

Me retiré unos instantes al baño con la idea de tranquilizarme y no perder las formas ante las jugarretas de Johana. Cuando volví a la mesa, suspiré aliviado al ver que Carl finalmente había entendido que yo no era el hombre ideal para él y había desaparecido, dejándome a solas con la maquiavélica alcahueta, cuyo entretenimiento últimamente no era otro que torturarme.

En el momento en que ocupé de nuevo mi lugar en la mesa, me di cuenta de que Johana, como hacía siempre al final de todas las citas que había tenido bajo su supervisión, acercaba hacia mí una nueva solicitud de Eternal Heart y, con una irónica sonrisa, me tendía un bolígrafo mientras

intentaba embaucarme en un juego en el que yo no estaba dispuesto a participar.

—¿Por qué no rellenas de nuevo la solicitud indicando mejor tus preferencias y, no sé... poniendo cosas más racionales en ella?

Y yo, una vez más, y como llevaba haciendo a lo largo de toda esa semana, alejé de mí el papel:

—No, sin duda una persona como tú podrá llevar a cabo este trabajo sin ninguna indicación de más por mi parte —repliqué, devolviéndole el formulario.

Ella se levantó de la silla, enfadada, y sólo después de guardar con algo de brusquedad la solicitud en su bolso, me advirtió en cuanto intenté seguirla:

—Su cita aún no ha terminado, señor Dilmore. Carl ha ido en busca del camarero y está más que dispuesto a emborracharlo, para, según él, hacerle cambiar de opinión.

—Algo que tú y yo sabemos que nunca ocurrirá, porque, aparte de que los Dilmore nunca nos emborrachamos, en estos momentos tú eres la única persona que me interesa —dije, reteniendo sus manos unos instantes cuando pasó por mi lado. Y una vez más, como el hombre estúpido que soy, la dejé marchar esperando con impaciencia el momento en que ella decidiera quedarse junto a mí para siempre.

Las molestas citas programadas para fastidiar a Derek Dilmore cesaron cuando éste exigió la presencia de Johana en un importante evento del que no dio ningún dato hasta que llegaron a casa de ella unos bien envueltos y distinguidos paquetes con el nombre de una de las más caras y prestigiosas *boutiques* de Chicago, regalos que Johana no pudo devolver, ya que se enteró de su existencia cuando pilló a su compañero de piso intentando ponerse unos escandalosos zapatos de tacón negros en los que a él no le cabría ni el dedo pequeño del pie.

—¿Se puede saber qué narices es eso? —gritó Johana, al ver en el suelo unas prendas que ninguno de los dos podría permitirse ni con mil años de sueldo.

—Son regalos de tu pretendiente y estoy dispuesta a que me entren, porque quiero que me los prestes.

—¿Y se puede saber por qué demonios te los ha dado a ti el mensajero que los ha traído y por qué no los has rechazado, como te dije en un principio que debías hacer con todo lo que viniera de ese hombre?

—Porque le he dicho que yo era Johana y he firmado la entrega. Si tú

puedes usar mi nombre cuando te da la gana, yo también puedo usar el tuyo por una buena causa.

—¿Y cuál es esa buena causa? —preguntó ella irónica, sabiendo la respuesta de Cristal.

—Ayudar a ese hombre a conquistarte... y quedarme con tu armario como premio, claro está.

—¡Dame eso! —gritó Johana, arrebatándole violentamente los zapatos, antes de que acabara con ellos—. Y además de esto, ¿qué es lo que pretende ese hombre que me ponga esta noche para la velada? —preguntó luego, algo desconfiada ante los regalos de Derek, mientras balanceaba el tentador zapato frente a la cara de su compañero, cogiéndolo por una de sus delgadas tiras, algo que nunca fallaba a la hora de sonsacarle algo a Cristal.

—¿Sabes si tu novio tiene algún fetiche? —se interesó éste, sacando de una de las cajas un escandaloso vestido rojo de finísimos flecos, con bordados dorados y la espalda al descubierto, acompañado de una boa de plumas rojas y unas medias de rejilla del mismo color—. ¡Oh! Tal vez sea de ese tipo de hombres a los que les excita eso de disfrazarse.

—No creo que le vayan ese tipo de cosas. Y otra cosa: Derek no es mi novio. Sólo salgo con él porque me chantajea.

—¿En serio? Tú estás mal de la cabeza, nena: guapo, atractivo, joven y rico... Sin duda, cualquier mujer se resistiría enormemente y tendría que verse chantajeada para salir con alguien así —ironizó Cristal, poniendo los ojos en blanco ante la insistencia de su amiga en ignorar a ese hombre.

—No es tan perfecto como parece, es... es... rico.

—Sí, sí... Tú sigue buscándole defectos tan graves como ése, mientras yo voy a abrir la puerta —se burló Cristal, cuando alguien llamó al timbre del apartamento.

Al ver a su inesperado visitante en la puerta, que había llegado con bastante antelación para recoger a su cita, Cristal se quedó sin habla por primera vez en mucho tiempo, ya que delante de ella tenía a todo un elegante gánster de los años veinte sonriéndole malicioso, mientras le pedía con un gesto que guardara silencio.

Cuando Cristal acompañó a Derek al salón, Johana se encontraba de espaldas a ellos, probándose sonriente el precioso vestido por encima de la ropa, despotricando aún sobre los defectos de los hombres, sobre todo de uno en concreto al que no podía sacarse de la cabeza por más que lo intentara.

—Derek es un mentiroso, un sinvergüenza y, sin duda, esconde algo que aún no he descubierto. Y, para colmo, es un chantajista... Seguro que su familia tiene algún que otro negocio ilegal y él es... es...

—Un vil mafioso —intervino Derek burlón, cogiéndola repentinamente de la cintura, haciendo que se volviera hacia él y viera su inusual atuendo, que daba veracidad a sus palabras. Luego, como todo un chico malo de los años veinte, echó a Johana hacia atrás y disfrutó de un apasionado beso con el que marcaba el principio de esa velada.

El pub que se inauguraba ese sábado en una de las calles más concurridas de Chicago se llamaba Lucky, el apodo con el que décadas atrás era conocido un antepasado un tanto deshonesto de los Dilmore que consiguió fama y dinero para esa rama de la familia. Por lo tanto, muchos de los asistentes a la reunión formaban parte de ese linaje y disfrutaban con gran regocijo de la innovadora idea de Derek Dilmore de mostrarse por una noche tan audaces y temerarios como sus ilustres antepasados.

Cuando Derek entró en el abarrotado local, saltándose una enorme cola de gente que daba la vuelta al edificio, Johana creyó que lo apalearían o al menos lo insultarían, pero por el contrario todos lo saludaron amigablemente, dándole la bienvenida a aquel acogedor ambiente que él había ideado y que, por un rato, los conducía al jovial libertinaje de los bulliciosos años veinte.

En el escenario había una banda de jazz, cuya agradable música elevaba los ánimos de los presentes y contribuía a incitarlos a que probaran cócteles con nombres tan sugerentes como Barbary Coast, The Scofflaw Cocktail, Southside o French 75. Johana, por primera vez en su vida, se dejó guiar por un hombre. Tomó la mano que Derek le ofrecía y se olvidó de que sólo lo acompañaba porque era chantajeada por él. Rio ante sus bromas sobre algo relacionado con su apellido que ella desconocía, bailó antiguos bailes que no conocía e, increíblemente, disfrutó de cada segundo que pasó en su compañía.

Casi al final de la noche, reclamaron a Derek detrás de la barra del bar y él, sin amilanarse lo más mínimo, se quitó despreocupadamente la chaqueta y el chaleco que formaban parte de su vestuario y, remangándose la camisa, se dispuso a convertirse en un alegre barman, que entretuvo a los clientes con divertidas anécdotas sobre las bebidas que allí se servían.

—Esto, señoras y señores, es un cóctel Scofflaw: una bebida hecha con

whisky de centeno, vermut seco, un poco de zumo de limón y de granadina y unas gotas de bíter de naranja. Era la bebida preferida de los infractores en los años veinte, sin duda porque su nombre estaba dotado de unas connotaciones que nadie en su sano juicio querría llevar. «Scofflaw» se usó en esa disoluta época como adjetivo para describir a los ciudadanos que eran bebedores sin moral, una amenaza para las buenas costumbres, insolentes y malos ciudadanos. Así que... ¡Todos los sinvergüenzas del local que quieran acompañarme, que alcen sus copas y brinden por esta inusual palabra con la que nuestros antepasados fueron injuriados en más de una ocasión! ¡Salud!

Mientras Derek atraía la atención de todos con su discurso, sin dejar de preparar las bebidas, los cócteles se fueron repartiendo entre los asistentes, pero la bebida que depositaron en manos de Johana nunca llegó a tocar sus labios, ya que el diligente Derek se apropió de su copa.

—Esto es demasiado fuerte para ti, cariño —sonrió, recordando el poco aguante para la bebida que tenía ella—. Éste sin duda será más de tu agrado, ya que no tiene alcohol —dijo, sustituyendo su copa por otra similar. Después, le dio un rápido beso en los labios antes de alejarse para ocupar su lugar de nuevo tras la barra.

—Aún sigue siendo un chico un tanto impulsivo, pero bueno, después de todo es un Dilmore —comentó junto a ella un anciano de pelo canoso y mirada muy parecida a la de los intensos ojos verdes de su descarado chantajista, que en esos momentos le sonreía mientras preparaba otras copas, esta vez para un grupo de mujeres.

»Siempre es igual —prosiguió el anciano—, aunque las mujeres lo rodeen, nunca se fija en ninguna. ¡Negocios, negocios y más negocios! ¿Qué voy a hacer con él? —concluyó exasperado el hombre disfrazado de mafioso, que, para mayor realismo, llevaba una réplica de un subfusil Thompson, un arma indispensable para cualquier gánster de esa época—. Seguro que hoy tampoco ha venido acompañado...

—Se equivoca, yo soy su pareja —dijo Johana señalando a Derek e interrumpiendo así el monólogo del anciano.

—¿Y se puede saber dónde la ha conocido? —preguntó él reticente, sin terminar de creer sus palabras.

—En una agencia matrimonial —respondió Johana despreocupadamente, aunque prestando cada vez más atención al desenfadado coqueteo que el grupo de mujeres estaban llevando a cabo con Derek. Con una de aquellas tiparracas recorriendo incluso con sus uñas el fuerte brazo de él con gesto insinuante.

—¡Vaya! Parece que al final ese tipo de sitios funcionan de verdad... Y, dígame, ¿cómo comenzaron su relación? —indagó bastante interesado el anciano, preguntándose si sería buena idea ir apuntando al resto de sus nietos a alguna agencia matrimonial, a pesar de que aún estuvieran un poco alejados de la treintena.

—Simplemente me chantajeó —declaró Johana algo distraída, sin poder evitar sentirse furiosa con Derek, que la había llevado a aquella fiesta y luego la abandonaba para coquetear con otras—. Ahora, si me disculpa, tengo que ir a tirarle mi bebida a la cara al hombre que me ha exigido una cita para luego dejarme tirada. —Y, totalmente decidida, se levantó para llevar a cabo lo que había dicho.

Ante el asombro de todos, Johana le arrojó su bebida a Derek, que sonreía jovialmente a sus clientas, para luego anunciarle bruscamente:

—¡Me marcho!

Y, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida.

Geron vio con incredulidad cómo su nieto Derek, que nunca se inmutaba por nada, cogía rápidamente su chaqueta para salir en busca de aquella mujer que se le escapaba y no dudó ni un instante de que era a la que perseguía con tanto ahínco desde hacía semanas...

¡Por fin había ocurrido un milagro y aquel joven arrogante que solamente podía pensar en los negocios se había enamorado! Ahora sólo faltaba que esa mujer se percatara de ello.

Tras comprobar lo bien que le había ido a Derek en Eternal Heart, Geron Dilmore decidió apuntar a todos sus nietos en esa agencia matrimonial. Al fin y al cabo, si no lograba encontrarles pareja se divertiría mucho viendo el proceso de búsqueda. Porque si una cosa era cierta en su familia, con o sin maldición, era que, lo quisieran o no, todos los Dilmore hallaban a su compañera antes de los treinta. Que luego pudieran retenerla a su lado... era otra historia.

Derek me estaba volviendo loca. Todavía no sé por qué narices me molestó que sonriera a las mujeres que lo habían rodeado en aquella maldita fiesta a la que me obligó a ir el sábado por la noche. Después de arrojarle el contenido de mi copa, me largué rápidamente, dejándole muy claro lo que pensaba de sus estúpidas sonrisitas dirigidas a cualquier fémina que se limitara a pasar por su lado.

No sé por qué me sentí complacida cuando, en vez de quedarse disfrutando de un agradable ambiente, rodeado de bonitas mujeres, salió corriendo desesperado detrás de mí. Yo, por mi parte, seguí andando en

busca de un taxi mientras ignoraba sus embaucadoras palabras, hasta que me cogió una mano entre las suyas e hizo que me volviera para enfrentarme a aquellos inquietantes ojos verdes que tanto me tentaban.

Y, como siempre, acabé cayendo entre sus brazos y dejándome seducir por un hombre del que no sabía qué pensar.

A la mañana siguiente fue él quien se marchó de mi apartamento y, mientras yo me hacía la dormida, me besó en los labios con dulzura y luego depositó un leve beso de despedida en la mariposa de mi espalda, como si temiera que fuera a emprender el vuelo alejándose de su lado.

Cuando él se fue, me di la vuelta en mi lecho de sábanas revueltas y pensé en lo que estaba haciendo. Yo no era así. Nunca me acercaba tanto a un hombre como para que éste me pudiera hacer daño, como habían hecho con mi hermana y con mi madre.

Sin embargo, de Derek no podía alejarme. Al principio nuestros caminos se cruzaron en más de una ocasión, tentándonos hasta que caímos en lo prohibido. Y ahora... ahora un chantaje me mantenía a su lado. Y había momentos en los que me sentía feliz, pero también otros en los que sólo quería alejarme de él lo más rápidamente posible.

Siempre había logrado mantener a distancia a todos los hombres revelando sus defectos. Pero ahora encontraba bastantes cosas buenas en Derek que me hacían plantearme que sus defectos no eran tan terribles, ni él tan mentiroso como otros. ¿Estaría empezando a enamorarme de él? ¿Sabría Derek lo que pasaba y por eso me obligaba a estar a su lado, chantajeándome para cosas tan simples como ir a ver una película o salir a cenar?

Me molestaba mucho pensar que posiblemente estaba comenzando a enamorarme de ese hombre, porque, mientras yo les había señalado a decenas de mujeres los errores que cometían, sentía que en esa extraña relación yo estaba cometiendo, a mi vez, las mismas faltas de las que las había advertido a ellas.

No sabía qué hacer. En lo referente a Derek estaba tan confusa que sólo quería desaparecer, pero a la vez sabía que alejarme de él no solucionaría nada y únicamente me haría un poco más infeliz. Y si al final acababa admitiendo que me había enamorado, ¿qué pasaría? ¿Sería rechazada o, por el contrario, Derek sentiría lo mismo que yo? A juzgar por cómo me perseguía y por alguna de sus palabras, sentí que él también había empezado a amarme, pero también era consciente de que aún me ocultaba algunas cosas importantes, como el motivo por el que había ido a nuestra agencia matrimonial en busca de una pareja, y por

qué seguía apuntado a Eternal Heart si, según él, yo era la única mujer que le interesaba.

Ahí había algo que debería haber seguido indagando, pero como cada vez que estaba a su lado mis sentidos se nublaban, decidí hacer lo más sensato y seguir manteniendo algo de distancia entre nosotros, a pesar de comenzar a sospechar que, por primera vez en mi vida, estaba enamorada.

Una vez más, la desquiciante mujer de la que me había enamorado como un necio había tenido el atrevimiento de programarme una cita a través de su empresa. Y esta vez había conseguido molestarme de veras. Se notaba que la persona que tenía delante, cada vez que me miraba efectuaba un cálculo mental acerca lo que podía llegar a valer yo mismo y cada uno de mis bienes. ¡No señor! Aquella mujer no sólo conocía mi apellido, de hecho se había aprendido de memoria la historia de mi linaje y, de paso, había memorizado el valor de todas las posesiones de los Dilmore.

Creo que de todas las citas que Johana había organizado para acabar con mi paciencia, ésa fue la que más me desagradó. Por supuesto, y como siempre, yo había exigido que ella nos acompañara en una mesa de tres en un caro restaurante, y Johana, cómo no, había intentado levantarse y huir en más de una ocasión, sobre todo después de ver mi rostro airado ante las impertinentes preguntas que me dirigía mi cita de esa noche.

Cada vez que Johana intentaba escabullirse con la vieja excusa de ir al baño, yo, sonriente, le apretaba una mano por debajo de la mesa y le advertía con una simple mirada lo que podía ocurrirle si osaba levantarse de la silla.

Después de unos quince minutos en compañía de aquella cazafortunas y sus insistentes insinuaciones, que en realidad iban dirigidas a mis posesiones en vez de a mí, comprendí que lo mejor sería espantarla antes de que su charla me diera dolor de cabeza. Así que puse en práctica las enseñanzas de la impertinente Johana y empecé a desmontar poco a poco cada uno de los sueños que se había montado aquella mujer con mi dinero.

—Entonces, ¿qué grandiosa sección de la empresa familiar de los Dilmore diriges, Derek? —preguntó ella insinuante, mientras se secaba la boca tras beber un poco del caro champán que había exigido tomar.

—En estos momentos se podría decir que estoy sin trabajo, ya que me han echado de mis oficinas y se niegan a dejarme regresar si antes no

cumplo unos requisitos para los que en estos momentos no estoy preparado —dije, sin mentir en ningún momento, ya que me estaba viendo obligado a tomar vacaciones forzosas—. Así que, sintiéndolo mucho, creo que la cuenta la tendremos que pagar entre los tres, cada uno su parte —añadí, para dar más teatralidad a mi situación y fastidiar a aquella arpía que había pedido las cosas más caras de la carta.

El insinuante gesto no tardó en borrarse de su rostro y supe que había sido tachado de su lista de potenciales conquistas cuando se disculpó para ir al baño y se llevó su bolso consigo, tomando el camino contrario, que la conducía a la salida.

—Sabes que no volverá, ¿verdad? —preguntó Johana, después de ver cómo salía por la puerta sin importarle demasiado haber dejado plantada a su cita.

—Creía que tenías un poco más de criterio a la hora de elegir a la gente, o por lo menos eso es lo que creen tus alumnas, Johana —repliqué, disfrutando de mi copa de vino con la persona que en verdad quería a mi lado.

—¡Y lo tengo! Pero se me hace difícil reconocer a la mujer indicada si lo único que tengo para guiarme es esto —replicó, sacando de nuevo mi solicitud de su bolso.

—No te desanimes. ¿Quién mejor que tú para reconocer a los mentirosos? —me mofé, todavía molesto por la forma en que había estado jugando conmigo, y devolviéndole la solicitud que me tendía para que ajustara mis gustos y preferencias sobre la mujer indicada para mí. ¿Cómo hacerlo si esa mujer idónea era justamente la que tenía delante?

—Entonces creo que, dado que tu pareja se ha marchado, podemos dar por finalizada esta cita —declaró, intentando concluir la velada.

—No tan deprisa —contesté, cogiéndole una mano y haciendo que volviera a sentarse junto a mí—. No me apetece cenar solo. Además, tenemos que ultimar los preparativos para este fin de semana. Mi familia da una fiesta en la mansión de los Dilmore y tú serás mi acompañante —le anuncié, advirtiéndole con mi tono que no quería oír ninguna queja sobre mi decisión, y que por nada del mundo se libraría de asistir a ese evento conmigo.

Y, una vez más, le impuse mi compañía a la mujer que amaba convirtiéndome poco a poco en el canalla que ella aseguraba que era, algo que, lamentablemente, desde que la conocí no podía negar.

Capítulo 11

Después de salir durante más de dos meses con Derek, me pregunté una vez más qué narices estaba haciendo, cuando me vi engalanada con un caro vestido de diseño que tuve que arrancar de manos de mi compañero de piso, que se había enamorado perdidamente de él en cuanto lo recibí como un nuevo presente de aquel adinerado chantajista. Y no era de extrañar, porque, aunque renegara continuamente de él, una cosa que no podía negar era el buen gusto que Derek tenía al elegir los regalos que me hacía.

Y volví a preguntárselo a mi reflejo mientras admiraba la imagen que me devolvía el espejo de mi habitación, en el que se veía una elegante mujer ataviada con un largo vestido de noche plateado con un escote bastante provocador y con la espalda totalmente expuesta, mostrando la mariposa de mi hombro, que Derek adoraba.

Cada vez me importaba menos salir con aquel hombre que exigía mi presencia en su vida mediante una extorsión que, ahora que lo conocía mejor, dudaba mucho que fuera capaz de llevar a cabo. No obstante, yo usaba su chantaje como una excusa para seguir viéndolo y no hacer como siempre y huir a la menor oportunidad del amor que poco a poco se había ido adentrando en mi vida.

Recordé la intensa atracción que no podía negar que existía entre nosotros; la pasión que experimentaba entre sus brazos y que en ocasiones se desataba en los lugares más inesperados; la sonrisa que asomaba a mis labios al acordarme de él; los momentos que se convertían en especiales sólo por estar a su lado; los celos que sentía al verlo junto a otras mujeres, y el deseo de reclamarlo siempre como mío... Rememoré las quejas que recibía a diario en mi trabajo y llegué a la conclusión de que, definitivamente, tenía todos los síntomas de una mujer enamorada.

Tras esto, me senté a los pies de mi cama para reflexionar sobre cómo debía afrontar ese nuevo reto que representaba haberme enamorado, algo que, sinceramente, me aterrorizaba.

El amor no era algo que deseara en mi vida y más después de ver cómo sufría mi madre una y otra vez por su causa, demostrándome lo duro que podía ser enamorarse de la persona inadecuada. Aunque ahora parecía

feliz con su nuevo matrimonio y, tras cerca de un año sin recibir llamadas tuyas quejándose de su último marido, yo me planteaba que sí, que el amor podía existir, pero que algunas personas tardan más que otras en dar con la pareja correcta.

Mientras divagaba sobre si Derek sería el hombre adecuado para mí o si, con el tiempo, se convertiría tan sólo en un error, mi móvil comenzó a sonar y yo lo cogí muy resuelta a distraerme con lo que fuera.

—¡Mi marido me ha abandonado! —gritó mi madre desconsolada, sin siquiera saludarme, pese a que no habíamos hablado en varias semanas. Cualquiera persona que la hubiera oído se habría alarmado ante sus palabras, pero lo cierto es que mi madre a veces era muy exagerada en sus quejas.

—Veamos, mamá, cuéntamelo todo desde el principio —le pedí, tumbándome en la cama, consciente de que la conversación nos llevaría un buen rato.

—¡Ryan me ha dejado sola! ¡Se ha atrevido a abandonarme en nuestro sábado romántico, cuando todavía estamos en nuestra luna de miel! ¡Como se ha atrevido a dejarme plantada! ¿Será que ya no le parezco atractiva? ¿O tal vez tenga otra? ¿O...?

—¡Mamá! ¡Mamá! —la interrumpí, intentando cortar su monólogo, porque si no lo hacía así sería inacabable.

De hecho, una vez lo comprobé dejando el móvil en mi habitación y yéndome a ver una película al cine. Al volver, ella aún estaba despotricando sobre su marido.

Cuando al fin se hizo el silencio, intenté lo imposible: que en la irracional mente de mi madre entrara algo de lógica.

—Mamá, ya hace más de un año y medio que os casasteis. Vuestra luna de miel ya terminó, ¿no te parece?

—Para esas cosas no hay fecha de caducidad, cielo, ¿cómo le vas a poner límites al amor de una persona?

—Vale, mamá... Centrémonos en lo importante: ¿sabes dónde está Ryan en estos momentos? —pregunté, intentando determinar si el nuevo marido de mi madre se había dado cuenta al fin de lo loca que estaba y había decidido hacer lo más razonable, que indudablemente era pedir el divorcio; o bien si aquélla era otra de las absurdas exageraciones de ella sobre lo que ocurría en realidad.

—Sí, ¡y me niego totalmente a ir en su busca y traerlo a rastras de ese inmundo lugar, cuando ha sido él quien ha decidido abandonarme!

Ante sus palabras creí que su abandono podía ser cierto en esta ocasión e

intenté indagar más en el asunto, decidida a convertir en un infierno la vida de mi nuevo padrastro si se le había ocurrido hacerle daño a mi madre de alguna forma, empezando por colgar su perfil en todas las páginas gay que encontrara.

—¿Sabes si está con alguien? —pregunté con toda la delicadeza de que fui capaz.

Ella, ante la traición de su esposo, no pudo evitar llorar desesperada, mientras intentaba responderme.

—Sí, se ha ido con varias personas y me ha dejado sola... en un día tan especial como éste.

Sin duda, ese hombre era más mujeriego de lo que yo pensaba. Me incorporé indignada y, dispuesta a tomar venganza, investigué un poco más sobre la traición de Ryan.

—¿Sabes los nombres de sus acompañantes?

—Sí... son los de siempre: Roy, Taylor, Vincent y Arnold.

—¡Espera, mamá, espera! ¿Ryan es gay y le gustan las orgías? —exclamé un tanto confusa, ya que nada de lo que me estaba contando concordaba con el ingenuo y afable hombre que yo conocía, aunque tratándose de un espécimen masculino, nunca se podía estar totalmente segura...

—Pero ¡¿qué narices estás diciendo?! —me gritó ella airada a través del teléfono—. ¿Has escuchado siquiera alguna de mis palabras? —me recriminó, por lo que yo hice acopio de toda mi paciencia, mientras intentaba hacerme una idea de lo que ocurría en realidad.

—Entonces, ¿me puedes explicar de una vez por qué o por quién te ha abandonado Ryan? —inquirí molesta, masajeándome la frente para hacer desaparecer el incipiente dolor de cabeza que sólo mi madre sabía provocarme.

—Ryan me ha abandonado por... ¡por un partido de fútbol! ¡Se ha ido al bar con sus amigos y me ha dejado sola! —sollozó ella.

Y ante la irracionalidad de sus lamentos, hice lo que solía hacer con todas las estúpidas reclamaciones que me llegaban cada mañana: la ignoré y la dejé hablar sola y despotricar del santo de su marido, que lo único que había buscado era un momento de paz y de distracción, algo que pocas veces tenía en compañía de mi loca madre.

En el instante en que pude poner fin a la llamada telefónica, me derrumbé sobre la cama con un gran suspiro.

Mientras el ejemplo de los errores de mi madre seguía muy presente en mi confusa mente, sonó el timbre del portero electrónico, indicándome que mi cita había llegado. Me dirigí hacia la puerta, descolgué el auricular

con la intención de poner fin a todo lo relacionado con Derek, y una vez más, mis palabras fueron puestas en duda por él.

—Lo siento, Derek, pero tengo que decirle a mi perro que es adoptado y no sé cómo se lo va a tomar, así que, lamentándolo mucho, hoy no podré acompañarte —dije irónica, intentando que entendiera que yo nunca sería una buena compañía.

—No te preocupes, ya se lo diré yo —replicó él, igual de mordaz que siempre, mientras yo oía cómo mi anciana vecina le abría y lo dejaba entrar, así que corrí a esconderme a mi habitación, porque seguramente Cristal también se dejaría convencer por aquel embaucador al que invitaría una vez más a entrar en mi vida.

Encerrarme en mi cuarto no me sirvió de nada, ya que, en efecto, oí que mi traicionero compañero de piso le abría la puerta de casa y, tras un amable saludo y la promesa de unos zapatos de marca, el muy desconsiderado lo dejaba pasar y, sin más preocupación, se dedicaba a ver una de aquellas ñoñas películas que tanto le gustaban, mientras Derek irrumpía en mi habitación ignorando mis protestas.

—Como veo que ya estás lista, creo que lo mejor será que nos vayamos —dijo, señalando mi elegante aspecto.

—Creo que no podré acompañarte, tengo que lavarme el pelo —repliqué con enfado, todavía sentada a los pies de mi cama, negándome rotundamente a acceder una vez más a los deseos de ese chantajista.

—Tienes el pelo perfecto, igual que toda tú en esta maravillosa noche. Así que, si no te importa, ¿me concederías el honor de acompañarme? —preguntó amablemente, ejecutando una elaborada reverencia como si yo fuera una de esas estúpidas princesas de cuentos de hadas que se derriten con ese tipo de halagos.

—No voy a ir —afirmé, poniendo punto final a la conversación.

—Como deseas —contestó Derek, pero cuando me miró vi aquella péfida sonrisa en su rostro que sólo podía significar que estaba tramando algo.

De repente, comenzó a quitarse la elegante chaqueta del esmoquin y no pude evitar darme cuenta con asombro de que, a pesar del tiempo que habíamos pasado ya juntos, aún me seguía sonrojando al ver su elegante porte, que, junto con su hermoso rostro de niño malo y su fuerte y bien formado cuerpo, lo convertían en un hombre irresistible para mis sentidos.

—¿Qué haces? —pregunté muy sorprendida cuando dejó los gemelos sobre mi cómoda.

—Como no quieres acompañarme, supongo que tendrás en mente algo más divertido. Y como estás en la cama, pues he decidido que voy a hacerte compañía. Aunque sea uno de los anfitriones, no creo que me echen de menos —añadió, mientras se desbrochaba la camisa.

Y en el momento en que mis hormonas empezaron a revolucionarse supe que me metería en más problemas si no acudía a la fiesta que si simplemente cedía a la estúpida exigencia de ser su acompañante.

—¡Está bien! ¡Te acompañaré! —grité, levantándome de la cama lo más deprisa que pude.

Derek me sonrió mientras se ponía de nuevo con rapidez y eficiencia su elegante atuendo.

—Pero no esperes que te acompañe de buena gana —añadí, frunciendo el ceño.

Ante mis palabras, su loca respuesta fue cargarme al hombro como un saco y sugerirme maliciosamente:

—Puedes protestar todo lo que quieras.

Pero a pesar de mis protestas, nadie hizo el menor caso de mis gritos de reproche por la forma en que era conducida hacia aquella, según él, «inolvidable velada». Y menos que nadie mi compañero de piso, que incluso abrió la puerta de la calle y, lloroso debido a sus trágicas películas de amor, nos despidió moviendo su pañuelo, mientras nos dirigía una embelesada mirada, como si nosotros fuéramos los personajes de alguna de esas románticas historias que adoraba mirar.

La fiesta a la que asistieron Derek y Johana era tan ostentosa como todas las que solían dar los famosos Dilmore. Gran cantidad de champán, un gigantesco bufet con exóticos manjares de diversos países, estatuas de hielo en forma de cisne y una gran pista de baile con una banda de música era algo característico en los eventos celebrados en la mansión de esa adinerada familia.

En ocasiones también hacían uso de su célebre excentricidad convirtiendo esas fiestas en algo realmente inolvidable para sus invitados. Debido a que el esperado trigésimo cumpleaños de uno de sus miembros, Derek, se hallaba muy cerca, al anciano patriarca de la familia, Geron Dilmore, no se le había ocurrido otra idea más maravillosa que invitar a todas las mujeres que en algún momento habían estado relacionadas con su querido nieto, para ver si había suerte y al final de ese acto benéfico, que era de lo que realmente trataba esa velada, un nuevo Dilmore hallaba a la persona idónea para el matrimonio.

Si Geron se hubiera molestado en hablar con su nieto, tal vez se habría enterado que ese evento no era necesario, porque la mujer que Derek deseaba ya estaba junto a él. Lo único que le faltaba era convencerla para que no huyera de su lado.

Esa noche, el ambiente era totalmente distinto del anterior festejo al que Johana había asistido como acompañante de Derek. Esta vez se sentía perdida y fuera de lugar en medio de tanta elegancia y sofisticación, y las altivas miradas de las mujeres, que claramente la envidiaban y no se molestaban en ocultarlo, no eran en absoluto un aliciente para que deseara estar allí demasiado tiempo.

—Empiezo a pensar que habría sido mejor quedarme en mi apartamento y lavarme el pelo... —le murmuró a su pareja, tras ver a otra mujer acribillándola con la mirada por ir del brazo del favorito de los Dilmore.

—Entonces te habrías perdido una de estas maravillosas fiestas a las que mis familiares me obligan a asistir con el único objetivo de buscarme pareja, y habrías convertido esta noche en un auténtico infierno para mí.

—No creo que sea para tanto; estás rodeado de mujeres hermosas que no te quitan los ojos de encima. Esta situación sólo sería horrible si estuvieran invitadas tus ex o algo por el estilo.

—¿Tú crees? —comentó irónicamente Derek alzando una ceja—. Vuelve a mirar a tu alrededor y dime lo que ves —pidió, señalando los corros de mujeres que comenzaban a formarse en los rincones y que no apartaban la mirada de su persona, en busca de una oportunidad de acercarse a ese hombre que una vez conocieron tan bien.

—¡No me jodas! —exclamó Johana, atragantándose con su bebida tras percatarse de que las amenazantes miradas que todas las invitadas a la fiesta le dirigían encerraban unos irracionales celos por lo que ya no les pertenecía—. ¿Aquí están todas tus ex? ¿Quién ha sido el majadero al que se le ha ocurrido semejante estupidez?

—A mi querido y adorado abuelo. Y ahora, si me permites, creo que es hora de escandalizar un poco a todo el mundo —dijo Derek, arrastrándola hacia la pista de baile y acercándola a su cuerpo para que los vieran todas las asistentes a la fiesta.

—Vas a conseguir que una multitud de mujeres furiosas me linchen a la salida —murmuró Johana, al tiempo que bailaban siguiendo la lenta música, que hacía que sus cuerpos se encontrasen cada vez más unidos al ritmo de la sensual balada.

—No te preocupes, no pienso separarme de ti en toda la noche —respondió Derek, mientras echaba el cuerpo de Johana hacia atrás y la

hacía retornar lentamente hacia él, subrayando sus palabras con un tentador beso—. Por esto vale la pena asistir a estos espantosos eventos —añadió, acogiéndola entre la calidez de sus brazos y apretándola con fuerza contra su cuerpo, como temiendo que en cualquier momento ella pudiera desaparecer.

Johana se quedó sin palabras ante esa tierna demostración y por primera vez no quiso huir de la cercanía de un hombre. Simplemente dejó que la retuviera contra su pecho mientras bailaba al compás de los latidos de un corazón que, en esta ocasión, estaba decidida a no rechazar.

Cuando el baile terminó, a Derek lo llamó uno de sus familiares y, al ver Johana su reticencia a dejarla sola en aquel ambiente desconocido para ella, le recordó lo difícil de intimidar que era y más aún por cualquier insulsa mujer de las que habían acudido a aquella fiesta.

Derek la besó levemente en los labios y la dejó sola con una copa que él mismo se había encargado de pedir, sin pizca de alcohol, por supuesto, pues ya sabía lo que la afectaba la bebida.

Mientras Johana disfrutaba de su cóctel afrutado, un grupo de mujeres la rodearon, sin duda con la intención de amedrentarla con sus mordaces lenguas y sus venenosos comentarios.

—Así que tú eres la nueva adquisición de Derek... —comentó desdeñosa una altiva rubia, dirigiéndole una despectiva mirada.

—Así que tú eres una cualquiera de sus ex... —replicó Johana, devolviéndole su insultante observación con la misma impertinencia y el mismo desagradable gesto que la mujer le había dedicado.

—No creas que vas a durarle mucho, seguro que muy pronto te sustituye por alguno de sus negocios y empieza a faltar a vuestras citas. ¿Cuántas veces has tenido que llamarlo e insistir para poder quedar con él un solo día? —preguntó una celosa morena, creyendo saber mejor que nadie cómo era el verdadero Derek Dilmore. El problema para esas mujeres era que el hombre que ellas describían no era el mismo que Johana había llegado a conocer.

— Yo nunca lo llamo, siempre es Derek quien me llama a mí para quedar. De hecho, la mayor parte del tiempo intento evitarlo, pero él no deja de perseguirme.

—¡Eso es mentira! ¿Nos estás diciendo que ese hombre, al que todas nosotras conocemos desde mucho antes que tú, no te ha dejado ni un solo día por uno de sus compromisos, que no ha faltado ni a una sola cita? Y ahora seguro que nos dirás que se queda en tu cama toda la noche, en vez de encerrarse en su estudio a hacer cálculos y desarrollar

sus proyectos...

—Chicas, no sé la clase de relación que tuvisteis con Derek, pero debieron de ser muy insatisfactorias para que os sustituyera por su trabajo. Creedme si os digo que cuando él y yo estamos en la cama, en lo último que pensamos ninguno de los dos es en el trabajo. Ahora, si me disculpáis, tengo que ir a recordarle por qué os dejó: sois todas un auténtico coñazo.

Tras ofender profundamente a las examantes de Derek, Johana se retiró con la idea de ir a buscarlo para reprenderlo por haberla obligado a ir a aquel horrendo lugar lleno de arpías y, de paso, para preguntarle qué había visto en algunas de las mujeres que la habían rodeado, tan distintas a ella. A los escépticos ojos de Johana, algo seguía sin encajar en la ecuación que era Derek Dilmore, un personaje que escondía algo que aún se le escapaba.

Mientras recorría la estancia con la mirada, intentando distinguirlo entre un amplio número de hombres de pelo oscuro y hermosos ojos verdes, vio a una extraña pareja que discutía junto a la barra. El hombre se parecía bastante a Derek, debía tener solamente unos años más, pero al contrario que él, mostraba en su rostro una despreocupada sonrisa que pronto lo abandonó cuando una furiosa pelirroja se la borró de una sonora bofetada.

Johana se preguntó si sería uno de sus parientes, pero no le hizo falta preguntar, porque la irritada pelirroja gritó airada:

—¡A partir de ahora, Max Dilmore, no os quiero a ti ni a tu loca familia cerca de mí! ¡Y me importa muy poco lo que diga esa maldición, superstición o lo que sea! ¡Para mí, tú simplemente ya no existes!

Y tras esas palabras se dirigió hacia los aseos intentando mantenerse distante y fría, pero a pesar de ello en su rostro se podía percibir alguna que otra lágrima de desdicha. Johana fue tras ella para averiguar finalmente la verdad de los Dilmore.

Cuando entró en los servicios, le tendió un pañuelo a la desconsolada pelirroja, un elemento que su trabajo le había enseñado a llevar siempre consigo, y más después de tener que tratar con decenas de reclamaciones sobre el amor.

—Gracias —musitó la alterada joven, que, ahora que Johana la observaba más de cerca, no se parecía en nada a aquellas modelos que pululaban por la fiesta y que tenía todo el aspecto de hallarse tan fuera de lugar como ella misma.

—Yo también salgo con un Dilmore —reveló Johana, dispuesta a

convertirse en su confidente y así poder acceder a los secretos que atañían a la familia del hombre del que se había enamorado.

—Pues, por tu bien, espero sinceramente que esté lejos de cumplir los treinta —comentó cínicamente la joven.

—Estoy saliendo con Derek Dilmore, que, si no me equivoco, los cumplirá muy pronto. Pero no veo por qué debería preocuparme eso.

—¿Derek Dilmore? ¿Ese hombre que no se separaría de sus negocios por nada del mundo y al que en estos momentos sus familiares han obligado a alejarse de su amada empresa hasta que encuentre una esposa? ¿Ése es el Derek Dilmore al que te refieres? —preguntó la mujer, intentando abrirle los ojos a Johana ante la verdad.

—No sé qué quieres decir... yo sólo estoy saliendo con Derek, y lo conocí en una agencia matrimonial —contestó Johana, confusa, extrañada al oír la descripción de un Derek tan distinto al que ella conocía.

—Veo que eres tan ignorante como yo misma lo era al principio —dijo la pelirroja, observándola con la misma pena con la que segundos antes Johana la había mirado a ella—. ¿Quieres saber por qué te ha traído realmente Derek Dilmore a esta fiesta, por qué razón está contigo y no con cualquiera de las otras invitadas, que se adecuan más a su vida y a él? —preguntó la joven, resentida al ver que las mentiras de los Dilmore no sólo la afectaban a ella, sino también a otras incautas que podían llegar a creer en las promesas de amor de esa mentirosa familia.

Johana por un momento quiso ignorarla, como había hecho con las otras asistentes a aquel extraño evento y simplemente alejarse de ella sin hacer caso a sus palabras, pero después de ver el dolor en los ojos de aquella mujer tan parecida a ella, se decidió a escuchar lo que tantas veces había buscado sin hallar respuesta.

—Seguro que después de conocerte en una de esas agencias matrimoniales a las que su abuelo lo habrá obligado a apuntarse te habrá dicho que tú eres especial, o incluso que eres la única que le interesa. Porque un Dilmore hará todo lo posible para casarse antes de los treinta años, ya que, según ellos, los persigue una estúpida maldición familiar que dice que si no se casan antes de llegar a esa edad en concreto se quedarán solos para siempre. Y aunque en principio no le importe demasiado esa tonta superstición, te puedo asegurar que un Dilmore haría lo que fuera para librarse de la presión de su familia —concluyó, limpiándose con furia los restos de lágrimas de sus ojos y devolviéndole el pañuelo—. ¿Quieres un consejo? Aléjate de ellos lo más deprisa que puedas. Sin duda son lo peor.

Y tras esa inusual charla, desapareció. Johana entendía al fin el motivo por el cual Derek había solicitado los servicios de Eternal Heart y no se había preocupado demasiado por buscar a alguna incauta para cumplir sus indeseables planes: desde el principio, la incauta siempre había sido ella.

«¡Hasta ahora!», se dijo Johana con decisión, mientras seguía los airados pasos de la pelirroja hacia el exterior, con la idea de no molestarse en buscar al hombre del que se había enamorado erróneamente. Así que, después de salir de los aseos, se dirigió hacia donde se hallaban las bebidas más fuertes, ya que para lo que tenía pensado necesitaría tomar algún que otro trago que le diera el valor para enfrentarse a aquel sujeto al que había comenzado a amar y del que, finalmente, había logrado ver todos los defectos.

Furia, enfado, ira, arrepentimiento, dolor y tristeza... eran algunos de los sentimientos que embotaban mi confusa mente. Sobre todo después de haberme dedicado a probar todas las bebidas que encontraba a mi paso, ya que estaba más que decidida a hacer sufrir a Derek el dolor que yo estaba sintiendo al saberme engañada. Tantos años señalándoles a otras su estupidez al enamorarse de quien no debían para luego caer neciamente en los mismos errores que siempre había criticado en otras personas.

Pero hasta ese momento no había comprendido lo diferente que se ve todo cuando eres tú la que se enamora. Nunca creí que Derek fuera perfecto, pero tampoco que yo fuera para él sólo la mujer que tenía más a mano para cumplir las expectativas de su familia en el menor tiempo posible.

Por lo visto, yo era únicamente lo que necesitaba para poder continuar con su trabajo. Ahora entendía por qué lo único que me exigía con su chantaje era que lo acompañara a los estúpidos eventos de su familia. El sexo seguramente sería sólo una divertida forma de pasar el tiempo con la idiota que le permitía tomarse esas libertades, un agradable extra...

Aunque la verdad es que no debería extrañarme que al final Derek resultase ser el canalla que en un principio había pensado que era, ya que, después de descubrir mi engaño, se había dedicado a jugar conmigo devolviéndome con creces cada uno de mis agravios, tal como me dijo en una ocasión. Pero mientras que lo único que yo pretendía con mis acciones era alejarme de un hombre del que podía llegar a enamorarme, él desde el principio y egoístamente sólo trataba de cumplir las

exigencias de su familia sin importarle a quién arrasaba por el camino con tal de volver a sus negocios.

A la vez que me terminaba una de las copas de un licor que apenas degusté, recordé por qué desde que era muy pequeña había decidido no enamorarme: enamorarse siempre dolía. Y más aún si el hombre no era el adecuado, algo que Derek me había demostrado sobradamente, por si no tenía bastante con el ejemplo de mi madre y de mi hermana.

Pero bueno... la vida continuaba y tras cinco cócteles de nombres impronunciables todo se veía mucho mejor. Así que, para acabar con aquel nefasto juego en el que me habían obligado a participar, lo mejor sería demostrarles tanto a Derek como a su caprichosa familia lo imperfecta que era yo para un hombre como él y, de paso, asegurarle que no habría ninguna boda en absoluto ni antes ni después de su señalado trigésimo cumpleaños.

Una vez que localicé a algunos de los sujetos que acompañaron a Derek al club donde nuestros pasos coincidieron, decidí que todos ellos serían bastante adecuados para mi propósito. De modo que, tras soltar mi copa vacía en las manos del primer hombre que se me cruzó, que podía ser que no fuera un camarero siquiera, ya que me miró con bastante asombro, me dirigí hacia ellos para exigirles que termináramos aquel baile que en una ocasión comenzamos.

—¿Qué haces aquí solo, tío Max? Creí que estarías rodeado de hermosas mujeres —comentó Derek con extrañeza, al ver el depresivo comportamiento de su joven y alegre tío, tan sólo unos años mayor que él: sentado en un rincón, alejado de todos, contemplando el fondo de su copa con aire abatido.

—¿Sabes qué? Las apariencias engañan, y yo no soy tan feliz y despreocupado como todos creéis —declaró Max, removiendo el escaso licor que quedaba en su copa—. Debería haber hablado contigo antes acerca de esa estúpida superstición sobre los hombres de nuestra familia y con la que tanto te está molestando el viejo últimamente.

—¡No, tío! ¿Tú también vas a insistirme con que me case antes de mi próximo cumpleaños? —preguntó Derek mientras se sentaba junto a él y dejaba que le sirviera de la botella casi vacía de whisky que tenía al lado.

—No... Yo te voy a revelar la verdad de la estúpida maldición que se ha inventado el viejo para casarnos a todos: te puedo asegurar que si uno de nosotros no se casa antes de su trigésimo cumpleaños no se queda soltero para siempre, ya que yo me casé el año pasado y tenía treinta y cuatro

años. Ya hacía tiempo pues que había pasado la edad límite.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste nada para que el viejo dejara de martirizarme con la tontería de mi boda?

—Querido sobrino, ¿por qué debería haberte evitado el sufrimiento que yo mismo padecí? Ese viejo cabezota me torturó con esa historia durante años antes de que cumpliera las tres décadas de vida, sin que nadie hiciera nada para remediarlo —comentó Max, sonriendo maliciosamente.

—Entonces, ¿puedo suponer que después de esta confesión tuya estoy libre de las pamplinas del abuelo?

—No del todo, querido sobrino. Te puedo asegurar que todos y cada uno de los Dilmore tenemos la desgracia de conocer a la mujer de nuestra vida antes de los treinta. Que llegemos a conservarla... es otra cuestión

—declaró Max, señalando la pista de baile, donde una achispada Johana bailaba animadamente con cada uno de los jóvenes Dilmore, demostrándole a Derek que ella nunca llegaría a pertenecer a nadie—. Si me perdonas, tengo que buscar a mi esposa y explicarle que la amo de verdad y que no pienso dejarla marcharse de mi lado otra vez. Te aconsejaría que hicieras algo parecido si no quieres perderla para siempre —finalizó, señalando con la cabeza a la mujer que empezaba a alejarse de Derek en brazos de otro.

—En realidad creo que nunca ha llegado a ser mía —contestó él, dirigiéndose hacia la pista de baile mientras se sentía traicionado con cada coqueteo que Johana dirigía a sus primos. Y tras ver el apasionado beso que se daba con uno de ellos, decidió hacer lo que siempre le había pedido ella: acceder a dejarla marchar.

Los celos pudieron conmigo y, mientras que lo único que quería en un primer momento era acercarme a Johana para poner fin a la nociva relación que mantenía con ella, no pude evitar cambiar de opinión en unos segundos.

Cuando llegué a su lado la aparté violentamente de los brazos de mi primo, y mostré lo poco que me gustaba aquella gratuita muestra de afecto golpeando a mi primo Kyle y dejándolo inconsciente en medio de la abarrotada pista de baile. Antes de que los miembros de mi familia pudieran reaccionar, o de que algún curioso invitado se interpusiera en mi camino preguntándome la razón de aquella escena, cuando mi comportamiento siempre había sido ejemplar, arrastré a Johana conmigo hacia la planta superior, a la que sólo tenía acceso mi familia, y en un

oscuro pasillo le exigí que se explicase.

—¿Por qué has hecho eso?! —le grité indignado y fuera de mí, dándome cuenta de que había acabado por perder la paciencia ante sus irracionales juegos y que, definitivamente, había conseguido volverme loco, aunque sólo fuera por los celos que me hacían hervir la sangre en esos momentos.

—Porque no te pertenezco. Ni a ti ni a nadie. Y a nosotros dos sólo nos une un chantaje. Creo que ya es hora de que te percaes de que no quiero nada contigo, Derek Dilmore —dijo ella fríamente, mirándome a los ojos y sin la menor vacilación.

Ésa fue la primera vez que creía que las palabras que siempre me decía para mantenerme alejado eran ciertas.

No sabía lo que había pasado, lo que había oído sobre mí o por qué no me daba una oportunidad de explicarme, lo único que sabía era que debía de haber encontrado en mí ese defecto tan terrible que siempre buscaba en todos los hombres para tener una excusa y no comprometerse con nadie. Apreté los puños, irritado con aquella estúpida situación y con que mi corazón hubiese ido a fijarse en la mujer menos adecuada.

—¿Así que, según tú, sólo sales conmigo por un estúpido chantaje? —pregunté furioso, dispuesto a hacerle admitir la verdad al menos una vez antes de que nuestras vidas se separaran.

—Sí —respondió Johana con firmeza, manteniendo sus ojos fijos en los míos como si quisiera demostrarme que sus palabras eran ciertas.

—Entonces esta vez no quiero sólo tu compañía, quiero sexo —dije, dejándome llevar por mis más profundos deseos.

—Dijiste que nunca me chantajearías para que me acostara contigo —me recriminó, haciendo que me diera cuenta de que cada palabra que salía de mi boca hacía que la opinión que ella tenía de mí cayera un poco más bajo. Pero eso era algo que ya no me importaba.

—He cambiado de idea —repliqué con frialdad, empujándola contra la pared del pasillo. Y para acallar sus posibles protestas, besé sus labios haciendo que se olvidase de todo lo que no fuera yo.

En medio de la oscuridad me guie por el tacto de su piel que siempre me tentaba. Le retuve los brazos por encima de la cabeza con una de mis manos y la despojé de su elegante vestido. Tan sólo necesité tirar levemente de la delgada cinta que le rodeaba el cuello para que quedara expuesta ante mí. Nada más una sutil barrera de lencería cubría su cuerpo.

Sin dejar de retener sus manos, abandoné sus labios para besar su cuello

y descendí despacio por él, con delicadas caricias que la hicieron estremecer. Adoré sus pechos con mi boca y jugué con sus erguidos pezones hasta que arqueó la espalda buscando más de mis pecaminosas caricias. Me negué a soltarle las manos, con las que ella quería tocarme, esa vez no le concedí lo que deseaba, y una de las mías descendió por su cuerpo, despojándola de las últimas prendas que nos separaban.

El tumulto de la fiesta que se oía en la lejanía era fácil de ignorar, hasta que una atrevida pareja intentó adentrarse en la zona prohibida que daba a las habitaciones. A pesar de que Johana se tensó ante la repentina intromisión de esas personas que podían descubrirnos en cualquier momento, yo no permití que me ignorara de nuevo, así que le di la vuelta y, sin soltarla, hice que sus manos se apoyaran contra la pared y la oculté con mi cuerpo.

Mientras oía cómo se acercaban las voces, no pude resistirme a besar la mariposa de su hombro, que siempre me atraía irremediabilmente. Una y otra vez. Bajé una mano lentamente por su costado, acariciando cada una de sus curvas hasta llegar a su húmeda feminidad, que acaricié despacio, dándole el placer que minutos antes su cuerpo me había exigido.

Ante la cercanía cada vez mayor de los extraños, Johana se resistió. Pero cuando introduje un dedo en su interior a la vez que le rozaba el clítoris, ella movió las caderas exigiéndome más, a la vez que acallaba sus gritos mordiéndome la mano con que apresaba sus muñecas. Un pequeño precio que en verdad no me importó pagar para silenciar sus gemidos.

Cuando su intenso deseo estaba próximo a culminar, no quise tardar más en ser uno con ella. Y, bajándome la cremallera de los pantalones, me adentre en su interior de una fuerte embestida. Finalmente le solté las manos e hice que se sujetara a la pared, mientras le tapaba la boca para que sólo yo pudiera deleitarme con sus gritos y gemidos. Guie sus caderas a la vez que amentaba la fuerza de mis acometidas, la hice temblar entre mis manos y conduje su cuerpo a la cumbre del placer sin darle la liberación que deseaba. Ella me mordió la mano con que la acallaba, exigiéndome más, y yo, sin poder resistirme, me introduje más a fondo con brusquedad y firmeza, reclamando su cuerpo con cada uno de mis envites. Ajenos a todo, nos abandonamos a un placentero orgasmo que nos sacudió por completo.

Por suerte, cuando nuestros exhaustos cuerpos se derrumbaron contra la pared, la pareja ya se había marchado, pero al darle la vuelta a Johana y acariciarle feliz una mejilla con la ilusa idea de que tal vez aquél no fuera

el fin de nuestra relación que había comenzado de manera tan tormentosa, me di cuenta de que con mis egoístas actos lo único que había conseguido era alejarme más de ella y que, irremediabilmente, era el final para nosotros.

Las lágrimas que limpié de su rostro me dijeron lo que yo me negaba a reconocer: finalmente me había convertido en ese hombre lleno de defectos que ella siempre buscaba en mí.

En silencio la ayudé a vestirse y luego la abracé, arrepentido de que los errores que ambos habíamos cometido nos separaran.

—Lo siento, Johana. Al final he acabado actuando como el canalla que siempre pensaste que era. Creo que es el momento de dejarte marchar. No quiero acabar siendo este loco irracional en el que me has convertido.

—Tú siempre has sido un canalla, Derek. ¿Por qué estabas tan empeñado en salir conmigo si no era para librarte rápidamente de esa estúpida superstición de tu familia y correr a tu trabajo? —me recriminó, mencionando sólo una parte de los motivos por los que permanecía a su lado.

—¿Tal vez porque me había enamorado de ti? —repliqué y, sabiendo que nunca me creería, me alejé de la única mujer que había significado algo en mi vida y que había vuelto mi mundo del revés.

Por primera vez me preocupó que aquella vieja superstición que perseguía a los Dilmore fuera cierta y que yo estuviera condenado a pasar mis días solo por haber dejado escapar a la única mujer a la que alguna vez había amado. Pero retenerla a mi lado sería enjaularla en una prisión en la que ella acabaría por odiarme. Y si algo podía dolerme más que dejarla marchar era la posibilidad de ver el brillo de esos ojos que adoraba mirándome con la frialdad y el resentimiento del odio.

Me aparté de ella y no miré atrás, porque si lo hacía me arrepentiría de mi decisión y los dos volveríamos a iniciar un juego en el que ninguno ganaría hasta que aceptáramos que lo que sentíamos el uno por el otro sin duda era amor, algo que una persona como Johana tal vez nunca estaría dispuesta a reconocer.

Capítulo 12

Después de que Derek se alejara de mí como el caballero que minutos antes había demostrado no ser, le pidió a uno de los camareros que me acompañara a un taxi que él había llamado previamente y, como me prometió, ese día desapareció de mi vida. No más llamadas pidiéndome salir, no más visitas a mi apartamento para convencerme de que acudiera a algún absurdo acontecimiento, no más regalos pecaminosamente caros ni más irrupciones en mi ahora casi vacía clase. No más excitantes encuentros ni más dulces palabras que poco a poco añoraba.

Derek ya no estaba en mi vida. Y yo me preguntaba por qué, a pesar de haber descubierto lo falso que era, lo echaba de menos. Todas las cosas que había dicho a lo largo de mi vida, aleccionando y advirtiendo a otras mujeres sobre el error de enamorarse de la persona inadecuada ahora sólo me servían para darme cuenta de que, cuando nos enamoramos, los defectos de ambos carecen de importancia.

Sin duda, si él tenía muchos defectos a mis ojos, yo a los suyos no debía de ser menos. Como era la primera vez que me encontraba en esa situación, no sabía qué hacer. Pedirle ayuda a mi compañero de piso sólo había servido para que me soltara un insoportable sermón sobre lo que había perdido y no me diera ninguna solución útil. Así pues, decidí sincerarme con mi hermana y confesarle lo que había hecho para que cuando Derek y yo nos encontrásemos ya no hubiera ninguna posibilidad de chantaje entre nosotros, y tampoco ninguna excusa que yo pudiera ponerle a mi corazón cuando éste se acelerase con su mera presencia, como cuando yo pretendía aparentar que había permanecido a su lado sólo por su extorsión.

Acudí a la sala de reuniones de Eternal Heart, que en muy pocas ocasiones había pisado, y vi a mi hermana revolviendo con inquietud algunas de sus carpetas. Estaba tan absorta que no se percató de que me había sentado frente a ella hasta que carraspeé para llamar su atención. Entonces me dedicó una mirada llena de culpabilidad que yo no le había visto en años. De hecho, sólo recordaba haberla visto así en una ocasión, cuando rompió mi muñeca favorita y no pudo evitar gritarlo a pleno pulmón en medio de una cena familiar, consumida por los

remordimientos.

—Cristine, tengo algo que confesarte —dije, decidida a descubrirle toda mi historia con Derek.

—Yo también —contestó ella, mirándome con arrepentimiento.

—¿Lo hacemos a la vez? —propuse, sacándole una sonrisa al recordarle algo que solíamos hacer de pequeñas: confesar nuestros secretos al unísono para no escuchar los reproches de la otra.

Y tras contar hasta tres, lo hicimos, y después de escucharnos sólo pudimos reírnos de nuestra estupidez.

—Me he acostado con un cliente de Eternal Heart —dijimos al mismo tiempo.

—¿Derek Dilmore? —preguntó mi hermana, haciéndome ver que era demasiado obvio lo que sentíamos el uno por el otro.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté a mi vez, intentando averiguar en qué momento nos habíamos delatado.

—Lo supuse en cuanto leí esto —dijo Cristine, dejando delante de mí una solicitud de nuestra empresa.

Y mientras la leía, supe que, a pesar de todas las mentiras que Derek me había contado a lo largo de los días, decir que me amaba no era una de ellas.

Contrariamente a cómo debían rellenarse los formularios, el que tenía entre las manos estaba casi en blanco, a excepción de la casilla «Requisitos de la persona deseada», una última confesión que sólo podía ir dirigida a mí:

La única persona que deseo es la que menos me conviene, pero al fin y al cabo es de la que me he enamorado. Es una mujer impertinente, con un humor ácido que siempre está a mi nivel. Alguien que no sabe cómo expresarse con tacto, pero que intenta ayudar, aunque obtenga algún que otro nefasto resultado por el camino. Es divertido estar con ella y, a su lado, por primera vez me siento libre de las responsabilidades que el mundo ha puesto sobre mis hombros. Es una persona con la que he cometido muchos errores y a la que no quiero volver a hacer daño, por eso prefiero alejarme antes de quebrar sus hermosas alas que tanto he llegado a adorar. No creo que esta empresa pueda hallarme el amor eterno que promete, porque yo ya lo he encontrado y, como un idiota, lo estropeé todo para verme condenado a una eterna soledad, ya que, si no es con ella, definitivamente no quiero pasar la vida con nadie. Después de conocerla, no tengo más remedio que creer que la maldición que pesa sobre mi familia es cierta y que, en efecto, un Dilmore siempre encuentra a su verdadero amor, pero algunos somos tan necios que no sabemos conservarlo.

Cuando lo terminé de leer no pude evitar que alguna que otra lágrima escapara de mis ojos. Y miré a mi hermana sin saber qué hacer ni qué decir, porque enamorarme de un hombre era algo que nunca me había ocurrido, algo que ni siquiera estaba en mis planes y que, definitivamente, no sabía cómo afrontar.

—Yo que tú iría a las citas rápidas que se están celebrando en el Shamrock, ya que en esta ocasión la iniciativa la tienen las mujeres —me aconsejó Cristine, recordándome el nombre de uno de esos melosos bares donde se reunían las parejas y que yo había llegado a detestar.

—¿Y por qué debería hacer eso? —pregunté, bastante confusa ante el consejo de mi hermana.

—Pues porque en estos momentos se está llevando a cabo un evento de citas rápidas y Derek está allí.

—¿Y qué narices hace allí?! —inquirí algo inquieta por si, por una vez, la suerte le sonreía y encontraba a otra mucho más adecuada de lo que yo podía llegar a ser.

—No lo sé. Tal vez se sienta un poco deprimido tras perder a la única mujer a la que ha amado, según él mismo dice. No me contaste que su familia lo estaba importunando para que se casara antes de su cumpleaños, que, para tu información y según su ficha, es este mes.

—¡Como que me llamo Johana que este Dilmore no se casa antes de los treinta! —exclamé decidida, mientras me alejaba de la sala de reuniones con aquella confesión que me quemaba en las manos, dispuesta a enfrentarme con el amor y ganar la batalla.

Cuando ya estaba saliendo, mi siempre preocupada hermana, que nunca podía evitar intentar unir a una buena pareja en cuanto la veía, me preguntó a gritos acerca de la norma que nuestra madre nos impuso en una ocasión:

—¿Él sería capaz de enamorarte en siete minutos?

Y mientras recordaba todos los instantes que había pasado a su lado, las formas en las que habíamos jugado el uno con el otro, los apasionados momentos en los que nos habíamos amado y las dulces palabras que siempre había insistido en decirme, a pesar de que yo no estuviera preparada para ello, contesté con una verdad que aún entonces creía imposible, pero que sin embargo era cierta, porque Derek me lo había demostrado.

—Le sobran seis. ¿Y el tuyo? —pregunté algo escéptica al no saber quién había sido el hombre que se había acercado tanto a Cristine.

—El mío aún está por ver —respondió ella un tanto decaída, pero como siempre, para mí sólo tuvo una sonrisa con la que me animó a perseguir el amor que al fin había descubierto y que no estaba dispuesta a dejar escapar.

Otra mujer más. Ya estaba más que dispuesto a golpearme la cabeza

contra la mesa hasta quedar inconsciente, antes que continuar con aquella tortura. Y eso que las citas apenas duraban siete minutos. Ahora comprendía por qué Johana huía de ese tipo de eventos como de la peste. Estaba saturado de datos inútiles de mujeres que querían conocerme sólo porque habían visto mi caro Rolex de oro y les sonaba mi apellido. Ninguna se había molestado en hacerme alguna pregunta que se saliera del tema de mis finanzas, mis posesiones, mis expectativas laborales... aunque la verdad era que yo tampoco tenía ganas de conocer a nadie esa noche.

Mis pensamientos, como siempre desde que la conocí, giraban en torno a una sola persona, Johana. Mi mente no podía separarse de ella y repasaba todos los errores que ambos habíamos cometido, reflexionando sobre cómo habría terminado esa historia entre nosotros si alguno de los dos hubiera hecho o dicho algo distinto en el momento adecuado.

Pero eso ya no tenía solución, así que me había concentrado de nuevo en los negocios, tras exponerle con firmeza a mi abuelo que aquél sería el último evento de solteros al que asistiría antes de reincorporarme a mi puesto.

Increíblemente, el viejo había accedido. Tal vez porque yo casi había llegado ya a los treinta y me había dejado por imposible para dedicarse a mis primos menores.

No obstante, se había asegurado de que asistiría a aquellas absurdas citas rápidas observándome desde la barra en persona, tomándose una copa de un fuerte licor que según el médico ni siquiera debería poder oler.

Le dirigí una mirada llena de reproche por lo que estaba haciendo y él, con un silencioso gesto, me dejó claro que debía prestarle atención a mi cita, así que, para contentar a ese carcamal por última vez, suspiré frustrado y escuché cómo la mujer que tenía delante y a la que le dediqué la máxima atención que podía concederle estando enamorado de otra, me recitaba los nombres completos de los quince gatos que tenía en su apartamento.

Mientras trataba de no quedarme dormido frente al torrente de palabras sin sentido de mi interlocutora, una impertinente y familiar voz acabó de súbito con la interminable lista de nombres gatunos y yo, en secreto, se lo agradecí. Aunque no estaba dispuesto a demostrarlo, ya que era a ella a la que ahora le tocaba perseguirme y conseguir con sus encantos mi máxima atención.

—¿Sabías que para tener más de cinco animales viviendo en tu

apartamento debes pedir un permiso especial? Si no quieres que llame a la protectora de animales, levántate ahora mismo de esa silla o despídete de tus gatos.

Tras esta dura amenaza, pronunciada en un tono intimidatorio digno de cualquier mafioso, sonreí ante lo bien que encajaba ella en mi vida y observé con satisfacción la prisa que se daba la loca de los gatos en alejarse de mi mesa.

Cuando Johana se sentó frente a mí en la incómoda silla, no pude evitar sonreírle malicioso y repetirle las mismas palabras que tan despreocupadamente me había dedicado ella en una mesa como aquélla en cierta ocasión:

—Tienes siete minutos para enamorarme.

Luego le di la vuelta al reloj de arena que había sobre la mesa, un reloj que nunca podría limitar el tiempo que pasaríamos juntos, porque éste se detuvo para nosotros en el preciso instante en que se cruzaron nuestras miradas.

Johana tomó aire y, tras ordenar sus ideas, comenzó un extraño discurso con el que pretendía obtener mi amor. A su manera.

—Creo que desde que te conocí me dediqué a buscar en ti defectos que no tenías. Aunque eres un hombre, por lo que no eres perfecto. Y esa estúpida idea de que cuando nos enamoramos no vemos los fallos de nuestra pareja, sinceramente, es una patraña total, porque yo me he enamorado de ti y no puedo dejar de verlos, pero a pesar de ellos te amo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Johana, tú tienes más defectos que yo. ¿Y cuántas veces te he perseguido e ignorado tus rechazos? Porque, aunque parezca contradictorio, tú me atraías y alejabas a la vez. ¿Crees que eso lo hace un hombre que no está totalmente enamorado? Si hubiera buscado sólo complacer a mi familia, habría elegido una mujer que no huyera de mí a cada instante. Antes de que la arena de este reloj se acabe, quiero que te quede muy claro lo que siento por ti, pero tal vez no me basten estos siete minutos y tú vuelvas a alejarte al agotarse este pequeño plazo de tiempo que nos queda.

Para mi asombro, y para el de la mujer que esperaba su turno para sentarse a mi mesa después de que Johana se levantase, ésta golpeó el reloj de arena contra la madera para romperlo.

—Entre nosotros no hay tiempo que valga, porque conozco tu peor defecto: me amas —declaró, mirándome a los ojos con determinación.

En ese momento supe que la bonita mariposa que tanto me gustaba no volvería a huir de mi lado, porque, para ella, mis brazos ya no eran una

prisión.

—Entonces quiero todo el tiempo del mundo para poder demostrarte que mi amor por ti nunca será un error.

—Desde ahora y para siempre mi corazón es tuyo, Derek —respondió Johana con una tímida sonrisa, ofreciéndome lo que yo había deseado obtener mientras corría detrás de ella.

Y como el idiota enamorado que era, yo lo acepté sin volver la vista atrás, besé sus labios sellando nuestra promesa y juntos abandonamos aquel lugar en el que el tiempo ya no limitaba nuestro amor.

Desde la barra del local, el viejo Geron Dilmore observaba a su nieto Derek, que por fin había hallado a la mujer adecuada, cosa que nunca habría conseguido de no haber insistido en separarlo de su siempre absorbente trabajo. Que la maldición fuera un rumor que él mismo había extendido para hacer de casamentero no le preocupaba lo más mínimo, ya que ninguno de los Dilmore que habían pasado por esa experiencia diría nada al respecto. Casi todos estaban felizmente casados, y los que no, simplemente se negaban a que otros miembros de la familia se librasen de los avasalladores métodos que utilizaba su abuelo para emparejarlos, cuando ellos no habían podido evitarlo.

Tal vez debería dejar a sus nietos en paz y animarlos a que hallaran el amor por sus propios medios, pero es que en cuanto Geron veía a una persona, intuía muy certeramente para quién estaba predestinada. Y así fue cómo, cuando se pasó por Eternal Heart para conseguir unas simples tarjetas con las que asustar a su nieto y obligarlo a que se espabilase antes de su inminente cumpleaños, al observar únicamente durante unos segundos el trabajo de aquella impertinente joven que aleccionaba a todo el mundo desde detrás de su mostrador, supo sin lugar a dudas que Johana Martin sería la mujer adecuada para su siempre perfecto nieto Derek, al que nadie hallaba nunca ningún defecto. Y tal como pronosticó, muy pronto esa mujer lo trajo de cabeza, haciéndolo abandonar por un tiempo su fachada de triunfador.

«Bueno, ahora que Derek ha encontrado a su pareja perfecta ya puedo borrarlo de mi lista. Pero todavía me queda mucho trabajo», pensaba el anciano Dilmore, mirando un papel con los nombres de sus nietos solteros escritos junto a los de alguna que otra mujer que él había conocido y que consideraba adecuada para ellos. Pero aún había tiempo. Geron debía dejarlos en paz para que se confiaran, hasta que se aproximasen a la treintena, momento en que el plazo se terminaría y él

retomaría su tarea, porque como les había comentado a sus hijos en alguna ocasión, la fortuna, o tal vez la desgracia, para los hombres de aquella familia era que siempre hallaban al amor de su vida poco antes de su trigésimo cumpleaños, pero que lo conservaran o lo perdieran sólo dependía de ellos.

Algunos, como su hijo Max, se negaban a verlo, para al cabo de muchos años darse cuenta de su error; otros, como su nieto Derek, en cuanto lo veían no podían evitar perseguirlo con pasión. Cada uno se enamoraba de una forma distinta. Por eso, después de ver los errores que cometían muchos de los Dilmore, Geron había decidido ayudarlos para que llegaran a ser tan felices como él lo fue en el pasado.

Tras recordar las felices parejas que ya había contribuido a formar hasta ese momento, sacó su viejo reloj de bolsillo donde guardaba la foto de su esposa, a la que tanto añoraba. La miró satisfecho y le dijo:

—Ya me queda menos, Sara... Después de todo, ahora que gracias a Derek soy socio de una empresa que se dedica a unir parejas, nada puede salir mal —musitó el viejo Geron Dilmore, decidiendo cuál sería el próximo de su lista al que debía ayudar a encontrar ese amor que indudablemente, en un momento u otro, todos deseamos hallar para entregarle nuestro eterno corazón.

Cristine Martin

Lo más hermoso de enamorarte es sentir lo especial que puedes ser para esa persona a la que le has dado tu corazón, aunque no todos lo traten siempre con el mismo cariño con que tú lo entregaste. Esos hombres son de los que debes evitar enamorarte. ¿Por qué siempre me tocan a mí?

Capítulo 1

Las mujeres no siempre nos enamoramos del hombre adecuado y muchas veces cometemos errores estúpidos que se repiten una y otra vez. Para mi desgracia, yo soy de ese tipo de mujeres. ¡Y mira que constantemente intento no caer como una incauta ante las vacías palabras de otro embaucador! Pero siempre acabo metiendo la pata en lo que se refiere a elegir a mi pareja.

Mi hermana mayor, Johana, dice que ni ciega y borracha podría escogerlos peor, aunque yo no estoy de acuerdo con sus observaciones, porque ella siempre piensa que todos los hombres son inadecuados.

Tal vez sigo demasiado de cerca el ejemplo de mi madre, que se enamora con bastante rapidez y se casa demasiado pronto con hombres a los que apenas había empezado a conocer. Pero es que después de que nuestro padre falleciera cuando Johana tenía once años y yo apenas diez, mi madre pareció perder el norte. Nada podía devolverle la sonrisa que siempre tenía en su rostro cuando mi padre estaba junto a ella.

Seguramente porque quería volver a sonreír y experimentar de nuevo el amor, buscó con demasiada rapidez, hallando en su camino a más de un hombre bastante decepcionante.

Por desgracia para mí, yo soy a veces tan impaciente como mi madre y quiero enamorarme cuanto antes. Deseo experimentar esa arrolladora pasión que leo en las novelas y encontrar a quien haga que las mariposas de mi estómago no dejen de revolotear. Pero hasta ahora sólo he conseguido dar con sucedáneos de ese intenso sentimiento y siempre me ciego cuando conozco a una nueva pareja y me convengo de que es ése el hombre que hará saltar mi corazón y hará aparecer en mi boca una sonrisa tan bella, resplandeciente y sincera como la que un día vi en el rostro de mi madre cuando estaba con el hombre al que amaba.

Quizá por desear tantísimo enamorarme, siempre ignoro los pequeños defectos que poco a poco van apareciendo en mi pareja y silencio esa voz que hay en mi interior que me indica que él no es apropiado para mí. Pero, aunque cometa continuamente el error de no hacer caso a mi parte racional al crearme enamorada, nunca podré hacer callar la irónica voz de mi hermana mayor, que, muy enfadada conmigo, siempre me muestra lo ciega que he estado al enamorarme del individuo de turno.

Hasta ahora, mis errores incluyen un surtido bastante amplio: hombres vagos, casados, aprovechados que sólo iban detrás de mi dinero, infieles, algún que otro vividor y hasta uno al que le costaba decidir si le gustaba más el camarero que nos atendía durante nuestra primera cita o yo.

Con semejante colección de decepciones cualquiera se daría por vencida. Cualquiera menos yo, la eterna optimista, porque, a pesar de saber lo difícil que puede ser acertar con ese gran amor que tanto se nos resiste a algunas, en mi trabajo veo a diario a personas que encuentran a su media naranja. Cada vez que observo los rostros de los clientes de la agencia matrimonial de Johana y mía, Eternal Heart, esa radiante sonrisa que sólo puede mostrar una persona que se siente verdaderamente amada, vuelvo a sentir que quiero enamorarme. No tengo remedio...

Aunque ahora he hecho un paréntesis.

Después de que mi madre volviera a casarse, por quinta vez, aunque por lo menos en esta ocasión ha sido con un hombre que la hace sonreír de verdad, nos dejó a mi hermana y a mí a cargo de su negocio antes de mudarse a Los Ángeles con su nuevo marido. Y, aunque yo sea la menor, todas las responsabilidades de Eternal Heart recaen sobre mí, porque, ¿cómo poner al mando de una empresa como la nuestra, que se dedica a buscar el amor, a una mujer como Johana que no cree en él?

Bueno, no es que no crea en el amor. Es más bien que no cree que exista ningún hombre que no sea defectuoso, y hasta la fecha no ha encontrado ninguno que la haga opinar lo contrario. De modo que soy yo quien se encarga de buscar a los nuevos clientes, de contratar al personal, de poner en marcha algún que otro cursillo que ayude a nuestros socios y socias a no ser engañados tan fácilmente, de contratar la publicidad, de organizar los eventos y, finalmente, la tarea más exasperante de todas: intentar que Johana no espante a demasiados clientes en su día a día.

Por suerte, entre mi madre y yo hallamos un puesto en el que no podía causar demasiados problemas con sus fastidiosos comentarios y salidas de tono; un buen día, mi madre, más que harta de las cargantes quejas que en algunas ocasiones llegaban a nuestro mostrador sobre cuestiones en general poco razonables, decidió probar a que esas molestas personas trataran con alguien con su mismo nivel de impertinencia. Así que el resultado de esa idea fue que mi querida hermana se dedicara a escuchar y resolver, a su manera, las reclamaciones, en un mostrador específicamente destinado a ello, colocado en un lugar estratégico y poco visible de la oficina.

Lo bueno de la situación es que nuestros clientes pueden desahogar sus

frustraciones. Lo malo es que mi hermana carece de tacto y en ocasiones no tiene paciencia y se excede en sus soluciones a determinadas quejas o reclamaciones.

Y mientras transcurre mi día a día, absorbida por las responsabilidades de dirigir el negocio familiar y evitar que Johana lo arruine echando a los clientes, observo con algo de envidia a las parejas a las que ayudo a encontrarse y me pregunto cómo voy a hallar yo el amor, si mi única compañía es el trabajo, en el que, además, tenemos una regla impuesta por mi madre antes de marcharse, que consiste en que ninguna de nosotras salgamos con clientes de Eternal Heart, bajo amenaza de abandonar la empresa. Una norma que no me importaría quebrantar de no ser porque, si lo hiciera, todo este espléndido negocio quedaría en manos de mi hermana y eso es algo que nunca permitiré.

Así que, para mí, en esos momentos el amor era algo imposible. O eso al menos era lo que pensaba entonces...

La agencia matrimonial Eternal Heart poseía una dilatada y exitosa trayectoria. Había pasado de la propietaria original a sus hijas, tras más de una década de funcionamiento, y de tener unas pequeñas oficinas ubicadas en un viejo y destartado edificio, a estar en la actualidad en la zona más transitada de Chicago, convertida en un gran negocio en plena expansión, algo que había sido posible gracias a la innata habilidad para los negocios de la última mujer en la que había recaído la peliaguda labor de dirigir la empresa.

Si bien se podría decir que, en teoría, Eternal Heart tenía dos propietarias: Cristine y Johana Martin, también se debería señalar que a Johana no le interesaban nada las obligaciones que conllevaba el negocio familiar, y que le dejaba todas las responsabilidades a su eficiente hermana pequeña.

Cristine, con tan sólo veintiséis años, era la encargada de dirigir todos los servicios que Eternal Heart ofrecía a sus clientes. Esta avezada empresaria era una alegre, amable y paciente joven, que siempre mostraba una bella sonrisa a todos los que acudían a ella en busca del sueño prometido de hallar a su media naranja. Sus clientes, al ver su dedicación y los imaginativos esfuerzos que realizaba con la sola idea de ayudarlos, confiaban ciegamente en ella y en cada una de sus palabras cuando les recomendaba asistir a algún nuevo evento o a no darse por vencidos en la ardua tarea de encontrar el amor.

Si supieran lo desastrosa que era en realidad la vida amorosa de Cristine,

tal vez no se dejarían guiar por sus alocados consejos. Pero eso sería un error, porque Cristine siempre hacía todo lo que estaba en su mano para conseguir que otros alcanzaran lo que a ella se le había negado hasta el momento. Y obtenía resultados fabulosos.

Algunos pensarían que el hecho de que esa joven tan amable y llena de virtudes se encontrase sola sólo se debía a la mala suerte; otros, que el hombre adecuado para ella aún no había aparecido. Sin embargo, Johana, su hermana mayor, tenía otra teoría: ella pensaba simplemente que el hombre adecuado no existía y era incapaz de comprender cómo era posible que su alegre hermana pequeña no se hubiera rendido ya en su búsqueda del amor y dejaba atrás esos sueños de niñez en los que su príncipe azul siempre aparecía en el momento oportuno.

A pesar de que Cristine se hubiera topado en su camino con decenas de sapos, seguía besándolos con la inocente idea de que uno de ellos se convertiría en príncipe. Johana odiaba engañar a la gente prometiéndoles que encontrarían el amor, cuando, en ocasiones, eso era imposible. Por eso admiraba a su hermana, que en medio del ajetreo de su vida diaria y de las ideas erróneas y preconcebidas que tenían muchos de sus clientes acerca de lo que sería encontrar el amor verdadero, era capaz de encontrarles pareja y acababa constatándose que, en efecto, estaban hechos el uno para el otro.

Indudablemente, Cristine tenía un don para unir a la gente.

Por eso, Johana, desde su apartado rincón debajo del enorme letrero que rezaba Reclamaciones, se preguntaba por qué narices Cristine, que sabía emparejar tan bien a sus clientes, juzgaba con el culo a cada una de sus propias parejas.

¡Ella misma la había advertido en más de una ocasión del error que estaba cometiendo cuando se enamoraba de algún tipo claramente inadecuado! Pero Cristine no le hacía ni caso. ¿No se suponía que las hermanas pequeñas tenían que tener en cuenta los sabios consejos de las hermanas mayores? Bueno, también se suponía que las hermanas mayores debían ser un poco más responsables y Johana esquivaba todo tipo de responsabilidad en su vida, incluidas las referentes a su trabajo.

No obstante, aunque su tarea no fuera nada del otro mundo, intentaba acudir casi todos los días al trabajo, sobre todo para vigilar que su hermana no cayera en el error de enamorarse de alguno de los sospechosos individuos que acudían a su empresa en busca de sus servicios. Ella, por su parte, siempre tenía un aspecto sobrio, destinado a desalentar a cualquier espécimen masculino que pudiera mostrar el más

mínimo interés en su persona: un simple moño, unas elegantes gafas y un austero traje de un insulso color.

Tras aquella severa fachada, ningún hombre se atrevía a ir más allá ni a fijarse en sus bonitos ojos azules o en su hermosa melena oscura, muy similar a la de su hermana. Por el contrario, Cristine vestía cada día alguno de sus alegres y hermosos vestidos. Esa mañana de primavera había elegido uno de color turquesa con el toque de un blanco impoluto de su brillante cinturón y sus estilizados zapatos de tacón, sin percatarse de que muchos de los hombres que esperaban delante de su mostrador para rellenar las solicitudes de admisión, sólo lo hacían porque soñaban con ella.

Tras ver a su hermana acudir a la oficina ese maldito lunes, día que Johana odiaba, con una nueva revista femenina bajo el brazo y una de aquellas esperanzadas y deslumbrantes sonrisas que en ocasiones llegaban a inquietarla, Johana alzó los ojos al cielo. Y sabiendo ya el interminable discurso que la aguardaba sobre cómo hallar el amor, rogó con resignación:

—¡Por favor Cristine, no te enamores otra vez!

Esa mañana la suerte me sonreía y yo me sentía más que dispuesta a unir a decenas de parejas afines. Tal como aconsejaba mi horóscopo, me había vestido con algo turquesa, había desayunado un café observando el amanecer, me había dado una ducha fría y había comprado un amuleto para el amor, porque, según el programa de la médium Bianca, esa semana era el momento perfecto para encontrar al hombre que me estaba predestinado.

Para asegurarme de que esta vez todo se cumplía tal como señalaban los astros, también había adquirido una revista en mi kiosco habitual, ya que el test de la portada me llamó mucho la atención. En cuanto leí su atrayente título supe que tenía que hacerlo: «Cómo elegir a tu pareja ideal, descúbrelo con cinco sencillas cuestiones», así que desoí las continuas quejas y amenazas que mi hermana me dedicaba, como que si compraba una sola más de esas revistas haría una fogata con ellas, y la metí en mi bolso, decidida a darle la gran noticia a Johana de que ése era mi momento para enamorarme. ¡Lo decían las estrellas!

Como quería compartir mi alegría con ella, una vez atravesé las acristaladas puertas de la entrada de Eternal Heart y dejé atrás la armoniosa recepción, me dirigí con paso decidido hacia su sombrío rincón de trabajo, que, aunque yo a veces trataba de alegrar colocando

algún que otro bonito adorno o unas entretenidas revistas, unos y otras siempre acababan desapareciendo en cuanto me daba la vuelta.

Cuando llegué junto a mi querida hermana mayor, ella intentó huir de mí plantándome delante aquel impertinente cartel que avisaba de que se ausentaba unos minutos. Yo lo descarté con un gesto de la mano, tirándolo al suelo, y antes de que Johana lograra salir de detrás del mostrador, deposité mi revista sobre él y saqué mi bolígrafo de la suerte.

—¡Comencemos el test! —dije alegremente, mientras Johana se golpeaba la cabeza contra la madera, cediendo al fin a mis exigencias, ya que sabía que no podría librarse de mí hasta que ambas lo hubiéramos hecho y visto los resultados.

—¿Con qué me vas a torturar hoy, Cristine: ¿«¿Él es gay?», «Me ha puesto los cuernos... ¿lo volverá a repetir?» o «Me quiere, pero le gustaría tirarse a otra»?

—No recuerdo haber hecho nunca ese tipo de test, Johana —dije, tratando de rememorar los nombres de los cuestionarios que le había presentado a mi hermana.

—Tú date tiempo, seguro que todo llegará... —ironizó ella, pero la ignoré por completo, muy dispuesta a llevar a cabo mi tarea.

—Bueno. Este test se llama: «Descubre a tu chico ideal».

—¡No me jodas! ¿Por qué no me noqueas ahora y así me evitas el dolor de sufrir este tormento inhumano? ¿Sabes? Algunos trabajadores tenemos derechos y... —intentó protestar Johana de nuevo.

Pero como yo estaba totalmente decidida a hacer el test y me deprimía hacerlos sola, ignoré sus quejas y le recordé cuál de las dos era la que verdaderamente trabajaba allí.

—Creo que si fueras una trabajadora normal en vez de una de las dueñas del negocio, hace mucho que te habría despedido, ¡así que no me vengas con reclamaciones cuando la mayor parte de las veces desconoces lo que significa esa palabra! —la reprendí, sin borrar la sonrisa de mi rostro, porque sabía que al final me saldría con la mía.

—Adelante, comienza con ese tortuoso... ¡perdón!, quería decir maravilloso test —contestó ella, mostrándome una de sus más falsas sonrisas, pero cediendo finalmente a mis deseos.

—Primera pregunta: «¿Por qué terminaste tu última relación?» —comencé, echándole una ojeada a cada una de las posibles respuestas.

—Yo nunca he tenido una relación —dijo Johana—. En cuanto a ti, puedes responder: «Porque se tiraba a todo lo que se movía».

—No encuentro esa opción, así que elegiré: «Porque no me trataba como

esperaba».

—Vale, lo que tú digas —suspiró ella con resignación, sacando la caja de bombones que escondía en un cajón para endulzar aquella grata reunión.

—Siguiente: «¿Qué pretextos utilizarías para evitar salir con un hombre que no te gusta?».

—¡Ésa es muy fácil! Sólo seis palabras: «¡Ni en tus sueños más húmedos!».

—Mejor pongo que le dices que tienes mucho trabajo. En cuanto a mí, yo sería sincera.

—Sí, seguro... —comentó cínicamente Johana, alzando una de sus impertinentes cejas, mientras me recordaba con su mordaz comentario el montón de mentiras que les había dicho a más de uno de nuestros clientes para no salir con ellos sin que pudieran sentirse ofendidos.

—La tercera: «¿Cómo sabes si un hombre vale la pena?».

—¿No se supone que estamos haciendo esta mierda de test para hallar esa respuesta? —protestó Johana, indignada por la pérdida de tiempo—. No obstante, responderé a tu pregunta: «Ningún hombre vale la pena».

—¿«Porque me colma de detalles y trata de conquistarme»? —propuse yo sin hacerle caso, pensando que sin duda ésa sería la respuesta correcta. Luego continué con la cuarta cuestión—: «¿Qué pasa cuando discutes con los hombres?».

—También fácil: «Huyen despavoridos». En cuanto a ti, tú nunca discutes, Cristine.

—¡Eso no es cierto! —repliqué, intentando recordar alguna de las discusiones que había mantenido con alguno de mis ex, pero ninguna acudió a mi mente. Así que como respuesta elegí: «Evito ese tipo de situaciones».

»¡La última pregunta! —informé alegre, ante lo que mi hermana echó los brazos al aire y exclamó exageradamente:

—¡Al fin!

—«¿Cómo te definirías a ti misma?» ¡Yo elijo «Dulce y tierna»! —manifesté, emocionada al haber hallado una respuesta que concordaba al cien por cien con mi personalidad.

—«Como un grano en el culo.»

—Pongamos mejor: «Sincera y directa».

—¡Vale! Dime el resultado de esta tortura y déjame trabajar, que aún no he podido terminar el sudoku de esta mañana —me apremió mi hermana, sin duda tan impaciente como yo por saber cuál sería nuestro hombre ideal.

—Bien, ¡allá voy! —dije, deseosa de averiguar cómo sería el que podría llegar a conquistarla a ella—. Según el cuestionario, «Eres una chica que esquiva a los hombres a toda costa, por lo que si no cambias de actitud te quedarás soltera. Tu hombre ideal es... ¡ninguno!» —terminé de leer, un tanto asombrada de lo impertinentes que podían llegar a ser las soluciones de ese test.

—¡Perfecto! He perdido el tiempo para que una estúpida revista me revelara algo que ya sabía de antemano... Aunque una cosa te digo, Cristine, es el único test de los que me has hecho hasta ahora que acierta en lo que dice.

—Bueno, ahora yo. «Tu idea del hombre ideal va de un extremo a otro. Eres fácil de conquistar y siempre acabarás enamorándote del más inadecuado. Tu hombre ideal es... cualquiera que te dore la píldora» —leí, sorprendida de lo que me decía aquella mierda de test en el que me había gastado cerca de cinco dólares.

—Pues mira, ¡contigo también ha acertado! —declaró Johana con una maliciosa sonrisa, mientras me tendía uno de sus bombones.

Yo, por mi parte, arrugué la revista y la tiré a la papelera. Luego cogí el bombón y me calmé. Porque por mucho que dijeran otros, yo sabía que ese día la suerte estaba de mi lado y que no tardaría demasiado en encontrar al que sin duda sería mi hombre predestinado.

Ante mi asombro, Johana sacó la revista de la papelera, la colocó encima de su mostrador e intentó dejarla lo más presentable posible.

—¡¿Qué?! Quiero ver si alguna idiota llora al hacer este test —comentó.

Al pensar en el posible desastre que podía ser mezclar las impertinencias de aquella revista con la cruda sinceridad de mi hermana, no tardé ni un segundo en arrebatársela y llevármela conmigo a mi despacho. Sin lugar a dudas, Johana tenía demasiado tiempo libre y yo demasiado poco como para conocer al hombre que debía cruzarse en mi camino, y eso era algo que tenía que remediar si quería que se produjera ese encuentro fortuito, ya que, según los astros, aquélla era mi oportunidad ideal para hallar el amor.

A pesar de que había transcurrido más de un año, Hank Walker todavía recordaba con bastante irritación cómo descubrió que su matrimonio nunca había sido tan perfecto y maravilloso como él siempre había creído, y que el único idiota enamorado en aquella relación siempre había sido él.

Hank no había tenido demasiada suerte con las mujeres a lo largo de su

vida. En el instituto, por ejemplo, debido a su rudo aspecto no se le acercaban muchas jóvenes y las que lo hacían siempre era por motivos inadecuados, como usarlo para poner celosos a sus novios al creerlo un simple matón sin sentimientos.

Cuando empezó en la academia de policía, ninguna de las chicas a las que conocía quería nada serio con alguien que se dedicaría en cuerpo y alma a la mal pagada profesión de policía, en vez de optar por alguna loable y lucrativa carrera de empresariales o finanzas. Y, finalmente, en el momento en que cumplió su sueño de dedicar su vida a atrapar a taimados estafadores, su suerte con las mujeres tampoco cambió demasiado, ya que solía trabajar de incógnito, mezclándose con gente bastante indeseable. Así que, cuando una bonita joven se fijó finalmente en él, Hank no pudo evitar hacer todo lo posible por mantenerla a su lado, y no dudó a la hora de pedirle matrimonio.

Hank no era el típico hombre atractivo e interesante ante el cual las mujeres se desvivían por llamar su atención. Poseía unos rasgos un tanto duros y, aunque estaba en forma a causa de su exigente trabajo, su pelo y sus ojos castaños eran de lo más corrientes. Tampoco era muy elocuente ni hábil con las palabras a la hora de intentar conquistar a una chica, pero tenía algo que hacía que las mujeres se sintieran atraídas por él. Aunque, al parecer, siempre acababa atrayendo a las más inadecuadas: un ejemplo de ello era su querida exmujer Melanie, cuyo divorcio le estaba llevando más tiempo del esperado. Sobre todo, porque ella le fue infiel y él podía demostrarlo con decenas de testigos y montones de pruebas.

Hank habría preferido mantener en silencio la infidelidad de su esposa y pedirle amistosamente la separación, pero las mujeres en ocasiones son crueles y toman a un hombre de buen corazón por un simple idiota...

Un año antes

Después de apenas un año de feliz matrimonio, que habían contraído tras un corto noviazgo, Hank se vio obligado a alejarse de su hogar y de su querida esposa Melanie durante dos semanas, para asistir a un cursillo de formación sobre nuevas formas de estafa informática.

Al principio, en la primera semana, las llamadas de Melanie se sucedían todos los días sin falta, a la misma hora, con la precisión de un reloj suizo. Pero a mitad de la segunda semana era Hank quien llamaba y, en ocasiones, le costaba localizarla. Finalmente, cuando tan sólo le quedaba

un día para su regreso, le propuso a Melanie, muy emocionado, que aceptara una videollamada a través de la webcam de su ordenador, para poder ver su cara cuando le mostrara con orgullo la fabulosa sorpresa que tenía para ella.

El regalo que le había comprado era un carísimo anillo de diamantes que Melanie deseaba con locura y que, al fin, tras muchas horas extra de sufrido y fatigoso trabajo, Hank tenía entre sus manos para demostrarle cuánto la quería.

Como su mujer no era demasiado buena en lo referente a las nuevas tecnologías, Hank le había explicado el día anterior cómo debía manejar su equipo informático. Finalmente, después una hora de explicaciones infructuosas sin ningún avance, Hank le dijo que no se acercara ni de lejos al ordenador de su estudio, sino que encendiera su viejo portátil, que, con ayuda de un programa de control remoto, él manejaría desde su hotel.

Tras alguna pequeña protesta, Hank convenció al fin a su mujer para que llevara el portátil a su habitación, con la idea de tener un momento íntimo al día siguiente, aunque fuera a distancia.

Aunque había quedado con ella a las siete para mantener esa conversación, Hank, impaciente, conectó antes de la hora, porque su cursillo había terminado más pronto de lo esperado y también porque su jovial compañero de habitación había decidido dejarlo solo para irse a buscar algún entretenimiento. Hank, al verse en esa situación, pensó que él también se merecía algo de diversión con su mujer y aprovechó la circunstancia para darle una gran sorpresa. Pero lo que nunca llegó a imaginar era que el más sorprendido ese día sería él...

Desde la pequeña mesa de su habitación de hotel, Hank puso en marcha de forma remota su viejo portátil y activó la webcam, altavoces y micrófono. Por suerte, Melanie había seguido sus instrucciones al pie de la letra y tenía una imagen bastante precisa de su dormitorio. Y, para gran alegría de Hank, ella apareció en ese preciso instante, saliendo del baño de su habitación tapada únicamente con una minúscula toalla.

Hank observó atentamente a la bella mujer con la que se había casado y, sin poder esperar más, la llamó impaciente desde el ordenador. Melanie se mostró muy sorprendida y nerviosa, miró hacia los lados inquieta y al final se percató de que el portátil estaba encendido y que el rostro de su marido le sonreía desde la pantalla. Se sentó entonces delante del ordenador, con una gran sonrisa también en la boca.

—Hola, cariño, ¿no habíamos quedado más tarde? —preguntó,

perturbada aún por su súbita aparición en la pantalla. Con los nervios, empezó a tocar aleatoriamente las teclas del ordenador y, sin saberlo, comenzó a grabar su imagen, algo de lo que Hank se percató al instante, pero consideró oportuno no decir nada, pues quería guardar el recuerdo del rostro de ella cuando le mostrara su regalo.

—Sí, mi vida, pero el cursillo de hoy ha terminado antes y yo estaba impaciente por volver a verte, así que no he podido esperar ni un segundo más para observar tu bonita sonrisa.

—Pero ¡Hank! ¡Me has pillado de improviso! ¡Y ni siquiera me he podido arreglar para ti!

—¡No importa, mi amor! Tú siempre serás la más hermosa te pongas lo que te pongas. Es más, te prefiero sin nada de ropa...

—¡Oh, querido! Como siempre, eres un adulator... Pero ¡me niego a que me sigas viendo con estas pintas! Así que dime cómo se desconecta esto y cuando esté de verdad presentable nos volvemos a conectar.

Tal vez si Hank no estuviera habituado a tratar con estafadores y mentirosos no se habría percatado de su nervioso tono de voz, de su esquiva mirada o de sus prisas por alejarse de él. No obstante, como el hombre obsesionado con su trabajo que era, creyó que las señales que mostraba su esposa sólo eran imaginaciones suyas, resultado de su costumbre de buscar continuamente esos detalles en otras personas, así que los ignoró e intentó enseñarle la sorpresa que guardaba para ella.

—No te preocupes por eso. Estoy demasiado impaciente por mostrarte mi regalo de aniversario como para esperar a que te arregles. ¿Quieres saber lo que te ha comprado tu maridito para celebrar nuestro primer año de casados? —anunció Hank alegremente, abriendo el estuche de la prestigiosa joyería y mostrando el anillo que ella tantas veces le había pedido con aire soñador.

Pero si Hank pensó que ella sería la más sorprendida de los dos ante aquel elaborado encuentro, se equivocó de lleno al ver, al fondo de la habitación, a un hombre mucho más joven que él, y sin duda mucho más guapo también, que salía del baño tapado solamente con una escueta toalla.

Melanie no se percató de la irrupción de ese individuo en la imagen, ni de que Hank podía ver la cama revuelta que delataba lo que había sucedido en ella unos minutos antes, de modo que elogiaba con gran alegría su regalo, mientras él empezaba a sentirse el más desdichado, estúpido y traicionado de los hombres.

—¡Oh, Hank! ¡Es...! ¡Es increíble! ¿Cómo lo has conseguido? ¡Es justo el

que te pedí y...! Y... ¡Me has dejado sin palabras!

—Pues tú también me has dejado sin palabras con tu regalo para nuestro aniversario... —comentó Hank con dureza, sintiendo un dolor desgarrador en el pecho mientras cerraba abruptamente el estuche del preciado regalo, que ahora ya no tenía ningún valor para él.

—¿Qué regalo? —preguntó Melanie inocentemente, sin saber que su engaño había sido descubierto.

—Pues precisamente uno muy elaborado: ¡un buen par de cuernos, ya que puedo ver que un tipo desconocido acaba de salir desnudo de nuestro baño, Melanie!

—¿Qué tipo? —preguntó ella, haciendo algunos gestos disimulados para que su amante volviera al baño.

—¡El que tienes a tu espalda, joder! ¡Ese que sólo lleva una toalla por toda indumentaria!

—Cariño, no es lo que crees... —dijo Melanie, mientras pulsaba todas las teclas del ordenador para intentar eliminar la imagen de su traición, algo que sin duda quedaría grabado en la mente de Hank durante mucho tiempo—. Él es... ¡sólo es el fontanero!

—Sí, ya lo veo... Y te ha estado revisando las cañerías... De verdad, Melanie, ¿desde cuándo crees que soy tan idiota? —preguntó Hank, frustrado y dolido, mesándose los cabellos con desesperación—. ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué me traicionas de esta manera? —preguntó finalmente, furioso, golpeando la mesa con fuerza.

Y como ya tenía más que comprobado en su trabajo, cuando los sospechosos se sienten acorralados sólo intentan hacer daño y ésa no fue una excepción:

—Necesitaba algo más de lo que tú podías darme. Si quieres, cuando vuelvas a casa hablamos de ello y...

—No, Melanie —replicó Hank con una voz extrañamente tranquila. Como si hubiera tomado una decisión—. Esto se termina aquí. Ahora eres tú la que no puede darme lo que necesito. Ya no confío en ti.

—¡Vamos, Hank, no seas así! ¿De verdad crees que un hombre como tú va a encontrar una mujer mejor que yo?

—Visto lo visto, querida, creo que si tú eres la mejor mujer que puedo encontrar no me estoy perdiendo nada quedándome solo. Cuando llegue a casa comenzaré con los trámites de divorcio —anunció con firmeza, apagando el equipo y poniendo fin a aquella inesperada sorpresa, dispuesto a pasar un fantástico aniversario, que sin duda celebraría en la compañía del whisky más caro que tuvieran en el bar de aquel maldito

lugar.

Cuando iba por su tercera copa, apoyado lastimeramente en la barra, sin dejar que el camarero alejara mucho la botella, su compañero de habitación apareció a su lado. Esta vez, el jovial rostro de Jared mostraba una seriedad que no era nada habitual en él. La falta de compañía femenina también era algo extraño en su caso, ya que cuando Jared salía casi siempre encontraba a alguna hermosa mujer con la que divertirse. Su amigo no dijo nada, simplemente se sentó a su lado y bebió con él. Cuando hubo terminado su primera copa, comentó apesadumbrado:

—Lo siento, Hank.

Y antes de que él pudiera preguntarle cómo se había enterado de su desdicha, Jared puso ante él un vídeo en el que se veía a su esposa intentando hacerse la inocente al verse sorprendida en su infidelidad, mientras su amante se paseaba con una simple toalla por la habitación. Una grabación que, descuidada e inadvertidamente, ella misma había subido a internet. O bien era una estúpida consumada que en su desesperación había tocado las teclas equivocadas, o quería hacer más humillante aún ese momento.

—Perfecto... La cosa no podría ser peor —declaró Hank con una irónica y triste sonrisa, arrebatándole la botella al camarero.

Hasta que, tras oír a un grupo de sus compañeros, supo que sí, que todo podía ir siempre a peor.

—¡Menudo vídeo! Bueno, por lo menos el idiota de Hank se ha dado cuenta al fin de que ésa era demasiada mujer para él. ¡Ya me extrañaba que duraran tanto! Aunque tengo que confesaros que yo ya le di lo suyo a esa mujercita tan necesitada de cariño...

Tras oír esas palabras, celebradas por un coro de humillantes carcajadas, Hank se levantó de su asiento con suficiente lentitud como para que su compañero se preocupara por él, y más cuando vio que esbozaba una maliciosa sonrisa torcida que sólo podía presagiar problemas.

—Hank, ¿qué vas a hacer? —le preguntó Jared, reteniéndolo por un brazo e intentando meter algo de raciocinio en la ofuscada mente de aquel hombre ante lo que podía ser un gran error—. ¡Es uno de nuestros superiores! —le recordó Jared, tratando de que su amigo viera que no valía la pena jugarse su puesto de trabajo por aquel tipo.

—Sólo voy «a darle lo suyo» —declaró Hank, poniendo especial énfasis en las últimas palabras, mientras apretaba los puños con fuerza, decidido a descargar con alguien la enorme frustración que lo invadía.

Jared buscó algún sabio consejo que darle que detuviera sus pasos,

intentó pronunciar las palabras adecuadas que impidieran cualquier tontería de su parte, pero no se le ocurría nada. Y cuando oyeron de nuevo las carcajadas del insultante sujeto que se seguía burlando de Hank, simplemente lo dejó ir y se sentó a esperar, porque, aunque ellos fuesen cinco y Hank sólo uno, los otros estaban en desventaja, porque, aunque su amigo detestaba las peleas, en cuanto se metía en una no dejaba títere con cabeza.

Capítulo 2

En la actualidad

Llevaba cerca de una hora sentado, bebiendo un insípido brebaje en una de aquellas modernas cafeterías en las que servían algo a lo que le concedían muy generosamente el apelativo de «café», servido en una taza muy fina, que parecía de juguete por su irrisorio tamaño, pero cobrado a un precio desorbitado.

Aunque lo intentara, ya no podía fingir que seguía deleitándome con aquella bebida que hacía rato que me había acabado y me negaba en redondo a que me volvieran a estafar, así que, para asombro del camarero, pedí un vaso del agua del grifo y seguí fingiendo que hojeaba mi periódico con interés, cuando en realidad estaba vigilando a la hermosa morena de increíbles ojos azules que se hallaba absorta leyendo unas carpetas que guardaba en un viejo maletín del que no se separaba bajo ninguna circunstancia.

Para cualquiera que no me conociera podría parecer un acosador, pero la verdad era que, para mi desgracia, en esos momentos estaba trabajando. Como policía de Chicago especializado en robos, estafas y desfalcos a veces me tocaban casos grandes, espectaculares y apasionantes, como dismantelar grandes organizaciones criminales, y en otras ocasiones me tocaba aquello: la aburrida y monótona tarea de vigilar a la potencial víctima de un embaucador.

Que me hubieran asignado ese caso posiblemente tuviera algo que ver con el hecho de que le rompí la nariz a uno de mis superiores un año atrás, pero claro, eso era lo menos que uno puede hacer cuando se entera de que el tipo se estaba tirando a tu esposa. Así que cuando me degradaron y me mandaron a la guarida más profunda y oscura de las oficinas, entre millones de archivos y a cargo de un caso inconcluso que habían dejado de lado hacía ya algunos meses, referente a unos robos cometidos contra adineradas mujeres solteras, al ser yo un individuo bastante competente en mi trabajo, a diferencia de algunos de mis compañeros, hallé una pauta que relacionaba a todas esas mujeres: todas ellas se habían apuntado en alguna ocasión a alguna agencia matrimonial.

Como se trataba de varias agencias distintas, sospeché que la información personal de las mujeres afectadas era sustraída directamente de los archivos de esas empresas. Y tras descartar la existencia de pirateos informáticos, pensé en los antiguos métodos y me dediqué a seguir la pista de varios famosos estafadores.

Y si bien no di con ninguno que se hubiera apuntado a una de estas empresas, sí encontré a un tipo que contaba con una característica peculiar: había salido con cada una de las dueñas de esas agencias matrimoniales desde poco antes del robo hasta que éste había tenido lugar. Ese individuo era la misma persona, no tenía la menor duda, porque aunque usara nombres diferentes, todos falsos, el *modus operandi* siempre era el mismo: camelarse a la dueña de la agencia matrimonial que fuese y luego hallar el modo de acceder a los datos personales de los clientes, y muy especialmente a los datos económicos de las mujeres que buscaban pareja en estas agencias sin usar sistemas informáticos que pudieran rastrearse, para luego ir en busca de sus víctimas, presentarse como su hombre ideal y, tras seducirlas, robarles.

De la lista de las principales agencias matrimoniales de la ciudad de Chicago que tenía entre mis manos, la única empresa a la que aún no había logrado acceder el estafador era Eternal Heart. Así que ahí estaba yo, ese nefasto lunes por la mañana, siguiendo los pasos de una alegre señorita a la que tal vez no me habría importado observar en otras circunstancias, pero cuando estás en medio de un divorcio en el que tu esposa te está exprimiendo al máximo después de haberte engañado con otro, lo último que te apetece es prestar atención a los pasos de otra mujer que posiblemente sería igual.

Pensé que ese día tampoco tendría suerte y que la chica volvería a marcharse sin verse abordada por ningún sujeto que pudiera resultar sospechoso a mis ojos, cuando un hombre que encajaba vagamente con la descripción del estafador se acercó a ella.

Primero se preparó a distancia, despeinándose un poco y luego, aparentando un aire triste y apenado, cogió su café para llevar y simuló tropezar con una de las sillas del establecimiento, como si no se hubiera percatado de que ésta estaba en su camino. Cuando aquel rubio trajeado, de ojos azules y bonita sonrisa, vio que ella notaba su presencia, con un gesto un tanto dramático se dirigió hacia donde estaba la joven, sin duda intentando iniciar el contacto.

Mientras fingía leer el periódico, no dejé de observarlos y presté suma atención a su conversación, ya que el micro que había colocado antes en

la mesa de mi objetivo me permitiría escuchar lo que dijese, algo que sería una novedad, después de días sin escuchar otra cosa que una serie de murmullos en los que la linda morena se quejaba de su hermana y de su absorbente y estresante trabajo.

—Por favor, no te sorprendas si te digo que tu sonrisa es lo único que hace que hoy mi vida valga la pena —dejó caer el sospechoso, para luego simular alejarse.

—¡Venga ya! ¿Quién se va tragar esa mierda? —murmuré sin poderlo remediar, mientras el camarero me miraba con cara de susto al oírme, sin duda pensando que estaba ante un cliente loco, además de tacaño, al verme hablar solo y con unos modales algo bruscos.

Para mi asombro, la mujer le pidió al hombre que tomara asiento y le contara sus problemas.

—Creía que el día de hoy sería un infierno, pero ahora puedo ver que será todo lo contrario, porque tengo un ángel a mi lado —dijo él embaucador, haciendo que la morena se sonrojara ante ese estúpido cumplido.

Y, estupefacto, observé cómo esa mujer casi había caído rendida a los pies del tipo en unos pocos minutos, cuando él le contó una historia lacrimógena sobre la muerte de su supuesta esposa.

—¡No me jodas! No puede ser tan ingenua... —murmuré de nuevo, atrayendo la mirada del camarero, que no dejaba de pasearse a mi alrededor. Para quitármelo de encima le pedí otro vaso de agua. ¡Viva el despilfarro!—. Pero ¿qué narices les pasa a las mujeres...? —musité al ver que ella comenzaba a llorar con aquella estúpida historia y encima permitía que él le secase las lágrimas con un pañuelo de seda.

—Gracias por haberme escuchado y siento haber borrado de tu rostro la sonrisa más bonita del mundo. Tal vez no debería pedírtelo, pero... ¿podrías darme tu número de teléfono para que podamos hablar en otra ocasión? —pidió el sujeto con una fingida timidez que me parecía increíble que la joven se creyera.

Y en el momento en que vi que caía tan fácilmente en el engaño y le daba su número de teléfono, no pude evitarlo: me levanté y grité a pleno pulmón.

—Pero ¿tú eres idiota?

Por suerte para mí, en esos instantes el camarero estaba dejando el vaso de agua en mi mesa y todos en el local, incluido el pobre muchacho, creyeron que mis bruscas palabras estaban dirigidas a él, por lo que no tardaron en invitarme a abandonar la cafetería.

Cuando salía por la puerta, recibí una llamada de mis compañeros, que no tardé en contestar, ya que estaba harto de ese caso y sólo rogaba que alguien me dijera que me lo quitaban de las manos.

—Hola, Hank, soy Jared. Hemos recibido una llamada del establecimiento donde estás de vigilancia. Algo sobre un loco que habla solo y que ha insultado al camarero. ¿Necesitas refuerzos?

—No te preocupes, está todo controlado —contesté, sin precisar que el loco del que hablaba era yo—. Aunque creo que el camarero podría estar tomando alguna sustancia ilegal —añadí, para que mis compañeros se entretuvieran con algo y dejaran de meterse en mi vida. Y también para darle una lección a aquel cotilla estirado que me había estafado con el café.

—De acuerdo, lo investigaremos. A propósito, ¿cómo va el caso? ¿Ha establecido contacto el sospechoso con la víctima?

—Sí, y ya ha conseguido su número de teléfono, una nueva cita, su dirección... y creo que no le ha dado su ropa interior porque no ha habido tiempo —respondí sarcástico.

—¡No me jodas, Hank! ¡Si yo tardo toda una noche en conseguir el número de teléfono de una chica, si es que lo consigo! —se quejó Jared.

—Sí, bueno... pues éste lo ha logrado en menos de quince minutos. Todo un récord, supongo, pero como hace mucho que no salgo, no tengo ni idea de estas cosas.

—Eso es algo que muy pronto vamos a solucionar.

—Vamos a ver, Jared, ¿cuántas veces tengo que decirte que ahora mismo no estoy preparado para salir con nadie? Después de que Melanie me destrozara, lo que menos deseo ahora es comenzar una relación — intenté explicarle una vez más a mi insistente compañero, que desde que comencé con los trámites de mi divorcio no dejaba de atosigarme con la idea de salir con otras mujeres.

—Pues vas a tener que cambiar de idea, amigo, porque, por el bien del caso, te hemos apuntado a la agencia matrimonial Eternal Heart.

—¡No me jodas! ¿Y qué se supone que tengo que hacer allí?

—Bueno... creo que lo que se hace en ese tipo de sitios es salir con chicas o algo así... Yo, la verdad, no lo tengo muy claro, ya que nunca he necesitado ese tipo de ayuda —contestó él con sorna, burlándose de mí.

Mientras observaba asombrado mi teléfono, deseando sacudir a mi amigo, me golpeé la frente con la mano, ofuscado, intentando hallar algo racional en la conversación que estábamos manteniendo.

—¡No es eso, idiota! Me refiero a qué se supone que tengo que conseguir

desde dentro de esa empresa, si sabemos que el sospechoso no está apuntado ni se apuntará a ella.

—Creemos que en todos los casos ha habido un cómplice que le facilita las cosas desde dentro, así que tendrás que vigilar a los empleados y, de paso, asegurarte de que la dueña de Eternal Heart no cae en las garras de ese embaucador antes de que lo cojamos con las manos en la masa.

—¿Y cómo se supone que voy a llevar a cabo ese milagro? —comenté irónico, al ver lo fácil que la joven había caído bajo el embrujo del donjuán.

—Muy fácil: tendrás que hacer que esa mujer se enamore de ti. Así no tendrá ojos para ese farsante y todo será más sencillo para nosotros.

—¡Ja! ¡Claro que sí! Y como yo soy un as con las mujeres, habéis pensado en mí para esa labor, ¿verdad? —pregunté, consciente de que todos en la comisaría conocían mi nefasta situación, mi divorcio y que hacía siglos que no salía con nadie.

—¡Venga, Hank, no te preocupes! Tienes treinta y dos años, eres joven, aún tienes todo el pelo y todos los dientes y, aunque no seas tan guapo como yo, seguro que alguna te encuentra atractivo.

—¿Estás intentando animarme, Jared? —pregunté.

—¡Pues claro, hombre! ¡Yo estoy contigo! Además, así aprovechas y conoces a algunas mujeres, que falta te hace, después de haber estado todo un año al lado de esa mala pécora. ¿Dónde está esa gran autoestima y esa enorme confianza en sí mismo del hombre que una vez conocí? —preguntó mi amigo, intentando hacerme recordar cómo era antes de que mi vida se derrumbara.

—Creo que eso también se lo llevó mi exesposa en el reparto del divorcio —respondí agriamente—. Pero no te inquietes, haré lo que pueda.

—No te preocupes, Hank. Por si estás en baja forma, nosotros ya hemos solucionado ese pequeño problema y te hemos apuntado a unos cursillos que hay para aprender a ligar.

—¡Sí, señor! La mejor forma de impresionar a una chica es demostrarle desde el principio lo inútil que soy —dije con ironía, sin acabar de crearme que mis compañeros pretendieran ayudarme realmente—. Hacedme un favor, Jared, a partir de ahora no me ayudéis más... —Tras este ruego, que dudaba mucho que tuvieran en cuenta, ya que mis compañeros eran todos unos cotillas consumados que disfrutaban de lo lindo metiendo sus narices en mi vida privada, colgué el teléfono antes de que Jared se decidiera a hablarme otra vez sobre un manual que mostraba ciento y una posturas para el sexo con el que no paraba de

atosigarme.

Luego me dirigí hacia Eternal Heart para llevar a cabo mi trabajo infiltrándome como uno de sus clientes y no dudé ni un momento de que ésa sería la misión más dura de toda mi carrera.

Cristine estaba teniendo un día maravilloso. Sin duda, el hombre que había conocido esa mañana en su cafetería habitual era su media naranja. La persona que las estrellas habían anunciado, la que sería su pareja predestinada... Y como Chad nada tenía que ver con su empresa, podría zambullirse de lleno en ese amor que esa vez sería el acertado.

Cuando le dio su teléfono y él le entregó su tarjeta, a pesar de que iba a llegar tarde al trabajo, Cristine se quedó a escuchar más de la triste historia de ese hombre que necesitaba un hombro sobre el que apoyarse. Le explicó que, desde que su esposa había fallecido, él se hallaba perdido en este solitario mundo y las cosas que lo rodeaban apenas le importaban. De hecho, le dijo que su mundo estaba totalmente vacío desde que su mujer se fue.

Cristine no pudo evitar llorar muy apenada y al final fue él quien la consoló a ella, tendiéndole con amabilidad un pañuelo de seda. Tras esa bochornosa reacción delante de un hombre que necesitaba apoyo, Chad simplemente le sonrió y le pidió que quedaran ese fin de semana, algo a lo que Cristine no pudo negarse, porque, a pesar de que estaba atareada con su trabajo, él, con su ternura, se estaba haciendo un hueco en su corazón, que le decía que esta vez se trataba del hombre adecuado.

Tras mirar por enésima vez el teléfono y confirmar que el hombre de sus sueños continuaba sin llamarla, Cristine guardó su móvil en uno de los bolsillos de su pantalón y suspiró resignada, volviendo a su trabajo, que, aunque lo adoraba, a veces deseaba poder dejar de lado tan despreocupadamente como hacía su hermana.

—¡En fin, vamos allá! —se decidió y empezó a leer los datos de los nuevos socios y sus preferencias para la búsqueda de pareja, de camino a su despacho.

Y mientras caminaba con aire decidido, dispuesta a realizar la tarea que más satisfacción le daba, unir en este mundo de locos a las personas que estaban predestinadas, sus ojos se toparon con un nuevo cliente que de inmediato Cristine intuyó que traería alguna que otra complicación a su vida.

En cuanto vio al hombre que se adentraba en Eternal Heart, observando todo lo que se hallaba a su alrededor con evidente escepticismo, supo

que se había topado con un cliente problemático. Y eso que la persona que mejor juzgaba a los hombres solía ser su hermana Johana, pero aquel individuo emitía varias señales para ser catalogado como alguien reticente al amor.

En primer lugar, su aspecto desaliñado y su ruda presencia, que no animaba mucho a acercarse a él. De hecho, varias de sus clientas lo evitaron mientras se dirigían a la salida. Además, la marca aún visible en su dedo anular que indicaba que estaba pasando por una difícil ruptura, algo que no atraía para nada a quienes buscaban los servicios de Eternal Heart, y por último aquel aire de indiferencia suspicaz que tenía y que revelaba que muy probablemente habría sido arrastrado hasta allí por alguno de sus amigos o familiares.

Cristine se acercó a él como siempre hacía, con una amplia sonrisa, consciente de que de los posibles clientes que recibiría su empresa ese día, aquél sería de los que más necesitarían su apoyo.

La verdad era que, visto más de cerca, parecía tener cierto encanto: su alborotado pelo castaño y sus ojos del mismo color eran algo comunes y, aunque su fuerte cuerpo y sus facciones de matón eran algo que echaría para atrás a muchas candidatas, su mirada parecía tierna. En el instante en que Cristine vio cómo intentaba esconderle sus ojos enrojecidos, decidió que su principal misión a partir de ese momento sería que ese hombre hallara el amor, porque, a pesar de la primera impresión poco favorable que causaba, sin duda tenía un corazón sensible, ya que su mirada así lo demostraba.

—¡Mierda de alergia primaveral! —susurré, mientras sacaba un pañuelo para secar mis ojos llorosos, que tenía enrojecidos y me picaban como mil demonios, lo que me recordaba que debía comprar los antihistamínicos y colirios ese mismo día, para que la cosa no fuera a más y comenzara con aquel constante y desagradable moqueo que tanto me molestaba.

Mientras miraba la elegante entrada de Eternal Heart con algo de reticencia, con sus impolutas paredes blancas, sus mesas de cristal con las inevitables revistas femeninas sobre ellas y unas sillas bastante modernas pero incómodas e inútiles para un cuerpo como el mío, me pregunté dónde narices encajaba yo en ese agobiante lugar. Pero decidido a cumplir con mi misión, traté de imaginar algún pretexto con el que pudiese acercarme a la joven propietaria para lograr que estuviera más pendiente de mí que de aquel estafador que la había embaucado.

Finalmente llegué a la conclusión de que contra un guaperas como aquel niño rubio de ojos azules al que había conocido esa mañana, yo, con mi tosco aspecto, tenía todas las de perder.

Suspiré resignado y negué con la cabeza por las locas situaciones en las que me metían mis compañeros sin consultarme nada y cuando me encaminaba hacia el elegante mostrador de cristal de la entrada, aquella morena de ensueño se cruzó en mi camino y me ofreció un paquete de pañuelos de papel. Después me cogió del brazo dedicándome unas palabras alentadoras y me dirigió sutilmente a su despacho, todo ello esbozando una resplandeciente sonrisa.

—No debe avergonzarse de mostrar sus lágrimas. Aquí, en Eternal Heart, sabemos lo doloroso que puede ser el amor y le ayudaremos a encontrar a esa nueva persona que le hará sonreír.

¡Perfecto! Ahora se creía que era un llorica... Todo por culpa de esa maldita alergia que no dejaba de torturarme. ¿Es que ese día no había nada que me saliera bien?

—Yo soy Cristine Martin, la directora de Eternal Heart, y voy a encargarme personalmente de encontrarle a la persona adecuada. No me separaré de usted hasta que la hallemos.

Bueno, al parecer ese día no todo me saldría mal, porque nada más entrar en las instalaciones ya había conseguido uno de mis objetivos. Mientras me felicitaba mentalmente por mi golpe de suerte, Cristine continuó su discurso:

—Le daremos todo el apoyo que necesite. Tenemos varios cursillos para ayudarlo a entablar conversación con las mujeres, para guiarlo sobre lo que se debe hacer en una cita y lo que no, e incluso para ponerlo al día sobre cuestiones más íntimas de una pareja...

¿Es que todo el mundo me veía como un inútil? ¡Joder! No había pasado tanto tiempo desde que ligué por última vez. Bueno, vale, tal vez habían pasado algunos meses, pero el tema no podía haber cambiado tanto. Y una cosa en la que nadie tenía que aleccionarme era acerca de cómo satisfacer a una mujer, algo que no me importaría demostrarle a aquella simpática morena que tan alegremente me había clasificado como un absoluto inútil.

No obstante, guardé silencio, convencido de que si hablaba metería la pata. Y si por el bien de mi misión tenía que simular ser un inepto, que así fuera.

Lo más preocupante de todo era que si ella me creía un incompetente en el amor, ¿cómo demonios iba a hacer para conquistarla? Pero bueno, los

problemas de uno en uno. Y el primero se presentó de inmediato: rellenar un formulario que me ofreció en la mesa de su despacho, asegurándome que era necesario cumplimentarlo para hallar mujeres compatibles conmigo. Tras echarle un rápido vistazo, llegué a la conclusión de que el amor, a mi entender, no tenía ni pies ni cabeza.

Antes de empezar a rellenar aquel absurdo cuestionario que parecía salido de alguna revista juvenil, decidí averiguar si mis compañeros me habrían preparado ya una tapadera, por lo que aparté de mí el molesto papel, del que me preocuparía más tarde, e intenté averiguar la historia que Jared había inventado.

—Antes de rellenar la solicitud, tal vez debería decirle que mi presencia en este lugar solamente se debe a que he sido arrastrado hasta aquí por uno de mis amigos. Puede ser que ya haya hablado usted con él y le haya comentado algo sobre mi situación. Se llama Jared Rushford.

—¡Oh! Entonces usted debe de ser Hank Walker, el policía de Chicago que se está divorciando de su mujer y cuyo espantoso vídeo de ruptura circula por toda la red. ¡Lamento mucho su situación! Pero lo cierto es que más vale descubrir la dura verdad pronto, antes que tarde o nunca. ¡No se preocupe por nada! Aquí guardamos con mucho celo la privacidad de nuestros clientes y, gracias a Dios, ni usted ni su identidad aparecen en ese vídeo, así que no tardará mucho en hallar una nueva pareja.

Al oír las palabras de consuelo que me dirigía la exuberante morena, mientras me miraba con lástima y me acariciaba consoladora la mano, me quedé boquiabierto ante el atrevimiento de mis compañeros. ¡Menudos huevos tenían! Se habían lucido ocultando mi identidad... No se habían privado de contar ningún detalle de mi vida. No me extrañaría nada que aquella joven tuviera en sus archivos hasta la talla de mis calzoncillos.

Cuando cogí de nuevo la solicitud que Cristine me deslizaba a través de la mesa, vi que en esta ocasión iba acompañada de una factura. Sí, a causa de mi trabajo presenciaba muchos tipos de estafa, y creía haberlo visto todo en ese campo, pero al observar la factura que tenía delante constaté que estaba equivocado. Pero que muy equivocado.

Por poco no me atraganté al ver la desorbitada suma que mostraba el papelito, así como todos los cursillos a los que me habían apuntado mis insensatos colegas, más alguno que me recomendaba la propia dueña de la empresa. ¡La madre que los parió! Entre el divorcio y esa misión que tenía que llevar a cabo, me iba a quedar sin un duro.

Al menos esa suma me la reembolsaría el Departamento de Policía más

adelante, porque estaba claro que, si por mi fuera, se iba apuntar quien yo sabía a esos estúpidos servicios que sólo eran una pérdida de tiempo. Miré a la joven con mis ojos hinchados por la alergia, intentando dilucidar si era tan ingenua como aparentaba o si se estaba quedando conmigo, algo que empecé a sospechar al ver el coste de sus servicios. Finalmente, tras unos segundos de sostener mi intensa mirada, se apiadó de mí y decidió hacerme una rebaja.

—No se preocupe, le haremos un descuento —dijo, tocándome la mano amigablemente, mientras me daba otro pañuelo de papel—. Y tómese el tiempo que necesite para rellenar el cuestionario. La intimidación es algo primordial para nuestros clientes, una cuestión que respetamos a rajatabla en esta empresa —declaró, acompañándome hacia la puerta de su despacho y dejándome más tranquilo con sus palabras. Por lo menos, durante esa misión nadie se enteraría de mi desgraciado matrimonio, ni cotillearía a mis espaldas sobre lo que había ocurrido con mi exesposa, como hacían ahora todos los que me conocían.

—¡Hermanita! El millonario impotente ya ha rellenado su solicitud —dijo a viva voz una morena muy parecida a Cristine, pero que vestía como una vieja solterona, entrando abruptamente en la estancia.

Y tras presenciar con qué celo respetaban la privacidad de sus clientes, cada vez me sentía más reticente a rellenar ningún papel. No obstante, me lo llevé, dispuesto a no destruir la tapadera que tan cuidadosamente habían elaborado mis compañeros usando mi propia vida.

Mientras me dirigía a la salida, me preguntaba cuántas cervezas tendría que tomarme para animarme a completar la solicitud con mi penosa vida amorosa, algo que no quería recordar, así como qué esperaba de aquella empresa, lo que se resumía en un grandioso y simple «Nada».

—¡Te he dicho miles de veces que no irrumpas de esa forma en mi despacho, y menos aún gritando ese tipo información sensible delante de los clientes! Información que, sin duda, después de haber conocido a Derek Dilmore, sabrás perfectamente que es falsa... —le reprochó Cristine a su hermana masajeándose la frente con los dedos para aliviar el irremediable dolor de cabeza que siempre sentía cuando tenía este tipo de conversaciones con Johana.

—Lo de millonario te puedo asegurar que es cierto. Lo de si es impotente, aún me quedan dudas... ¿Por qué si no iba a venir un hombre como él a reclamar los servicios de nuestra empresa?

—¿Tal vez para buscar una pareja? —sugirió sarcástica Cristine,

señalando lo evidente, algo que al parecer su hermana seguía sin ver, ya que para ella todos los hombres eran inadecuados para cualquier mujer.

—No sé yo qué decirte —replicó Johana, moviendo la solicitud que llevaba en la mano, que finalmente Cristine le arrebató para archivarla junto a las de sus otros clientes—. ¿Y ése qué quería? —preguntó impertinente Johana, señalando la puerta por donde acababa de salir el posible cliente.

—Pues ¿qué va a ser? Contratar nuestros servicios... —respondió Cristine.

—No lo he visto yo con muchas ganas de contratarnos, ¿no será que tus encantos para convencer a los clientes están fallando, Cristine? —preguntó su hermana burlona.

—No, Johana, simplemente es que ese hombre está pasando por un duro divorcio y aún no está muy convencido de rehacer su vida. ¡Pero en Eternal Heart lo guiaremos por el camino correcto hasta que halle de nuevo la felicidad!

—Vale, lo que tú digas... Aunque no creo que su divorcio sea tan difícil, ¡ni que fuera el famoso cornudo de internet! —comentó despreocupadamente Johana tomando asiento.

Ante el denso y repentino silencio que se hizo después de este rudo comentario y al ver cómo se mordía Cristine el labio inferior, Johana dedujo que con sus irónicas palabras había dado en el clavo y que por fin tendrían a alguien lo bastante interesante en aquella aburrida empresa a la que siempre acudían mujeres abandonadas y hombres altamente defectuosos. ¡Qué pena que ella estuviera demasiado ocupada intentando averiguar las intenciones del millonario de brillante sonrisa y no pudiera ocupar parte de su tiempo en un hombre que en esos instantes desconfiaría de todas las mujeres que se cruzaran en su camino! Pero Cristine sin duda era la más indicada para enseñarle que no todas eran tan pérfidas como su indeseable exesposa.

—Creo que si quieres emparejarlo lo tienes crudo —le soltó Johana a su siempre sonriente hermana menor, que nunca se rendía ante la perspectiva de ayudar a alguien a encontrar el amor.

—Te puedo asegurar que voy a poner todo mi empeño en que Hank vuelva a confiar en las mujeres. Y voy a encontrarle una pareja adecuada que nunca lo traicione.

—Palabras, palabras, palabras... Harías mejor en demostrarle que algo de lo que dices es cierto, porque creo, querida hermanita, que te has topado con alguien tan cínico como yo respecto al amor. O por lo menos

yo lo sería, después de haber sufrido lo que él.

—No creo que Hank sea cínico, más bien diría que tiene miedo de volver a confiar en alguien. Si hubieras visto sus lágrimas, no hablarías así de él.

—Lo que yo he visto son los mocos y lagrimeos de una alergia primaveral, que, si no me equivoco, tú has confundido soñadora con lágrimas de dolor y abandono o con alguna de esas otras cursis chorradas que suelen pasar por tu mente —apuntó Johana insolente.

—Te puedo asegurar que Hank sufría en silencio el dolor de la traición y, por su aspecto, se ve que se trata de un buen hombre que quiere creer de nuevo en el amor. ¡Y yo voy a conseguir que lo haga! ¡Pondré todo mi esfuerzo en ello! Hank será mi prioridad y hasta que consiga encontrarle pareja no cejaré en mi empeño. ¡Como que me llamo Cristine Martin que ese hombre volverá a conocer lo que es amar!

—¡Vaya! Creía que tu prioridad sería ese millonario que traerá tantos ingresos a nuestra empresa —replicó Johana, señalando el archivador encima del que descansaba el cuestionario que hacía poco le había entregado a Cristine y con el que tanto le había dado la lata últimamente.

—No, ese hombre no necesita tanto de mis servicios como Hank —respondió su hermana menor, decidida a dejar a un lado al adinerado cliente que tanto prestigio traería a su empresa por ayudar a un humilde y triste policía que apenas podía pagar sus cuotas.

—Me parece perfecto que seas tan compasiva, Cristine, pero veo un defecto en ese plan tan elaborado que has desarrollado en tu inocente mente.

—¿Cuál?

—Que, para poder ayudar a ese hombre, primero tienes que conseguir que se convierta en uno de nuestros clientes y, después de lo que he visto, dudo mucho que rellene la solicitud. Creo que más bien hará una bola de papel con ella y la encestará en la primera papelera que encuentre.

—¡Tan cínica como siempre! Ese pobre hombre tratará la solicitud como se merece, y en ningún momento se burlará de nuestros servicios, porque, sin duda, quiere volver a hallar el amor.

—Y tú tan ilusa como siempre, Cristine —dijo Johana, poniéndose en pie para volver a su lugar de trabajo—. Ya me darás la razón cuando veas que no vuelve a aparecer por la puerta.

—Te aseguro que volverá para contratar nuestros servicios. Seguro que en este preciso instante está relleno atentamente cada una de nuestras cuestiones.

Capítulo 3

—¡Canasta! —gritó Hank desde el cómodo y viejo sofá de su apartamento, tras terminarse su tercera cerveza y encestar limpiamente en la papelera otra más de las bolitas de papel que había hecho con las decenas de páginas de aquel absurdo formulario, un documento que estaba obligado a cumplimentar para no delatar su tapadera.

Tras comprar los medicamentos para su alergia, llevaba toda la tarde encerrado en el cochambroso apartamento que había alquilado después de que su exesposa se apropiase de la casa, de buena parte de su sueldo y de toda su dignidad. Y ahora se veía obligado a salir con mujeres por el bien de su caso, algo que después de conocer muy de cerca lo que podía llegar a doler la traición femenina, no tenía ningunas ganas de intentar siquiera.

Maldijo el día en que el estafador al que perseguían tuvo la brillante ocurrencia de robar a solteras inocentes y adineradas, sobre todo porque había sido a Hank a quien le endosaron esa investigación que lo obligaba a salir de su habitual encierro.

Desde su divorcio no quería saber nada de mujeres, ni de citas ni mucho menos de relaciones para las que no estaba en absoluto preparado. Aunque una joven de cándidos ojos le asegurase que podía volver a confiar en el amor. Después de ver de primera mano lo inocente que era Cristine Martin ante la actuación de los hombres, Hank comenzaba a preocuparse. Era una mujer que sólo intentaba ver la mejor parte del ser humano y eso la cegaba ante la verdad: que las personas, por naturaleza, son bastante perjudiciales. Eso era algo que él veía muy a menudo en su trabajo. Demasiado a menudo.

Y ahora, para cumplir su misión, tenía que convertirse en uno de esos mentirosos individuos y engañar a Cristine Martin. Eso no le gustaba en absoluto, aunque la mentira fuera por el bien de ella y del futuro de su empresa.

La verdad era que, dejando a un lado sus principios morales y reticencias, Hank encontraba bastantes dificultades para llevar a cabo su tarea, comenzando con cómo rellenar aquella estúpida solicitud. Una vez más, leyó en voz alta las preguntas más complicadas del cuestionario, intentando encontrar alguna lógica a por qué alguien necesitaba saber

ese tipo de cosas únicamente para organizar una cita.

—«¿Qué piensas que es más importante en tu pareja?» Ésta es una pregunta trampa, sin duda —se dijo Hank en voz alta, sabiendo por propia experiencia que algunas de las cuestiones que en ocasiones planteaban las mujeres no tenían una respuesta satisfactoria.

»¡Paso! Veamos la siguiente: “¿Qué tipo de pareja deseas encontrar?”. ¡Ésta es fácil! Por mí ninguna: con una amarga experiencia me basta y me sobra —comentó, mientras apuntaba diligente su respuesta en aquel nefasto papel que tantos dolores de cabeza le estaba causando.

»“¿Cualidades deseadas en tu posible pareja?” Que no me ponga los cuernos estaría bien.

Y a partir de esa pregunta Hank empezó a deprimirse y fue a buscar otra cerveza a la nevera de la diminuta cocina, que no se hallaba muy lejos del sofá. Parecía que el malicioso cuestionario hubiera sido creado a conciencia para tocarle las narices. Y con más razón cuando resultaba que el resto de las preguntas trataban justamente sobre el tema de la fidelidad.

—«¿Cuánto duró tu última relación?» El tiempo que tardé en descubrir que era gilipollas —continuó él en voz alta, mientras se tomaba su cuarta lata de cerveza, que, al ritmo que iba, no tardaría en dar paso a la quinta.

—«En tus relaciones, ¿quién decidió cortar y por qué?» Yo, porque quería dejar de ser un cornudo.

»“¿Qué harías ante una infidelidad?” Pegarle a un superior y meterme en un millón de problemas... —respondió irónico, poniendo fin a ese cuestionario que lo deprimía.

La última pregunta lo hizo decidirse a coger el pack de seis cervezas que quedaba en su nevera y, tras releer sus respuestas, arrugó la hoja hasta formar una nueva bola y lo volvió a meter de forma limpia en la papelera.

—Nada, ¡que no hay manera! —suspiró frustrado, tumbándose en el sofá a la vez que cogía otro impreso para intentar rellenarlo, algo que, sinceramente, después de dos horas no se sentía capaz de hacer, por más cervezas que se bebiese.

Su juego de encestar papeles inútiles fue interrumpido por la presencia de su siempre inoportuno amigo Jared, que, tras llamar a la puerta de su cochambroso apartamento, abrió despreocupadamente con la llave que Hank le había dado para casos de emergencia y se adentró en su hogar como si le perteneciera. Luego cogió una de sus preciadas cervezas y se sentó en el sofá.

—¿Qué haces? —preguntó, al ver la papelera repleta de bolas de papel,

mientras cogía uno de los formularios que había en la pequeña mesa de madera que se hallaba junto al sofá.

—Mantener mi tapadera, en la que, por cierto, los muchachos y tú os habéis lucido... —respondió Hank irónico, recordándole que no habían sido capaces ni de inventarse siquiera un nombre falso para el papel de cliente que tenía que representar en esa agencia matrimonial.

—Qué mejor que la verdad para no ser descubiertos, querido amigo. Además, seguro que con tu historia nadie sospechará de ti e incluso podría constituir una ventaja a la hora de conquistar a esa mujer.

—Sí, claro, no hay nada mejor ni más atractivo que demostrar lo patético que soy para que las mujeres caigan rendidas a mis pies.

—¡Quién sabe, Hank! Tal vez consigas un polvo por lástima... —bromeó Jared, mientras su amigo leía por enésima vez el estúpido cuestionario que debía completar para la mañana siguiente.

—No me hace ninguna gracia, Jared. Por vuestra culpa tengo que rellenar esta mierda y no puedo mentir gracias a vuestra espléndida tapadera...

—No te preocupes, tío, que esto te lo soluciono yo en un par de segundos —dijo su amigo, cogiendo el bolígrafo que yacía olvidado junto a los papeles. Y, remangándose la camisa, se dispuso a acometer la tarea.

—¿Qué demonios estás poniendo? —se interesó Hank, al ver que llevaba escribiendo más de quince minutos seguidos. Luego rectificó—: ¡No! Mejor no me digas nada. Prefiero no saberlo... Pero ten en cuenta que, pongas lo que pongas, voy a entregar tus respuestas, porque ya estoy harto de tantas tonterías.

Definitivamente, debí haber repasado las respuestas de Jared. Me percaté de ello con total claridad cuando la carismática y atractiva morena a la que yo debía conquistar empezó a mirarme como a un perverso después de echarles un vistazo.

A pesar de que mientras leía el cuestionario tenía cara de sorpresa, al llegar al final me dedicó una de sus más bellas, y falsas, sonrisas, antes de acompañarme al mostrador, donde me facilitaron una tarjeta de socio de Eternal Heart, a la vez que vaciaron bastante mi cuenta corriente. Y luego algunos decían que el amor no tiene precio... ¡mentira cochina! Lo tiene, y era muy caro.

Decidido a llevar a cabo mi investigación y a relegar a un segundo plano mis objeciones, comencé a analizar a todos los trabajadores de la empresa. Y usando como pretexto mi interés por apuntarme a más de un tonto cursillo para aprender a ligar y chorradas así, me fui enterando de

la función que desempeñaba cada uno de ellos y de los pocos que podían tener acceso directo a esos archivos tan codiciados por el estafador.

En cuanto pillara a ese embaucador, por el que me encontraba metido en ese lío, iba a romperle aquella cara de niño bonito con la que conquistaba a las mujeres. Y lo haría por dos razones: la primera, para que dejara de estafar a inocentes señoritas; y la segunda, porque por su culpa yo tenía que hacer el ridículo más grande de mi vida sometiéndome a esa tortura de citas y coqueteos que nunca habían sido lo mío.

Después de unas cuantas preguntas algo impertinentes sobre el funcionamiento de la empresa, la cordial recepcionista, que en esos momentos se encontraba muy atareada enseñándole a una novata bastante torpe cómo se utilizaba la centralita telefónica, me informó con una amplia sonrisa de que todas mis dudas serían resueltas por la encargada de la sección de Reclamaciones. De modo que me dirigí con paso firme hacia el lugar donde estaba la encantadora señorita.

Debajo de un gran cartel muy llamativo se hallaba una mujer que lo último que transmitía con su severo traje y su ceño fruncido era cortesía. Deduje que había sido vilmente engañado por una mujer una vez más y que estaba en el lugar menos indicado para obtener respuestas.

Después de ver cómo aquella arpía, con sus rudas palabras, hacía llorar a un hombre de mi envergadura como si fuera un niño de parvulario, quise desistir de mi intención inicial, pero desgraciadamente para mí, yo estaba allí por una investigación, por lo que mis deseos no tenían ninguna importancia.

—¡Siguiente! —gritó despreocupadamente la encargada de las reclamaciones, sin dejar de mirar con atención el papel que tenía delante. Cuando me acerqué, pude comprobar que se trataba de uno de esos complicados rompecabezas de números que yo tanto detestaba. Un sudoku.

—Buenos días, señorita Johana —la saludé, tras leer la identificación con su nombre que llevaba prendida en su rígida chaqueta—. Me han informado en recepción de que usted podría ayudarme respondiendo a las dudas que tengo sobre su empresa, así como acerca de su funcionamiento —expliqué amablemente, intentando atraer su atención.

—Le han informado mal —replicó brusca, mirándome amenazadora.

Si yo no hubiera sido un hombre acostumbrado a tratar con peligrosos criminales, seguramente esa mirada me habría llevado a huir despavorido.

—Pero la recepcionista me ha dicho que usted resolvería mis dudas... —

insistí, dispuesto a averiguar si debía incluir a aquella arpía en mi lista de sospechosos.

—Definitivamente, está mal de la cabeza si le ha dicho eso. ¿Qué pone el cartel que hay encima de mí? —preguntó impertinente, señalándome las grandes letras rojas.

—Reclamaciones —dije, siguiéndole la corriente.

—Exacto. Mientras no tenga usted alguna queja o reclamación sobre esta empresa o los estúpidos... perdón, quería decir los fabulosos servicios que ofrecemos, olvídense de cruzar palabra alguna conmigo y vaya a darle la lata a esa recepcionista que tan alegremente le ha indicado este lugar —me soltó con tono aburrido, para luego olvidarse de mi presencia y volver a su maldito sudoku.

¿Cómo narices se suponía que iba a llevar a cabo mi investigación si las mujeres de aquella empresa se me iban pasando de unas a otras para evitar tratar conmigo? Y eso que al principio me habían atendido como a un rey, pero estaba claro que en cuanto pagabas la maldita tasa de socio se acababa toda la amabilidad y los elogios que en un principio te dedicaban...

—Pues mire qué casualidad, tengo una queja respecto al insultante trato que estoy recibiendo de usted justo ahora —repliqué bastante molesto.

—Vale, de acuerdo... ¿Qué quiere saber sobre mi empresa? —preguntó entre suspiros la impertinente Johana, haciendo a un lado su entretenimiento y sacando de debajo del mostrador una caja de bombones para su exclusivo disfrute personal.

—Me gustaría conocer el funcionamiento de Eternal Heart, quiénes son sus dueños, cómo son los procesos de selección... Ese tipo de cosas. Quiero asegurarme de que dejo en buenas manos la posible elección de mi hipotética pareja.

Ante esta pregunta, la irascible mujer que me atendía me sonrió maliciosa. Y mientras se apoyaba despreocupadamente sobre el mostrador, dijo:

—Yo soy una de las dueñas.

Sin duda, si de verdad hubiera sido un cliente, al oír esas palabras habría huido, atemorizado con la idea de dejar que aquella desagradable bruja intentara buscarme pareja. Pero como era un hombre con un ingrato trabajo que hacer, mantuve el tipo e intenté que la esquivada mujer contestara a alguna más de mis cuestiones.

—Me alegro por usted —contesté, igual de impertinente que ella. Y, ante su evidente asombro por mi reacción, continúe con mis preguntas—:

¿Cómo será el proceso para ayudarme a encontrar pareja? ¿Podría describírmelo paso a paso? —Lo hice para tocarle un poco las narices, lo que pareció funcionar, ya que suspiró resignada y comenzó a cantar como un pajarito.

—Mi hermana Cristine, la directora y propietaria de la otra mitad de Eternal Heart, hace rellenar a todos los incautos... perdón, a todos los socios, unas fichas para ver el tipo de personas que más se adecuan a ellos. Luego organiza unas cuantas citas con algunas de las candidatas que se ajustan más a su perfil. Y si después de esta fase aún no ha conseguido pareja, contamos con eventos para solteros, como las interminables citas rápidas de siete minutos, en las que algunos creen que pueden encontrar el amor en ese corto período de tiempo... Pero si no halla pareja ni siquiera en esas citas rápidas a las que suelen asistir las personas más desesperadas, no se preocupe: para los más inútiles también disponemos de cursillos para enseñarles a ligar y a relacionarse con el sexo opuesto. O con el mismo, si es el caso... —concluyó la arpía, haciendo que me decidiera a meterla en mi lista negra, a pesar de que no la considerara sospechosa.

—¿Y qué métodos utilizan para descubrir a posibles estafadores o personas, digamos engañosas, que podrían utilizar esta empresa para otros objetivos que no fueran precisamente encontrar el amor? —pregunté astuto, creyendo haberla metido finalmente en un apuro.

—¡Muy fácil! La recepcionista los dirige hacia mí y yo les toco las narices hasta que desisten. Pero ¡no se preocupe! Tras escuchar a mi hermana hablar de usted, no albergo dudas de que un honorable policía nunca sería un farsante que vendría aquí con segundas intenciones —declaró con un tono que me pareció irónico, dándome la sensación de que había detectado mi tapadera con una sola mirada. Luego, para mi asombro, sacó un sello de detrás del mostrador y, con gran rapidez, me lo estampó en la frente—. ¡Hala! ¡Ha pasado usted el control de calidad! Si no tiene más preguntas, aún tengo mucho trabajo que hacer.

Y ante mi estupefacción, volvió a sacar su sudoku y colocó ante mí un cartel que decía «Vuelvo en cinco minutos», cuando estaba claro que no tenía la menor intención de moverse de su sitio.

En serio, nunca creí que la misión más dura de mi vida fuese tratar de mantener mi tapadera en una agencia matrimonial...

Al fin, harto de las miradas inquisitivas que la alegre Cristine me había dirigido tras leer el formulario rellenado por mi amigo, de las despóticas contestaciones de aquella arpía, de las burlas de mis compañeros de

trabajo y del dinero que me habían sacado creyéndome un idiota, le arrebaté la caja de bombones a aquella impertinente que no había resuelto ninguna de mis dudas acerca de Eternal Heart y me la llevé, diciéndole con verdadera indignación:

—¡Y por el precio que me han cobrado, espero que sean los mejores bombones del mundo!

Luego, ignorando sus quejas y haciendo oídos sordos a las risitas de las mujeres que me encontraba en mi camino, me dirigí hacia la salida de aquel infierno.

No entendí muy bien por qué motivo las mismas mujeres que minutos antes habían mirado un tanto recelosas mi dura apariencia, ahora se reían abiertamente a mi paso, hasta que llegué frente a las puertas de cristal de la recepción, donde vi el reflejo de mi rostro con un gran «Apto» en la frente.

—¡Perfecto! —gruñí enfadado, mientras intentaba borrarle la marca, algo que, obviamente, no conseguí—. ¿Qué más me puede pasar? —pregunté al cielo, exasperado, mientras salía de aquella oficina de locos. Segundos después de pronunciar estas palabras, me reproché haber abierto la boca: mi teléfono comenzó a sonar y en la pantalla vi el número de mi exesposa. Genial...

Después de haber leído todo tipo de solicitudes, creía estar curada de espanto, pero aquel hombre me dejó boquiabierta: era como si el formulario lo hubiera rellenado otra persona totalmente distinta.

Hank Walker daba la sensación de ser un hombre sensato, que se tomaba los aspectos de su vida con seriedad, mientras que el documento que tenía delante era como si hubiera sido escrito por alguien superficial y carente de madurez. Definitivamente, era malísima juzgando a los hombres. Siempre me equivocaba un poco al opinar sobre mis clientes, pero ése era el primero con el que erraba en todo: los datos personales eran los únicos que coincidían con lo que ya sabía.

Leí de nuevo con atención las respuestas de aquel cliente al que aquella mañana había obsequiado con una de mis mejores y más falsas sonrisas, cuando, en realidad, si no hubiese sido la dueña de la empresa, me habría sentido muy tentada de clavarle el tacón de aguja en su virilidad, por lo ofendida que me sentí ante sus contestaciones.

Ante preguntas como: «¿Qué crees que es más importante en tu pareja?», «¿Qué tipo de pareja deseas encontrar?», o «¿Cualidades que más anhelas en tu posible pareja?», se había limitado a contestar la misma ofensiva y

repetitiva respuesta: «Un buen par de tetas». Con lo que llegué a la conclusión de que no debía presentarle a ninguna de las clientas de Eternal Heart.

Otras preguntas destinadas a averiguar el grado de formalidad de un candidato ante una hipotética relación sentimental, me habían permitido deducir que aquél no albergaba ningún pensamiento serio acerca del asunto. A la pregunta «¿Cuánto duró tu última relación?», había respondido: «Cinco minutos, lo que dura un kiki».

«Y en tus relaciones, ¿quién ha decidido cortar y por qué?», respondió: «Ella, porque le pregunté su talla de sujetador». Y a la cuestión «¿Qué harías ante una infidelidad?», había contestado despreocupadamente: «Montar un trío», lo que me inquietó bastante, pero me permitió darme cuenta de que o bien el señor Walker no se tomaba nada en serio mi trabajo u otra persona había rellenado el cuestionario en su lugar, porque, definitivamente, ésa no era una respuesta propia de un hombre que había sido engañado por su mujer.

Aunque tal vez no debería haberlo hecho, sabiendo quién era Hank, no pude resistirme a buscar entre los vídeos de internet hasta dar con el suyo, en el que, aunque su imagen no apareciera en escena, sí se podía oír su voz. Y se podía apreciar claramente como ésta se debilitaba poco a poco al saberse traicionado.

En el apartado «Observaciones» de la solicitud, alguien se había dedicado a describir con todo lujo de detalles la escena de una película porno, algo que me hizo enfadar: si Hank Walker había venido a mi empresa sólo para burlarse de nosotros y no quería tomarse nuestros servicios en serio, yo tampoco me tomaría en serio buscarle pareja, así que, esbozando la sonrisa más falsa que pude, lo acompañé hasta el mostrador de recepción, donde «olvidé» mi generosa oferta de un descuento y tripliqué el precio de su tarifa, para que se diera cuenta de que mi tiempo era muy caro y que no estaba dispuesta a malgastarlo con cualquiera.

Luego me despreocupé del asunto y me concentré en otros de más relevancia. Uno de los problemas que también me traía de cabeza ese día era dónde meter a Brittany, la nueva chica que trabajaba en mi empresa desde hacía dos meses y que, para desgracia de todos, era una auténtica negada para cualquier labor de oficina... ¡Si incluso la había hecho asistir a uno de los cursillos de comunicación y atención al público con los que castigaba a mi hermana! Pero ni eso había servido.

Temerosa de que el pobre Julius, mi digno profesor, renunciara a su

puesto de trabajo, decidí no volver a apuntarla a sus clases y, como última opción, la solté en recepción, junto a la eficiente Susan, a ver si ella podía hacer algo para que Brittany aprendiese cualquier cosa.

Pero mi idea no parecía funcionar, ya que Susan no paraba de llamarme con quejas, así que, mientras pasaba junto a la recepción, me tapé la cara con la pila de papeles que llevaba para pasar desapercibida.

Cuando logré esquivar a mi empleada, pensé que al fin podría respirar tranquila, hasta que mis ojos se toparon una vez más con la dichosa solicitud...

Bastante molesta con Hank Walker, me dirigí hacia el mostrador de Reclamaciones, donde mi franca y áspera hermana espantaba a los clientes inapropiados, para hacerla partícipe de los problemas de nuestra empresa y pedirle su sincera opinión sobre por qué se habría atrevido Hank a insultarme de esa forma, rellenando nuestro cuestionario de una manera tan aberrante, cuando había sido él quien había acudido a nosotras.

—¿Qué opinas de esto, Johana? —pregunté, poniendo frente a sus ojos el formulario.

—Que es el tipo de hombre que no nos conviene tener como cliente —dictaminó ella despreocupada, tras echarle una simple ojeada al papel. Luego continuó con la ardua tarea de completar el sudoku que siempre traía al trabajo.

—Sé que soy mala juzgando a los hombres, pero nunca hubiese creído que me equivocaría tanto. Aún no me puedo creer que Hank Walker haya escrito esto —musité, mirando una vez más aquel papel que me desconcertaba.

Mi hermana, al verme preocupada por nuestro negocio, algo que yo muy pocas veces dejaba entrever, me dedicó unos segundos de su valioso tiempo, levantó la cabeza y se dedicó a explicarme, con su habitual tacto y delicadeza, lo que yo había olvidado:

—Y no lo ha hecho. Lo más probable es que se lo haya dejado a alguno de sus amigos para que lo rellene por él. Y, por lo que puedo ver, sin duda ha escogido al más idiota de todos.

—Entonces no voy tan descaminada como creía y mis sospechas están bien fundadas... Pero ¿por qué un hombre como él haría algo así? —insistí, frustrada por el inusual comportamiento de nuestro cliente, mientras obligaba a mi hermana a prestar más atención a nuestros problemas.

—¿Te has fijado que la mitad de esas estúpidas preguntas tratan sobre la

fidelidad? —señaló Johana.

—Sí, creo que es algo básico en la pareja, ¡por eso insistimos tanto en ese aspecto! —las defendí apasionadamente ante mi cínica hermana, que nunca había creído en el amor.

—Hermanita, a mí me da igual lo que les preguntes a los clientes —contestó Johana, alzando los brazos con indiferencia—, pero si yo fuera un hombre que todavía está intentando superar una infidelidad tan jodidamente pública como la que ha sufrido él con ese vídeo que circula por internet, después de leer tus preguntas me limpiaría el culo con este cuestionario. Pienso que ha tenido un poco más de delicadeza que yo al rellenarlo en ese tono de broma.

—Ahhh... —dije, dándome cuenta de que, por primera vez, el tacto que siempre usaba con mis clientes y que hacía que confiaran plenamente en mí, lo había relegado al olvido a la hora de tratar con Hank Walker—. Bueno... tal vez nuestra empresa deba disculparse con él. Después de todo, ahora es uno de nuestros clientes. Creo que he abultado un poco demasiado su factura al no comprender bien la situación... —murmuré avergonzada e informé a mi hermana de las lamentables circunstancias.

—Unas palabras muy bonitas, Cristine, pero no cuentes conmigo. La verdad es que te has cabreado con ese tipo y le has cobrado una suma desorbitada que a saber si puede pagar... Has sido muy mala...

—¡Y eso me lo dice la antisocial de mi hermana, que no tiene empatía alguna con nuestros clientes! —exclamé, decidida a que Johana tomara parte, por una vez en su vida, en la resolución de alguno de los problemas de nuestra empresa.

—Algo que, al parecer, tú tampoco tienes en estos momentos —señaló burlona, moviendo el insultante papelito frente a mis narices y haciéndome sentir tan culpable que al final se lo arrebaté para ir en busca de aquel hombre que no dejaba de traerme un sinfín de problemas.

Capítulo 4

—¿Qué es lo que quieres ahora, Melanie? Si se trata de más dinero, te puedo asegurar que tu abogado ya me agitó bastante y sacó hasta el último centavo de mis bolsillos. Aunque, si quieres, te animo a rebuscar por mi apartamento. Tal vez encuentres algo de valor entre mi mohosa nevera y mi destartalado sofá, lo único que me has dejado después del divorcio.

—No, gracias —contestó ella despectivamente, mirando el pequeño apartamento de su ex como si fuera un cuchitril—. Tú ya sabes lo único que quiero de ti —ronroneó la atractiva rubia, mientras se acercaba sensual a su exmarido y le acariciaba con dulzura el fuerte torso. Con demasiada dulzura como para que sus caricias fuesen de verdad.

—Sí —confirmó Hank, rechazando la delicada mano que descansaba en su pecho, con algo de desprecio por lo falsa que podía llegar a ser aquella mujer con tal de conseguir lo que buscaba—. Y ya te he dicho mil veces que arrojé el anillo por el retrete el mismo día que descubrí lo idiota que era.

—¡Vamos, Hank! Ni siquiera tú puedes ser tan estúpido como para deshacerte de un anillo de cinco mil dólares tan sólo por un berrinche — insistió Melanie, buscando una vez más con su ávida mirada un posible escondite en el que Hank pudiera haber guardado su preciado tesoro.

—¿Berrinche? ¡Me pusiste los cuernos el día de nuestro aniversario! ¡Y encima me enteré de ello a la vez que miles de personas, gracias al famoso vídeo que estúpidamente grabaste y subiste a internet! Ahora, gracias a ti, soy el hazmerreír de todos... —concluyó Hank, caminando de un lado a otro de la pequeña habitación, pasándose nervioso una mano por el pelo ante aquella arpía que, a pesar del daño que le había hecho, insistía en volver una y otra vez a su vida para ahondar un poco más en la herida.

—Eso sólo fue culpa tuya y de tu estúpido empeño en que yo manejara uno de esos trastos informáticos para vernos. Si no hubieras contactado conmigo aquel día, nada de esto habría sucedido y seguiríamos felizmente casados. Además, ese vídeo también ha sido un suplicio para mí, ¿o es que crees que me gusta ser señalada como «la mujer infiel del vídeo»?

—¡Es que eso es lo que eres, Melanie! Me estuviste engañando durante... ¡a saber cuánto tiempo! Y ahora tienes el descaro de decirme que si ese día no hubiera visto tu traición seguiríamos casados... —Hank hizo una pausa, respiró hondo y se tragó la indignación que sentía, intentando calmarse—. La verdad, lo dudo mucho, porque el tamaño de mis cuernos en algún momento me habría impedido entrar por la puerta. Haznos un favor a los dos: desaparece de mi vista —finalizó, furioso, mientras abría con brusquedad la puerta de su apartamento.

—No deberías ser tan rudo conmigo... Ya sabes que mi actitud se debe al trauma causado por tus ausencias, siempre antepónías tu trabajo a mí. Y sacrifiqué mi futuro al abandonar mi carrera para convertirme en un ama de casa ejemplar para ti —añadió teatral, mientras intentaba que acudieran a sus ojos unas más que falsas lágrimas.

—¡Qué mierda me estás contando, Melanie! Tal vez tu abogado se tragara toda esa basura, pero sabes perfectamente que durante nuestro matrimonio yo siempre te apoyé para que continuaras tus estudios, algo a lo que tú te negaste. Y no creo que tuvieras mucho futuro en una carrera profesional en la que tu única tarea era promocionar perritos calientes. En cuanto a lo de «mis ausencias», eras tú la que me empujaba a trabajar horas extra para pagar tus caros caprichos —contestó Hank con furia—. ¡Y a ver si te entra de una vez en tu dura cabeza: no tengo ese anillo! Pero si lo tuviera, el último lugar del mundo donde yo querría que estuviera sería en tu dedo. Ahora, por favor, vete de mi casa y dedícate a sangrar a otro idiota, porque éste ya ha aprendido la lección.

Finalmente, tras ver que las cosas no salían como ella quería, Melanie dejó de fingir y se alejó con paso airado de aquel penoso lugar, sin olvidarse de volverse hacia su exmarido para hacerle una advertencia.

—¡No pienses que esto va a quedar...! —comenzó a gritar. Pero sus furiosas protestas se vieron interrumpidas por el portazo de Hank en sus narices, declarando con ello que, para él, Melanie ya no tenía lugar en su vida, aunque ella se empeñase en seguir incordiándolo con su molesta presencia.

Mientras Hank ignoraba los airados gritos de su ex, que la barata puerta de su apartamento no podía hacer nada por amortiguar, se desplomó en el sofá con una cerveza en la mano, pensando en que ése no había sido su día. Todas las mujeres con las que se había encontrado reclamaban su sangre, ya fuera la bonita dueña de la agencia matrimonial con su desorbitada factura, la impertinente arpía de la sección de Reclamaciones con sus desvergonzadas respuestas y ahora su insistente

exesposa, con su atrevida petición de que le entregara un anillo que nunca había sido suyo, aunque en un estúpido momento de su vida Hank pensó que era la idónea para llevarlo.

Se levantó del sofá para ir a darse una ducha, tras la que lo vería todo mucho mejor. Y mientras caminaba por el estrecho pasillo que llevaba hacia el baño, alzó su cerveza y brindó irónico hacia la escultura que le señalaba la dirección a seguir.

—Definitivamente, Charlie, a ti te queda mucho mejor el anillo... — musitó Hank, con una mordaz sonrisa.

Me encontraba a la puerta de un viejo apartamento, comprobando una vez más que aquélla fuera la dirección correcta. Después de hacerlo por enésima vez, me sentí muy avergonzada de, a causa de un estúpido enfado, haberle cobrado un dinero que seguramente no podía pagar.

En la escalera que subía a su piso, me topé con una histérica que bajaba maldiciendo a los hombres. Pensé en entregarle una de mis tarjetas, a ver si se animaba a venir a mi agencia, pero tras ver su rostro de arpía avariciosa desistí de hacer ningún gesto e ignoré a la mujer.

Subí los inestables peldaños muy despacio, pues llevaba tacones altos, y cuando al fin llegué a la puerta indicada, tuve que hacer acopio de valor para enfrentarme con la injusticia que había cometido ese día.

No me cabía la menor duda de que debía haber tenido más tacto con la delicada situación de Hank y presentarle un cuestionario distinto. Había cometido un terrible error al tratarlo como a otro cualquiera de mis clientes, cuando en realidad se notaba que, a pesar de su rudo aspecto, era una persona demasiado sensible para su bien.

Finalmente, cogí aire y llamé con delicadeza a la puerta. Como no contestaba, volví a tomar aire y golpeé de nuevo, pero esta vez un poco más fuerte. Cuando oí unos pasos acercándose, esbocé la falsa sonrisa con la que siempre recibía a mis clientes. Sin duda, Hank sería tan amable como siempre y no me guardaría ningún rencor por el dinero de más que le había cobrado.

—¡No pienso darte nada más! ¡Ya te has quedado con todo mi dinero! ¿Qué es lo que quieres ahora? ¿Mi sangre? —gritó él con rabia mientras abría la puerta.

Bueno, tal vez estuviera un poco molesto por el trato recibido en mi empresa, deduje, tras escuchar sus furiosas palabras. La sonrisa no tardó en esfumarse de mi cara y Hank me miró confuso, como si yo no fuera la persona a la que iban dirigidos sus gritos. Tras un incómodo instante,

ambos nos disculpamos a la vez:

—¡Lo siento!

—Yo... no... ¡Perdón! No era a ti a quien iban dirigidas mis palabras — intentó explicarse, tuteándome—. Hace unos momentos ha estado aquí mi exmujer y pensaba que... —Y ante su titubeo, supe que la herida de su corazón aún era muy grande.

—No importa, no te preocupes... —repliqué amable, sin darle demasiada importancia, mientras aceptaba su invitación de que entrara en su piso, a la vez que él intentaba adecentar su aspecto abrochándose nervioso la camisa—. Por lo que veo, te he sacado de la ducha —comenté un tanto acalorada, sin poder evitar fijarme por primera vez en él como en algo más que un cliente de mi empresa.

Su torso húmedo, fuerte y musculoso era una verdadera tentación y a punto estuve de soltar algún que otro suspiro ensoñador cuando lo vi alejarse hacia la nevera para ofrecerme algo de beber. Luego recordé cuál era mi posición y dejé de soñar despierta con Hank, un hombre que me estaba prohibido.

—¿Quieres tomar algo? Tengo cerveza o cerveza —bromeó, mostrándome el escaso contenido de su nevera.

Cuando estaba a punto de rechazar su oferta, un móvil comenzó a sonar y él se alejó, extrañado ante la inoportuna interrupción.

Desde lejos lo oí discutir con alguien, seguramente su exesposa de nuevo. Por lo visto, se había dejado su teléfono olvidado en el piso de Hank y exigía que se lo llevase a dondequiera que ella estuviese en ese momento, algo a lo que Hank se negó, después de dedicarle una grosera contestación. Una contestación que, a mi parecer, era poco adecuada, ya que yo misma le habría soltado otra bastante más soez que había aprendido de mi hermana, si me hubiera visto en su misma situación.

Intenté hacer oídos sordos a la discusión, para lo que decidí meter la cabeza en la vieja nevera. Hallé una lata de un refresco light al fondo del vetusto frigorífico, la saqué de su escondrijo y, cuando me disponía a abrirla, oí la advertencia de Hank desde el otro lado de la estancia:

—¡No! ¡No la abras! —gritó, dirigiéndose a mí y soltando el móvil precipitadamente sobre el sofá, ignorando la discusión que estaba manteniendo en ese momento.

Para mi desgracia, aunque él era rápido, su advertencia llegó demasiado tarde. Y en el instante en el que abrí el refresco, su contenido salió disparado hacia mí, empapándome de arriba abajo.

Decidida a no gritarle a un hombre al que aún le debía una disculpa, lo

miré muy enojada mientras le exigía una explicación.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Ese refresco lo ha traído mi ex. Al marcharse ella, lo he cogido y agitado como un loco para que si se decidía a volver a buscarlo se le derramara por encima al abrirlo, como te ha ocurrido a ti. Por eso no te lo he ofrecido antes. Mis disculpas por no avisarte —se excusó.

Tras ello, y dispuesta a no enfadarme con él por otro malentendido, le entregué la lata vacía y le pregunté, con toda la dignidad posible, teniendo en cuenta las circunstancias:

—¿El baño?

—Por ese pasillo. Charlie señala el camino, no tiene pérdida. Yo iré por unas toallas y algo para que te cambies mientras te lavo la ropa. Lo siento —se disculpó nuevamente, con lo que logró que todo mi enfado desapareciera.

No tardó mucho en salir de su habitación cargado con unas toallas nuevas y algo de su ropa. Tras cogerlo todo, me fui por el pasillo, resuelta a mirar desde ese momento a mi cliente con otros ojos y a no cometer el mismo error de esa mañana, considerándolo otro más de los pervertidos que en ocasiones acudían a nuestra empresa y de los que teníamos que deshacernos. Por suerte, esa tarea se le daba muy bien a Johana.

Mientras buscaba el baño, me pregunté qué habría querido decir Hank al comentar lo de que Charlie me señalaría el camino... ¿Quién sería ese tal Charlie? La respuesta no se hizo esperar. Y me hizo cambiar de nuevo la opinión que tenía sobre mi cliente.

Suspiré molesta, tratando de calmar mi enfado. En esta ocasión mi intento no funcionó demasiado bien, especialmente mientras observaba a Charlie... una escultura de madera, un tótem africano de la virilidad. En ese momento me pregunté qué clase de persona que no fuese un perturbado, tendría en su casa semejante artilugio con su gran... tótem... señalando hacia el baño. Lo más extraño era que en la mismísima punta de su virilidad había un caro anillo de diamantes.

Negué con la cabeza, renunciando a entender lo que pasaba por la mente de Hank y me metí en el baño con la intención de darme una ducha y salir cuanto antes de allí para alejarme de mi cliente, con el que desde entonces sólo hablaría por teléfono.

Después de que aquella hermosa mujer fuera hacia el baño, sin que yo pudiese dejar de mirar cómo se pegaba a sus curvas su empapada ropa

como una segunda piel, haciendo realidad el sueño calenturiento de cualquier hombre, me golpeé la cabeza contra la pared más cercana, al recordar las estúpidas indicaciones que le había dado.

Como siempre hacía con mis compañeros de trabajo cuando invadían mi apartamento, le había dicho a Cristine que Charlie le señalaría el camino. Charlie era el «magnífico» regalo que mis colegas me habían hecho como broma tras el divorcio, para, según ellos, «levantarme» la moral. Desistí de intentar averiguar qué pensaría Cristine de mí en esos momentos, ya que seguramente ninguno de sus pensamientos sería demasiado agradable, y me concentré en cumplir mi misión, que, irónicamente, en esos instantes no era otra que conquistarla.

Como yo era un desastre para cualquier asunto relacionado con las mujeres, llamé a mis compañeros de trabajo para ver si alguno de los más veteranos en el amor podían aconsejarme sobre los pasos que se deben seguir cuando uno tiene en la ducha a una mujer que no piensa demasiado bien de ti.

Desgraciadamente, Jared fue el primero en contestar a mi llamada.

—¿Qué? ¿Cómo te va la misión? ¿Has avanzado algo con ella? —me preguntó sin apenas dejarme hablar.

—Ahora mismo está en mi ducha y... —empecé a explicarme, pero fui abruptamente interrumpido por sus comentarios.

—¡Joder, tío! ¡Tú sí que eres rápido!

—No es lo que piensas: por un accidente se le ha derramado encima un refresco que yo había agitado y ha acabado con toda la ropa empapada.

—¡Eres un máquina! ¡Ese truco me lo apunto! Una pregunta sobre el tema, te aviso que es muy importante para todos los compañeros aquí en la comisaria: ¿cuánto tiempo estuviste agitando el refresco?

—Jared, el refresco no era para ella. Y no era un truco. Simplemente estaba jodido porque Melanie ha vuelto para reclamarme una vez más el anillo y me he desquitado con un refresco que ella se ha dejado en mi casa, por si acaso volvía a buscarlo.

—¡Jodida arpía de las narices! ¿Le has enseñado dónde está?

—¡No! Si lo llega a ver sería capaz de mutilar al pobre de Charlie para hacerse con él... —Tras una pausa, me centré en el motivo de mi llamada

—. Bueno, escúchame, si he llamado es para pedirte consejo tanto a ti como a los chicos sobre qué debo hacer a continuación para ganarme la confianza de Cristine, que creo que en estos momentos piensa que soy un desequilibrado o un perverso. Aunque también habría una tercera opción: que pudiese creer que soy ambas cosas...

—No te preocupes, que para eso están los colegas. Voy a conectar el manos libres y entre todos seguro que hallaremos una solución.

Y después de estas palabras, Jared conectó el manos libres, algo que no me sirvió de mucho cuando empecé a oír sus propuestas.

—Vale, tú entras desnudo en la ducha con ella y le dices: «Te he oído cantar y he venido a hacer un dúo» —dijo uno de mis compañeros.

—¡No, tío! Lo que tiene que hacer es entrar en pelotas cuando ella esté a punto de terminar de ducharse y decirle: «Se me han acabado las toallas, pero yo puedo ser tu albornoz» —propuso otro.

¡Madre mía! ¿Y aquellos tipos tenían pareja? Definitivamente, las recomendaciones de los casados apestaban.

—¡Esos consejos son una birria! Escuchad atentamente y aprended del maestro... —intervino Jared—. Mira, Hank, cuando termine de ducharse, tú entras y le dices muy serio «He tenido que armarme de valor para venir a hablar contigo, ya que soy muy tímido. Quería decirte que el médico me ha prohibido que sostenga demasiado peso, así que... ¿me ayudas a lavar a mi amiguito?».

Afortunadamente, mis compañeros pensaron lo mismo que yo sobre esta última opinión y pude oír como Jared recibía más de un capón de parte de ellos.

—Vaya nivel... ¿No tendréis por casualidad alguna idea con la que no acabe siendo tachado de perverso? —le pregunté a mi equipo de apoyo, recibiendo como respuesta un incómodo silencio que me mostraba, una vez más, que estaba solo ante el peligro en esa difícil tarea.

Tras colgar el teléfono me sentía más perdido que antes de efectuar aquella estúpida llamada. Los asuntos del corazón no eran lo mío, Así que, ¿cómo narices iba a conquistar a una mujer si la única que se había fijado en mí fue únicamente porque yo era el tonto que tenía más a mano para embaucar en aquel momento? Un hecho que a Melanie no le importaba nada recordarme cada vez que nos volvíamos a encontrar, pensé.

—Y después de eso, he acabado en su ducha... Johana, ¿crees que es un perverso? —le preguntó Cristine por teléfono a su hermana mayor, reacia a salir del cuarto de baño de Hank Walker a pesar de que ya se había duchado y vestido rápidamente con una ropa enorme que la cubría de sobra.

—Cristine, a no ser que intente meterse en la ducha contigo, sólo es un hombre bastante jodido por su exmujer.

—¿Y si lo intenta? —apuntó Cristine, bastante paranoica tras ver la extraña estatua que decoraba el apartamento.

—Pues sales corriendo y le metes la punta del tótem en el ojo. Seguro que después de eso no se atreve a salir en público —declaró Johana, sin parar de carcajearse de las estúpidas situaciones en las que se metía su hermana menor con los hombres.

—¡No sé ni para qué te llamo! —exclamó una ofendida Cristine.

—Ni yo tampoco, pero mira, ¡así nos divertimos un rato! Tú te desahogas, yo me río y Cristal tiene un jugoso e interesante cotilleo que contar en su trabajo.

—¡No me digas que le cuentas todas nuestras charlas a tu compañero de piso!

—Por supuesto. Y tú también lo harías. La verdad es que sabe dar mejores consejos que yo y en algunos aspectos puede llegar a ser incluso mucho más femenino. Excepto cuando se empeña en intenta meter su musculoso cuerpo en mi ropa. ¡¿Quieres dejar ese vestido de fiesta?! ¡Ya te he dicho que no te cabe! —le gritó airadamente Johana a su compañero de piso, prestándole a su hermana la misma atención de siempre cuando ésta le hablaba de alguno de sus problemas, o sea, ninguna.

—Johana, ¿por una vez en tu vida podrías ayudarme un poco? —le recriminó Cristine a su irresponsable hermana mayor.

—¿En serio? ¿Realmente me estás pidiendo un consejo sobre chicos *a mí*? —preguntó cínicamente Johana, recordándole que era la menos indicada para eso, ya que nunca había tenido una relación, simple y llanamente porque no creía en los hombres.

—Tienes razón, no sé en qué estaba pensando —convino Cristine decepcionada, sabiendo que su llamada había sido inútil.

—¡Quita de ahí! ¡Dame ese teléfono! ¡Hola, cielo, soy Cristal...! —dijo, después de un breve forcejeo, una profunda voz masculina con un tono ligeramente afeminado—. Escúchame a mí y olvídate de tu hermana. Lo que tienes que hacer es salir del baño, enfrentarte a ese hombre y explicarle el error que has cometido con él. Sólo así podrás dormir a gusto con tu conciencia. Además, por lo que le has contado a Johana, seguramente se trata de uno de esos tipos tímidos que no saben cómo tratar a las mujeres. Los perversos suelen utilizar trucos bastantes más sucios, mientras que los embaucadores se sirven de palabras y acciones dulces y zalameras. El tuyo sólo me parece alguien bastante escarmentado con el amor.

—¡Vaya! Gracias, Cristal. Me has tranquilizado mucho y creo que seguiré tus consejos. Parecen mucho más sensatos que los que pueda darme mi hermana —agradeció Cristine, decidida a enfrentarse a sus miedos.

—¿En serio? ¡Si yo le he dicho lo mismo! —gritó Johana ofendida.

—¡No puedo creer que seas una mujer, tienes el tacto y la delicadeza femenina perdidas por completo! —contestó la varonil voz de Cristal, con bastante exasperación.

—¡Sí, pero tu culo sigue sin entrar en mi vestido! —finalizó la vengativa Johana, poniendo fin a aquella absurda llamada con la que Cristine se había atrevido tan temerariamente a pedirle consejo sobre los hombres, cuando lo único que su hermana tenía claro de ellos era que todos poseían grandes imperfecciones.

—Vale, es el momento... —se dio ánimos Cristine, dirigiéndose hacia la salida del minúsculo baño que se había convertido en su pequeño refugio.

Y mientras caminaba por el estrecho pasillo hacia el salón en busca de Hank, oyó una airada discusión que terminó de disolver sus temores sobre él; sin duda, aquel hombre era un santo, decidió tras oírlo aguantar los rabiosos gritos de una arpía que no hacía más que menospreciarlo.

—Hank, he venido a por mi móvil y a prometerte que ese anillo tarde o temprano será mío. Después de todo, dudo mucho de que un hombre tan inútil como tú consiga encontrar a alguien. Y ni sueñes con que ninguna mujer que sea ni la milésima parte de lo guapa que soy yo se fije en ti. Así que ríndete ya y dame el anillo, que es lo menos que merezco por aguantarte tanto tiempo...

—De verdad que no me puedo creer que en algún momento pensara que eras digna de llevar ese anillo —declaró Hank, bastante decaído; aunque intentara disimularlo con su airado porte, cada una de las palabras de su exesposa habían agrandado la profunda herida que ya tenía por culpa de su traición.

Cristine vio desde detrás de la puerta entornada del pasillo cómo se iba derrumbando ante sus ojos por las palabras de aquella bruja. Su corazón se encogió al verlo maltratado de esa forma por una mujer que al parecer sólo amaba el dinero, y entonces supuso que el anillo que tanto reclamaba esa tal Melanie era el que adornaba a Charlie, la inquietante escultura que tenía al lado.

Decidida a que aquella mala pécora se quedara sin palabras y a que Hank tuviera una razón de peso para aceptar sus disculpas por el trato recibido esa mañana, se dirigió rápidamente hacia el cuarto de baño, se

quitó la ropa que se había puesto y se dejó sólo la gigantesca camiseta de Hank, que le llegaba hasta las rodillas. Luego se alborotó el pelo para que pareciera que habían tenido un tórrido encuentro y se mordió los labios para simular los apasionados besos de un amante.

Y mientras se encaminaba descalza al encuentro de ese hombre, no se olvidó de tomar prestada una última cosa para irritar aún más a aquella idiota que no dejaba de descargar su resentimiento sobre alguien que no se lo merecía.

—Perdona, Charlie, pero en estos momentos creo que esto me quedará mucho mejor a mí que a ti. —Y tras estas palabras, cogió el anillo con decisión y se lo colocó en el dedo anular. Luego se dirigió hacia donde estaban Hank y Melanie.

Estaba harto de tantos gritos y menosprecio por parte de mi exmujer, pero ¿qué podía decir si resultaba que muchas de las cosas que decía eran ciertas?

Ciertamente, yo nunca sería un adonis. Tampoco era demasiado bueno con las palabras y mi rudo aspecto siempre espantaba a las mujeres. La verdad era que nunca encontraría a una a la que darle el anillo, pero ¡por nada del mundo quería premiar con él a la arpía que me había traicionado y tratado como a un idiota!

—¿Y dónde vas a encontrar un lugar mejor que mi dedo para lucir ese caro anillo? —gritaba Melanie de nuevo.

Y mientras ella me chillaba, seguí pensando que el mejor lugar para guardar la joya era justamente donde estaba: en mi estatua africana en honor de la virilidad masculina de no sé qué tribu perdida, lejos de las avariciosas manos de mi ex. O eso creía yo, hasta que, en medio de sus gritos, una delicada mano me acarició la espalda dándome apoyo.

Cuando me volví hacia la tranquilizadora caricia, la exuberante morena, ataviada solamente con mi húmeda camiseta, se colgó de mi brazo. Tanto Melanie como yo nos quedamos sin habla. Por suerte, supe ocultar a tiempo mi asombro y me divertí bastante viendo cómo mi ex empezaba a tartamudear y a atragantarse con sus palabras cuando la dulce Cristine sacó unas garras que nunca creí que tuviera y se enfrentó a ella.

—Creo que en mi dedo queda mucho mejor, ¿no te parece? —dijo, burlándose de mi exesposa mientras le mostraba el preciado anillo.

Y, por primera vez, la mención de esa joya me arrancó una sonrisa.

—¿Quién es ésta, Hank? —preguntó despectiva Melanie, mirando de arriba abajo a Cristine.

—Creía que tu exmujer era más lista, Hank —dijo Cristine tan tranquila, acariciándome el pecho con sus delicadas manos, algo que me hizo desear que sólo estuviéramos nosotros dos en la habitación—. Yo soy su amante, por supuesto, y creo que tú eres alguien que ya no tiene cabida en su vida, lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué lo visitas tanto últimamente? ¿No será que quieres volver con él? —inquirió Cristine, al parecer dando en el blanco, ya que mi ex se sulfuró y se sonrojó llena de ira ante sus palabras.

—¡Yo nunca querría volver con un amante tan inepto como él! Hank no sabía satisfacerme.

Sus palabras me avergonzaron y me enfureció que me tratase de esa manera frente a una mujer a la que pretendía conquistar. Pero la respuesta de Cristine fue bastante inesperada.

—¡Oh, cielo! ¡Pobrecito mío! Seguro que en esos momentos no estabas inspirado... pero claro, con semejante elemento delante no me extraña nada —manifestó aguerrida, dejándome asombrado cuando cogió mi rostro entre las manos y me besó apasionadamente, arrastrándome a un deseo tan ardiente con el simple roce de sus labios que poco me importó que mi exesposa estuviera aún allí.

Cuando Cristine se agarró a mi cuello y pegó su exuberante cuerpo, todavía húmedo por la ducha, contra el mío, no pude evitar cogerla con fuerza entre mis brazos y profundizar aquel beso que comenzaba a nublar mi mente. Sabía perfectamente que sus caricias sólo eran una farsa, aunque en esos momentos pudieran parecer tan reales.

Volví a oír una vez más los molestos gritos de Melanie, y tomé conciencia del verdadero motivo por el que Cristine había caído en los brazos de un hombre como yo. Toda aquella pasión era una representación para alejarme de las venenosas palabras que mi ex me decía en esos momentos. En esta ocasión, lo que decía Melanie llegó a enfurecerme de verdad, porque se metía de la manera más vil con la mujer que empezaba a interesarme, no sólo por la investigación que tenía entre manos, sino porque era una persona de gran corazón.

—Me parece perfecto que hayas encontrado a alguien, pero ¿podrías decirle a esta zorra que espere hasta que tu mujer no esté presente para meterte mano?

—Ah, pero ¿aún estás aquí? Creía que captarías la indirecta y te marcharías, pero veo que eres bastante lenta. No te preocupes, te recordaré dónde está la puerta: es por ahí —replicó Cristine, señalándole la salida para, a continuación, pasar a hacerme en voz alta las

proposiciones más escandalosas que había oído en mi vida, algo que, definitivamente, hizo volar mi imaginación y una ladina sonrisa apareció en mi boca al imaginarme lo que pasaría si alguna de ellas se hiciera realidad.

—Vale. Ahora vamos a estrenar esas esposas nuevas y la pintura corporal que te compré el otro día. Y luego...

—¡Eh, que todavía estoy aquí! —exclamó Melanie otra vez, negándose a marcharse de mi apartamento, cosa que no me importaba demasiado en esos instantes, porque seguía sonriendo como un idiota y mi mente estaba sumida en pensamientos muchos más agradables—. Si lo que buscas es dinero, será mejor que no pierdas el tiempo con él: aparte de ese anillo, no tiene nada más de valor.

—Yo tengo un negocio propio, así que no me interesa su dinero —respondió Cristine. E, ignorando a Melanie, siguió torturándome con su imaginación—. Luego jugaremos en la ducha y...

—No lo entiendo... —volvió a interrumpir mi exesposa, totalmente confusa.

—Pues es muy fácil: tú... puerta... salida... ¡y adiós! —dijo Cristine, tratando a Melanie como a una idiota.

—¡No es eso! Lo que no entiendo es cómo una mujer como tú puede desear a un hombre como él —manifestó Melanie, menospreciándome una vez más.

Y por primera vez creí ver una airada chispa en los siempre tranquilos ojos azules de Cristine que me hizo sospechar que, en ocasiones, no era tan dulce como parecía.

—¿No es obvio? Estoy con él porque he sabido valorar todo aquello que tú despreciabas. Ahora, si no te importa, ¿por qué no te marchas de una vez y nos dejas en paz? Después de todo, esto es algo que una persona como tú no merecerá nunca —finalizó, mostrándole el anillo.

Y por un momento creí que sus palabras decían más de lo que aparentaban, cuando me acarició distraídamente como si yo fuera ese bien tanpreciado al que aludía mientras le dirigía a Melanie una mirada pendenciera.

—Lo que esa mujer nunca merecerá será un hombre como tú, Hank —me susurró Cristine.

Sus palabras llevaron a mi rostro una nueva sonrisa, con la que en esta ocasión despedí a mi exesposa.

Por fin Melanie abandonó mi apartamento, muy enfadada, no sin olvidarse de dar un gran portazo con el que mostrar su descontento. Yo,

desde donde estaba, observé cómo Cristine miraba la puerta cerrada un tanto disgustada. Luego se volvió hacia mí y me dijo con decisión:

—Definitivamente, Hank, eres un desastre eligiendo pareja. Así que desde mañana quedas inscrito en un cursillo para que aprendas a reconocer a la mujer indicada.

Después se encaminó de nuevo hacia el pasillo que llevaba al baño. Mientras se alejaba, no pude evitar deleitarme con su bonita figura y preguntarme si, tal vez y después de todo, no habría encontrado ya a esa mujer...

Capítulo 5

—¡Mierda de anillo! —maldije, al tiempo que intentaba quitármelo del dedo, escondida en el cuarto de baño del pequeño apartamento, el lugar donde me había encerrado, tras llevar a cabo la mejor actuación de mi vida delante de aquel hombre. Y eso que en el instituto en alguna ocasión me tacharon de «pésima actriz».

La verdad, no sabía qué me había llevado a hacer la imbécil de esa manera. Yo nunca me comportaba así. Siempre intentaba mantener con mis clientes una relación pura y estrictamente profesional, y aunque los ayudaba en su vida amorosa, nunca me inmiscuía en ella. Pero en esa ocasión no había podido evitar hacerlo e interpretar el papel de su amante, porque me había sentido furiosa al ver a aquella cruel y venenosa arpía tratando de esa manera a un buen hombre como Hank.

Él me había impresionado desde el mismo momento en que entró por la puerta de la agencia. Su valentía al volver a buscar el amor después del gran fracaso que fue su matrimonio me hizo albergar esperanzas de que no todos los hombres fueran tan malos como Johana decía y que algunos merecían quedar al margen de esa opinión.

Aunque en un principio la cínica mirada de Hank recorrió todo Eternal Heart con escepticismo, también pude ver en sus ojos un atisbo de tristeza que, sin duda, demostraba que deseaba encontrar un amor tan duradero como el que mi empresa ofrecía. Desde ese preciso instante supe que haría todo lo posible para que ese hombre volviera a ser feliz.

No había tenido muy claro por qué me obsesionaba tanto su caso, hasta que conocí a su exesposa. Entonces caí en la cuenta: Hank me recordaba demasiado a mí misma. Parecía tan ingenuo y estúpido como yo. Y resultaba evidente que su elección de esposa había sido tan nefasta como las que yo había tomado en alguna que otra ocasión a lo largo de mi vida, obteniendo como resultado unas relaciones sentimentales lamentables.

Hank me obsesionaba cada vez más y estaba totalmente decidida a encontrarle una mujer idónea, porque sentía que si conseguía que hallara el amor, sin duda sería señal de que también yo dejaría de equivocarme algún día y encontraría a un hombre que no jugaría más con mi corazón.

Mientras frotaba desesperadamente el dedo con un poco de jabón, me

pregunté qué pensaría él de mí en esos instantes. Una loca que lo besaba apasionadamente para segundos después reprenderlo por su mal gusto en lo referente a mujeres...

La verdad era que no había pensado llegar tan lejos, pero después de oír aquella voz chillona que solamente quería herirlo, no pude evitar mostrarle a aquella bruja lo mucho que había perdido al descartar de su vida a un hombre como él. Y pretendí que el beso sólo fuera una muestra de lo que una mujer podía sentir en brazos de ese hombre y aclarar que la única frígida en esa relación rota siempre había sido ella, que valoraba más el dinero que el cariño.

Para mi desgracia, no esperaba encontrar tan irresistibles los besos de Hank. O sus brazos, que me acogieron cálidamente junto a su cuerpo, algo que me volvió irracional por unos instantes en los que pensé que no estaría mal permanecer entre ellos para siempre.

Finalmente, cuando me apartó recobré la cordura y a mi mente acudió la regla de oro de Eternal Heart: ningún empleado podía mantener una relación con un cliente. Esto incluía, claro estaba, a las dos dueñas. Una regla que impuso mi madre para que sus hijas no incurriéramos en la locura de enamorarnos del hombre equivocado. Más aún, esa norma decía que, si Johana o yo la quebrantábamos, la infractora debía cederle su parte de la empresa a la otra, algo que yo no estaba dispuesta a que ocurriera, por muy tentadores que pudieran ser los besos de Hank, ya que la consecuencia de que Eternal Heart quedase en manos de mi despreocupada y poco sutil hermana sólo podía ser el cierre de la empresa y la desaparición de todo lo que yo había conseguido.

Suspiré, resignada a olvidarme de ese hombre, de sus cálidos brazos y de sus besos y continué intentando quitarme el endiablado anillo del dedo.

—¡Sal! ¡Sal, maldito! —grité furiosa, sin dejar de frotarme el dedo con el jabón líquido, al mismo tiempo que susurraba mil y una maldiciones, intentando que no se oyeran demasiado.

Desgraciadamente, Hank se acercó justo cuando soltaba en voz alta algunos de los floridos insultos que al cabo de los años había terminado aprendiendo de mi hermana. Al oírme, me sonrió y vi que mientras yo había estado encerrada en su baño como una idiota, pensando cómo enfrentarme al error de aquel beso, él simplemente había estado haciendo la colada, pues entre sus manos vi mi ropa, seca y limpia.

Me sentí un poco ofendida al ver que aquel beso no había significado nada para él y que yo no lo había alterado en absoluto con mi actuación. Tal vez por eso, le arranqué mi ropa de las manos con un poco de

brusquedad. Pero ante mi infantil comportamiento, Hank se limitó a sonreírme estúpidamente, algo que me molestó aún más. Y, antes de que se fuera, le mostré el anillo que había quedado atrapado en mi dedo, para ver qué solución le dábamos al problema.

—No te preocupes, Cristine, quédatelo como pago de alguno de esos cursillos a los que quieres apuntarme. Después de todo, los dos sabemos lo cara que puede ser tu agencia, ¿verdad? —dijo irónico, echándome en cara el error que había cometido en su factura por un simple enfado.

Luego, sin esperar mi respuesta, salió del baño.

—¡Ojalá hubieras salido, idiota! —reprendí al anillo, con la idea de que no habría estado de más arrojárselo a Hank a la cara para demostrarle que no a todas las mujeres nos guiaba la codicia—. Definitivamente, la próxima vez me disculparé —decidí en voz alta, dispuesta a hablar con él cuando estuviera más calmada y pudiera devolverle ese anillo que se negaba a salir de mi dedo y que declaraba falsamente que teníamos alguna relación más aparte de la de negocios.

A la mañana siguiente, el día no pareció empezar demasiado bien para Cristine. Y eso que se había esforzado en seguir todos los consejos de su horóscopo: salir con el pie derecho de su casa, ducharse con agua fría, evitar los gatos negros y, por último, vestir alguna prenda de color rojo. Pero la suerte parecía esquivarla con bastante habilidad esas últimas semanas.

Después de pasar la noche en vela, porque cada vez que cerraba los ojos recordaba el beso de aquel hombre del que tenía prohibido enamorarse, no pudo tomar su desayuno en su cafetería habitual porque estaba cerrada debido a unas súbitas reformas. Luego, su revista favorita se había agotado en el kiosco y, para acabarle de arreglar la mañana, mientras llegaba tarde al trabajo por primera vez en su vida, recibió una llamada que le hizo pensar por un momento que su día empezaba a mejorar. Hasta que se fijó en el pequeño y brillante inconveniente de su mano izquierda, que podía inducir a error a cualquier hombre interesado en su persona.

—¿Hola? —contestó titubeante, sin saber cómo continuar aquella conversación en la que tendría que rechazar al hombre ideal por un estúpido anillo que en verdad no significaba nada.

—¡Hola, Cristine! ¡Soy yo, Chad! Necesitaba hablar con alguien y tal vez estás demasiado ocupada ahora mismo, pero me encantaría verte de nuevo para charlar y quizá conocernos un poco mejor. Después de todo,

la última vez yo fui el único que habló y eso no es justo... —dijo sensualmente, dando a entender con la calidez de su voz que sin duda estaba interesado en ella.

—Me encantaría quedar contigo, Chad, y conocerte más, pero en estos momentos yo...yo...

—¡Estoy estreñida! —exclamó Johana burlándose de su hermana menor y su dulce conversación, mientras se colocaba lo más cerca posible del móvil de Cristine para saber más del nuevo tipejo por el que Cristine se había interesado.

—¡Perdona, pero esto es una conversación privada! —murmuró ésta, algo ofendida por la brusca interrupción de su hermana mayor, mientras tapaba su teléfono con una mano—. Por cierto, llegas tarde... —dejó caer, algo que habría sido más efectivo si ella misma no hubiera incurrido también en el pecado de llegar con retraso al trabajo.

—Tú también, hermanita, y me estoy preguntando por qué... —replicó Johana, cruzando los brazos y mirándola de arriba abajo escrutadora, sin duda buscando alguna prueba de que Cristine había caído tan estúpidamente como siempre en las redes del amor.

—Perdona, Chad, pero será mejor que hablemos en otro momento —dijo Cristine decidida, sin dejar de observar a su hermana, para luego colgar su teléfono sin esperar respuesta.

—¡No me lo puedo creer! ¡Cristine Martin colgándole el teléfono a un hombre! Y si no he oído mal antes de que interrumpieras la conversación, estabas a punto de rechazarlo... —apuntó irónica Johana, para luego colocarle con sorna una mano en la frente—. ¡Vaya! Pues no parece que tengas fiebre...

—¡Déjate de tonterías! —exclamó Cristine, molesta, mientras retiraba con brusquedad la impertinente mano de su frente.

Para su desgracia, al hacer ese movimiento, su perspicaz hermana pudo ver con gran claridad el anillo de su dedo y, aunque no le preguntó nada, le sonrió bastante satisfecha, mientras se dirigía a su mostrador, sabiendo que tarde o temprano se enteraría del asunto.

Cristine no pudo evitar borrar esa estúpida sonrisa del rostro de Johana invitándola a participar en uno de aquellos actos para solteros que ella tanto detestaba. Y en esta ocasión se aseguraría de que no pudiera escabullirse, ya que la última vez se había atrevido a escapar por la ventana del baño, dejándola sola con una de las obligaciones de la empresa de las que Johana nunca se responsabilizaba.

—Puede que este fin de semana tengamos una reunión para solteros y tal

vez me falten asistentes, así que estate preparada.

—¡No puedo! Tengo planeado suicidarme. De hecho, lo apunté en la agenda para la próxima vez que me obligaras a asistir a uno de esos eventos.

—No te preocupes, eso es algo que puedes dejar para después —respondió Cristine con una amplia sonrisa, dirigiéndose a su despacho.

Normalmente, cuando alguien tiene un problema sentimental, las primeras personas a las que acude en busca de consejo suelen ser las más allegadas a ella. Se supone que sus amigos o sus familiares lo escucharán atentamente y le darán aliento ofreciéndole algún consejo, ya sea bueno o malo. Por desgracia para Cristine, sus dos apoyos en ese sentido eran algo cuestionables. Por un lado estaba su madre, que iba ya por su quinto marido y para la que cualquier situación se convertía en un problema alarmante; era mejor olvidarla a la hora de pedir consejo. Y por otro lado estaba Johana, una hermana mayor cuyo tacto era inexistente y con la que hablar podía desembocar en una gran depresión, sobre todo cuando comenzaba a señalarle todos los errores que iba a cometer al enamorarse.

Por eso, tras recibir una llamada de aquel hombre de ensueño con el que tuvo un encuentro casual en una cafetería y tener que ignorarlo a causa del problemático anillo que se había quedado atascado en su dedo, Cristine se preguntó qué hacer.

En algún momento tendría que darle una respuesta. Según lo poco que sabía de Chad, éste era amable, sensible y sin duda comprensivo. Pero Cristine no creía que lo fuera tanto como para aceptar salir con ella después de que le contara cómo había acabado en su mano aquel estúpido anillo.

Finalmente, tras estrujarse el cerebro sin hallar ninguna solución y no encontrándose nada dispuesta a relatarle a un desconocido la historia de cómo había acabado falsamente comprometida, lo único que se le ocurrió fue resignarse a ir al único lugar de su empresa en el que todas sus quejas serían escuchadas: el mostrador de Reclamaciones. Para su desgracia, la encargada de ese puesto no era otra que su cínica hermana.

—¡Vaya! ¿Vienes a contarme por fin cómo ha acabado ese anillo en tu dedo? —preguntó Johana con satisfacción, mientras sacaba los bombones para casos de emergencia que tenía guardados debajo del mostrador.

—Me tocó en un huevo sorpresa —contestó Cristine, cogiendo una de

aquellas delicias y esbozando una de sus más falsas sonrisas, lo que corroboraba que por nada del mundo le contaría esa historia a su hermana.

—¡Jo! No sabía que se estiraran tanto con los regalos últimamente...

—Pues ya ves.

—Bueno, y ahora en serio, ¿qué has venido a contarme? ¡Soy toda oídos!

—la animó Johana.

—Un hombre de ensueño está intentando salir conmigo, pero no sé qué hacer.

—¡Joder! ¡Pues muy fácil! Si no te lo quedas para ti, apúntalo a la empresa: nos hacen falta más incautos que salgan con algunas de estas arpías.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no insultes a nuestros clientes?

—la reprendió Cristine, cada vez más arrepentida de su desacertada decisión de pedirle consejo a Johana, mientras se masajeaba las sienes, donde comenzaba a notar un punzante dolor de cabeza.

—¡Pero si es verdad! Esta mañana una mujer ha intentado saltar el mostrador para darme una paliza.

—¿Y tú qué has hecho?

—Sacar la caja de bombones y animarla a hacerlo. Incluso le he propuesto darle un premio si lo conseguía, pero sus amigas la han sujetado demasiado bien. No te preocupes, no soy tan tierna e indefensa como aparento: sé defenderme muy bien.

—No tengo duda de ello —contestó irónicamente Cristine, conociendo el exasperante carácter de su hermana mayor que nunca en su vida la haría parecer tierna y mucho menos aún indefensa.

—Volviendo a mi problema, no puedo salir con ese hombre por este maldito anillo que no puedo sacarme del dedo —prosiguió, mostrándole el anillo—. En cuanto lo vea, se va a creer que estoy prometida y tampoco puedo contarle cómo acabé con él puesto... —concluyó exasperada.

—Hala, ya está. ¡Solucionado! —exclamó Johana, tras darle la vuelta al anillo, ocultando los brillantes—. Y si eso no te vale, te puedes poner una tirita y taparlo. Ésos son algunos de los trucos que suelen utilizar los hombres casados para llevar a cabo una infidelidad, lo que me hace preguntarme si no estarás tú haciendo lo mismo con el hombre que te entregó ese anillo...

—Entre ese hombre y yo no hay nada y nunca lo habrá. ¡Definitivamente!

—protestó Cristine demasiado rápido, haciendo que Johana llegara a la conclusión de que su hermana mentía.

—¿Cómo narices he acabado aquí?! Os lo pregunto en serio, ¿qué estoy haciendo en este lugar? —se quejó Hank, bastante molesto, mientras miraba la nota que tenía en la mano y escuchaba distraído las palabras que Cristine dirigía a la multitud, explicando en qué consistía aquel evento.

Alguna de las personas que Hank tenía más cerca se alejaron de él en el momento en que vieron que estaba hablando con la gigantesca y llamativa flor que llevaba en la solapa. Pero no se había vuelto loco, como sospechaban sus compañeros de evento, sino que estaba relatando lo que sucedía al micrófono oculto en su chaqueta, y escuchando atentamente a través del receptor de su oído lo que debía hacer para acercarse un poco más a Cristine Martin.

Desde el día en el que ella se encerró en el baño de su apartamento, para después alejarse apresuradamente llevándose el anillo puesto, Hank no había conseguido avanzar en su caso. Parte de la culpa de esa falta de resultados la tenía la excitante imagen de Cristine ataviada sólo con su camiseta, que no conseguía borrar de su mente y que lo hacía sonreír en más de una ocasión como un estúpido cuando se encontraba junto a ella. Y la otra razón se debía a que esa mujer no hacía más que esquivarlo. A él y sus preguntas.

Si fuera más atractivo se preguntaría si tal vez se debiera a que su presencia la ponía nerviosa, pero como poseía poco encanto y era bastante torpe con las mujeres, dedujo que simplemente todavía estaba avergonzada por su actuación ante su exesposa y que debía de sentirse un poco culpable por no haber podido devolverle el anillo.

Tal vez, si la situación fuera diferente, Hank se habría ido acercando a ella y habría intentado conquistarla con citas, regalos y otras cosas bonitas de las que les gustaban a las mujeres. Pero no había tiempo para eso, ya que el vil tipejo del que sospechaban había empezado a realizar algún que otro acercamiento, convirtiéndola en una nueva posible víctima de su estafa.

Tras informar de los pocos avances que había logrado hasta el momento, Hank había recibido la orden de su superior de acudir a aquel estúpido evento de citas rápidas. Aunque Hank no sabía si era para que siguiera los posibles pasos del sospechoso o para que sus compañeros se divirtieran un poco más a su costa, mientras asistía a esa tortura en la que decenas de mujeres lo juzgarían en siete minutos con sus escrutadoras miradas.

—¡Alégrate, tío! ¡Vas a tener un montón de citas con hermosas mujeres!
—trató de animarlo Jared a través del auricular, ante las quejas de Hank.
—Ya sabes que una sola mujer me pone de los nervios, imagínate un montón de ellas... Después de lo de mi ex, no creo que lo mejor para mi autoestima sea acudir a uno de estos actos, donde seguramente seré rechazado por decenas de mujeres.
—«Seguramente» no, colega: te van a rechazar todas y cada una de ellas.
—¡Joder! Sé que no soy demasiado bueno para esto de las citas, pero tampoco soy tan lamentable como para que ninguna se fije en mí.
—No, tío... Oye, se nos acaba el tiempo, así que hemos decidido que vamos a pasar al plan C.
—¿Y qué hay del A y el B?
—Ésos los hemos descartado: eran demasiado para ti.
—De acuerdo. ¿Y cuál es ese maravilloso plan C?
—Tienes que ser tan lamentablemente patético en ese evento que la organizadora finalmente se quede contigo por lástima, para animarte.
—¡No me jodas! ¿Se supone que así haré que Cristine se interese por mí?
—No, pero evitarás que hoy salga con ese embaucador y así entorpeceremos su acercamiento a ella y a los archivos de su empresa.
Hank dudó unos segundos si seguir esas órdenes sería lo más acertado. Luego reflexionó acerca de lo que podía ocurrir si Cristine salía con un tipo como el estafador al que perseguían y decidió que no pasaría nada malo por seguir los consejos de sus compañeros en esa ocasión.
—¿Y bien? ¿Me podéis decir cómo voy a conseguir espantar a todas las mujeres de esta sala en tan sólo siete minutos?
—No te preocupes, compañero, que para eso estamos aquí...

Llevar uno de aquellos caros y elegantes trajes era muy incómodo. Especialmente si uno no estaba acostumbrado a ello y más aún si se veía obligado a llevar prendida en la solapa una llamativa flor bastante grande, en la que mis compañeros se habían lucido escondiendo un micrófono. Como la cosa siguiera así en el departamento, en mi próxima misión encubierta me harían llevar en la mano un micrófono de karaoke...

Si ya de por sí caminar con aquel aspecto por el animado lugar era bastante molesto, tener a mis compañeros aconsejándome a cada instante era irritante, fastidioso y también algo humillante, porque mi cometido no era otro que espantar a todas las mujeres que tuvieran una cita conmigo esa noche, por muy breve que ésta fuera.

Según me había informado la servicial Cristine, en aquella reunión las mujeres eran las protagonistas, así que ellas permanecerían tranquilamente sentadas a sus mesas, mientras los hombres nos dedicábamos a dar vueltas a su alrededor como idiotas, esperando que alguna se fijara en nosotros. Todos excepto yo, que por mi trabajo tenía que lograr que huyeran espantadas de mí.

Sostenía un esquema de las mesas que debía visitar y el tiempo asignado para ello, así como una tarjeta donde debía apuntar el nombre de las mujeres que me interesaría conocer mejor esa noche, después de hablar con ellas. Eso tal vez me habría sido de gran ayuda, de no ser por el pequeño detalle de que tenía que fastidiarlo todo para cumplir con mi deber. Aunque, ¿a quién quería engañar? En realidad no me importaba nada en absoluto alejar de mí a todas aquellas mujeres, porque la única que había comenzado a interesarme era Cristine. Por desgracia, por una razón u otra yo siempre quedaba delante de ella como un imbécil y así no había manera de mostrarle alguno de mis encantos.

Suspiré resignado y me dirigí hacia la mesa doce, mientras me aseguraba de que el micro de mi llamativa flor estuviera bien colocado y de que mis compañeros pudieran escuchar la conversación, así como transmitirme algunas indicaciones a través del receptor de mi oído. En la mesa me esperaba una mujer con aspecto intelectual, que sujetaba entre sus manos un grueso libro de poesía.

Me senté frente a ella y me sentí un canalla, ya que me recibió con una gran sonrisa. Cuando el tiempo comenzó a correr, marcado por el reloj de arena que ella volteó, descarté alguna de las burradas que mis compañeros me animaban a decir. Pero cuando esa mujer empezó a interesarse por mí y a hablarme sobre sus libros de poesía, no pude más y pensé que tenía que ahuyentarla.

—¿Y tú también escribes poesía? —me preguntó amablemente, dirigiéndome una mirada esperanzada.

Jared intervino, diciéndome al oído:

—¡Venga, tío! Es el momento perfecto, tú repite lo que yo te diga.

Y lo hice...

—Sí, te voy a recitar un poema: me gustaría ser pirata, pero no por el oro y la plata, sino por el tesoro que tienes entre las patas...

Concluí que había conseguido mi propósito cuando ella me cruzó la cara de una bofetada y entonces me levanté para dirigirme a la siguiente mesa, donde una joven de aspecto bastante recatado esperaba un tanto impaciente mi llegada, por lo que no me hice de rogar y la abordé con

una frase bastante arrogante:

—Estoy luchando con la necesidad de hacerte esta noche la mujer más feliz del mundo —solté, imitando la presunción de mi amigo Jared.

En esta ocasión ni me llegué a sentar, porque ella apartó la silla, demostrándome que en su mesa no tenía lugar una persona como yo.

A lo largo de la noche, mi rostro se fue tornando de un tono cada vez más rojizo por las múltiples muestras de cariño de esas mujeres ante mis peculiares respuestas, pero claro, ¿qué se podía esperar ante semejantes muestras del ingenio de mis compañeros como: «¡Qué bonitas piernas! ¿A qué hora abren?», «¡Ésos son muslos y no los de pollo!», «¡No te lo vas a creer, pero hace treinta segundos era gay!», y algunas lindezas más? Definitivamente, mis compañeros se lo estaban pasando en grande ante el resultado de algunas de sus originales frases a la hora de abordar a una mujer.

Cuando ya sólo me quedaban dos personas para finalizar aquella horrenda velada, vi que la última mesa estaba ocupada por la bruja del mostrador de Reclamaciones. Aunque con el aspecto que tenía esa noche, el de una atractiva mujer bastante sensual, sería irreconocible para cualquier cliente que no tuviera mi habilidad a la hora de desenmascarar sospechosos.

Eso me llevó a preguntarme qué hacía ella allí, y más en compañía de un hombre que, si no recordaba mal, pertenecía a esa familia de ricos, los Dilmore. Gentes de Chicago que habían hecho su fortuna con el sucio dinero del contrabando en la época de la ley seca. Aunque ahora esa acaudalada familia estuviera fuera de toda sospecha, ya que habían incrementado su riqueza con el comercio legal de licores y su famosa receta secreta, era bastante raro que un hombre que no necesitaba ayuda para encontrar pareja la buscara en uno de aquellos ridículos eventos, por lo que no me olvidé de apuntar su nombre, después de leer la etiqueta que llevaba en la solapa.

Para mi desgracia, el único papel que tenía a mano era el de las posibles mujeres en las que estaba interesado tras el evento, pero como no pensaba darle el nombre de ninguna a Cristine, escribí allí el de mi sospechoso, mientras me dirigía a la última mesa, ya que ni loco iba a sentarme con aquella arpía a la que, con toda seguridad, nada de lo que le dijera conseguiría espantarla.

Cuando llegué junto a una tímida mujer, bastante cansado por todos los rechazos que me tenía bien merecidos, estaba tan harto de recibir bofetadas que me negué a repetir ni una sola palabra más de las que mis

compañeros me animaban a decir, así que, tras sentarme, me saqué del bolsillo una imitación del arma reglamentaria que siempre llevaba en las misiones más peligrosas y que esa vez me habían ordenado dejar en casa, y la deposité sobre la mesa. Mientras me preguntaba si mi pareja tardaría mucho en descubrir que sólo se trataba de un mechero con forma de pistola, intenté entablar una conversación por primera vez esa noche. Aunque después de ver mi arma ella no parecía demasiado interesada en hablar, pero como el reloj de nuestra mesa mostraba que aún quedaban algunos minutos, yo insistí:

—¿Hablamos? —Y comencé mi conversación con aquella mujer durante siete interminables minutos en los que utilicé todos mis encantos adquiridos a lo largo de mi duro trabajo tras la mesa de interrogatorios de la comisaría.

Bueno, ¡ya estaba! ¡Finalmente lo había conseguido! Me había citado para ese día con ese hombre de ensueño que sabía decir las palabras adecuadas en el momento idóneo; ese hombre dulce, amable..., que siempre pensaba en los demás.

A lo largo de la semana algún que otro contratiempo se había interpuesto en mi camino, intentando estropear el maravilloso encuentro, pero dado que resolver problemas era algo a lo que yo ya estaba acostumbrada, no había dudado a la hora de solucionar con eficiencia cada uno de los problemas.

El primero y más molesto fue aquel hombre que no podía apartar de mi mente: Hank. En vez de interesarse por las posibles candidatas que había encontrado para él, el condenado no paraba de atosigarme con preguntas sobre el funcionamiento de la empresa, algo que esquivé con bastante habilidad, y como parecía bastante indeciso a la hora de decidirse a salir con una mujer o pedirle una cita, lo apunté a uno de nuestros eventos de citas rápidas, donde tendría la oportunidad de conocer a un gran número de mujeres en un corto espacio de tiempo. Alguna sería la adecuada, sin duda.

El segundo de mis problemas había sido mi molesta hermana mayor, que últimamente estaba empeñada en deshacerse de uno de los clientes que más beneficios podía aportar a nuestra empresa. De hecho, Derek Dilmore incluso había pensado invertir en Eternal Heart como socio inversor, cumpliendo así uno de mis sueños de expandir nuestro negocio en el mercado. Tras hablar en serio con mi hermana y no conseguir nada, decidí tenerla entretenida con el evento de citas rápidas de esa semana, a

ver si así dejaba de atosigarme durante un rato con sus interminables quejas respecto de ese buen hombre del que le había prohibido estrictamente deshacerse.

Una vez resueltos esos detalles, me armé de valor y llamé a Chad para quedar con él para cenar. Desgraciadamente, el único rato libre del que disponía, debido a mi absorbente trabajo, era a la hora de la cena, una vez finalizado el evento de citas rápidas.

Había quedado con él en el bar donde se celebraba el acto de las citas rápidas y estaba tan ilusionada que no había podido evitar ponerme para la ocasión un bonito vestido verde muy elegante, que se pegaba a mi torso como una segunda piel y que desde la cintura caía en sedosas capas sobre mis piernas hasta las rodillas. Completaban el conjunto unos bonitos zapatos de tacón del mismo color y unos cuantos adornos de pedrería para que el anillo que llevaba oculto, y cuyos diamantes brillaban en el interior de mi mano, pasara desapercibido.

Desde la barra, observé con algo de envidia a las parejas que se iban formando a lo largo de la noche. Algunas se notaba que, tal como había pensado desde un principio, estaban hechas para durar eternamente. Otras tal vez sólo permanecerían juntas un tiempo. Pero, en cualquier caso, las personas que acudían a esos eventos, demostraban, con su mera presencia, que estaban decididas a dar los primeros pasos para hallar ese amor que a todos nos aguarda en la vida.

«A todos menos a esos dos, por lo visto», me corregí, tras recordar las múltiples quejas de muchos hombres sobre Johana, algo que yo ya tenía previsto, por lo que decidí ignorarlos mientras me centraba en algo más preocupante: las decenas de quejas de mujeres acerca de un hombre que, al parecer, se negaba a pasar desapercibido en mi vida, a pesar de que yo quisiera ignorarlo.

Cuando me dirigí hacia la mesa donde se hallaba Hank para averiguar el motivo de las quejas de esas mujeres, que yo pensaba que habían exagerado, no tuve más remedio que darles la razón y estuve de acuerdo con ellas desde el momento en que vi a aquel estúpido sacar su arma y dejarla sobre la mesa, antes de comenzar un interrogatorio bastante intimidante, que hizo temblar más de una vez a la mujer que se hallaba sentada a la mesa frente a él.

Lo miré ofuscada, convencida de que debía de ser tan inútil en el amor como mi hermana. Y, dispuesta a no perder por su causa a una de las clientas que tanto necesitaba, me acerqué a ellos. Cuando estuve junto a su mesa, cogí el reloj de arena que marcaba los siete minutos de rigor y

me disculpé con la clienta, ocupando su lugar. Por supuesto, la mujer no tardó ni un segundo en darme las gracias, antes de huir despavorida.

—Hank, tenemos que hablar sobre la forma que tienes de relacionarte con las mujeres —dije, señalando reprobadora el arma que se encontraba sobre la mesa.

—No te preocupes, no está cargada —respondió despreocupado, sonriéndome como un idiota y mostrándome que la pistola sólo era un mechero.

—¿Sabes que eres nefasto para las citas?

—No me digas... —replicó irónico, con un gesto que daba a entender que ése era uno de los motivos por los que había acudido a la empresa.

—Veamos qué candidatas tienes apuntadas en tu lista... —dije, arrebatándole su tarjeta, antes de que él pudiera impedirlo. Me quedé de piedra al ver que el único nombre anotado era el de un hombre...—. ¡Vaya! No creía que tuvieras ese tipo de gustos, Hank. Pero no te preocupes, aunque no creo que a Derek le interese, tengo otros candidatos...

—¡No! ¡No es lo que piensas! Es que estaba aburrido de que todas las mujeres huyeran de mí y he empezado a elaborar una lista de posibles infractores... —declaró seriamente, evaluando con su aguda mirada a todos los asistentes al evento.

Y antes de que entre él con sus sospechas y mi hermana con sus insultos espantaran a todos los clientes de Eternal Heart y acabasen así con nuestro próspero negocio, decidí coger aire, relajarme y solucionar mis problemas uno a uno. De modo que comencé por el menor de ellos, ya que Hank no podía ser tan terrible como Johana a la hora de encontrar el amor. O eso era lo que yo pensaba antes de que comenzara a relatarme los pasos que había dado esa noche en cada una de sus citas.

—¿Se puede saber qué has hecho para espantar a todas las mujeres con las que has hablado esta noche?

—No lo sé, Cristine. Me sentía muy nervioso de encontrarme cara a cara con ellas y he seguido los consejos que mis amigos me han dado antes de este evento.

—Bueno, ¿y cuáles han sido los sabios consejos que te han dado tus amigos? —pregunté inocentemente, creyendo que nada podía ser tan grave como para que ese hombre no consiguiera una cita esa noche.

Pero tras escuchar todo lo que había hecho a lo largo de la jornada de citas rápidas llamé a Chad, que me esperaba en la barra del bar, para comunicarle que nuestra cita se anulaba, ya que me quedaba muchísimo

trabajo por delante si quería que Hank encontrara algún día a su mujer predestinada...

Capítulo 6

Tras asegurarse de que su hermana no espantara a un cliente tan importante como Derek Dilmore con sus impertinencias, Cristine le encargó a Johana parte del trabajo que siempre se negaba a hacer: acompañar a Derek para explicarle el funcionamiento de alguno de los peculiares cursillos que su empresa impartía y en los que él parecía tan interesado.

Después de haberse deshecho de uno de los problemas que tantos quebraderos de cabeza le causaban, únicamente le quedaba el otro, hacia el que Cristine se dirigía en esos momentos.

La barra del bar donde Hank la esperaba, en compañía de una botella de vodka mediada, estaba vacía, salvo por ellos dos y sus penurias. Hank tenía delante dos vasos con hielo y, después de llenar uno, se lo pasó a Cristine. Ella dudó por un momento si acompañarlo o no, ya que nunca bebía con sus clientes, pero como hacía ya un par de horas que su cita se había marchado y sólo los rodeaban amorosas parejas que ella misma se había encargado de unir, su soledad en esos momentos le pareció demasiado asfixiante como para poder aguantarla sin la ayuda de un buen trago. Quería olvidar que todos tenían suerte en el amor. Todos excepto ella, que parecía estar destinada a fracasar en ese aspecto, ya que, por muy bien que aconsejara a otros, para sí misma siempre se equivocaba.

—La primera mujer que me rechazó se llamaba Amelia. Me dijo que yo sólo era un entretenimiento que le servía para poner celoso a su novio... Ahí debería haberme dado cuenta de lo engañosas que pueden ser las mujeres —comentó Hank, mientras acababa de un trago el escaso licor que le quedaba en la copa.

—El primer hombre equivocado del que me enamoré sólo quería salir conmigo por una apuesta. Al menos le quedó claro que no debía volver a jugar conmigo, cuando mi hermana hizo correr por todo el instituto el rumor de que era impotente —comentó Cristine, dispuesta a demostrarle que tanto las mujeres como los hombres podían ser muy despiadados cuando jugaban con el amor.

—La segunda me informó muy amablemente de que sólo le servía como semental, pero que por nada del mundo saldría conmigo —añadió Hank,

enfrentándose a la retadora mirada de Cristine, decidido a mostrarle que las mujeres eran más crueles.

—Mi segundo novio me robó el coche. Menos mal que estaba para el arrastre —sonrió burlona Cristine, rellenando las copas.

—Casi todas las mujeres se alejan de mí. Al parecer, mi apariencia las asusta y, a las que atraigo, sólo quieren pasar una noche de se... —Al darse cuenta de con quién estaba hablando, Hank guardó silencio antes de que sus rudas palabras escandalizaran a aquella dulce mujer.

—¿Para qué decías? —preguntó Cristine, un tanto achispada por el fuerte licor, alentándolo a darle una respuesta, esbozando una pícaro sonrisa que demostraba que había captado el final de la frase—. ¿Para un revolcón? ¿Para una noche salvaje? ¿Para... sexo? —susurró sensual al oído de él, haciendo que éste dejara de lado a las mujeres de su pasado para concentrarse exclusivamente en la que tenía a su lado en esos instantes —. Los hombres no son los únicos que en ocasiones necesitan sentirse amados, aunque sólo sea por una noche.

—El sexo no es amor, Cristine —declaró Hank, resuelto a abrirle los ojos a aquella incauta joven.

—No, pero en ocasiones podemos llegar a confundirlo —respondió ella, apenada, mirando su vaso vacío, por lo que Hank se apresuró a volver a llenarlo con aquel fuerte licor que los embriagaba y los ayudaba a ver sus equivocaciones del pasado como un simple juego de errores que no volverían a repetir.

—Mi tercer novio se acercó a mí únicamente para intentar salir con mi hermana —confesó Cristine, tras lo que se bebió su licor de un trago. Y, depositando el vaso junto a la botella de Hank, exigió más bebida.

—¿Y lo consiguió? —preguntó él con una leve sonrisa en los labios, pensando en cómo se las gastaba la hermana de Cristine. Al parecer, esa arpía era bastante protectora con su hermana menor, aunque intentara disimularlo.

—Sí, y luego salió corriendo. Johana parece tener ese efecto sobre los hombres. En cambio, yo siempre atraigo a los más inadecuados.

—No me digas... —se burló Hank, consciente de que esas palabras no podían ser más ciertas, ya que en esa ocasión el hombre del que Cristine había elegido enamorarse era un estafador.

—Sí... Johana dice que como siempre estoy buscando el amor, me enamoro del primero que me dice lo que quiero oír y que no me paro a pensar si es el adecuado. No sé si eso es cierto o no, pero ¡no voy a rendirme, porque sé que el hombre que está hecho sólo para mí se

encuentra por ahí, en algún sitio!

—Y piensas que para mí es igual, ¿verdad? —preguntó él cínicamente, dudando de que las fantasiosas palabras de Cristine pudieran ser ciertas.

—Todos tenemos derecho a encontrar a esa persona que nos complementa, que nos haga la vida más feliz y nos enseñe lo que es realmente el amor, Hank. Por eso me encanta mi trabajo: porque ayudo a que decenas de parejas se conozcan y acaben en ese final feliz que todos deseamos.

—¿Y quién te ayuda a ti, Cristine? —inquirió él, negando con la cabeza ante los infantiles sueños de aquella mujer que aún creía en los finales felices de los cuentos de hadas.

—Yo misma. Y aunque me equivoque en mi camino, ya te digo que no pienso rendirme, porque sé que él está esperándome en alguna parte. De momento he encontrado a un buen hombre que quiere que nos conozcamos y...

Hank se sintió tentado de revelarles que las ilusiones que se estaba haciendo con ese «buen hombre» sólo la llevarían a darse de bruces con una dura realidad y con un cruel engaño que la haría sufrir de nuevo a manos de un mentiroso. Y mientras oía los consejos que sus compañeros le daban para conquistarla a través del audífono que ocultaba en su oído, pensó que tal vez él mismo fuera aún más canalla que ese estafador, ya que pretendía enamorar a aquella joven como un objetivo más de su actual misión, sin haber pensado en ningún momento en lo que ocurriría con Cristine cuando su tarea finalizara.

Odiando profundamente lo que estaba haciendo en esos momentos y enfadado con el destino, que los hacía conocerse en esa situación, Hank se excusó con ella y se alejó hacia el baño de caballeros. Una vez allí, dedicó un último mensaje a sus compañeros.

—Por esta noche ya he tenido bastante de esta mierda. Por mí esta misión ha terminado.

Luego se despojó de la horrenda flor con el micrófono y del pequeño aparato de su oído y los arrojó a la papelera. Después, simplemente volvió junto a la mujer de la que había comenzado a enamorarse, aunque eso fuese un tremendo error que nada más podía acabar en fracaso, ya que ambos habían iniciado su relación en medio de una gran mentira.

En su larga vida de camarero, Henderson nunca había visto un par más lamentable que el que comentaba sus respectivos infortunios amorosos en la barra de su bar. Mientras las parejas que se habían formado esa

noche tras uno de aquellos locos eventos de citas rápidas de Eternal Heart comenzaban a abandonar el lugar en busca de un sitio más íntimo donde conocerse, los dos que se hallaban junto a él no cesaban de hablar sobre cuál era el peor de ellos a la hora de juzgar a las personas cuando se enamoraban.

Después de oír sus lamentos durante dos largas horas, llegó a la conclusión de que ambos eran igual de patéticos. Mientras el hosco tipo se quejaba de los pocos encantos que tenía, sin percatarse de que la joven que se hallaba junto a él no dejaba de dirigirle más de una mirada furtiva cuando él no lo notaba, la hermosa mujer intentaba evitar mostrar su interés por ese hombre hablando de otro con el que ni siquiera había empezado a salir.

Y, en opinión de Henderson, era mejor que no lo hiciera. Porque, aunque intentara convencerse de que le gustaba, el que de verdad la atraía era aquel individuo del que no podía apartar sus ojos en todo momento.

Los dos necios que tenía delante evitaban hablar de nada que no fueran sus lamentables relaciones anteriores, cuando, posiblemente, si se hubieran parado a pensar un momento, habrían descubierto que ambos tenían más cosas en común de lo que creían y que estaban hechos el uno para el otro. No había que ser muy listo para ver que aquellos dos idiotas acabarían juntos en el futuro. De hecho, si no fueran tan estúpidos seguramente haría ya algún tiempo que se habrían percatado de que formaban una buena pareja.

Henderson pensó que ya era hora de darles un empujoncito. Sobre todo, porque eran los últimos que quedaban en el bar y él quería cerrar para irse a casa a disfrutar de las amorosas atenciones de su mujer, así que no dudó a la hora de preparar sus famosos cócteles Éxtasis, una bebida afrodisíaca, especial para las parejas que querían entrar en calor...

Colocó delante de sus clientes las dos copas, interrumpiendo otra mala historia sobre sus vidas amorosas que no tenía ningunas ganas de escuchar, y los animó a deleitarse con aquella tentadora bebida, sin olvidarse de informarles, por supuesto, de que muy pronto cerraría el local.

Luego puso música de ambiente mientras se dedicaba a recoger las mesas y, de vez en cuando, miraba cómo iba avanzando esa pareja en su relación, deshaciéndose de los obstáculos que sus estrechas mentes habían interpuesto en su camino para caer en lo que de verdad deseaban sus cuerpos, que no era otra cosa que rendirse ante aquella atracción que se podía apreciar entre ellos a simple vista.

Su mujer siempre lo reprendía cuando le explicaba que uno de sus cócteles había dado lugar a una nueva pareja, pero Henderson no podía resistirse a hacer de Cupido cuando veía que con un pequeño empujoncito el amor surgía entre dos personas predispuestas.

Finalmente, cuando terminó de recogerlo todo, vio a sus clientes alejándose de su establecimiento entre tentadores susurros que sin duda desembocarían en una emocionante noche en la que las quejas y lamentos no tendrían sitio, y en la que, tal vez, al fin surgiría ese amor que ambos estaban buscando tan ciegamente, sin percatarse de que ya lo habían hallado.

«Definitivamente, Cristine no aguanta nada la bebida», pensaba mientras la cargaba sobre mi espalda y ella me señalaba la dirección de mi piso con sus llamativos zapatos de tacón en una mano, cuando lo que yo le había preguntado era su propia dirección para dejarla en un taxi y alejar de mi lado la tentación que ella representaba para mí. Después, Cristine se puso a cantar baladas de amor, muy desafinadamente, ignorando mis preguntas, así que la dejé por imposible y la llevé a mi piso.

Cargar sobre mi espalda durante dos manzanas una cosita tan delicada como ella no resultó difícil para un hombre de mi fortaleza. El problema fue cuando llegué a mi edificio y empecé a subir los interminables escalones, notando sus exuberantes senos pegados a mi espalda, a la vez que ella comenzaba a lamirme la oreja y me relataba algún que otro sueño erótico que había tenido conmigo.

Ahí tuve que hacer uso de toda mi voluntad y caballerosidad para no tomarla en la escalera misma y cumplir alguno de los calenturientos deseos que me describía con bastante detalle. Decidido a hacerla beber un café bien cargado y dejar que durmiera en mi sofá hasta que se le hubiera pasado el estado de embriaguez, me dispuse a abrir la puerta de mi casa. Para mi desgracia, mientras lo hacía, intentando que mi delicada carga no acabara en el suelo, una de las traviesas manos de Cristine había conseguido abrir los botones de mi camisa para luego introducirse en ella y acariciar sensualmente mi piel con sus uñas.

—¿Cuánto más puede aguantar un hombre? —me pregunté en voz baja, mientras me adentraba en mi piso y cerraba la puerta con una patada, para sentarme en el sofá con Cristine encima. Tras soltarme de ella, la volví hacia mí e hice que se enfrentara a mi mirada.

—Cristine, en estos momentos no estás en plenas facultades debido al alcohol que has ingerido, así que no quiero que hagas algo de lo que te

puedas arrepentir en el futuro y... —intenté explicarle noblemente. Pero mis palabras empezaron a resistirse a salir de mis labios cuando ella me siguió acariciando y comenzó a besarme con una dulzura que nunca antes me había demostrado ninguna mujer.

Finalmente, temiendo que pudiera salir herida si mantenía algún tipo de relación conmigo en medio de aquel cúmulo de mentiras, le agarré las manos y la alejé de mí.

—Cristine, para. Estás demasiado borracha y yo sólo soy un hombre — dije, molesto por sus insistentes caricias, de las que sin duda se arrepentiría a la mañana siguiente.

—¿Sabes que desde que te besé sueño contigo cada noche? ¿Que esa apariencia que intimida a otras mujeres a mí me atrae, porque sé el gran corazón que hay detrás de ese rudo aspecto? —susurró Cristine, acariciando mi cara con delicadeza, a pesar de que sus manos aún siguieran prisioneras entre las mías.

Ante sus palabras me rendí y la solté. Ella no tardó en mostrarme cuánto me deseaba cuando sujetó mi rostro y besó mis labios, sedienta de amor. No pude resistirme más y la atraje junto a mí. La besé con pasión, devorando sus sensuales labios como si aquél fuera nuestro primer y último beso, porque yo sabía que esa noche sería un desliz del que los dos nos arrepentiríamos al día siguiente, y que cuando descubriera mis mentiras, Cristine no querría volver a verme. Pero por más que supiera que una relación entre nosotros solamente sería un error, me sentía incapaz de alejar de nuevo de mi lado a aquella mujer que indudablemente estaba hecha sólo para mí.

Mis caricias tal vez fueron algo bruscas cuando la acerqué más a mi cuerpo, aprisionándola con pasión entre mis brazos, negándome a soltarla; mis besos posiblemente fueron demasiado avasalladores cuando quise que me mostrara cuánto me deseaba realmente. Pero a pesar de mi torpeza al intentar amarla como ella se merecía, Cristine respondió a cada uno de mis actos con una pasión que nos abrasó a ambos.

Mordisqueé sus labios, queriendo más de su tentador sabor y Cristine se abrió para mí, invitándome a probar la dulzura de su boca con cada uno de sus gemidos. Nuestras lenguas jugaron anhelantes y nuestras caricias se avivaron con el calor de nuestros cuerpos. Mis manos acariciaron la suave piel de su espalda que su vestido dejaba expuesta y la acerqué a mí, exigiendo más.

La coloqué sobre mi regazo, haciéndole notar mi miembro. Ante eso, ella

se movió insinuante, haciendo más presente la cercanía de nuestros cuerpos. Yo no pude evitar deslizar las manos por su piel, descubriendo cada una de sus curvas con mi tacto. Bajé lentamente la cremallera de su vestido, asombrándome de la escasa ropa interior que éste ocultaba. La sedosa prenda no tardó en deslizarse hasta su cintura y exponer ante mí sus succulentos senos.

Mis manos acariciaron sus erguidos y sonrosados pezones y mis labios comenzaron a descender por su cuello, recorriendo su piel con cálidos besos, dispuesto a adorarla despacio, como ella se merecía. Algo que olvidé de inmediato cuando sus tentadores pechos exigieron mis atenciones y Cristine se removió un tanto inquieta encima de mi evidente deseo, provocando que me excitara aún más ante la expectativa de que iba a ser mía por una noche.

Subí una mano por su esbelta pierna, alzando su vestido en busca del lugar más íntimo de su ser. Cuando la introduje lentamente bajo su ropa interior, me percaté de lo mucho que me deseaba.

Acaricié con delicadeza su lugar más sensible, a la vez que mis labios devoraban sus senos y jugueteaba con ellos con leves roces de mi lengua y algún que otro aleccionador mordisco cuando ella gemía mi nombre en busca de más de lo que yo estaba dispuesto a darle. Cristine no tardó demasiado en buscar el placer con el que yo la tentaba y muy pronto se encontró moviéndose sobre mí, mientras se abandonaba a mis caricias.

Cuando introduje un dedo en su húmedo interior, ella gritó de placer, exigiéndome más. Y yo no pude evitar dárselo, penetrándola con dos dedos al tiempo que marcaba el ritmo de unas íntimas caricias que la hacían derretirse entre mis manos. Mientras, acaricié juguetonamente sus erguidos pezones con mi otra mano y me deleité con el sabor de su piel, haciendo que muy pronto estuviera próxima al orgasmo.

Sin querer negarme durante más tiempo el placer de su cuerpo, me desabroché los pantalones, liberé a mi excitado miembro de su prisión y, sin más, rasgué la ínfima barrera que representaba su escueto tanga para introducirme en su apretado sexo de una brusca acometida.

Ambos nos sumergimos de inmediato en el éxtasis.

La cogí con mis fuertes manos por la cintura al tiempo que aumentaba el ritmo de mis acometidas, guiándome por sus gritos de placer. Cristine se agarró a mí, hundiendo las uñas en mis hombros mientras gritaba mi nombre y cabalgaba sobre mí, buscando la cima del placer. Cuando incrementé el ritmo de mis envites, ella se convulsionó y yo finalmente llegué también al orgasmo gritando su nombre.

En el momento en que ella se derrumbaba cansada sobre mí, no pude evitar susurrarle al oído la gran duda que me perseguiría tras esa noche.

—¿Por qué yo?

—Porque sé que tú eres un hombre que nunca me engañará... —respondió satisfecha y confiada, abrazándome con cariño mientras yo me quedaba frío ante esas palabras que me otorgaban el título de canalla sin que ella lo supiera.

Tal vez por el éxtasis del momento o por el licor ingerido esa noche, Cristine me miró sonriente y, al notar que me había alejado de ella unos instantes, comenzó a quitarme la ropa que aún quedaba sobre mi cuerpo. Primero me deshizo el nudo de la corbata, que me quitó rápidamente. Luego desabrochó despacio los botones que quedaban sin abrir de mi camisa, acariciando de paso mi piel con sus finas uñas, y después, para mi sorpresa, la dulce Cristine me empujó hacia el sofá, en el que apenas cabíamos, haciendo que me tumbara. Tras ello, con una pícara sonrisa, rebuscó entre los bolsillos de mi traje, distrayéndome con su tentador cuerpo. La dejé hacer hasta que logró agenciarse mis esposas con un grito de triunfo.

—¡Al fin! —exclamó alegremente, para luego esposarme a ella antes de que yo pudiera reaccionar.

—Ahora, pase lo que pase, no podrás escapar... —anunció feliz, mientras se ponía en pie y me arrastraba hacia el dormitorio.

Podría haberle dicho que las llaves estaban en mi chaqueta y que podía librarme de su cautiverio en cualquier momento. Pero lo cierto es que era mucho mejor esperar a ver adónde nos llevaban sus juegos, así que la seguí, cada vez más dispuesto a no perderla cuando todas las mentiras que nos rodeaban salieran a la luz.

Capítulo 7

Normalmente, cuando amaneces desnuda junto a un hombre con el que no deberías haberte acostado siempre existe la posibilidad de huir antes de que él se despierte, así, cuando os volvéis a encontrar, puedes ignorarlo aduciendo que todo fue un error. O por lo menos eso era lo que mi hermana mayor me había aconsejado siempre que debía hacer cuando me encontrara en ese tipo de situaciones en las que yo nunca me había visto involucrada. Hasta entonces...

Mientras levantaba con extrañeza una mano, esposada a la del hombre del que había querido olvidarme tal vez de la manera más inadecuada, intentaba recordar qué narices había hecho la noche anterior y cuánto había bebido para acabar así.

Poco a poco, a mi mente acudieron cada uno de los alocados momentos que había vivido con él: cómo había sido yo quien lo había seducido, a pesar de que Hank intentó portarse como un caballero, cómo lo había llevado al límite con mis caricias e insinuaciones, haciendo que se cumplieran los calenturientos deseos que últimamente invadían mis sueños, y cómo había sido yo la que finalmente lo había esposado a mí cuando vi que intentaba huir de mi lado por sentirse culpable al no haber podido mantener la mente fría ante mis avances.

Mientras Hank empezaba a removerse inquieto y las esposas que nos unían me obligaban a moverme a mí también, adoptando una postura bastante comprometida encima de él, me pregunté cómo narices lo hacía mi hermana para escapar de situaciones como ésa, y si, por el contrario, yo era la única persona que acababa metida en ese tipo de locuras siempre que intentaba correr tras el amor.

Traté de pensar dónde estarían las malditas llaves con las que poder abrir las esposas. Pero para mi desgracia, Hank empezaba a despertarse. Finalmente recordé aquellas películas de policías que alguno de mis exnovios me había obligado a ver, en las que los detectives ocultaban las llaves de las esposas en un lugar tan obvio como los bolsillos interiores de su chaqueta y pensé que no perdía nada por comprobarlo. ¡Y resultó! Comencé a palpar su chaqueta, de la que él no había podido deshacerse por culpa de su muñeca esposada, y no tardé demasiado en dar con una pequeña llave que sin duda era la que yo estaba buscando.

Pero al parecer mis indagadoras caricias terminaron de despertarlo y justo en el instante en que alcancé el ansiado premio, sus manos se apoderaron de mi desnudo trasero. Desesperada, intenté abrir las esposas con la minúscula llave, pero me distraje cuando Hank comenzó a acariciar lentamente mis nalgas, pegando mi cuerpo contra el suyo para que notara su excitado miembro.

Por suerte, aún estaba medio dormido y, aunque con algo de dificultad, pude abrir las esposas. Estaba dudando de si volver a cerrarlas, cuando sus tiernas caricias me tentaron demasiado. Luego recordé que aquel hombre era un error que no debía repetir si no quería perder todo lo que había conseguido en mi camino hacia el éxito hasta ese momento.

Decidida a alejarme de él, me alcé triunfante con la llave en una mano y las esposas que todavía aprisionaban mi muñeca en la otra. Y ése fue el momento en que Hank decidió abrir los ojos.

—Buenos días, preciosa —dijo con una ladina sonrisa, mientras sus ojos devoraban mi cuerpo desnudo y sus manos, una vez más, se negaban a alejarse de mi trasero.

—Yo...yo... tengo que irme —intenté excusarme, tratando de ocultar algo avergonzada mis expuestos senos con los brazos.

—Ajá —respondió él, sin prestar demasiada atención a mis palabras.

—Creo que esto... no debe volver a repetirse y... —probé a razonar, pero sus caricias me tentaban demasiado.

Casi me rendí cuando me arrancó algún que otro gemido, pero mis ojos, que pretendían esquivar su mirada llena de satisfacción, toparon con el reloj de la mesilla de noche y al ver la hora que era y pensar en lo que podía ocurrir si mi hermana abría Eternal Heart en mi lugar bastó para enfriar todo mi cuerpo y hacerme posible rechazar a aquel hombre que me tentaba para caer otra vez en lo prohibido.

Sin ninguna excusa, me levanté de la cama, le arrebaté la sábana y me alejé para buscar mis pertenencias por su pequeño piso.

—¡Lo siento, pero llego tarde al trabajo y eso es algo que no me puedo permitir! —anuncié rápidamente ante un asombrado Hank, para luego huir con la mayor celeridad posible.

Él ni siquiera se molestó en seguirme y sólo me dirigió una mirada de disgusto cuando salí del baño ya arreglada. Luego se dedicó a mirar tranquilamente todos mis movimientos mientras se tomaba una taza de café, algo que sólo consiguió ponerme más nerviosa.

Creía que la excusa del trabajo serviría y me permitiría rechazar sus avances sin que él se molestara demasiado, y así luego, cuando

volviéramos a encontrarnos y yo no estuviera tan avergonzada, pudiera dejarle claro que esa noche no se repetiría y que lo nuestro había sido un error. Lo tenía todo perfectamente planeado para no ofenderlo, ya que un hombre resentido era lo último que quería tener cerca. Y más aún cuando se trataba de un cliente...

—Espero que entiendas, Hank, que tengo un negocio y a veces debo anteponer mi vida laboral a... —comencé mi elaborado discurso con el que pensaba quedar como una mujer responsable y emprendedora, pero él no tardó en echarlo todo por tierra cuando me interrumpió, bastante enfadado, y dijo:

—Hoy es domingo, Cristine.

¿Qué hacer cuando te pillan en una mentira flagrante como ésa? Pues... ¡salir corriendo como una loca! Por desgracia, en mi precipitada huida olvidé que todavía llevaba puestas las esposas en la muñeca derecha y que la llave se había quedado en la cama, un lugar al que estaba más que decidida a no volver. Para mi desdicha, él no parecía compartir mi opinión, algo que no tardaría en hacerme saber.

—No sé qué haces los fines de semana, Cristine, pero decididamente, cada vez eres más perversa. Y eso que te dejé en un aburrido evento de solteros... —dijo Johana, burlándose de ella cuando exigió su presencia en su despacho para mostrarle su problema.

—¡Deja de burlarte de mí y dime si conoces o no a alguien que pueda ayudarme a deshacerme de esto! —exclamó su hermana, mostrándole las esposas que colgaban de su mano derecha y que había intentado ocultar durante todo el día debajo de una elegante chaqueta.

—¿Por qué supones que yo debería conocer a alguien?

—Porque estas cosas te pasan a ti, no a mí —respondió Cristine, molesta, moviendo las esposas con nerviosismo delante de sus narices.

—Te puedo asegurar que nunca he dejado que un hombre me esposase, a pesar de que alguno de ellos me lo ha propuesto —dijo Johana, tomando asiento frente a su confusa hermana, que últimamente mostraba un comportamiento más loco de lo habitual—. Y, cuéntame, ¿cómo has dejado que un hombre hiciera eso contigo, si hasta hace bien poco recelabas de todo tipo de juegos? Incluso me confiscaste ese libro tan subido de tono, donde se daban de tortas, y que viste inapropiado para leer en el trabajo.

—Johana, en el trabajo no se lee.

—Lo que tú digas —replicó su hermana irónicamente—. Dime, ¿en qué

mentira has caído en esta ocasión para acabar así?

—Bueno... No me esposó..., fui yo la que jugué con él —confesó finalmente Cristine algo avergonzada, despertando la atención de Johana con su inesperada respuesta.

—¿En serio?

—Creo que estaba demasiado bebida como para saber lo que hacía — trató de excusarse Cristine, apartando su rostro ruborizado e intentando evitar la curiosa mirada de su hermana.

—Sí, claro... —respondió Johana, con una sonrisita insoportable.

—¡Bueno! ¿Conoces a alguien que pueda ayudarme con esto o no? — insistió Cristine, decidida a no volver a pedirle nunca consejo si no le daba una respuesta válida.

—¿Por qué no le pides la llave al mismo tipo al que le robaste las esposas?

—Porque él sólo ha sido un error que no se repetirá. Entre ese hombre y yo nunca habrá nada.

—Creo que eso mismo dijiste en la última ocasión. En serio, cada vez estoy más interesada por conocer a ese tipo. Primero te llevas su anillo, ahora sus esposas... ¿qué será lo próximo? ¿Su tanga de leopardo?

—¡No sé para qué te pido ayuda! —exclamó Cristine con enfado, mientras le señalaba la puerta de su despacho.

—Porque crees que, al ser yo tu hermana mayor, sé algo de los hombres... Sólo te repetiré lo mismo que te digo siempre: Cristine, los hombres son altamente defectuosos y tú eres demasiado enamoradiza, así que haznos un favor a ambas y no te enamores de ellos.

Y tras estas cínicas palabras, comenzó a alejarse del despacho, no sin antes darle otro consejo:

—Yo que tú llamaba a un buen cerrajero. Eso sí, cuando llegue, házmelo saber. Quiero ver cómo intentas explicarle cómo llegaron esas esposas a tu muñeca.

Y tras sus burlonas palabras, se marchó del despacho de Cristine cerrando la puerta en el momento justo en que su hermana le arrojaba uno de aquellos libros de autoayuda que tanto le gustaba leer para guiarse en su camino hacia ese amor que siempre la esquivaba.

«Aunque, al parecer, en esta ocasión Cristine ha decidido tomar medidas para que el amor no huya de ella», pensó Johana, recordando las esposas que su hermana llevaba.

Decidido a convencer a Cristine de que yo era el hombre adecuado, acudí

a la mañana siguiente a la agencia matrimonial Eternal Heart para hablar con ella. En el bolsillo de mi chaqueta llevaba la pequeña llave de las esposas, pues suponía que ella habría sido incapaz de hallar la manera de quitárselas y de este modo tendría una excusa razonable y legítima para verla sin que pudiera rechazarme.

Por una vez ignoré las persistentes llamadas de mis compañeros, que insistían en que les contara qué había ocurrido esa noche en la que había olvidado mis obligaciones para ir detrás de la mujer que tanto me tentaba, e hice oídos sordos a las reprimendas de mis superiores por no obtener ningún resultado positivo en ninguna de las tareas que tenía asignadas en esos instantes, ya que realmente sólo me interesaba el caso en el que buscaba alejar a aquel embaucador del camino de Cristine.

No quería que cayera en un estúpido enamoramiento con un hombre que sólo jugaría con ella para finalmente traicionarla, aunque, mirándolo desde cierto punto de vista, yo estaba haciendo algo parecido. Aunque, al contrario que el vil gusano al que perseguía, lo hacía por el bien de Cristine, para protegerla. O eso al menos era lo que le decía a mi conciencia para acallarla, cada vez que me acercaba un poco más a ella.

Una vez llegué a Eternal Heart, me pregunté si Cristine habría conseguido quitarse las esposas, mientras tocaba con esperanza la llave de mi bolsillo, ya que si lo había logrado mi excusa no serviría para nada. Entonces la vi pasar, tan atareada como siempre, de camino a su despacho, y bajo la manga de una elegante chaqueta noté el brillo de unas innovadoras pulseras que no quería mostrarle a nadie.

Sin dudarlo un segundo la seguí hacia su refugio, pero me vi obligado a esperar para hablar con ella, pues la bruja que siempre ganduleaba bajo el cartel de Reclamaciones había entrado en el despacho.

No sé cuántas vueltas di por las oficinas, pero lo único que logré fue que el personal comenzase a mirarme con mala cara.

Cuando vi que su hermana salía del despacho, decidí entrar yo, sin atender a los gritos de la secretaria, porque sabía que Cristine no se negaría a verme en cuanto le pidiera que me devolviera una cosa que me pertenecía y que ella se había llevado cuando huyó de mi lado tan precipitadamente.

—Sí, verás, necesito que venga a una dirección para quitarme unas esposas... —estaba explicando Cristine, sin demasiado éxito—. ¡No! ¡No es ninguna broma ni mucho menos una insinuación! ¡No, en absoluto! ¡Por nada del mundo pienso explicarle cómo han llegado ahí! ¡¿Cómo que

se niega?! ¿Acaso no es ése su trabajo? ¡No se atreva a colgarme! ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Mierda! —exclamó abatida mientras colgaba el teléfono y se derrumbaba sobre su escritorio, sin saber cómo hallar una solución a su problema—. ¿Cómo demonios voy a deshacerme de esto?

En el instante en que oyó abrirse la puerta de su despacho, apenas se molestó en alzar la cabeza, muy segura de que sería otra vez su secretaria, hasta que, de repente, notó que alguien le cogía la muñeca firmemente. Al percatarse de quién se trataba, avergonzada, se enfrentó a aquellos ojos que la reprendían con su profunda mirada y, sin decir una palabra, Hank sacó una pequeña llave del bolsillo de su chaqueta y abrió las esposas solucionando su problema.

—Esto me pertenece —dijo, guardándoselas en un bolsillo.

—Yo... bueno... lo siento —se disculpó Cristine, arrepentida por su infantil comportamiento.

—Si querías hacerme saber que lo de esa noche no va a repetirse, no tenías por qué huir de mí, simplemente podías habérmelo dicho. No serías la primera... Y que quede claro: no me gustan nada estos juegucitos que en ocasiones os lleváis entre manos las mujeres... —añadió algo enfadado, decidido a alejarse de quien tan desesperadamente había huido de su lado.

Por lo visto, su suerte no había cambiado y, a pesar de haber acabado más que escarmentado tras su matrimonio, seguía fijándose en las mujeres más inadecuadas para mantener a salvo su corazón.

Así pensaba Hank mientras se alejaba de Cristine, dispuesto a olvidarse de ella, aunque apenas unos minutos antes se había prometido conseguirla. Pero la desesperación que había visto en su rostro le revelaba que ya no tenía nada que hacer a su lado y que todo lo que había imaginado a partir de esa noche que habían compartido eran meras ilusiones de un idiota.

Cristine alzó una mano para detener los pasos de Hank, que se alejaba de ella con la equivocada idea de que habían vuelto a jugar con él. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que lo deseaba? ¿Que le gustaba? ¿Que la atraía como ningún otro, pero a pesar de ello, se negaba a arriesgarse para no perderlo todo? ¿Que si se enamoraba de él y resultaba ser una nueva equivocación perdería todo aquello por lo que tanto había trabajado? Finalmente, bajó la mano, indecisa, vacilando sobre la posibilidad de explicarle a Hank sus dudas y temores, mientras él no llegó a ver que, por unos instantes, ella había pensado que quizá valdría la pena arriesgarlo todo por él...

—Ya os he dicho que no voy a intentar seducir de nuevo a la dueña de esa empresa, por más que insistáis en ello, y de nada os va a servir torturarme con otro de esos cursillos a los que me habéis apuntado.

—¿Es que no vas a soltar prenda sobre lo que ocurrió esa noche? Ya hace una semana desde que tiraste a la basura el magnífico equipo de escucha que te habíamos conseguido... —contestó Jared.

—No pienso decir ni una sola palabra acerca de lo que ocurrió esa noche y opino que lo mejor en esta investigación no es centrarnos en Cristine, sino que deberíamos buscar entre sus trabajadores al posible compinche de ese canalla.

—Sabes que ya han tenido su primera cita, ¿verdad?

—¡No lo sabía, Jared, y no me importa! —le gritó a su desquiciante compañero, al que, aunque tuviera otros casos que atender, le gustaba torturarlo con sus llamadas.

—No te preocupes, colega, no pasó nada. Fue una cena de lo más aburrida en la que él se comportó como un auténtico caballero y ella estuvo haciéndole ojitos toda la velada, elogiándolo por no llevársela a la cama... Ni siquiera las palomitas y el refresco que me tomé en la furgoneta mientras los espiaba pudieron aliviar mi aburrimiento ante la melosa escena.

—¿Se puede saber por qué narices no me avisasteis de que estabais siguiendo a Cristine?

—Pues simple y llanamente porque nos evitabas, Hank. Además, para eso te he llamado hoy, para informarte de que pondremos micros en Eternal Heart, para lo que necesitamos que distraigas a la dueña.

—¡No me jodas! ¿Y cuándo será eso? —preguntó Hank bastante alterado, pensando que si su compañero presenciaba su patético comportamiento averiguaría por qué era tan reticente a seguir con ese caso: porque su estúpido corazón se había vuelto a encaprichar de una mujer y, para su desgracia, en esa ocasión ella tampoco lo deseaba.

—Ahora mismo... De hecho, ¡ya estoy aquí! —informó alegremente Jared, pasando por su lado ataviado con un uniforme de técnico de reparaciones, e ignorándolo como si fueran dos extraños.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —lo interpeló un Hank bastante molesto por teléfono, evitando dirigir una de sus furiosas miradas a su amigo, lo que los delataría a ambos.

—Por lo pronto, ir a una de esas clases a las que te hemos apuntado y distraer a tu profesora. Luego ya te iré diciendo sobre la marcha, ya

sabes cuánto me gusta improvisar.

—Eso me deja mucho más tranquilo —ironizó Hank, sabiendo que sus improvisaciones en los casos que habían llevado juntos, siempre lo convertían todo en un auténtico caos.

—Bueno, en la clase de hoy aprenderemos cómo dejarle claro a nuestro acompañante que no nos interesa —dijo Cristine, comenzando la clase.

—Perfecto... —susurró Hank desde la última fila, golpeándose la cabeza contra la mesa—. Por si no me lo hubiera dejado lo bastante claro con sus palabras y actos del último día, ahora me va a dar toda una clase sobre ello...

—No te preocupes, amigo, esta tortura no dura demasiado —trató de consolar a Hank uno de los sospechosos de su lista, a quien comenzó a considerar borrar de la misma, hasta que continuó hablando—: Además, lo mejor de estos cursillos son las bonitas profesoras que los imparten —dijo, señalando a las dos hermanas Martin: la bella Cristine, que comenzaba con sus explicaciones junto a la pizarra, y la bruja de su hermana, Johana, que estaba sentada detrás del escritorio y se concentraba en... ¿hacer un sudoku?

—No sé qué decirte —replicó Hank, señalando a la arpía que esos momentos parecía haberlos oído, porque soltó su sudoku y se dirigió hacia ellos con un gesto bastante enfadado. Por suerte, ignoró a Hank y sus pullas y se paró directamente delante del guapo y adinerado Derek Dilmore, con el que todas las mujeres del aula parecían encantadas. Todas excepto ella.

—Señor Dilmore, si no le interesa la clase de mi hermana, le invito a abandonarla. Pero si decide quedarse y continúa molestando, estoy más que dispuesta a castigarlo de cara a la pared y a que escriba cien veces como castigo: «No me enamoraré de la mujer inadecuada».

—Creo que ya es demasiado tarde para eso, señorita Martin —declaró Derek con un tono compungido que engañó a toda la clase excepto a Hank, que vio cómo le dirigía una maliciosa mirada a la arpía—. Por eso he venido a esta clase, para aprender de usted —concluyó, aparentando ante todos estar preocupado, mientras en realidad se estaba burlando de la bruja.

Johana miró a Derek fijamente, dispuesta a dedicarle una de aquellas contestaciones que irritaban tanto a sus destinatarios. Pero sus palabras fueron silenciadas por la armoniosa voz de Cristine, que le pedía ayuda para impartir aquella lección en concreto.

Cuando Johana se alejó, Derek siguió sus pasos con una ávida mirada, mientras murmuraba:

—Esto se pone interesante...

—¿Te gusta esa arpía? —le preguntó Hank en voz baja a su compañero de penurias, bastante asombrado por el gusto de algunos hombres en cuestión de mujeres.

—No sólo eso: me he enamorado de esa arpía —confesó Derek con un resignado suspiro, algo que hizo que Hank pensara que, definitivamente, aquel hombre era un santo y decidiera descartarlo por completo de su lista de sospechosos.

Calmar el temperamento de mi hermana para que no acabara espantando a un cliente era muy difícil, pero explicarles a mis alumnos cómo debían rechazar adecuadamente a una persona procurando no herir sus sentimientos era muy complicado. Y más aún cuando la persona con la que había cometido cada uno de los errores que yo misma aconsejaba no llevar a cabo se encontraba frente a mí ese día.

Cuando conseguí que Johana volviera a ocupar su lugar tras la mesa, sin dejar de fulminar a uno de nuestros alumnos con la mirada, decidí comenzar a explicar a los asistentes a mi clase cómo debían comportarse en esas situaciones.

—Si alguna vez os topáis con alguien que no os interesa y es excesivamente persistente, no debéis de esquivarlo ni engañarlo, simplemente decirle con sinceridad que no sentís lo mismo por él y que, por lo tanto, una relación entre vosotros es imposible.

—¿Y si sigue insistiendo? —preguntó una de las alumnas más tímidas a la hora de rechazar a un pretendiente.

—Sólo tenéis que decirle... —empecé, pero cómo no, Johana me interrumpió:

—Dos palabras: soy lesbiana —dijo, alzando por unos instantes la vista de su sudoku para ofrecer ese nefasto consejo.

—¡No! Guardemos eso para los casos extremos... —intervine un tanto alarmada cuando vi a mi alumna tomando nota del consejo de mi hermana.

—¿Por qué? A mí siempre me funciona... —insistió Johana y yo empecé a rogar que el sudoku que estaba haciendo se le complicara y que ya no prestara atención a la clase.

—Creo que lo mejor en estos casos es la sinceridad y... —intenté proseguir con la clase, hasta que el otro dolor de cabeza de mi vida

interrumpió mis palabras:

—¿Y qué haces cuando te rechazan tras una noche apasionada y la mujer, para librarse de ti, te miente descaradamente y te evita? —preguntó Hank.

—Muy fácil, amigo, vengarte de ella —le aconsejó maliciosamente el acaudalado empresario que pretendía invertir en mi empresa, apoyando a su único compañero masculino en aquel mar de estrógenos.

—Creo que en esos momentos lo mejor es preguntarle a ella el motivo de sus actos y dejarlo todo claro entre los dos —dije, soltándole un gran discurso, cuando en realidad estaba temblando por dentro ante la idea de que me preguntara por qué me había comportado como una idiota con él.

—¿De verdad? —preguntó Hank irónicamente, alzando una ceja—. Entonces creo que seguiré sus consejos y me enfrentaré a ella, señorita Martin... —declaró decidido, advirtiéndome de que en esta ocasión no podría escapar de él con vanas excusas.

—También podrías dejar de incordiarla y captar la indirecta: o esa noche fuiste un nefasto amante o se siente culpable por acostarse con el hombre que no debía —intervino Johana, acertando de lleno, como siempre, sin molestarse siquiera en levantar la vista del maldito sudoku.

Durante la siguiente hora, intenté disimular mi nerviosismo al tiempo que trataba de evitar que mi hermana ofendiera a la mayoría de nuestros clientes. Algo nada fácil. Cada minuto que marcaba mi reloj era un infierno para mí, ya que sabía que luego tendría que enfrentarme a Hank y todavía no había decidido qué decirle. Dudaba sobre si lo mejor sería alejarlo de mí con alguna mentira o, por el contrario, contarle la verdad acerca de la estúpida regla que mi madre nos impuso en su momento y que no me había preocupado hasta entonces.

De nada me sirvió que, una vez que finalizó la clase, intentase retrasar nuestro encuentro hablando con mis alumnas o cerrando despacio el local, porque cuando terminé con mis obligaciones y entré en el ascensor, ahí estaba él, aguardando para escuchar mis razones.

Y para que yo no albergara ninguna duda de que me había estado esperando, en el momento en el que el ascensor se puso en marcha, me acorraló contra las paredes de aquel solitario y estrecho lugar y me susurró la pregunta que durante tanto tiempo yo había temido responder.

—Y ahora, ¿me explicarás al fin por qué te acostaste conmigo? —exigió saber Hank con firmeza.

Yo intenté evitar su mirada y rogué por que el ascensor llegara

rápidamente a su destino. Pero al parecer la suerte no me acompañaba, ya que aquel trasto se detuvo súbitamente, haciéndome imposible huir de nuevo de Hank y de las respuestas que él buscaba y que yo temía darle.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté nerviosa, pretendiendo escapar del encierro de sus brazos e intentando apartar uno de ellos, algo que él no me permitió.

—Me importa una mierda lo que esté sucediendo. Sólo quiero una respuesta y no me apartaré de tu lado hasta que la obtenga.

—No creo que éste sea el momento ni el lugar apropiados para hablar de ello.

—¡Oh! Yo creo que sí, porque ahora no tienes adónde ir.

—Tal vez deberíamos hablar después de haber conseguido ayuda para salir de aquí —propuse, señalando nuestra difícil situación. Algo racional con lo que creía haber conseguido un poco de tiempo. Pero definitivamente la suerte no me acompañaba, ya que por el pequeño altavoz que había junto al botón de emergencia recibimos un mensaje muy poco tranquilizador.

—Lo sentimos, estimados usuarios, pero en estos momentos tenemos unas dificultades técnicas con su ascensor. En unos minutos, u horas, serán resueltas.

Y, por si fuera poco, tras ese inquietante aviso, el individuo que intentaba solucionar el contratiempo nos puso música romántica.

—Bueno, creo que ahora tienes todo el tiempo del mundo para ofrecerme una explicación. Y yo para oírla... —dijo Hank cruzando los brazos, consciente de que, aunque me dejara libre, yo no tendría adónde huir.

Finalmente me resigné a decirle lo que sentía, algo que un hombre tan persistente como él no habría tardado en sonsacarme.

—Creo que me atraes, pero sé que no eres el adecuado... —murmuré, expresando una verdad a medias.

—¿Así que te atraigo? —susurró Hank acercándose a mí y haciéndome estremecer con su cálido aliento junto a mi cuello—. ¿Y qué pasó esa noche para que te acostaras con, según tú, «un hombre inadecuado»? —preguntó a continuación, negándose a dejarme marchar.

—Que no pude resistirme a ti —dije, confesando finalmente la verdad de todo lo que había sentido ese confuso día por él.

—Y dime una cosa, ¿puedes resistirte a mí ahora? —murmuró ladino junto a mi oído, dejando un tentador camino de besos por mi cuello,

mientras me acercaba a su cálido cuerpo.

—No —confesé, dejándome llevar por el deseo que últimamente invadía mis sueños, unos sueños en los que no podía olvidar la noche en que sucumbí a él.

Hank no esperó a escuchar ninguna más de mis excusas. Ni siquiera se atrevió a preguntarme por qué lo había rechazado después de nuestro encuentro. Simplemente se deleitó con el placer de que lo hubiera dejado tenerme una vez más entre sus brazos.

A la vez que sus besos bajaban tentadoramente por mi cuerpo, sus manos me subieron la falda lentamente. Me besó el cuello sin dejar de susurrar cuánto me deseaba. Con una mano me desabrochó los botones de la chaqueta, mientras llevaba la otra debajo de mi ropa interior.

Sus labios probaron el sabor de cada parte de mi piel que dejaba expuesta a su ávida mirada. La bonita blusa que llevaba debajo de la chaqueta se convirtió en una barrera que él tomó como un desafío cuando me alzó entre sus brazos y, pegándome la espalda a la pared del ascensor, comenzó a abrir los botones con la boca.

Sus fuertes manos me agarraron las piernas con brusquedad, haciendo que le rodeara la cintura con ellas, y no tardó en introducir de nuevo una mano debajo de mi liviano tanga, rozando mi húmedo sexo, que reclamaba con ansia el placer de sus caricias.

Cuando tuve la blusa desabrochada por completo, ni siquiera se molestó en quitármela, simplemente fijó su ardiente mirada en mi sujetador de encaje y me lo bajó con algo de brusquedad, dejando expuestos mis senos ante sus ávidos ojos. Me ruboricé, pero él me sonrió poco antes de devorarlos con su boca, torturando mis erectos pezones con lengua y dientes.

Arqué la espalda contra la pared del ascensor, acercándome más ante sus caricias, mientras agarraba sus fuertes hombros sin poder evitar que de mis labios surgieran gemidos de placer.

La atrevida mano que permanecía dentro de mi tanga no tardó mucho en apartarlo de su camino e introducir un dedo en mi húmedo interior haciéndome gritar. Me abandoné a él, moviéndome lascivamente sobre su mano, mientras su dedo marcaba el ritmo del placer. Hank introdujo otro dedo y, sin dejar de acariciar mi clítoris, me hizo convulsionarme entre sus brazos.

Cuando estaba próxima a alcanzar la cúspide del placer, me dio un mordisco en uno de mis excitados pezones que me hizo mezclar las sensaciones de placer y dolor en un mismo momento, deseando más...

Pero Hank no me lo permitió y alejó sus traviosos dedos de mí. Protesté ante lo vacío que se quedó mi cuerpo con su abandono, y me retorcí entre sus brazos anhelando más, más caricias, más de aquel loco deseo con aquel hombre que tenía prohibido.

—¿Volverás a huir de mi lado? —preguntó malicioso, recorriendo con su mirada mi encendido cuerpo, y sólo cuando yo negué con la cabeza, se bajó la cremallera de los pantalones y, sacando su erecto miembro de su encierro, se adentró en mí con una brusca embestida, estableciendo el ritmo que nos guiaría hacia el éxtasis.

Sus labios acallaron mis gritos y sus manos guiaron mi cuerpo abriéndome a él y a sus fuertes embates. No tardé demasiado en estremecerme de placer y clavé las uñas en sus fuertes hombros por encima de su traje. Hank incrementó entonces el ritmo de las embestidas y yo alcancé un orgasmo en el que él me acompañó.

Tras derrumbarme exhausta contra la pared del ascensor y notar cómo me sujetaba delicadamente contra su cuerpo, negándose a dejarme marchar, me di cuenta de que habíamos vuelto a ponernos en marcha, aunque eso ya no me importaba demasiado.

Mientras trataba de arreglarme la ropa, Hank formuló una dulce pregunta que me hizo reflexionar sobre si verdaderamente sería un error tan grande enamorarme de una persona como él.

—¿Por qué no me dejas intentar ser el hombre adecuado? —preguntó, rogándome una oportunidad.

Lo miré a los ojos sin saber qué decir. Pero a pesar de lo mucho que me atraía, todavía tenía demasiado miedo de volver a equivocarme, así que, evitando su mirada, contesté con una sinceridad con la que nunca le había hablado a nadie.

—Porque no puedo... —Y me aparté de él mientras esperaba a que las puertas del ascensor se abrieran—. Porque si me enamoro de ti y me equivoco de nuevo, lo perderé todo —confesé finalmente, antes de alejarme otra vez, como justamente hacía tan sólo unos instantes había prometido no volver a hacer.

Capítulo 8

Por si no me había quedado suficientemente claro que nuestro desenfrenado encuentro en el ascensor no significaba nada para ella, Cristine no había dudado en demostrarme a lo largo de todo un interminable mes que estaba resuelta a no enamorarse de mí, y que por nada del mundo le daría una oportunidad a lo nuestro.

Eso sí, con la amabilidad que la caracterizaba, me lo hizo saber de una forma de lo más calmada y sutil: llenando mis días de citas con numerosas mujeres a las que yo no deseaba conocer en realidad. Y dado que sus esfuerzos no parecían obtener los resultados deseados por ella, lo último que decidió hacer, para que yo captara de una vez por todas la indirecta de sus múltiples rechazos, fue tener una cita con mi sospechoso principal delante de mis narices.

Cabía pensar que encontrármela en el restaurante era una simple coincidencia, pero nadie, ni siquiera yo, sería tan idiota. Y más aún cuando había sido ella quien había organizado mi cita de esa noche en ese lugar. Pero a pesar de los múltiples intentos de Cristine de buscarme una pareja para que me olvidara de ella, yo no estaba dispuesto a abandonar, porque aún no sabía lo que significaban las últimas palabras que me había dicho en el ascensor antes de alejarse de mi lado.

¿Cómo podía perderlo todo por enamorarse de mí? ¿Y por qué demonios yo no podía ser el hombre adecuado para ella? Ésas eran preguntas para las que, lo quisiera Cristine o no, yo estaba absolutamente decidido a obtener respuesta.

Al parecer, mi tortura de ese día había aumentado de nivel, ya que mi mesa había sido estratégicamente colocada para que pudiera observar cómo Cristine y su pareja se hacían carantoñas bajo la tenue luz de las velas. Y, para colmo, aquel idiota, más falso que una moneda con dos caras, había osado contratar a un violinista que interpretaba junto a ellos románticas melodías.

Tuve ganas de levantarme de la silla, romper el instrumento en la cabeza del músico, detener al estafador de una vez y echarme a aquella reacia mujer sobre el hombro y llevármela de allí, pero como ése no era el comportamiento adecuado para un lugar elegante como aquél, y además mis compañeros me estaban vigilando, apreté los dientes mientras

intentaba distinguir qué sandeces estaba susurrando él al oído a Cristine para que ella se riera de esa manera.

—¡Oh! ¿No crees que es romántico! —preguntó mi pareja, una atractiva rubia que no me molesté en mirar dos veces, ya que me recordaba demasiado a mi exesposa y, además, yo ya estaba enamorado.

—Si tú lo dices... —repliqué, cortando enfadado mi filete, imaginando que era el cuello de aquel tipejo.

—Ésos son gestos románticos que todos los hombres deberían tener por lo menos una vez en la vida —dijo ella, señalándome a Cristine y al idiota, un comentario nada afortunado en esos momentos en los que yo no estaba de humor.

—Vale —suspiré, resignado a seguir escuchando más tonterías.

—¿No crees que están hechos el uno para el otro? —continuó la rubia, emocionada, señalando a Cristine y a aquel vil gusano. Algo que me molestó bastante.

—No, no lo creo.

—Eres un poco reacio a enamorarte, ¿verdad? —preguntó ella, molesta, señalando mi desagrado ante la melosa escena.

—No, sólo soy reacio a enamorarme de alguien idiota —repliqué con enfado, mientras veía cómo él acariciaba suavemente la mano de Cristine.

Pero por lo visto mis palabras fueron malinterpretadas, ya que mi acompañante se levantó bruscamente de la silla y, arrojándome su vaso de agua a la cara, declaró indignada:

—¡Yo no soy ninguna idiota!

Luego se marchó. Y, aunque yo debería haber ido detrás de ella para fingir que me importaba algo, me sequé la cara dignamente con una servilleta y continué con mi cena, sin apartar la vista de la mesa de Cristine, sabiendo que ella había planeado todo ese teatro sólo para mí. Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para alejarme de su lado era otro asunto, uno que yo no pensaba perderme.

Si había ideado esa espléndida y romántica cita en el lujoso restaurante de un hotel sólo fue para alejar a Hank, para que se diera cuenta de que no me importaba y de que lo nuestro no había significado nada para mí. Y también, claro estaba, para que no me buscara más haciéndome constantes preguntas que yo no quería responder. Lo malo de mi brillante plan era que no era cierto que Hank no me importara. Seguía atrayéndome y lo nuestro había significado más de lo que yo quería

admitir. No podía olvidarlo y cada vez me sentía más tentada de revelarle por qué no era el hombre adecuado para mí.

A pesar de todo lo que sentía, había intentado alejarlo centrándome en mi trabajo. Aparentando ser una perfecta profesional, le planifiqué numerosas citas con hermosas mujeres, y cada vez que él acudía a una de ellas, yo me pasaba la noche en vela, preguntándome si se habría enamorado o se habría acostado con otra para olvidar mi rechazo.

Por suerte o por desgracia, hasta el momento las mujeres a las que les había aconsejado que salieran con Hank siempre acudían a la mañana siguiente a mi despacho con alguna que otra queja sobre su comportamiento. Y aunque eso no debería hacerme feliz, me provocaba una sonrisa y suspiraba aliviada, ya que mi palpitante corazón volvía a tranquilizarse.

Como no podía pasar más noches sin dormir tras planearle una nueva cita a Hank, quedé con Chad para poder espiarlo con un conveniente pretexto, lo que también me sirvió para alejarlo de mí. En verdad, ni yo misma sabía lo que quería cuando estaba junto a él.

Suspiré, resignada a no aclarar nunca mis confusos sentimientos por Hank, y mientras esperaba a que algunas de mis dudas se disiparan con el caro champán que mi acompañante había pedido, vi cómo la cita de Hank le hacía ojitos e intentaba insinuarse con sensuales posturas que mostraban su profundo escote.

En ese momento me sentí tentada de levantarme, cerrar el escote de esa atrevida mujer y volver a esposar a Hank a mí para que sólo pudiera fijarse en una mujer: yo. Después recordé que debía alejarlo de mi lado a toda costa, ya que no quería perder mi empresa por un hombre, ni tampoco a un par de muy necesarios clientes, si interrumpía la cita que yo misma había organizado entre Hank y su pechugona acompañante. Así que, suspirando resignada, intenté centrarme en el hombre que tenía delante y sus melosas palabras, que a cada segundo que pasaba me sonaban más falsas. En especial cuando, de vez en cuando, intercalaba estúpidas preguntas como cuál era mi color favorito, el nombre de mi mascota o el lugar donde nací, con algún que otro vano halago.

Ignorando los defectos que veía ahora en Chad y de los que en un principio no me había percatado, contemplé de nuevo sus hermosos ojos azules e intenté concentrarme en él y en el romántico ambiente que nos rodeaba, junto con la melodiosa música que nos acompañaba. Después de intentarlo durante un buen rato, devolviéndole falsas sonrisas y alguna que otra estúpida risita en respuesta a sus pretendidamente

ingeniosos comentarios, me di por vencida.

Y, una vez más, fui incapaz de comprender por qué alguien como Chad no me atraía nada en absoluto o por qué mi corazón no se aceleraba cuando estaba a su lado si era el hombre perfecto que siempre había buscado: atractivo, rico, amable y de palabras cariñosas.

Por lo visto, mi inconstante corazón una vez más había ido por libre y había elegido a un policía rudo, arisco, bastante persistente..., «y que no sabe tratar a las mujeres», añadí mentalmente a su lista de defectos con una sonrisa, cuando vi cómo su pareja lo abandonaba, no sin antes echarle un vaso de agua encima. Y mientras cualquier persona razonable se habría marchado del lugar tras este vergonzoso hecho, el persistente Hank simplemente acomodó su silla para no perder de vista la mesa en la que yo me hallaba.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me hizo saber con su mirada que no estaba dispuesto a irse hasta que yo abandonara el restaurante. Si me permitiría salir del establecimiento acompañada era algo que sinceramente dudaba, sobre todo cuando lo vi cortar sin compasión su filete, sin dejar de dirigirle furiosas miradas a mi acompañante.

Después de una agradable cena, Cristine no pudo negarse a tomar una copa en el nuevo local de moda que habían abierto hacía poco en aquel prestigioso y conocido hotel. Un lugar imprescindible para todas las parejas y, cómo no, para algún que otro soltero. Tal vez la velada podría haber sido perfecta y ella podría haber acabado enamorándose de Chad de no ser por un pequeño detalle: un persistente hombre que se negaba a dejar de vigilarla, a pesar de que su encuentro con otra mujer hacía mucho tiempo que había finalizado. Bajo la estricta mirada de Hank, que la retaba a comprobar cuánto tiempo podría seguir negando que él era en realidad a quien ella deseaba, Cristine dio los pasos que habría dado cualquier mujer en una de sus citas. Así que, después de la cena de rigor y una copa, bailó una romántica canción bajo la tenue luz del local. Y, a pesar de que debería haberse concentrado en su acompañante y en las insinuantes palabras que éste susurraba en su oído, ella no podía dejar de mirar continuamente hacia la barra donde estaba Hank.

—¿Se puede saber qué narices haces aquí? —preguntó Hank, molesto, al ver que su compañero Jared tomaba asiento junto a él a la barra del bar y pedía una extravagante bebida sin alcohol.

—Ayudarte a vigilar a tu sospechoso y, de paso, evitar que lo detengas antes de tiempo.

—Yo nunca haría eso, sé perfectamente cuál es mi deber.

—Claro y tampoco le pegarías un puñetazo a un superior jugándote el puesto, ¿verdad? —preguntó Jared irónico, recordándole por qué se hallaba relegado a aquella aburrida misión en ese momento.

—¡Eso fue distinto! Melanie era mi mujer y yo estaba muy afectado por las circunstancias.

—¡Tío, si yo estoy contigo! —exclamó Jared, alzando su copa hacia él en señal de apoyo—, pero paso de otra misión como ésta, así que antes de que te vuelvas loco de celos y te dé por golpear a todo bicho viviente que mire a esa morena de bonitas piernas de la que te has encaprichado, aquí estoy yo para hacerte entrar en razón.

—¿Y quién te ha dicho que me he encaprichado de Cristine? —inquirió Hank, disgustado porque su interés por ella fuera tan evidente.

—Tú mismo. Lo he deducido por la cara de idiota que pones cada vez que la miras, porque en estos momentos tienes los puños cerrados para no dirigirte hacia nuestro sospechoso y golpearlo por meterse en tu terreno y, finalmente, por tu silencio sobre lo que ocurrió esa noche en la que te dejé encerrado en un pequeño ascensor con una atractiva mujer. Algo realmente estúpido, ya que todos los hombres sabemos cómo acabaría una situación como ésa. Pero ¡eh, tío!, respeto tu silencio. Eso sí, me quedo con las grabaciones...

—Me vas a dar cada una de las grabaciones de ese ascensor... —amenazó Hank, sujetando a su amigo por las solapas de su elegante traje.

—¿Ves cómo sabía yo que pasó algo? —sonrió Jared, que con sus mentiras finalmente había conseguido sonsacarle a su compañero lo que éste se negaba a contar.

—Déjate de bromas y dime si hemos avanzado algo con esas escuchas que pusiste en Eternal Heart —ordenó Hank impaciente, soltándolo.

—Sí, hemos averiguado algunas cosas. Ahora sabemos lo que nunca debemos decirle a una mujer, que la borde que trabaja en Reclamaciones está liada con el ricachón de Derek Dilmore y que las mujeres lloran a moco tendido por las cosas más absurdas. Me sangran los oídos de tanto oír estupideces, por lo que me estoy turnando con los demás para no sufrir yo solo esa tortura. Pero a pesar de todo, no hemos encontrado a ningún sospechoso que podamos relacionar con el estafador.

—¡Estupendo! Ese imbécil se está acercando a ella y yo no tengo nada para detenerlo.

—¡Oh, sí que tenemos algo! El principito ha hecho su jugada con la dueña de otra empresa y está intentando conquistarla, así que ahora que juega a dos bandas tal vez incurra en algún error y ahí estarás tú para pillarlo.

—¡No me digas que me habéis apuntado a otra agencia matrimonial para buscarme pareja y otra vez habéis tenido la brillante idea de que seduzca a una nueva propietaria, porque me niego absolutamente! —respondió Hank tajante, bastante enfadado con las locuras de sus compañeros, mientras daba un largo trago a su bebida.

—No, tío, ahora te hemos apuntado a una agencia que se encarga de ayudar a ponerle los cuernos a su pareja a quien lo desee —anunció Jared jovialmente, haciendo que Hank se atragantara con su bebida—. ¡Vamos, vamos! No es para tanto.... —añadió, golpeando la espalda de su colega—. Sólo tendrás que ir mañana por la noche a investigar. Celebrarán una fiesta de máscaras en un local de moda algo siniestro. Te das una vuelta por allí y miras si está el sospechoso y si habla con alguien que te suene haber visto en Eternal Heart.

—Ajá... ¿Y qué maravillosa tapadera os habéis inventado en esta ocasión? —preguntó Hank, mientras se limpiaba con una servilleta el traje que se había manchado al atragantarse ante tan sorprendente noticia.

—Que eres un hombre que lleva años casado con una arpía llamada Melanie y que, harto de sus infidelidades, has decidido tirarte tú también a todo lo que se te cruce por delante.

—¿Habéis usado mi nombre real con esta otra agencia también? —preguntó él con cansancio, disgustado porque sus compañeros no hacían demasiado esfuerzo a la hora de crearle una tapadera: simplemente se limitaban a contarle su vida a todos.

—¡No te preocupes! Allí no hay que dar nombres de verdad, tan sólo un apodo. Te hemos puesto... ¡Magnum 69!

—¿En serio? ¿Por qué no me ponéis un post-it en la cabeza que diga «Soy policía y vengo a infiltrarme»? —ironizó Hank, masajeándose lentamente las sienes.

—¡Eh, tío, que lo decidimos entre todos! Además, «Policía cachondo» ya estaba cogido...

—¡Joder! Pero ¿en qué pensáis cuando os inventáis mis tapaderas para este caso?

—La verdad es que intentamos pensar lo menos posible.

—Sí, ya lo sé... —respondió Hank, resignado, dejando de prestarle atención a su amigo por unos instantes para observar cómo Cristine, un

poco mareada, se dirigía a la salida del local. Sus pasos no la llevaban precisamente hacia las puertas del exterior del hotel, sino hacia el hall, y tal vez hacia las habitaciones de la planta superior, muy bien guiada por las manos del embaucador.

—Si me perdonas un momento, tengo que evitar que la imprudente mujer que amo cometa un grave error —declaró Hank, poco antes de alejarse apresuradamente.

—¡Eh, tío! ¡Procura que no te vea el sospechoso... y suerte con el amor! —dijo Jared, mientras imitaba a Cupido y le lanzaba flechas de amor a su amigo. Para su desgracia, un grupo de atolondradas chicas que celebraban una despedida de soltera se cruzó en su camino, y creyendo que sus gestos eran insinuaciones hacia ellas, se le acercaron. Pero por muy guapas que fueran, y a pesar de lo payaso que Jared podía ser en ocasiones, cuando se hallaba en una misión apartaba cualquier posible distracción de su camino.

—¡Hola! Te hemos visto lanzándonos flechitas —dijo una joven pelirroja bastante atractiva, entre tontas risitas.

—¿Quién eras? ¿Cupido? —bromeó insinuante una voluptuosa rubia, acercándose a él.

—Lo que hay que hacer por los amigos... —masculló Jared, sin dejar de observar desde la distancia los pasos de su imprudente compañero—. Bueno, ¡qué remedio! Todo sea por la amistad —murmuró en voz baja, antes de disponerse a espantar a aquellas mujeres, perdiendo de paso una gran oportunidad.

—¡Sí, seguro que eras Cupido y nos estabas lanzando flechitas de amor! ¿Verdad? —intervino emocionada, y algo achispada, una bonita morena.

—No, señoritas, era Legolas cazando orcos... —replicó Jared con su mejor sonrisa, recibiendo tras su respuesta una decena de fulminantes miradas. Y tras su actuación para alejar a la tropa de mujeres, Jared se dispuso a seguir a su compañero desde lejos y servirle de apoyo, si le hacía falta, en la dificultosa tarea que era estar enamorado.

Después de la primera copa en el bar estaba algo mareada y eso que durante la cena no había bebido demasiado. No era normal que después de tan sólo una copa y un simple baile me sintiera tan mal.

Chad me propuso que descansáramos en una de las habitaciones del hotel, pero yo, a pesar de lo amable que siempre había sido conmigo, me sentía reticente a acompañarlo. Aunque estaba segura de que se comportaría como un auténtico caballero, y no como otro que no dudaría

en aprovecharse de mí, pensé algo confusa, recordando de repente al hombre que había querido olvidar en esa velada.

Le pedí a Chad que me acompañara hasta los servicios del vestíbulo y él, amablemente, lo hizo y se quedó esperándome junto a la recepción por si cambiaba de idea. Me lavé la cara un tanto aturdida y, sintiéndome indispuesta, no me pareció tan mala idea descansar un poco en alguna de las habitaciones del hotel.

Cuando salí del servicio dando tumbos, una ruda mano me cogió del brazo. Me volví alarmada y bastante desorientada y apenas pude enfocar mi nublada vista en el hombre que me atraía junto a él. Me tranquilicé después de reconocer la ruda y áspera voz de Hank, aunque empezó a decir cosas de lo más extrañas...

—Pupilas dilatadas... —musitó, abriéndome bruscamente un ojo con los dedos—, reducción de la secreción salival —dijo a continuación, al ver que tenía la boca seca—, contracción de los vasos sanguíneos —continuó, tras tomar mis manos entre las suyas y constatar que las tenía heladas—, y pasividad absoluta... ¡Ese hijo de puta te ha drogado! —declaró finalmente, cogiéndome cariñoso en brazos y cubriéndome con su chaqueta.

No sabía adónde me llevaba, pero en esos momentos tampoco me importaba demasiado, porque finalmente me hallaba en el lugar donde más había deseado estar durante aquellas largas semanas: entre sus brazos.

—¡Jared! ¡Distrae a ese cabrón! ¡Me la llevo de aquí ya! —gritó Hank a través del teléfono móvil, que sujetaba precariamente con una mano, negándose a soltarme.

Así que, ante su dificultad, cogí yo su móvil y se lo sujeté junto al oído para que Hank pudiera hablar con su amigo sobre algo que mi confusa mente no llegaba a comprender.

—¡Me importa una mierda cómo lo hagas! ¡Por mí como si te lo ligas! ¡Ese malnacido la ha drogado con escopolamina y, o me la llevo de este hotel a un lugar seguro, o arresto a ese hijo de puta ahora mismo y mando a la mierda la misión! ¡Y créeme cuando te digo que ese niño bonito acabaría muy mal si se enfrentase a mí en estos momentos!

Tras una breve pausa en la que su amigo intentó calmarlo, supe que no lo estaba en absoluto cuando me apretó más fuerte contra su pecho, mientras gritaba muy enfadado:

—¡¿Que me calme, Jared?! ¡¿En serio estás pidiéndome que me calme?! ¡Joder, Jared! ¡La droga de los violadores! ¡No me digas que no imaginas

lo que venía después! Sí... Más vale que lo distraigas tú o lo haré yo con mis puños y al cuerno la operación... —finalizó serio y sólo cuando sus músculos dejaron de tensarse de pura indignación supe que la conversación había terminado.

»Preciosa, ya puedes dejar de sostenerme el móvil —dijo, dirigiéndome la más amable de sus sonrisas.

Yo lo aparté de su oído y lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta que me cubría los hombros. Luego me acurruqué más y suspiré cuando Hank susurró:

—Tranquila, yo te protegeré.

Mientras pasábamos por el vestíbulo sin que nadie nos prestara atención, gracias al escándalo que había en él, creí vislumbrar a un grupo de chicas que celebraban una despedida de soltera rodeando a Chad, creyendo que era un *stripper*. Incluso, varias de ellas, animadas por la bebida, intentaban arrancarle alguna que otra prenda. Lo más raro era que el instigador de ese malentendido parecía ser el hombre que acompañaba a Hank en la barra del bar hacía unos minutos.

Cuando nos íbamos, ese extraño sujeto estaba poniendo una sensual melodía en su móvil y animando a la multitud de enloquecidas mujeres a meter dinero en los pantalones de Chad. De hecho, creo que él mismo fue el primero en introducir un billete de un dólar. A partir de ahí, todo se descontroló y el grupo de mujeres ebrias se abalanzó sobre Chad. Yo quise ayudarlo, pero estaba demasiado cómoda entre los brazos de Hank, así que simplemente me rendí al sueño cuando mi tierno policía susurró cariñoso sobre mi cabeza:

—Tranquila, cariño, nos vamos a casa.

Quise preguntarle si pensaba llevarme a mi casa o a la suya, pero me despreocupé cuando besó amorosamente mis labios. Así que me rendí, dejando que el hombre que amaba me llevara a donde quisiera, siempre que siguiera estando entre esos fuertes brazos que me daban tanta seguridad y me demostraban tanto cariño.

Capítulo 9

—¡Dios mío, cómo me duele la cabeza! —murmuró Cristine al desperezarse en el mullido colchón, sin abrir aún los ojos para no empeorar su descomunal jaqueca.

Pero mientras se estiraba, sus manos tocaron con un robusto obstáculo que no era otro que el cuerpo desnudo de un hombre. Rápidamente, se incorporó en la cama y abrió los ojos desorientada. Después suspiró aliviada al reconocer a quién pertenecía aquella austera habitación.

En ella, aparte de un viejo armario empotrado y aquella enorme cama, sólo había algunos llamativos objetos sobre la mesilla de noche que se encontraba junto al lecho. Objetos tales como un par de esposas, una porra y la funda de una pistola, lo que habría sido muy alarmante si no conociera tan bien al propietario de cada uno de ellos y no supiera que era totalmente inofensivo.

O eso al menos es lo que Cristine creía, porque apenas se acordaba de lo que había sucedido la noche anterior, y su mente, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, permanecía parcialmente confusa. Recordaba todo lo sucedido hasta el momento en que salió del servicio de señoras de aquel lujoso hotel. Después de eso, no tenía recuerdos de haberse despedido de su cita, ni de qué manera había salido del hotel o cómo había acabado en casa de Hank, y, por supuesto, tampoco de por qué se hallaba en su cama con una de sus enormes camisas por toda indumentaria.

Intentó rebuscar una vez más en sus borrosos recuerdos, hasta que unos fuertes brazos la acogieron, atrayéndola hacia la calidez de un cuerpo que era lo único que no conseguía olvidar por más que se empeñara.

—No intentes recordar, no vas a conseguirlo. Sólo lograrás un gran dolor de cabeza.

—¿Qué pasó ayer noche? ¿Cómo llegue aquí? ¿Qué estoy haciendo en tu cama? ¿Y por qué no recuerdo nada? —preguntó Cristine, tan confusa y desorientada que sólo tenía ganas de llorar.

—Tranquila, cálmate. No pasó nada entre nosotros, sólo te cambié de ropa cuando te traje a casa —explicó Hank mientras la estrechaba con fuerza entre sus protectores brazos y le besaba tiernamente la cabeza.

—¿Y qué hay de Chad? —quiso saber Cristine, algo asustada por la

posibilidad de haber hecho algo con un hombre al que en verdad sólo utilizaba como excusa para alejar de ella al que verdaderamente quería.

—Con ese tipejo menos aún... —declaró Hank, bastante enfadado.

—Hank, ¿por qué no recuerdo nada de lo que pasó ayer noche después de salir del servicio de señoras? —preguntó ella.

—Cariño, porque ayer tu querida cita te echó una droga en la bebida. Una que es conocida como la droga de los violadores, que produce sumisión en las personas afectadas y borra su memoria.

—Chad no haría eso, tal vez fue el camarero o... —apuntó inocente Cristine, apartándose del hombre que osaba acusar de algo horrible a una persona amable y encantadora que sólo se había acercado a ella como un amigo.

—¿Y por qué no? —preguntó Hank, bastante molesto con la ceguera de esa mujer que se empeñaba en pensar siempre lo mejor de las personas, cuando había algunas que simplemente no tenían ni un ápice de bondad.

—Porque siempre se comportó como un caballero: me acompañó cuando me encontraba mal, e incluso se ofreció a pagar una habitación en la que pudiera descansar hasta que estuviera mejor.

—¡Joder, Cristine! ¿Por qué narices eres tan confiada? ¿Es que no ves que sólo quería aprovecharse de ti? —exclamó Hank, levantándose bruscamente de la cama y paseando inquieto por la habitación con unos simples pantalones de deporte como única indumentaria.

—Hank, estás celoso y...

—Cierto, como hombre me siento terriblemente celoso —confirmó él, tumbándose sobre Cristine y aprisionándola debajo su duro cuerpo para que no pudiera negarse a escuchar la verdad y no huyera de nuevo de su lado—, pero también soy policía, cariño, y sé reconocer a un mal tipo en cuanto lo veo. Y ese tal Chad, definitivamente, no es trigo limpio.

—Chad siempre me ha tratado con amabilidad, educación y respeto, así que no puedo creer lo que dices de él. Además, ha sufrido mucho por la muerte de su mujer y...

—¡Sí, claro! Si ese tipo ha tenido una esposa en alguna ocasión, yo estoy dispuesto a comerme el letrero de Reclamaciones de Eternal Heart... —contestó irónico, negándose a moverse de su posición, por más que Cristine lo fulminara con la mirada.

—¿Viste a Chad echar esa droga en mi bebida? —preguntó ella, impaciente ante su obtusa reacción.

—No.

—Pues entonces no puedes demostrar que Chad sea el culpable. Lo más

probable es que en estos momentos tenga decenas de llamadas perdidas tuyas en el móvil. Debe de estar preocupado porque desaparecí de su vista sin despedirme siquiera.

—O porque simplemente quiere saber por qué no acabaste en su cama como él había planeado.

—¡Oh, Hank! ¡Suéltame! ¡Por más que insistas no voy a desconfiar de alguien que es maravilloso!

—¡Ya, prefieres desconfiar de un hombre que tiene muchos años de experiencia tratando con criminales! —replicó él, molesto por que no atendiera sus advertencias, y consigo mismo por no poder revelarle quién era en realidad ese tipo que la rondaba—. Una última pregunta antes de dejarte marchar, ¿por qué no puedes enamorarte de mí?

Cristine dudó unos segundos si contarle la verdad, pero la firme mirada de Hank le aseguraba que no le permitiría irse hasta que le aclarase esa cuestión, así que, sin atreverse a mirarlo a los ojos, finalmente se lo reveló:

—Según una absurda norma que impuso nuestra madre en Eternal Heart, si Johana o yo mantenemos algún tipo de relación con un cliente, la que incurra en ese error deberá cederle su parte de la empresa a la otra...

—Así que para ti sólo soy un error —dijo Hank, comprendiendo al fin por qué huía de su lado: para ella su empresa siempre sería lo primero, mientras que él sólo era alguien de paso en su corazón.

Después de descubrir la verdad sobre lo que significaba él para la mujer que amaba, Hank se apartó de ella, liberándola de la prisión de su cuerpo. Cristine no tardó en correr hacia el baño, donde se arregló para el único amante que siempre tendría un lugar en su vida: su trabajo.

—Hank, yo... gracias por tu ayuda y... —intentó excusarse por todo lo que había ocurrido entre ellos.

Un error tan grande que había llevado a Hank a pensar que de nuevo se había enamorado. Pero como le había sucedido la vez anterior, la mujer que amaba sólo era una ilusión. Por lo menos esa vez no había sido tan estúpido como para darse cuenta de ello demasiado tarde, pensaba con amargura.

—Y dime, Cristine, ¿cuántos errores como yo ha habido en tu vida desde que diriges tu empresa? —quiso saber Hank, decidido a no escuchar más mentiras de sus labios.

—Tú eres el primero... ¡y el último! —gritó Cristine, huyendo del dolor que le produjeron esas palabras procedentes de un hombre al que no

podía dejar de amar por más que se empeñara en ello.

Ese día abrí las puertas de Eternal Heart con una falsa sonrisa dirigida a todas las personas que se encontraban en la empresa y especialmente a las parejas a las que en esos instantes, con mi corazón malherido, no tenía ningunas ganas de contemplar. Después enfilé directa hacia mi despacho, donde podría derrumbarme a gusto y dejar de ser la eficiente celestina que todos admiraban, para poder convertirme en la desastrosa mujer que siempre se equivocaba a la hora de enamorarse.

Para mi desgracia, mi despacho ya estaba ocupado por mi hermana. Quise echarla de allí para desahogarme a gusto y llorar a moco tendido sobre mi escritorio, pero cuando vi que estaba hablando por teléfono con alguien con bastante seriedad, me preocupé. ¿De verdad? ¿Johana Martin trabajando? Eso sólo podía ser un error o yo, a causa de mi depresiva situación sentimental, había empezado a delirar.

—Cristal, ¿estás totalmente segura de que esa empresa de adúlteros nos está quitando clientes? ¿Se puede saber cómo te has enterado? —preguntó Johana, moviendo impaciente la silla giratoria, mientras alzaba burlona una ceja—. Sí, ya... por trabajo... ¿Y a quién te estabas trabajando? ¿A ese portero tan guapo o al barman de bonita sonrisa que...?

—¡Aquí lo importante es saber quién me..., es decir, quién nos está quitando los clientes! —exclamé preocupada, tras arrebatárle el teléfono a mi hermana, que ya empezaba a divagar sobre cosas que no tenían nada que ver con el trabajo.

Como ella no quería perderse ni un segundo de la conversación, le dio al botón del manos libres y me quitó el auricular.

—Veréis —explicó Cristal—, en el club de al lado de donde yo trabajo, la semana que viene van a celebrar una fiesta por todo lo alto de esa empresa nueva que se llama Date el Gustazo. Si habéis leído la publicidad que circula por internet, sabréis que se dedican a incitar a las parejas a que cometan infidelidades, algo de lo que yo estoy totalmente en contra, porque yo creo en el amor que dura para siempre y...

—¡Vale, vale! Eres una romántica empedernida. Ahora ve al meollo de la cuestión, Cristal —la cortó Johana, tan interesada como yo en saber más del asunto.

—Pues el caso es que cuando yo estaba hablando con mi amigo Jeff, que es barman del local de la celebración, vi a los organizadores hablando con algunos de sus nuevos clientes, informándolos de la hora y

explicándoles las normas del evento. Y entre las nuevas incorporaciones reconocí a muchos de vuestros clientes.

—¿Ah, sí? Y dime, Cristal, ¿cómo sabes tú quiénes son nuestros clientes?

—pregunté confusa, ya que Cris, ese robusto hombre de piel de ébano que era compañero de piso de mi hermana y que usaba el álter ego de Cristal, había pasado por Eternal Heart en muy contadas ocasiones.

—Muy fácil: cuando Johana se aburre, se trae las fichas de los clientes a casa para criticarlos.

—Sabes que los expedientes de nuestros clientes son confidenciales y que nunca deben salir de esta empresa, ¿verdad? —le pregunté a mi hermana, muy molesta. Aunque, por una vez, su nefasto comportamiento había servido de algo.

—¡Eh, que sólo lo hago con los que me fastidian! —se justificó Johana, alzando las manos en gesto de rendición.

—Creo que aquí está pasando algo raro. Algo que, definitivamente, hay que investigar. Cristal, ¿podrías conseguirnos dos invitaciones para ese evento? —pregunté, decidida a acabar con aquella confabulación contra nuestra empresa.

—¡Sin problemas! En un par de horas las mando a tu oficina con las instrucciones de la fiesta. Después de todo, Jeff me debe una —comunicó alegremente Cristal poco antes de colgar, muy orgullosa de haber sido de ayuda ante los problemas que se nos avecinaban. Algo que nunca podría decir de mi irresponsable hermana, que, mirándome con gesto irónico, me preguntó:

—¿Dos entradas?

—Sí. Tú y yo asistiremos a esa fiesta para investigar...

—La razón por la que me visto así —comenzó a explicarme Johana mientras señalaba su austero y severo atuendo— es únicamente para espantar a los babosos que puedan venir a Eternal Heart y ahora esperas que vaya a un evento lleno de ellos... Olvídate de eso, no cuentes conmigo.

—Pero..., pero ¡tú eres mi hermana y copropietaria de esta empresa! ¡Responsabilízate de ella de una maldita vez! —grité enfadada, porque Johana nuevamente dejaba sobre mis hombros todas las responsabilidades y obligaciones del negocio familiar.

—Y lo hago, estoy haciendo justo lo que me ordenaste: le muestro a ese empresario modélico Derek Dilmore las razones por las que debería invertir en esta estúpida... ¡perdón!, en esta maravillosa empresa quería decir. Así que esa noche no cuentes conmigo. Pero no te preocupes: le

pediré a Cristal que te preste a alguno de sus amigos. Sin duda, con ellos no correrás peligro.

Tras insistir en que no pensaba asistir a ese local ni loca, Johana salió de mi despacho dejándome sumida en una decena de problemas. Al menos, ahora que mi trabajo me reclamaba no tenía tiempo para pensar en Hank y en por qué lamentaba tanto haberlo alejado de mi lado.

Después de almorzar en mi despacho, donde me informé muy bien de todos los servicios que ofrecía esa empresa cuyos valores iban totalmente en contra de los míos, recibí de manos de mi hermana una bolsa con, según ella, todo lo necesario para acudir a la fiesta. Mientras sacaba de su interior un escueto vestido negro bastante insinuante y una máscara, alcé los ojos hacia Johana, dispuesta a reprenderla por sus estúpidas bromas, hasta que me entregó la invitación, con las normas de etiqueta que había que seguir.

—¿Esto va en serio? —pregunté, cada vez más preocupada por tener que acudir sola.

Por suerte, Cristal no me falló y no tardó en llamarme para darme el número de contacto de Devon, uno de sus mejores amigos, que me aseguró que era de fiar.

Pasé toda la semana tremendamente nerviosa y cuando al final llegó el día indicado quedé con Devon en la puerta del lugar del evento. Por desgracia, una vez que llegué allí, me di cuenta de que la descripción que él me había dado de cómo iría vestido coincidía con la de muchos de los asistentes a la fiesta, y su aspecto de hombre fuerte, alto, de pelo castaño y vestido con un traje negro sólo me permitió descartar aproximadamente a la mitad de los hombres que allí había. Menos mal que yo me había colocado una llamativa rosa en la muñeca, un claro distintivo que me hacía destacar entre las mujeres asistentes, algo con lo que mi acompañante me reconocería sin problemas y no debería tardar demasiado en acercarse a mí. O eso era, al menos, lo que yo pensaba mientras lo esperaba nerviosa junto a la entrada, intentando averiguar si entre alguna de aquellas parejas se hallaría la sabandija que estaba pasando información de los clientes de mi empresa.

De nuevo ataviado con un caro traje que me agobiaba, y encima esta vez provisto de una ridícula máscara que no ayudaba en nada a que mi humor mejorara, intenté mezclarme con los asistentes a aquel evento que aún no tenía muy claro en qué consistía. En esta ocasión me había negado a llevar un micro escondido debajo de algún estrafalario y

vergonzoso complemento de esos que mis compañeros siempre conseguían idear para avergonzarme, así que, sencillamente, les informé de que aquélla sería una simple misión de reconocimiento y que no necesitaría su ayuda, aunque sospechaba que no me habían hecho caso. Sobre todo cuando vi que el camión de reparto de comida a domicilio que me había seguido desde la esquina llevaba horas parado en la acera de enfrente del nuevo local, llamado Pecados, en el que yo tendría que entrar.

Me encontraba en la interminable fila, con una de aquellas extrañas invitaciones en las manos, mientras todos esperábamos como dóciles corderitos que fuera nuestro turno para adentrarnos en lo desconocido.

La verdad era que me importaban muy poco las bonitas chicas que había a mi alrededor con ropas sugerentes, o lo que fuera a ocurrir cuando cruzara las puertas del singular establecimiento. En lo único en lo que podía centrar mi mente en esos momentos era en que la mujer a la que amaba nunca sería mía por una estúpida norma de su empresa. Y me torturaba la idea de que, si yo no estaba a su lado, Cristine podría caer con facilidad en brazos de cualquier embaucador.

En multitud de ocasiones me sentí tentado de confesarle cuál era mi misión, para alejarla de aquel estafador que sólo quería aprovecharse de ella, pero además de que esa posibilidad me estuviera totalmente prohibida, yo sabía que en cuanto Cristine se enterara de que todos los momentos que habíamos vivido juntos no eran algo espontáneo, sino una planificada estrategia para conseguir mi objetivo de atrapar al estafador, me desterraría de su vida sin ningún miramiento.

En verdad era bastante patético: la primera vez que me enamoré de una mujer, resultó que para ella yo sólo fui un entretenimiento. Y en la segunda ocasión mi amor estaba destinado a fracasar desde el principio, porque nuestra historia estaba construida sobre mentiras, y las mentiras nunca han sido unos pilares estables para sostener una relación.

Las excusas que Cristine usaba para no enamorarse de mí eran bastante débiles y las podía hacer a un lado con bastante facilidad: un acto tan sencillo como borrarne de su empresa y ya no sería uno de sus clientes, por lo que nuestra relación no estaría prohibida. La pega era que en esos momentos no podía hacerlo, porque tenía una misión que cumplir. Y luego, cuando lo hiciera, ella se enteraría de que todo había sido un engaño y ese gesto ya no significaría nada a sus ojos.

En resumen, una vez más estaba destinado a sufrir en el amor.

Pero si una cosa tenía clara de todo ese lío, tras el que seguramente yo

saldría perdiendo, era que por nada del mundo iba a permitir que nadie le hiciera daño a la mujer que amaba. Una obligación que me impuse con demasiada celeridad, porque, mientras avanzaba hacia la entrada del local reconocí a mi atractiva morena, que, ataviada con un vestido negro con una larga e insinuante abertura a un lado y un muy sugerente y generoso escote, esperaba a alguien junto a la puerta, un tanto perdida.

—¡Qué coño haces aquí, Cristine! —susurré en voz baja, acercándome con decisión hacia ella, dispuesto a salvarla una vez más de las peligrosas situaciones en las que podía llegar a embarcarse.

—Ustedes son los siguientes —dijo el portero, cuando me vio coger a Cristine de un brazo. Y como entrar en el local formaba parte de mi misión, no pude evitar hacerlo. Pero por un capricho del destino lo hacía junto a la única mujer que podía distraerme lo suficiente como para fallar en mi tarea.

Como indicaban en las instrucciones de la invitación, las parejas que fueran conociéndose frente a las puertas de Pecados podrían ir entrando en el local para dar inicio a una apasionante aventura en la que esa noche todo valía. Tras el antifaz quedarían las identidades reales de todas esas personas y podrían guardar silencio o no sobre sus vidas. Sus verdaderos nombres no tenían cabida en ese lugar. En ese momento sólo importaba disfrutar del presente.

Cristine se agarró a su pareja, pegando su frío cuerpo al del desconocido. Y como era habitual en ella, cuando se ponía nerviosa no paraba de hablar.

—Devon, menos mal que has venido... De verdad que no sé qué podría haber pasado si no llegas a estar aquí, estaba aterrorizada... ¡Gracias a Dios que me has reconocido! —susurró Cristine al oído de su pareja, recibiendo un gruñido como única respuesta.

»Sí, ya sé que hemos venido a...

—Señorita, caballero, síganme por favor —la interrumpió un empleado del local, que, tras ver sus invitaciones, los condujo a una sala de lo más singular.

A primera vista podría haberse tratado de una más de esas salas VIP de los clubes nocturnos, ya que estaba provista de varios cómodos sillones y dos grandes mesas, una pequeña pista de baile con luz tenue y una música escandalosa.

Pero si se miraba más en detalle, se apreciaba que todas las parejas que se hallaban allí se encontraban en posiciones más bien íntimas,

retozando en los grandes sillones de los oscuros rincones, de pie en la pista de baile o incluso encima de las mesas.

Cristine intentó dar marcha atrás y huir de aquel escandaloso lugar, pero la mano de su acompañante la arrastró hacia el interior y ése fue el momento en que supo que aquel hombre no podía ser Devon. Dispuesta a armar un escándalo si hacía falta para librarse de ese sujeto, intentó de nuevo apartarse de él, hasta que el desconocido acarició con suavidad el anillo que aún no había podido quitarse y, mirándola con sus profundos ojos castaños, susurró sólo para sus oídos:

—Veo que todavía no has podido desprenderte de él. No te preocupes, hoy lo lograremos — dijo Hank y arrastró a la mujer que amaba a uno de los enormes sillones vacíos.

Cuando llegaron, Hank se sentó sobre el moderno e incómodo sillón que quedaba más escondido y puso a Cristine en su regazo, de cara a las parejas, para que contemplara el lío en el que podía haberse visto envuelta si él no se hubiera encontrado en esos instantes en aquel mismo lugar.

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí, Cristine? —la reprendió con dureza, mientras ella se removía inquieta sobre su regazo—. ¿Y quién coño es Devon? —añadió, bastante interesado en saber quién era su nuevo rival.

—Devon sólo es el amigo de un amigo que me estaba haciendo un favor y créeme cuando te digo que no tienes nada de qué preocuparte, ya que, si os conocierais, seguramente estaría más interesado en ti que en mí. Además, lo mismo podría preguntarte yo: ¿se puede saber qué haces aquí, Hank? Si lo que pretendes es encontrar pareja, no creo que éste sea el lugar más adecuado —replicó ofendida, señalándole que él también se encontraba en el local, al que solamente podía haber ido para buscar a otra mujer.

—Yo estoy en una misión —declaró él sensualmente en su oído mientras la acariciaba con una de sus ásperas manos, que introdujo lentamente por la abertura del provocativo vestido.

—¿Qué haces? —gritó Cristine bastante avergonzada, intentando impedir sus avances reteniendo su osada mano.

—¿Es que quieres que se nos unan? —preguntó Hank, señalando con la cabeza a uno de los hombres del reservado, que se dirigía hacia ellos.

—¡No, por Dios! —respondió Cristine, colocando la atrevida mano de Hank que antes había detenido sobre uno de sus senos, mostrándole sin pretenderlo que sólo la suave tela del vestido lo separaba de su ardiente

piel.

—Así me gusta, que por una vez en la vida me hagas caso —gruñó él, agarrando sus pechos por encima de la sedosa tela que los cubría y acariciándoselos con sensualidad, muy dispuesto a sacarle toda la verdad acerca de sus motivos para encontrarse en aquel inadecuado lugar—. Y dime, ¿por qué estás aquí, Cristine? —le susurró al oído, sin olvidarse de dejar un camino de dulces besos a lo largo de su cuello hasta hacerla estremecer.

—Se podría decir que yo también estoy en una misión: estoy investigando por qué algunos de mis nuevos clientes están hoy en este evento —contestó ella, fijando sus ojos en otro conocido; por más que intentara ocultar su identidad debajo de una máscara, su barriga lo delataba: se trataba de un buen cliente de su empresa, que, para su desgracia, también se encontraba en esa sala.

—¿Los reconoces? —preguntó Hank, deteniendo repentinamente sus caricias, demasiado interesado en un simple robo de clientes entre dos pequeñas empresas como para que no se tratara de algo más.

—Sí, tengo una memoria increíble para las personas. ¿Y qué es lo que estás investigando tú? —quiso saber Cristine, recostando su espalda sobre el duro pecho de Hank, mientras lo miraba con intensidad en busca de la verdad.

—Es algo demasiado peligroso como para que te meta en ello —respondió él, rodeándola con sus fuertes brazos como si quisiera protegerla de todo.

—Pero ya estoy metida, ¿verdad? —insistió Cristine, molesta por que ese hombre en el que hasta entonces había confiado se negara a decirle la verdad.

—Sí, siempre estás en medio de todos los problemas. Pero éste es uno en el que no estoy dispuesto a que vuelvas a caer —replicó brusco Hank, para, a continuación, introducir sus manos dentro del vestido hasta llegar a sus senos.

—¿Qué haces? —preguntó ella, llena de temor y excitación ante sus pecaminosas caricias en medio de aquella multitud.

Hank jugó sensualmente con sus enhiestos pezones, que acarició hasta que estuvieron lo bastante sensibles como para que unos simples pellizcos la hicieran gemir de placer y, sin más, la acomodó mejor sobre su regazo, haciendo que su trasero rozara su excitado miembro, para que pudiera comprobar que esa noche iba en serio con sus amenazas.

—Aleccionarte para que no vuelvas a cometer una locura como ésta...

¿Sabes siquiera lo que te podría haber pasado si yo no hubiera estado aquí? —preguntó Hank, furioso ante esa posibilidad.

Y mientras con una mano seguía jugando con sus sensibles pechos, introdujo la otra debajo de su vestido y, oculto de la vista de todos, rompió con rudeza el minúsculo tanga que suponía una ínfima barrera para su deseo.

—Hank, no... —dijo Cristine, sorprendida, intentando detener la mano que se adentraba en su interior en busca de su goce. Pero ese hombre enmascarado que la seducía esa noche no era su dulce Hank, sino un simple desconocido que quería hacerle comprender cuán inconsciente había sido.

Introdujo un dedo en su húmedo interior y con otro rozó lentamente el centro de su feminidad. Cristine gimió extasiada, mientras sentía que su cuerpo era invadido por el placer de las caricias de su amante, al que no le importó nada las decenas de personas que los rodeaban o los curiosos ojos que podían seguir su apasionado encuentro.

—¿Por qué te empeñas en hacer estas locuras? ¿Para qué has venido a este sitio? —la interpeló nuevamente Hank, pellizcando su excitado clítoris e introduciendo otro dedo en su interior para marcar con su mano un nuevo ritmo hacia el placer—. Todo esto es sólo para proteger tu empresa, ¿verdad? ¿Tan importante es para ti ese maldito negocio? —inquirió, acelerando el ritmo de sus caricias hasta hacerla gritar, próxima al éxtasis.

Y cuando las lágrimas comenzaron a humedecer sus ojos ante la imposibilidad de ocultar su excitación ante los demás y por desear volver a tener junto a ella al hombre que amaba, Hank cesó en sus caricias, la volvió hacia él y, sentándola a horcajadas sobre su regazo, la guio hacia su duro miembro. Después de penetrarla con una vigorosa embestida, la ocultó de todos con su chaqueta.

—¿Sabes lo que podría haber pasado si no llego a ser yo? —insistió, tras quitarle la máscara y secar sus lágrimas con ternura.

Cristine también lo despojó de la máscara y volvió a ver frente a ella al hombre al que no podía resistirse. Sin importarle las personas que los rodeaban o los ojos que observaran su desinhibido comportamiento, se abandonó a Hank. Cabalgó sobre su cuerpo en busca de un ritmo que los hiciera llegar a ambos a la cúspide del placer. Él la guio con una mano en la cadera, aumentando el ritmo de su acometida, mientras con la otra buscó debajo de su vestido la sensible zona de su clítoris, acariciándoselo hasta hacerla temblar de deseo entre sus brazos.

La curiosa boca de Hank no pudo resistirse a probar los tentadores senos de Cristine, succionándolos por encima de su vestido, haciéndola gemir su nombre, muy próxima al orgasmo. Cuando las duras embestidas subieron su intensidad, Hank susurró unas últimas palabras en su oído que la hicieron comprender la intensidad de sus sentimientos:

—Cristine, te amo... —declaró, poco antes de que ambos llegaran al éxtasis.

Cristine se derrumbó encima de él, avergonzada y sin creerse todavía lo que había hecho ante tantos ojos indiscretos.

Hank se arregló el arrugado traje y alisó la desordenada ropa de Cristine.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan confiada? —preguntó, al ver la soñadora mirada de aquella mujer que, después de escuchar sus espontáneas palabras, quería más de lo que él podía darle en esos momentos.

Luego la sacó apresuradamente del pecaminoso local en el que se hallaban y llamó un taxi que pasaba por allí. Aunque se sentía un tanto reticente a alejarse de ella, su misión estaba a punto de finalizar y sus mentiras no tardarían mucho en salir a la luz.

Como último recuerdo de la mujer que amaba, se permitió darle un profundo beso en aquellos labios que siempre lo tentaban. Lentamente hizo que Cristine abriera la boca y se deleitó con su sabor, jugó con su lengua y exigió una respuesta al ardor que lo embargaba cuando estaba con ella.

Sólo cuando oyó uno de los suaves gemidos que Cristine profería cuando se abandonaba a él, desistió del beso. Después, como último gesto hacia lo que ella había significado en su vida, se llevó a la boca uno de los dedos de Cristine, lo succionó sensualmente y, despacio, con los dientes, le quitó el inoportuno anillo que la había señalado como suya durante un tiempo. Luego, sacándoselo de la boca, lo depositó en las delicadas manos de la única mujer a la que podía imaginarse llevándolo.

—No creas a ningún hombre: todos somos mentirosos... y tal vez yo sea el más mentiroso de todos —confesó antes de introducir a Cristine en el taxi y alejarla definitivamente de su lado.

Mientras veía cómo se marchaba ese vehículo con la mujer que, a pesar de no haberle regalado nunca un «te quiero», lo llevaba grabado en su mirada, Hank se preguntó por qué nunca era su momento para el amor. Tal vez si se hubieran encontrado en otro período de su vida su historia habría sido distinta. Pero en esos instantes su amor sólo se encaminaba hacia el fracaso.

Resignado a perderla, se concentró en lo que había ido a hacer allí y, tras dirigirse despreocupadamente hacia la acera de enfrente, tocó el techo de la furgoneta que lo espiaba. Las puertas no tardaron en abrirse y cuando vio a sus curiosos compañeros agolpados en ese minúsculo habitáculo, intentando disimular, Hank les dedicó una desaprobadora mirada mientras les informaba:

—Ya sé quién es el compinche del estafador, mañana actuaremos.

Capítulo 10

Mientras miraba algunos cuestionarios de los clientes no pude evitar recordar lo sucedido con Hank la noche anterior. Por sus actos y palabras deduje que el honorable policía al que admiraba me había mentado desde el principio y que no había venido a la agencia en busca del amor, sino para investigar algo que indudablemente no podía contarme. Algo que, por lo visto, entrañaba algún tipo de peligro y en lo que, sin saberlo, yo me había metido de lleno.

Suspiré, resignada a que mi vida fuera un caos la mayor parte del tiempo. Y mientras me derrumbaba sobre la mesa de mi despacho, miré de nuevo el anillo que me había vuelto a poner.

Después de que Hank me diera la opción de olvidarlo, quitándomelo del dedo, decidí volver a llevarlo, simplemente porque allí es donde debía estar. No tenía dudas de que él me había mentado, y al parecer en más de una ocasión. Posiblemente algunos de los momentos que habíamos vivido fueran falsos, pero mi corazón sentía que muchos otros no podían ser una mentira.

Me preguntaba si debería esperar a que pudiera revelarme la verdad o simplemente mandarlo todo al diablo y correr tras el hombre al que amaba y al que como una necia aún no había confesado mis sentimientos. Y mientras todas esas confusas ideas se agolpaban en mi mente, mis ojos se toparon con la confesión más sincera que había visto en mucho tiempo.

Entre los cuestionarios que tenía entre las manos, uno de mis clientes proclamaba abiertamente su amor por una mujer de la que yo no albergaba ninguna duda de que en esos momentos estaría corriendo lo más rápido posible para alejarse de él.

—¡Vaya! Hasta a las más cínicas les llega... —sonreí, feliz de que mi hermana al fin hubiera encontrado algún hombre tan loco como para enamorarse de ella.

Gracias al depresivo comportamiento de Johana a lo largo de esa semana en la que su trabajo había sido ejemplar, supe que ella también sentía algo por ese hombre, y las tiernas palabras escritas en ese papel mostraban a quien las leyera que entre ellos había surgido el amor, ese loco sentimiento que yo siempre buscaba con desesperación.

Decidida a que mi hermana no perdiera esa oportunidad por su estúpida manía de buscarles defectos a todos los hombres que conocía o por una necia norma que mi madre nos impuso como un capricho arbitrario, me dirigí hacia la sala de reuniones para ayudar a Johana, porque, aunque ella lo negara, estaba tan perdida como cualquier otra persona ante el amor.

Una vez en la solitaria sala de reuniones, llamé a mi hermana y me senté en una de las sillas. Mientras la esperaba, me pregunté por qué razón, si yo era la que siempre ayudaba a otros a encontrar pareja, la suerte nunca me sonreía a mí para tal fin. Así pensaba mientras acudía a mi mente la imagen del hombre que poco a poco se alejaba de mí con cada una de sus mentiras.

Cuando Johana entró en la sala de reuniones, miré nerviosa las carpetas, sin saber cómo hacer para que comprendiera que estaba enamorada. Dudé una y otra vez sobre si mostrarle la confesión del hombre que la amaba, pero finalmente mi hermana me demostró que, al contrario que yo, ella no era una cobarde cuando el verdadero amor se cruzaba en su camino.

Después de tomar asiento frente a mí, me miró decidida y, sintiéndose posiblemente tan culpable como yo por haber roto la única condición que nos impuso mi madre para ser merecedoras de su negocio, anunció:

—Cristine, tengo algo que confesarte.

—Yo también —contesté, decidida a que si Johana, una cínica en el amor, lo arriesgaba todo por ese hombre, yo no debería ser menos.

—¿Lo hacemos a la vez? —me preguntó, arrancándome una sonrisa al recordar cómo confesábamos nuestras travesuras infantiles cuando éramos pequeñas.

—¡Me he acostado con un cliente de Eternal Heart! —dijimos las dos al unísono.

Y tras oír sus palabras, le pregunté por la persona cuya confesión tenía en mis manos. Cuando me confirmó su nombre, no pude resistirme a poner ante sus ojos aquellas palabras que eran sólo para ella y, tal vez maliciosamente, quise desempeñar una vez más mi papel de celestina alentándola a acudir a un nuevo lugar de citas rápidas, donde podría recuperar al hombre que amaba de las garras de decenas de mujeres que lo tendrían en su poder, aunque solamente fuera por siete minutos.

Cuando vi a mi hermana alejarse con decisión por los pasillos de la empresa, no dudé de que Johana conseguiría triunfar en el amor y, recordando lo que alocadamente nos gritó mi madre el día de su boda

como única excepción a la norma que nos impuso, le pregunté:

—¿Él es capaz de enamorarte en siete minutos?

—Le sobran seis —contestó Johana, tan bocazas como siempre—. ¿Y el tuyo? —quiso saber a su vez, como la protectora hermana mayor que siempre había sido.

—El mío aún está por ver... —respondí desalentada, preguntándome cuándo se aclararían todas las mentiras que nos rodeaban a Hank y a mí. Aunque ante mi hermana mostré una de mis mayores sonrisas, animándola a correr tras el amor del que siempre había intentado huir hasta entonces.

Sola una vez más, Cristine cerraba su adorada empresa, mientras miraba las vacías oficinas y apagaba las luces, revisando que todo estuviera en orden. Con una mano, acariciaba sin darse cuenta las paredes de aquel lugar que siempre lo había sido todo para ella, pero que en esos momentos no llenaba en absoluto su vacío corazón.

Se preguntaba qué habría sucedido si no hubiera alejado a Hank de ella durante todo ese tiempo, si hubiera luchado por retenerlo a su lado y si hubiera prescindido de sus miedos a equivocarse para correr hacia ese hombre del que se había enamorado.

Tal vez las mentiras fueran numerosas, pero Cristine estaba segura de que ninguna sería tan grave como para hacerla alejarse del hombre al que había elegido su corazón y que en esa ocasión sin duda era el acertado.

Observó con una sonrisa las fotografías de las parejas que adornaban las paredes de su empresa, imágenes antiguas de la época en que su madre había sido la dueña de ese lugar, y otras más modernas donde ella había hecho de Cupido juntando a personas que estaban hechas las unas para las otras. Cristine pensó en todas las veces que había envidiado a sus clientes por hallar el amor que ella tan locamente buscaba y, resuelta a no esperar ni un minuto más a su predestinada pareja, buscó la salida de Eternal Heart totalmente decidida a ir en busca de Hank para sonsacarle cada una de las mentiras que impedían que ellos estuvieran juntos.

Pero mientras se encaminaba hacia la puerta, oyó un ruido en su despacho. Suponiendo que a Johana no le habría ido tan bien como ella pensaba y que habría vuelto para coger algunos de los ficheros de sus clientes con los que desahogarse a gusto, fue a reprenderla por sacar información confidencial de la empresa, pero cuando abrió con brusquedad las puertas de su oficina, el sermón destinado a su hermana

se congeló en sus labios, ya que ante ella halló algo que no esperaba en absoluto...

—¡Johana! ¿Cuántas veces te tengo que decir que no abuses de la confianza de nuestros clientes ni...? ¿Susan? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Cristine, confusa.

Y ante el sorprendente descubrimiento de la traición de una de sus empleadas, no se percató de que alguien se hallaba a su espalda hasta que notó un golpe en la cabeza que la sumió en la inconsciencia.

—¡Estoy hasta las narices de que andes por todos lados presumiendo de ser la dueña de este lugar!

—Es que resulta que soy la dueña de este lugar, Susan —contestó Cristine, enfadada, desde la precaria posición en la que se hallaba, tras recobrar el conocimiento, atada a una silla de su despacho.

—¡Yo soy mil veces mejor que tú para llevar las riendas del negocio! ¡Le he dedicado años y años de mi vida y así me lo agradeció tu madre: dejando al mando a una niñata que ni siquiera sabe lo que es el amor! —exclamó la rencorosa traidora, caminando nerviosa por la habitación, explicando cada una de sus dañinas acciones contra una empresa que meses antes había asegurado adorar.

—¿Tal vez eso se deba a que ésta es una empresa familiar? —respondió Cristine irónica, sin poder evitar imitar el impertinente tono que siempre utilizaba su hermana mayor para contestar las preguntas más obvias.

—¡Di más bien una empresa de inútiles! Tú, alguien que siempre se equivoca a la hora de elegir a los hombres, pretende guiar a otras personas en el amor. Y tu hermana.... para tu hermana no tengo ni una buena palabra. De hecho, no sé qué demonios hace en esta maldita empresa, aparte de fastidiarme todo el tiempo.

—Bueno, contra eso no puedo decir nada. Johana suele ser bastante irritante cuando quiere, pero creo que es un golpe muy bajo que te metas conmigo por mis errores a la hora de encontrar pareja, ya que, a pesar de ello, realizo mi trabajo a la perfección. Y tengo que señalar que tú, a tus treinta y cinco años, tampoco has encontrado pareja... Tal vez si me dejaras...

—¡Eres igual de impertinente que Johana! —la cortó Susan ofendida.

—Y tú estás como una cabra. Comprendo que me hayas atado a esta silla para rebuscar a gusto entre mis archivos lo que sea que esperes hallar, pero ¿me puedes decir por qué narices me has desnudado y dejado en ropa interior?

—¡Muy fácil! Cuando consiga lo que he venido a buscar llamaré a la prensa... ¡e imagínate la noticia que aparecerá en primera página de los periódicos!: «La propietaria de la novedosa agencia matrimonial Eternal Heart es víctima de un robo por parte de su pareja». Después de eso, nadie más volverá a confiar en ti para que les ayudes a emparejarlos.

—Siento decírtelo, Susan, pero tú no eres mi pareja —declaró mordaz Cristine, intentando provocarla para que soltara la lengua.

—No, yo no. Pero él sí... —anunció Susan, atrayendo hacia sí a un hombre que hasta ese momento se había mantenido fuera de la vista de Cristine.

—¿Chad? —preguntó ésta, confusa por su presencia en la habitación.

—Nos volvemos a ver, preciosa. Siento decirte que en esta ocasión no te escaparás tan fácilmente de mí —dijo malicioso, mientras recorría el cuerpo casi desnudo de Cristine con una lasciva mirada.

—Siento comunicártelo, Susan, pero él tampoco es mi pareja —replicó Cristine, orgullosa por no haberse equivocado en su elección del hombre adecuado para ella. Al menos en esa ocasión.

Luego rezó en voz baja mientras Susan la amordazaba, lamentando acabar siempre metiéndose en líos y preguntándose dónde estaría Hank para sacarla de ése.

Cuando vi al sospechoso entrando en Eternal Heart, salí precipitadamente del camión de vigilancia, sobre todo al recordar que Cristine aún se hallaba en el edificio y que siempre que había algún peligro, ella acababa metida de lleno en él.

De nada sirvieron los argumentos de mis compañeros para que no estropeará la misión que tanto tiempo nos había llevado. Tampoco pudieron evitar que me alejara de ellos, ya que no tardé ni dos segundos en deshacerme de su intento de retenerme por la fuerza y correr hacia la agencia.

La misión en esos momentos me importaba una mierda. La posibilidad de que me degradaran a dirigir el tráfico o a limpiar las papeleras de la oficina ni siquiera me molestó: lo único que tenía en mi mente en esos instantes en que corría hacia las puertas de Eternal Heart era que nadie le hiciera daño a la mujer que amaba, por más mentiras que nos separaran.

En cuanto atravesé las puertas de entrada, saqué mi arma y, sin perder tiempo, revisé rápidamente una a una las estancias. Cuando estaba cerca del despacho de Cristine, oí la voz jactanciosa de aquel tipo que tanto me

había irritado desde el principio.

Sin dudarlo un segundo, abrí la puerta, decidido a aguantarme las tremendas ganas que tenía de golpear a ese estafador, o incluso la tentación de pegarle un tiro.

Pero cuando abrí la puerta y vi a Cristine atada de pies y manos a una silla, indefensa, y únicamente en ropa interior, la rabia se apoderó de mí y deseé golpear a aquel vil gusano. Chad, sin percatarse de mi presencia y dándome la espalda, se burlaba en esos instantes de la inocencia de Cristine al haber pensado que él podía ser una buena persona.

—En serio, no sé cómo las mujeres podéis llegar a ser tan idiotas. Un par de lagrimitas de cocodrilo y una historia trágica y caéis a mis pies como moscas...

Como ninguno de los que nos encontrábamos en esa habitación queríamos escuchar el resto de sus palabras, lo interrumpí tocándole el hombro con un dedo y cuando se volvió, le pegué un puñetazo con todas mis ganas en toda la cara, dejándolo inconsciente.

Sonreí satisfecho, pensando que cuando aquel niño bonito se despertara ya no resultaría tan atractivo para las mujeres con un ojo morado, y cuando dirigí mi mirada hacia Cristine, no pude evitar reprenderla una vez más por su irresponsable comportamiento, que, sin duda, la había llevado a esa situación.

—¿Cómo narices has acabado así? —pregunté molesto, dudando si quitarle la mordaza que cubría su boca, ya que ella parecía protestar bastante ante mis palabras. Para mi desgracia, me di cuenta demasiado tarde de que sus reproches en realidad eran un aviso de que el peligro no había finalizado, de lo que me percaté al sentir un fuerte golpe en mi cabeza que me dejó a mí también inconsciente.

—¡Venga ya! ¡Sois un par de perversos! ¿Por qué demonios lo habéis tenido que desnudar a él también, Susan? Y encima atarnos juntos... —decía la dulce voz de Cristine junto a mi oído, mientras yo intentaba recuperar el sentido del todo.

—¡O te callas o vuelvo a amordazarte! —replicó con furia una desagradable voz de mujer a mi espalda. Sin duda se trataba de la agría encargada de la recepción de Eternal Heart a la que yo había identificado la noche anterior en aquella pecaminosa fiesta y de la que tan neciamente me había despreocupado cuando entré en la agencia en busca de Cristine.

—¿De verdad has elegido a éste en vez de a mí? —se quejaba el niño

bonito a Cristine, bastante indignado, mientras se refrescaba el ojo, que comenzaba a hincharse, con una lata fría de refresco, antes de continuar señalándole a Cristine algunos de mis defectos más evidentes —: ¿Se puede saber cuál es el atractivo de este tipo? No es guapo, no tiene dinero, no tiene encanto alguno y no creo que sea un seductor...

—La tengo enorme, chaval —contesté en ese momento con altivez, haciendo que a los labios de Cristine asomara una sonrisa.

Estaba sentada sobre mi regazo, mirándome de frente, en una postura un tanto comprometedor, que en cualquier otra circunstancia no me habría importado, ya que nuestros cuerpos juntos y casi desnudos se atraían sin remedio, y el suave roce de sus senos contra mi torso, así como el roce su piel contra la mía, me estaban excitando, tal vez demasiado. Pero ése, definitivamente, no era el momento para jugar.

—Él nunca sería tan despreciable como tú para acercarse a una mujer con mentiras —respondió entonces Cristine, sacándome de mis sensuales pensamientos al defenderme ante ese canalla. Pero desgraciadamente, ésas no fueron las palabras más adecuadas que podía haber utilizado.

—¡Vaya! Pero ¿es que tu amorcito aún no te ha dicho por qué se acercó a ti en un principio? —replicó maliciosamente el estafador, decidido a hacer el máximo daño posible al tierno corazón de Cristine—. Pues verás: tú para él sólo has sido una misión. Mientras yo intentaba seducirte para acceder a los archivos de tus clientas, él me vigilaba y creo que llegó a la conclusión de que, para evitar que cayeras ante mis encantos, lo mejor que podía hacer era intentar enamorarte él primero... ¿Me equivoco? —me preguntó aquel gusano, haciéndome quedar como el peor de los hombres. Para mi desgracia, no podía decir que mintiera.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Cristine indignada y, ante mi silencio, me miró extrañada—. Dime que lo que él afirma no es cierto, Hank —me apremió, sintiéndose traicionada.

—No puedo... —contesté, intentando esquivar la mirada de Cristine, que empezaba a comprender cuán grandes eran mis mentiras. Y mientras la atención de todo el mundo estaba concentrada en el pequeño drama que estaba destruyendo mis posibilidades con ella, conseguí aflojar un poco la soga que nos aprisionaba.

—Vaya, vaya, vaya... así que, para variar, una vez más te has equivocado a la hora de enamorarte, ¿eh, Cristine? —se burló la arpía de Susan—. Quién podría imaginar que el lamentable policía sin encantos solamente estaba aquí para encandilarte, ¿verdad? —se reía histérica esa bruja de la

desgracia de Cristine.

Dispuesto a terminar lo antes posible con aquello, me resistí a liberarme del todo de mis ataduras, porque sabía que si mis compañeros todavía no habían intervenido era, sin duda, por dos razones: la primera, para darme una lección por haberme comportado como un idiota y no haberles hecho caso; y la segunda, porque necesitaban grabar una confesión de aquellos dos imbéciles que se estaban vanagloriando de lo listos que eran, algo que yo estaba más que dispuesto a utilizar en mi beneficio.

—Ella es demasiado confiada y yo un hijo de puta egoísta que sólo quiere cumplir con su deber a toda costa —mentí con frialdad, sin atreverme a mirar a Cristine, depositando mis esperanzas en la avariciosa Susan, de quien estaba seguro de que no podría evitar alardear para mostrar su superioridad.

—¡Y pensar que llegaste a creer que alguno de los dos te quería! —continuó burlona la arpía, paseándose a nuestro alrededor, mientras fijaba su enloquecida mirada en Cristine—. Cuando Chad se acercó a mí para que lo ayudara a robar los archivos de tus clientes, estuvo a punto de abandonar su propósito al conocer a Johana, pero por supuesto, ahí estaba yo para señalarle que la otra hermana Martin sería mucho más fácil de engañar, sobre todo si alguien como él pretendía estar enamorado de ella. Quién podría sospechar que un tipo sin ningún encanto se interpondría en su camino y que tú, neciamente, acabarías enamorándote de él —dijo furiosa la mujer, alzando con violencia el rostro de Cristine hacia ella, al tirarle bruscamente del pelo.

En esos instantes, ante la crueldad de esa mujer quise desatarme inmediatamente para apartar a Cristine de ella y protegerla de cualquier peligro, pero las manos de Cristine se cerraron delicadamente sobre mis puños cerrados y, mirando a esa mujer con superioridad, respondió burlona:

—¿Para qué quieres los archivos de mi empresa si no eres capaz de lidiar siquiera con las impertinencias de mi hermana? Mucho menos podrías con las de los nuevos clientes que tal vez hubieras llegado a robarme...— dijo, seguramente dándose cuenta de que si yo no me había soltado todavía de nuestras ataduras era porque necesitaba que los criminales hablaran.

—¿Acaso eres estúpida? ¡Lo que yo pretendo es vender esa lista a varias empresas de contactos, y en cuanto a Chad, él...!

—Creo que estás hablando demasiado —la interrumpió éste, serio,

demostrando que no era tan idiota como su estúpida sonrisa auguraba—. Es el momento de desaparecer, Susan —la apremió luego, tras hacerse con la información que ella sostenía.

—Pero ¿qué ocurrirá con ellos y con la empresa y...?

—Ése no es mi problema: yo sólo me acerqué a ti para conseguir esto, y ahora que ya lo tengo, los negocios entre nosotros han concluido —dijo Chad moviendo los documentos delante de la cara de Susan, mostrándole cómo era en realidad.

—¡Eres un falso! ¡Un mentiroso! ¡Un ladrón! —gritó ella airadamente, cogiendo de encima de la mesa mi pistola, de la que me habían despojado aprovechando mis minutos de inconsciencia.

—Eso no puedo negártelo —respondió Chad sonriente, retando a la desequilibrada mujer que sujetaba el arma a que le disparase.

—¡Bueno, pues entonces, después de esto también serás tachado de asesino! —exclamó ella, maliciosa, dirigiendo su arma hacia Cristine.

En ese momento reaccioné y me deshice rápidamente de las ataduras que había logrado aflojar, pero consciente de que no me daría tiempo de desarmar a Susan, me abalancé sobre la mujer que amaba, protegiéndola con mi cuerpo.

Tras oír el disparo del arma, cerré los ojos esperando el dolor de una terrible herida, pero éste no llegó. Cuando me aparté de Cristine, vi junto a nosotros al estafador, al estúpido individuo que me había metido en aquel lío, tumbado en el suelo con una herida sangrante en un costado. Mi arma se hallaba cerca de él, abandonada en un rincón. Como no había rastro alguno de su cómplice, deduje que ambos habían forcejeado y ése había sido el resultado de la buena acción de Chad.

—Yo no soy un asesino... —murmuró antes de desmayarse.

Me arrodillé junto a él y comprobé que su herida no había afectado a ningún órgano vital. Luego llamé a una ambulancia y no me preocupé demasiado por la histérica que había escapado, porque sabía que seguramente estaría ya en manos de mis compañeros, que irrumpirían en esa habitación en cualquier momento.

Como suponía, no se hicieron de rogar y muy pronto cuatro preocupados individuos entraron en el despacho de Cristine dirigidos por Jared. Y, cómo no, llegaron justo en el momento más inoportuno, ya que ni Cristine ni yo habíamos conseguido encontrar aún nuestras ropas. Tras fijarse en mi escasa indumentaria, mis compañeros bajaron sus armas y me miraron, asombrados al verme esposando despreocupadamente al sospechoso, a pesar de mi desnudez.

—Hank, de verdad, tus detenciones cada vez son más extrañas —dijo Jared, riéndose una vez más de mí—. ¿Me puedes decir cómo vamos a explicar esto en el informe?

—Oye, ¿lo subimos a internet? —propuso otro de mis nefastos compañeros, que tras recibir de mí una fulminante mirada bajó lentamente su móvil, desistiendo de su broma.

Por suerte, ninguno de ellos se fijó demasiado en Cristine, que no tardó en esconderse en el baño de su despacho con su arrugada ropa que al fin había encontrado. Mientras se vestía, yo me apresuré a cubrir mi desnudez para tratar de aclarar lo sucedido. Y sin importarme nada que medio Departamento de Policía ocupara el despacho, confesé ante aquella puerta cerrada los confusos sentimientos que había experimentado por ella desde el día en que la conocí.

—Cristine, al principio de nuestra relación todo estaba orientado al cumplimiento de mi misión. No puedo negar que tenía que intentar seducirte para mantenerte alejada de ese estafador y a salvo, ni tampoco que nuestros encuentros que crees fortuitos fueron planeados, pero te puedo asegurar que cuanto más te conocía más me enamoraba de ti —dije, abriéndole mi corazón.

No supe si fue por mis inadecuadas palabras, porque tal vez no era el momento o simplemente porque alguien como yo nunca tendría suerte en el amor, pero una vez más, la mujer a la que le había entregado mi corazón no dudó en romperlo en mil pedazos.

Cuando Cristine salió del baño, tras depositar entre mis manos el anillo que yo le había dado, me miró a los ojos con frialdad y declaró con firmeza ante todos:

—Tenías razón, Hank: eres el más mentiroso de los hombres.

Después se alejó de mí sin que yo pudiera hacer nada por detenerla, ya que mi trabajo me reclamaba en esos instantes.

Y mientras escribía los informes, no podía borrar de mi mente los llorosos ojos de Cristine, que me demostraban que yo no era el único que había salido herido de aquella difícil situación en la que ambos habíamos creído hallar a la pareja idónea. Qué complicado es el amor, ese esquivo sentimiento que tanto a ella como a mí se nos escapaba siempre.

Capítulo 11

—Y entonces él me dijo que se había acercado a mí solamente para cumplir su misión y yo... yo... —comentaba Cristine, que, sin poder continuar, rompía a llorar de nuevo.

—Vale, muy bien, Cristine. Me parece perfecto que te desahogues conmigo una vez más y que me cuentes esa tortuosa historia tuya, pero ¿me puedes decir cuándo narices piensas volver al trabajo? —preguntó una impaciente Johana al teléfono de recepción de Eternal Heart, mientras intentaba no ser demasiado antipática con los que esperaban delante del mostrador y, a la vez, trataba de no gritarle otra vez a la inútil empleada nueva que ni siquiera sabía contestar al teléfono.

—No puedo volver, Johana: he roto la regla que puso mamá, así que ahora la empresa es tuya.

—¡No me jodas, Cristine! ¡Saca tu culo de la cama y ven aquí pero ya! —exigió airada Johana al recibir esa respuesta.

—¡No! —se negó puerilmente Cristine, encogiéndose más entre las mantas de su cama que tan bien la cobijaban.

—¡Vamos, Cristine! ¡Sé racional! Esta empresa sin ti es un desastre, yo no sirvo para hacer de relaciones públicas y... ¿quieres que te lo suplique...? Es eso, ¿verdad? —preguntó Johana, molesta por la repentina risita que soltó su hermana.

—No, es sólo que se me hace extraño que, para variar, seas tú la que me pida que haga algo por nuestro negocio.

—Te juro que estoy dispuesta a rogarte si hace falta para librarme de esta tortura —declaró ella entre suspiros de rendición, sabiendo que el verdadero pilar de la agencia siempre sería la alegre Cristine.

—No, Johana. No puedo —dijo ésta otra vez, negándose a volver al lugar que tantos recuerdos le traía de Hank, un hombre que había sido un tremendo error, el peor de todos, a pesar de que en una ocasión lo creyó perfecto para recibir su amor.

—¿De verdad crees que has roto esa estúpida norma que impuso nuestra madre? ¿Que ese hombre no pudo enamorarte en siete minutos? Puede que, tal como me has contado un millón de veces, sólo se acercara a ti con mentiras. Pero alguien que no estuviera enamorado de ti no descubriría su tapadera tan irresponsablemente, no te perseguiría a todas horas para

sacarte de esos líos en los que sólo tú eres capaz de meterte y, sobre todo, no te protegería con su cuerpo de un disparo. Creo que, aunque intentes negarlo, al fin has encontrado a ese hombre que siempre has buscado para enamorarte. No lo dejes ir solamente por esa estúpida idea de que te has equivocado de nuevo. Date una oportunidad, hermanita.

—¡Vaya! ¿Y desde cuándo eres tan sabia en el amor, Johana? —preguntó Cristine, escéptica, sin querer rendirse a la evidencia.

—No te preocupes, no me he vuelto tan idiota. Es que estaba mirando uno de los tontos consejos que ofrecen en esas revistas que lees con tanta adoración —replicó Johana, restándole importancia a sus palabras—. ¿Vendrás mañana? —insistió tozuda, sabiendo que su hermana tardaría algún tiempo en volver a creer en el amor.

—Aún no me siento preparada —confesó Cristine poco antes de colgar.

—¡Mierda de tíos! ¡Como vuelva a ver a ese policía, le pongo unos zapatos de cemento y lo tiro al mar! —exclamó Johana, furiosa, mientras pagaba su enfado con el teléfono, golpeándolo una y otra vez con irritación hasta conseguir dejarlo en su sitio—. Señoras, un consejo: no se enamoren. Todos los hombres son altamente defectuosos —declaró cínicamente ante las clientas que había frente al mostrador de recepción, tras ver sufrir a su hermana por amor una vez más.

Las mujeres que esperaban se mostraron bastante ofendidas ante sus rudas palabras, hasta que un impresionante espécimen masculino de hermosos ojos verdes y negros cabellos hizo su aparición. Y, sin importarle en absoluto que no estuvieran solos, abrazó a Johana por la espalda, estrechando a aquella arisca mujer contra su cuerpo para que pudiera desahogar su mal humor.

—Me gusta cuando te pones en plan mafiosa —bromeó en su oído.

—¿Cuánto has oído de mi conversación? —preguntó ella, preocupada por la posibilidad que Derek hubiera escuchado los melosos consejos sobre el amor que le había ofrecido a su hermana.

— Todo —contestó él con una sonrisa burlona y, sin dejarla huir de sus brazos, añadió—: Me encanta que, desde que nos conocimos, creas un poquito más en el amor.

—Yo no creo en el amor. Sólo creo en ti —replicó Johana algo avergonzada, recibiendo un apasionado beso del hombre al que finalmente no había podido hallarle ningún defecto que le impidiera enamorarse de él.

Cuando el beso finalizó, todas las mujeres de recepción suspiraron soñadoras y Johana, al igual que todas las presentes, observó

detenidamente cómo Derek se alejaba por los pasillos de Eternal Heart hacia el despacho de su hermana, desde donde la ayudaba a lidiar con los problemas de la empresa hasta que Cristine se dignara regresar.

—Vale, no todos son defectuosos... —acabó admitiendo finalmente Johana ante las mujeres—. Pero lamento informarlas, señoras, de que ése es mío... —finalizó, dirigiéndoles una amenazadora mirada a todas. Aunque en ese momento recordó las últimas adquisiciones de Eternal Heart y decidió apiadarse de ellas ofreciéndoles a los molestos familiares de Derek, que tanto la habían atormentado en alguna que otra ocasión—. No se preocupen, tiene muchos primos...

Tras este anuncio, ellas se agolparon delante del mostrador para apuntarse a alguno de los servicios que ofrecía Eternal Heart, con la esperanza de lograr una pareja parecida al adonis de ojos verdes que habían visto hacía unos momentos.

—¡Dios mío, Cristine, no tardes en volver! —suspiró Johana, antes de maldecir de nuevo al causante de su actual situación al romperle el corazón a su hermana—. ¡Como vuelva a verte, Hank Walker, te vas a enterar!

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —les preguntó Hank a su siempre leal compañero Jared y a su nuevo y molesto grano en el culo, el detestable estafador que, de algún modo inexplicable, había quedado como un héroe ante sus superiores, a los que había convencido para que le permitieran convertirse en colaborador en los casos de estafa, después de que hiciera pública una interminable lista en la que desenmascaraba a decenas de alimañas similares a él.

—Creemos que necesitas ayuda —dijeron los dos irritantes individuos a la vez.

—¿Y eso por qué? —replicó Hank, decidido a que lo dejaran en paz.

—Bueno, tal vez porque ésta es la misión más importante de tu vida —declaró Jared, bastante preocupado por su amigo

—Sí, y además de que no tienes encanto, eres predecible, no posees ningún atractivo y tu conversación con las damas es nefasta. De verdad, dime: ¿cómo pudiste arrebatarle a esa mujer? —preguntó el impertinente Chad.

—Tal vez porque no soy una sabandija como tú, que utiliza drogas para aprovecharse de ellas —contestó Hank con furia, sin poder resistirse a levantar a aquel tipo por las solapas de su impecable traje.

—Eso sólo fue para poder robarle las llaves del archivo. No me hace falta

recurrir a tales métodos para meter a una mujer en mi cama. Sólo Cristine Martin se me resistió, lo que me lleva a preguntarme si no sería porque estaba enamorada... —comentó Chad, soltándose del agarre del brusco policía.

—Bueno, ¡dejadlo ya! Concentrémonos en lo que has venido a hacer aquí —intervino Jared, disuadiendo a su amigo de una pelea que en esos instantes no le convenía en absoluto. Después de todo, tras su fantástico trabajo, Hank se encontraba muy cerca de un ascenso, algo que no debía echar a perder por usar los puños impetuosamente una vez más.

—¡Si yo estoy concentrado! Lo que no sé es qué estáis haciendo vosotros aquí —les dijo Hank a sus acompañantes, aunque a medida que se iban acercando más a la recepción de Eternal Heart, iba perdiendo el valor para enfrentarse a la única mujer que podía ayudarlo en esos momentos a recuperar a Cristine, una persona que tal vez en esos instantes no lo tuviera en muy alta estima—. Entonces, ¿me acompañaréis? —preguntó, reconociendo al fin que necesitaba todo el apoyo posible.

—¡Ni de coña! —declaró el estafador.

—Mejor te damos apoyo desde lejos —lo secundó Jared, alejándose de Hank y quedándose en un rincón lo bastante apartado como para oírlo todo sin arriesgarse a salir perjudicado.

Hank negó con la cabeza, cogió aire y marchó decidido hacia el lugar donde se encontraba la única persona que podía ayudarlo a luchar por su amor. Para su desgracia, esa persona no era otra que Johana Martin, la otra dueña de aquella singular empresa, la protectora hermana de la mujer a la que amaba, una mujer bastante arisca, cuyo agrio carácter había empeorado al tener que cambiar su tranquilo puesto en Reclamaciones para ponerse detrás del mostrador de recepción.

—Pues sí que es valiente... —musitó Chad, admirando el arrojo de Hank al acercarse a aquella mujer que lo contemplaba con una fría mirada.

—Pero ¡qué dices! El valiente es el que sale con ella... —apuntó Jared—, un rico empresario que rondaba por ahí y que con una simple sonrisa consiguió amansar a la fiera.

Algo que a Hank no le funcionó cuando llegó frente a ella, ya que, al verla, Johana se puso mortalmente seria y su lengua comenzó a destilar veneno.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Si es el honorable policía que nunca miente! —exclamó irónica—. No me diga, señor Walker, que ha acudido a nuestra empresa para que le busquemos una nueva pareja a la que romperle el corazón...—comentó con cinismo, a la vez que le señalaba la

salida.

—No, ya he encontrado a la mujer indicada. Pero ella no quiere escucharme —dijo Hank, confiando en conseguir la ayuda de una persona que posiblemente nunca se la daría, pero que era su última esperanza para llegar a Cristine.

—¿Por qué será? ¿Tal vez porque sólo sabes mentir, engañar, hacer daño y...?

—¿Acaso no mentimos todos en alguna ocasión? —la interrumpió Derek, colocándose junto a Johana para recordarle lo injusta que ella misma fue en una ocasión con él, un hombre que había sufrido por amor a causa de aquella salvaje mujer que sólo sabía buscarle defectos a todo y a todos.

—Pero Derek, este tipo le ha hecho daño a Cristine y... —se quejó Johana, dispuesta a seguir torturando al despreciable sujeto que le había roto el corazón a su hermana.

—Cariño, no eres tú quien tiene que perdonar a este hombre: es Cristine —le recordó él, abriendo una pequeña puerta a la esperanza para Hank, que creyó que Derek le había brindado su ayuda. Una creencia errónea, tal como el propio Derek se encargó de aclarar al finalizar su comentario con una maliciosa y poco tranquilizadora sonrisa:

—Claro está, si él tiene lo que hay que tener para conseguirlo.

—¡Perfecto! ¿Quieres tener tiempo para aclarar las cosas con mi hermana, para convencerla de que la amas y de que eres ese hombre ideal, ese amor predestinado que ella siempre ha buscado desesperadamente a lo largo de su vida? Pues te voy a ayudar, que no se diga que soy mala persona... —dijo Johana, con una perversa sonrisa y un tono cínico que no animó mucho a Hank.

Pero como el hombre enamorado que era tenía que hacer todo lo posible para que Cristine comprendiera que la amaba realmente, así que haría todo lo que estuviera en su mano para lograrlo, y aprovecharía cualquier oportunidad, por ínfima que fuera.

Sus esperanzas se derrumbaron cuando Johana le propuso un reto casi imposible para él:

—Tienes siete minutos para enamorarla...

No sé cómo, finalmente, mi hermana me había convencido para que asistiera a uno de esos eventos de citas rápidas. De hecho, no sé cómo se las había arreglado para persuadirme de que saliera de mi cama, cuando llevaba toda una semana sin hacerlo, ignorando las llamadas de aquel persistente mentiroso y lamentándome por haber sido tan necia como

para perderlo todo por amor.

Johana me exigía continuamente que volviera a hacerme cargo de nuestra empresa, mientras que yo me negaba en redondo, porque todavía no me sentía con suficiente confianza como para guiar a otros en el amor, dado que mis pasos habían errado demasiado en esta ocasión.

Tenía el corazón roto y nunca me había dolido tanto como en esos momentos. Me sentía utilizada y engañada por un hombre en el que había llegado a confiar, tal vez no con mis palabras, pero sí con cada uno de mis actos. Me sentía tan mal que sólo tenía ganas de derrumbarme en la cama o en el sofá. Y me negaba por completo a escuchar a Hank, para que no volviera a llenar mis oídos de mentiras.

Al final no me quedaba más remedio que reconocer que Johana tenía razón: todos los hombres eran defectuosos, o al menos todos los que se acercaban a mí, me corregí mentalmente al recordar que mi hermana al fin se había topado con un buen hombre.

Al contrario de lo que siempre había opinado sobre mi irresponsable hermana mayor, la empresa que yo tanto adoraba no se había derrumbado bajo su mando, e incluso había logrado ampliar la cartera de clientes, aunque era mejor no saber cómo había conseguido tal cosa.

Tal vez lo mejor sería que lo dejase todo en manos de Johana y de nuestro nuevo socio, Derek Dilmore, para alejarme un tiempo del amor que siempre había estado buscando, tanto para emparejar a mis clientes como para encontrar a mi media naranja.

Después de preguntarle a mi hermana qué pensaba de esta nueva idea que hacía algún tiempo que rondaba por mi mente, su respuesta no fue otra que presentarse en mi casa acompañada por Cristal para sacarme de la cama por la fuerza. Juntas me vistieron con uno de mis alegres vestidos y me obligaron a acudir a aquel evento.

Yo, por mi parte, intenté negarme, pero el argumento que Johana utilizó para obligarme a ir era parecido a los que yo usé en varias ocasiones. Y era difícil de rechazar: faltaban mujeres para el evento y, según mi hermana, si ella se presentaba a una más de esas citas rápidas, Derek acabaría golpeando a todo bicho viviente, consumido por los celos, mientras que Cristal, por más que se empeñara en negarlo, era un hombre.

Finalmente me convenció con ese razonamiento y, sentada a una de aquellas mesas que siempre había procurado observar desde lejos, esperé a ver quién sería el primer hombre en hablarme con emoción y esperanza de sus buenas cualidades, cuando yo sólo podía pensar en uno

que a mis ojos ya no tenía ninguna.

En cuanto mi pareja de turno se sentó frente a mí, esboqué una falsa sonrisa y me dispuse a escucharlo amablemente, hasta que vi de quién se trataba. Al intentar levantarme, Hank cogió una de mis manos, resistiéndose a dejarme marchar, así que le recordé con frialdad dónde estábamos y el tiempo que tenía para intentar volver a engañarme.

—Tienes siete minutos —anuncié, dándole la vuelta al reloj de arena que había encima de la mesa.

—¡Uf! ¿De verdad sólo tengo siete minutos para explicártelo todo? —preguntó él desesperado, pasándose una mano por el pelo, pero esta vez estaba dispuesta a no dejarme engañar.

—Ahora seis y medio... —repliqué, más enfadada que nunca y decidida a ignorar sus excusas.

—¡Joder, Cristine! ¿Cómo puedo explicarte en tan poco tiempo cómo se me acelera el corazón cuando estoy contigo? ¿Cómo puedo hacerte comprender que nunca creí posible que volviera a enamorarme hasta que te conocí; y que, sólo para no hacerte daño, intenté alejarme de ti cuando mi misión exigía que estuviera lo más cerca posible? ¿Cómo podría decirte que si estuve contigo fue simplemente porque no pude resistirme a amarte; que cada momento que pasábamos juntos eran un auténtico placer, porque me encontraba con la mujer que quería, y a la vez una agonía por no saber cuándo lo descubrirías todo y me echarías de tu lado? —dijo Hank, negándose a soltar mi mano.

Y con cada una de sus palabras mi corazón se encogía, gritándome que aquello no podía ser otra más de sus mentiras.

—Cuando me enrolé en esta estúpida misión, lo último que quería era enamorarme, volver a exponer mi herido corazón y mi destrozado orgullo ante otra pérfida mujer. Sólo contigo descubrí que el amor no duele tanto si es con la persona predestinada. Sé que no tengo tacto, que soy más bien rudo, que no soy demasiado atractivo y sí un tanto torpe respecto a las mujeres.

»En verdad no sé qué viste en mí para que en algún momento pudieras quererme, pero te doy las gracias por haberme mostrado lo que es el amor, aunque fuera únicamente por unos instantes —declaró Hank, besando tiernamente mi mano, como si se despidiera para siempre de mí—. Tu hermana me dijo que si en estos siete minutos no conseguía hacerte cambiar de opinión debía desaparecer de tu vida para siempre y, por lo que veo, mi tiempo ha terminado... —comentó, mientras miraba el último grano de arena caer en la parte inferior del reloj—. Te amo,

Cristine, y nunca me arrepentiré de ello —finalizó, antes de levantarse de mi mesa y empezar a alejarse de mí.

Intenté evitar que las lágrimas que se empeñaban en salir de mis ojos rodaran por mis mejillas, pero cuando me fijé en la mano que él me había besado tan tiernamente, vi su anillo de nuevo allí, confirmándome que todas sus palabras eran ciertas.

Mientras dejaba marchar a Hank, mi vista se nubló con las lágrimas que me había resistido a derramar en su presencia. Y, finalmente, mis labios no pudieron evitar pronunciar las palabras que tanto me había resistido a decir por miedo a equivocarme.

—¡Te quiero! —grité, levantándome de la mesa, dispuesta a correr detrás de ese amor que siempre había buscado con tanto ahínco, para ir a toparme con él en el momento más inesperado.

Hank no se hizo de rogar y, al oír mis palabras, volvió hasta donde yo estaba para acogerme entre sus protectores brazos y besarme tan apasionadamente como sólo sabía hacerlo un hombre enamorado.

—Te quiero —declaré una vez más en su oído y él besó el anillo de mi mano, confirmando que, a pesar de sus anteriores mentiras, la prueba de su amor siempre estuvo en un lugar tan obvio como cercano.

A nuestros pies rodó el ridículo reloj de arena que imponía un límite a nuestro encuentro, pero a ninguno de los dos nos importó que se rompiera contra el suelo, porque nuestro tiempo para el amor tan sólo acababa de empezar.

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión. En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Enamórame en 7 minutos

Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19415-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

